

Carlos Eduardo Valencia Villa

La producción de la libertad

Economía de los esclavos
manumitidos en Río de Janeiro
a mediados del siglo XIX



La producción de la libertad

Economía de los esclavos
manumitidos en Río de Janeiro
a mediados del siglo XIX

Carlos Eduardo Valencia Villa



Instituto Colombiano de Antropología e Historia

La producción de la libertad

Economía de los esclavos
manumitidos en Río de Janeiro
a mediados del siglo XIX

Carlos Eduardo Valencia Villa



Valencia Villa, Carlos Eduardo

La producción de la libertad : economía de los esclavos manumitidos en Río de Janeiro a mediados del siglo XIX / Carlos Eduardo Valencia Villa.—Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2011.

276 p., il., (Colección Espiral)

ISBN 978-958-8181-71-4

1. Esclavitud en Río de Janeiro-Brasil – Siglo XIX.— 2. Manumisión-Río de Janeiro- Brasil – Siglo XIX.—3. Economía de los esclavos

CDD 305.5670981

Catalogación para la publicación: Biblioteca Instituto Colombiano de Antropología e Historia

Instituto Colombiano de Antropología e Historia
Colección Espiral

Carlo Emilio Piazzini
Director general (e)

Guillermo Sosa Abella
Coordinador del Grupo de Historia Colonial

Mabel Paola López Jerez
Responsable del Área de Publicaciones

Bibiana Castro Ramírez
Juan Guillermo Arias Marín
Asistentes editoriales

Gustavo Patiño Díaz
Corrección de estilo

Claudia Margarita Vélez Gutiérrez
Diseño, diagramación y cubierta

Acuarelas “*Quitandeiras de diversas qualidades*”, Jean-Baptiste Debret, Río de Janeiro, 1826, Museos Castro Maya, Río de Janeiro, y “*Negros saindo de um matadouro para levar aos açogues carne de porco*”, Jean-Baptiste Debret, Río de Janeiro, 1827, Museos Castro Maya, Río de Janeiro.

Ilustración de cubierta

Primera edición, julio de 2011

ISBN: 978-958-8181-71-4

© **Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH**

Carlos Eduardo Valencia Villa

Programa de Posgrado en Historia Social de la Universidad Federal de Río de Janeiro

Calle 12 No. 2-41 Bogotá D. C.

Tel.: (57-1) 5619600 Fax: ext. 144

www.icanh.gov.co



El trabajo intelectual contenido en esta obra se encuentra protegido por una licencia de Creative Commons del tipo “Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional”. Para conocer en detalle los usos permitidos consulte el sitio web <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

IMPRESO POR: IMPRENTA NACIONAL DE COLOMBIA

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	21
CAPÍTULO I: LOS PERFILES DE LA LIBERTAD	29
La serie de manumitidos	30
El género de los manumitidos	31
El origen de los manumitidos	35
Los medios para manumitirse	36
Edad de los manumitidos	38
CAPÍTULO II: EL PRECIO DE LA LIBERTAD	41
Los que no tienen precio... ¿No tienen?	42
Los precios nominales y la transformación en reales	45
Las características de los manumitidos que pagaron por la libertad	49
La relación entre precio y demanda en la manumisión	51
CAPÍTULO III: DEMOGRAFÍA Y MANUMISIÓN	59
La cantidad de esclavos en la ciudad	60
Composición de los grupos de edad de la esclavitud carioca	62
La relación entre población y manumisión	65
Grupos etarios y manumisión	68
CAPÍTULO IV: FAMILIAS DE LA LIBERTAD	73
Familias esclavas	74
La relación entre esclavitud y libertad en la familia	80
La composición familiar y su impacto en la manumisión	82
CAPÍTULO V: LA MANUMISIÓN EN LA FAMILIA	91
Los familiares del manumitido	92
Precio y secuencia de manumisión en la familia	96
CAPÍTULO VI: PRESUPUESTOS MESTIZOS	107
Mestizaje horizontal	107
Inconsistencias empíricas	112

Probabilidad de mestizaje horizontal	117
Las ventajas del mestizaje horizontal	127
CAPÍTULO VII: LOS INGRESOS DE LA MANUMISIÓN	137
Trabajos dispersos	138
Esclavos iguales, jornales diferentes	142
Las variaciones de la dispersión: un indicador del valor del jornal	146
CAPÍTULO VIII: FINANZAS DE LA LIBERTAD	151
El panorama monetario	151
La moneda entre los manumitidos	158
La influencia de la moneda en la manumisión	163
CAPÍTULO IX: RUEDAS DE NEGOCIOS FINANCIEROS PARA SER LIBRE	175
La importancia del crédito en la economía carioca	176
El crédito entre los esclavos y en la manumisión	178
Características financieras de los pagos no monetarios	180
La competencia de la libertad en el portafolio de inversión	191
CAPÍTULO X: SOBREVIVIR PARA SER LIBRE	203
Alimentos como el costo de sobrevivir	204
El costo de alimentarse	210
El jornal y la dieta	217
CAPÍTULO XI: PRODUCCIÓN, INFLACIÓN Y MANUMISIÓN	227
La libertad medida en producción autónoma	228
El efecto de la inflación en la producción autónoma	237
El efecto de la inflación en la manumisión	243
CONCLUSIONES	255
REFERENCIAS	263

LISTA DE TABLAS

TABLA 1.1.	MANUMITIDOS SEGÚN EL GÉNERO Y LA PROCEDENCIA	32
TABLA 6.1.	MUESTRA DE ESCLAVOS URBANOS SEGÚN SU PROCEDENCIA. RÍO DE JANEIRO, 1790-1812	121
TABLA 6.2.	MUESTRA DE ESCLAVOS URBANOS SEGÚN SU PROCEDENCIA. RÍO DE JANEIRO, 1815-1835	121
TABLA 6.3.	PROBABILIDAD DE MESTIZAJE ENTRE ESCLAVOS URBANOS EN RÍO DE JANEIRO, 1790-1812	122
TABLA 6.4.	PROBABILIDAD DE MESTIZAJE ENTRE ESCLAVOS URBANOS DE RÍO DE JANEIRO, 1815-1835	124
TABLA 6.5.	PRUEBAS T DE STUDENT PARA OCUPACIONES DE ESCLAVOS Y MANUMITIDOS, 1790 Y 1875	133
TABLA 10.1.	CONSUMO CALÓRICO DE ACUERDO CON GÉNERO, EDAD, TALLA Y ACTIVIDAD	206
TABLA 10.2.	CANTIDAD DE NUTRIENTES EN 100 g DE LOS ALIMENTOS CONSUMIDOS POR LOS ESCLAVOS	208
TABLA 10.3.	RELACIÓN DEL PRECIO DE LOS ALIMENTOS CONSUMIDOS POR LOS ESCLAVOS ENTRE 1838 Y 1870	211
TABLA 10.4.	MÁXIMOS TOLERADOS POR ALIMENTO (100 g)	212
TABLA 10.5.	ESTIMACIÓN DE CONSUMO DE ALIMENTOS (100 g)	214
TABLA 11.1.	PRECIO NOMINAL (EN RÉIS) DE LOS ALIMENTOS (EN SACAS)	232
TABLA 11.2.	CANTIDAD DE PRODUCCIÓN (SACAS) PARA PAGAR POR LA MANUMISIÓN (RÉIS)	233

TABLA 11.3. CANTIDAD DE PRODUCCIÓN (SACAS) PER CÁPITA PARA PAGAR
POR LA MANUMISIÓN 234

TABLA 11.4. VARIACIÓN DEL TOTAL NOMINAL PAGADO POR LA LIBERTAD
Y DE LA CANTIDAD DE PRODUCCIÓN PARA FINANCIARLO 237

LISTA DE FIGURAS

FIGURA 1.1.	TOTAL DE MANUMISIONES	30
FIGURA 1.2.	COMPARACIÓN DE LA SERIE EMRJ CON LA SERIE DE MARY KARASCH	31
FIGURA 1.3.	COMPOSICIÓN POR GÉNERO Y ORIGEN DE LOS ESCLAVOS MANUMITIDOS	33
FIGURA 1.4.	PROCEDENCIA DE LOS MANUMITIDOS	35
FIGURA 1.5.	REGIONES DE ORIGEN DE LOS MANUMITIDOS AFRICANOS	36
FIGURA 1.6.	MEDIOS PARA ALCANZAR LA MANUMISIÓN	37
FIGURA 1.7.	GRUPOS ETARIOS DE LOS MANUMITIDOS	38
FIGURA 1.8.	PORCENTAJE DE PARTICIPACIÓN DE LOS GRUPOS ETARIOS EN LA MANUMISIÓN	39
FIGURA 2.1.	MANUMISIONES MEDIANTE SERVICIOS HASTA LA MUERTE DEL AMO	44
FIGURA 2.2.	TIEMPOS DE SERVICIO PARA CONSEGUIR LA MANUMISIÓN	45
FIGURA 2.3.	PRECIO INDIVIDUAL Y NOMINAL DE CADA MANUMITIDO	46
FIGURA 2.4.	PROMEDIO ANUAL DE PRECIOS REALES DE LA MANUMISIÓN	48
FIGURA 2.5.	PROPORCIÓN DE MUJERES A HOMBRES QUE COMPRARON LA LIBERTAD	49
FIGURA 2.6.	PROPORCIÓN DE INDIVIDUOS DE LAS GRANDES REGIONES AFRICANAS EN LA MANUMISIÓN COMPRADA	50
FIGURA 2.7.	PROPORCIÓN DE LOS GRUPOS ETARIOS DE MANUMITIDOS QUE PAGARON POR LA LIBERTAD	50
FIGURA 2.8.	RELACIÓN ENTRE PRECIOS REALES DE ESCLAVOS Y MANUMITIDOS ADULTOS	52
FIGURA 2.9.	RELACIÓN ENTRE LAS VARIACIONES DE PRECIO Y LA CANTIDAD DE MANUMITIDOS	54

FIGURA 2.10. RAZÓN DE PRECIOS DE MANUMISIÓN ENTRE GÉNEROS	56
FIGURA 2.11. RAZÓN DE PRECIOS DE MANUMISIÓN ENTRE AFRICANOS Y CRIOLLOS	57
FIGURA 2.12. PRECIO REAL DE MANUMISIÓN POR REGIÓN AFRICANA DE ORIGEN	57
FIGURA 2.13. PRECIO DE MANUMISIÓN POR GRUPOS DE EDAD	58
FIGURA 3.1. GRUPOS ETARIOS DE LOS ESCLAVOS EN BRASIL, 1872	62
FIGURA 3.2. GRUPOS ETARIOS DE LOS ESCLAVOS FALLECIDOS EN LA CASA DE LA MISERICORDIA, 1849	66
FIGURA 4.1. TOTAL DE MANUMITIDOS QUE REGISTRAN FAMILIA Y EL PORCENTAJE DE ELLOS EN EL TOTAL DE MANUMISIONES	83
FIGURA 4.2. GRUPOS ETARIOS SEGÚN EL GÉNERO DE LOS MANUMITIDOS CON FAMILIA	87
FIGURA 5.1. PARIENTE REGISTRADO POR LOS MANUMITIDOS NACIDOS EN BRASIL	92
FIGURA 5.2. PARIENTE REGISTRADO POR LOS MANUMITIDOS AFRICANOS	93
FIGURA 5.3. COMPARACIÓN DE LOS PRECIOS DE MANUMISIÓN ENTRE LOS ESCLAVOS MANUMITIDOS CON Y SIN FAMILIA	97
FIGURA 5.4. COMPARACIÓN DE PRECIOS DE LOS NIÑOS MANUMITIDOS CON Y SIN FAMILIA	97
FIGURA 5.5. COMPARACIÓN DE PRECIOS DE LOS ADULTOS MANUMITIDOS CON Y SIN FAMILIA	98
FIGURA 5.6. COMPARACIÓN DE PRECIOS DE LOS INDIVIDUOS DE EDAD DESCONOCIDA MANUMITIDOS CON Y SIN FAMILIA	99
FIGURA 5.7. RAZÓN DE PRECIOS DE MANUMISIÓN ENTRE GÉNEROS PARA ESCLAVOS CON FAMILIA	100
FIGURA 5.8. MADRES CON UNO O DOS HIJOS	101
FIGURA 5.9. LAZO DE PARENTESCO ENTRE DOS MANUMITIDOS DE LA MISMA FAMILIA	102
FIGURA 5.10. INDIVIDUO DE LA FAMILIA QUE ES MANUMITIDO PRIMERO	103

FIGURA 5.11. TIEMPO PROMEDIO ENTRE MANUMISIONES DENTRO DE UNA MISMA FAMILIA	104
FIGURA 6.1. ESCLAVOS DESEMBARCADOS EN RÍO DE JANEIRO ENTRE 1815 Y 1841	114
FIGURA 6.2. MODELO DE PROBABILIDAD DE INDIVIDUO NO MESTIZO	119
FIGURA 6.3. MODELO DE PROBABILIDAD DE INDIVIDUO MESTIZO	120
FIGURA 6.4. PROBABILIDAD DE MESTIZAJE ENTRE LOS ESCLAVOS URBANOS DE RÍO DE JANEIRO DISCRIMINADA POR GENERACIONES	126
FIGURA 6.5. PROBABILIDAD DE MESTIZAJE ENTRE LOS ESCLAVOS URBANOS DE RÍO DE JANEIRO INCLUYENDO TRES GENERACIONES	127
FIGURA 6.6. PROMEDIO $\pm 2 \sigma$ DEL PRECIO DE LOS ESCLAVOS SEGÚN LA OCUPACIÓN, 1790-1835	129
FIGURA 6.7. PROMEDIO $\pm 2 \sigma$ DEL PRECIO DE LOS ESCLAVOS SEGÚN LA OCUPACIÓN, 1860, 1865 Y 1875	130
FIGURA 6.8. INTERVALO DE CONFIANZA DEL 95% PARA EL PRECIO DE LOS MANUMITIDOS SEGÚN LA OCUPACIÓN, 1840-1871	131
FIGURA 6.9. MANUMITIDOS SEGÚN EL MES DEL AÑO, 1840-1871	132
FIGURA 6.10. MANUMITIDOS SEGÚN EL DÍA DEL MES, 1840-1871	133
FIGURA 7.1. OCUPACIONES DE LOS MANUMITIDOS, 1840-1871	141
FIGURA 7.2. PORCENTAJE DE MUJERES Y HOMBRES ESCLAVOS Y MANUMITIDOS QUE MENCIONAN OCUPACIÓN, 1790-1875	143
FIGURA 7.3. JORNAL MENSUAL DE LOS ESCLAVOS ALQUILADOS	147
FIGURA 8.1. PAPEL MONEDA EN PODER DEL PÚBLICO Y M_t EN BRASIL	153
FIGURA 8.2. CRECIMIENTO ANUAL DEL PAPEL MONEDA EN PODER DEL PÚBLICO Y EL ÍNDICE DE COSTO DE VIDA EN BRASIL Y RÍO DE JANEIRO	153
FIGURA 8.3. DÉFICIT O SUPERÁVIT FISCAL BRASILEÑO	155
FIGURA 8.4. CANTIDAD DE MANUMITIDOS CON PAGOS MONETARIOS Y EL PORCENTAJE DE ESTOS SOBRE EL TOTAL DE MANUMITIDOS	159
FIGURA 8.5. COCIENTE DEL TOTAL DE PAGOS MONETARIOS POR LA MANUMISIÓN SOBRE EL TOTAL DE MONEDA	160

FIGURA 8.6. COMPARACIÓN DE LOS PAGOS MONETARIOS POR LA MANUMISIÓN EN RÍO DE JANEIRO CON LAS INVERSIONES EN LAS GRANDES HACIENDAS CAFETERAS DEL VALLE DEL PARAÍBA	161
FIGURA 8.7. COMPARACIÓN ENTRE EL PAPEL MONEDA Y EL NÚMERO DE MANUMITIDOS QUE PAGAN SU LIBERTAD CON MONEDA	164
FIGURA 8.8. COMPARACIÓN DE LA TENDENCIA DEL PAPEL MONEDA EN PODER DEL PÚBLICO Y LA TENDENCIA DEL PRECIO NOMINAL DE LA MANUMISIÓN	165
FIGURA 8.9. COMPARACIÓN DE LA TENDENCIA DEL PRECIO PROMEDIO TRIMESTRAL DE LA MANUMISIÓN Y EL PAPEL MONEDA TRIMESTRAL EN PODER DEL PÚBLICO	166
FIGURA 8.10. COMPARACIÓN DE LA TENDENCIA TRIMESTRAL ENTRE VALOR TOTAL PAGADO POR LA LIBERTAD Y LA TENDENCIA DEL PAPEL MONEDA TRIMESTRAL EN PODER DEL PÚBLICO	169
FIGURA 8.11. VARIACIÓN DE LA CANTIDAD DE MONEDA TRIMESTRAL EN PODER DEL PÚBLICO RESPECTO AL TOTAL DE MONEDA DISPONIBLE EN EL ÚLTIMO AÑO	170
FIGURA 8.12. COMPARACIÓN DEL TOTAL DE MANUMISIONES PAGADAS CON MONEDA Y EL JORNAL MENSUAL DE LOS ESCLAVOS	172
FIGURA 9.1. MANUMITIDOS CON PAGOS A CRÉDITO POR LA LIBERTAD	179
FIGURA 9.2. RELACIÓN ENTRE EL PRECIO DE TODAS LAS MANUMISIONES Y EL PRECIO DE LAS MANUMISIONES PAGADAS CON MONEDA	181
FIGURA 9.3. RELACIÓN DE PRECIOS ENTRE MANUMISIONES MONETARIAS Y NO MONETARIAS	182
FIGURA 9.4. COCIENTE ENTRE PRECIOS NOMINALES DE LA MANUMISIÓN CON PAGOS MONETARIOS SOBRE LOS PRECIOS DE LA MANUMISIÓN NO MONETARIA	184
FIGURA 9.5. PLAZO DE PAGO DE LAS MANUMISIONES A CRÉDITO	185
FIGURA 9.6. COCIENTE ENTRE EL ÍNDICE DEL JORNAL MENSUAL Y EL ÍNDICE DE AMORTIZACIÓN MENSUAL DEL CRÉDITO POR LA MANUMISIÓN	188
FIGURA 9.7. VALOR PROMEDIO UNITARIO DEL EMPRÉSTITO POR LA LIBERTAD	189
FIGURA 9.8. RELACIÓN ENTRE LA EDAD DEL MANUMITIDO Y LA RENTABILIDAD DE LA INVERSIÓN EN LA LIBERTAD	196

FIGURA 9.9. RENTABILIDAD DE LA MANUMISIÓN PARA NIÑOS	197
FIGURA 9.10. RENTABILIDAD DE LA MANUMISIÓN PARA ADULTOS	198
FIGURA 9.11. RENTABILIDAD DE LA MANUMISIÓN PARA ANCIANOS	199
FIGURA 10.1. COSTO DE LA DIETA DIARIA PARA DIFERENTES TIPOS DE ESCLAVO	217
FIGURA 10.2. COMPARACIÓN DEL PRECIO DEL JORNAL Y EL COSTO DE LA DIETA (RÉIS NOMINALES)	218
FIGURA 10.3. EL COSTO DE LA ALIMENTACIÓN COMO PORCENTAJE DEL JORNAL ESCLAVO	218
FIGURA 10.4. RELACIÓN ENTRE EL PRECIO DE LA DIETA DE LOS ESCLAVOS Y EL VALOR DEL JORNAL	219
FIGURA 10.5. COMPARACIÓN DEL VALOR TOTAL PAGADO POR LA MANUMISIÓN EN FUNCIÓN DEL JORNAL ESCLAVO Y EL COSTO DE LA DIETA ESCLAVA COMO PORCENTAJE DEL JORNAL	221
FIGURA 11.1. ESTIMACIÓN DE LA CANTIDAD DE RAÍCES DE MANDIOCA PARA ALIMENTAR A LA POBLACIÓN MANUMITIDA ANUALMENTE	231
FIGURA 11.2. COMPORTAMIENTO DEL VALOR NOMINAL DE LA MANUMISIÓN Y LA CANTIDAD DE PRODUCCIÓN PARA FINANCIARLO	235
FIGURA 11.3. COMPORTAMIENTO DEL VALOR REAL TOTAL ANUAL PAGADO POR LA LIBERTAD E ÍNDICE DE INFLACIÓN	241
FIGURA 11.4. RELACIÓN ENTRE VALORES PAGADOS POR LA LIBERTAD Y EL ÍNDICE DE INFLACIÓN	242
FIGURA 11.5. PRECIO (RÉIS) POR SACA DE CARNE SECA Y DE MAÍZ COCIDO	245
FIGURA 11.6. TENDENCIA DE LOS PRECIOS NOMINALES DE LA SACA DE MAÍZ COCIDO Y DE LA MANUMISIÓN	247
FIGURA 11.7. PORCENTAJE DE VARIACIÓN DEL PRECIO NOMINAL DE LA CARNE SECA, EL MAÍZ COCIDO Y LA MANUMISIÓN	248
FIGURA 11.8. DÍAS DE DIFERENCIA ENTRE LA LIBERTAD NEGOCIADA Y LA REGISTRADA EN NOTARÍA	250

*...É a esse tipo de gente que o Brasil está entregue,
manipuladores de estatística, falsificadores de informações,
empulhadores com seus computadores,
todos criando a Grande Mentira...*

Rubem Fonseca, *Corações solitarios*

AGRADECIMIENTOS

Como sucede con casi todas las investigaciones, esta contó con el apoyo de muchas personas e instituciones. La financiación fue posible gracias a las becas y estímulos concedidos por el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), la Universidad del Rosario en Bogotá y la Universidad Nacional de Colombia. En especial, debo agradecer la gestión de Guillermo Sosa, del ICANH; Adriana Alzate, de la Universidad del Rosario, y Claudia Vela, de la Universidad Nacional de Colombia.

Este trabajo se realizó dentro de la Línea de Historia Económica del Programa de Posgrado de Historia Social de la Universidad Federal de Río de Janeiro, y allí debo agradecer a los profesores Manolo Florentino, Ana Ríos y Carlos Jucá por sus comentarios a los borradores. También debo agradecer a los profesores y compañeros del Laboratorio de Historia Económica y Social del Programa de Posgrado de la Universidad Federal Fluminense por las discusiones a los manuscritos preparatorios de esta investigación, en especial al profesor Carlos Gabriel Guimarães.

Ninguno de estos apoyos habría sido posible sin Marcela Ardila; gracias a ella, todas estas personas e instituciones me brindaron su ayuda. Sin Marcela esta investigación jamás se habría podido realizar. Ella no sólo discutió conmigo los detalles de la misma, no sólo soportó mi desesperación cuando las cosas no salían como quería, sino que también sufría y se alegraba al ritmo del trabajo. A ella, mi infinita gratitud y todo mi amor.

Tengo la certeza de que las ideas interesantes que este texto pueda generar son producto de mis deudas con los amigos, mientras que los grandes errores son consecuencia de mi incapacidad para comprender lo que ellos me querían decir.

INTRODUCCIÓN

Finales de 1864, Río de Janeiro es un hervidero, no sólo porque está iniciando el verano, sino porque una nueva crisis financiera explota en la ciudad y, de nuevo, tal y como había ocurrido en 1857, cientos de ahorradores pierden el dinero que habían depositado en las entidades financieras que se quiebran. Con ellas, van a la falencia otro sinnúmero de empresas, grandes y pequeñas, que les consignaron sus recursos o que dependían del crédito para operar.

Los periódicos publican noticias sobre la crisis y, junto con ellas, continúan apareciendo los tradicionales anuncios en los que figuran los esclavos: cautivos que se venden, cautivos que se compran, cautivos que se alquilan, cautivos que escapan. Por eso la ciudad está acostumbrada a ver en los periódicos los nombres de esclavos.

Sin embargo, el anuncio del miércoles 9 de noviembre de 1864 (*Jornal do Commercio*, 1864, p. 4, 3.^a columna)¹, en el que aparece el esclavo Alexandre², sí es completamente inusual. El gobierno imperial obligó a que las entidades quebradas publicaran el nombre de todos los clientes que tenían dinero ahorrado y que lo perdieron. Alexandre aparece en Montenegro, Lima & Companhia.

Un esclavo con cuenta en una entidad financiera. Nada más alejado de la mirada tradicional sobre los cautivos y la esclavitud. Aquella que los suponía como simples activos de producción sometidos a los deseos de sus señores. Pero también es un hecho nuevo frente a la idea de que los esclavos sólo eran sujetos

¹ El periódico se encuentra disponible en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro y en la Biblioteca de la Asociación Comercial de Río de Janeiro.

² Alexandre no fue el único caso de un esclavo, o de un negro pobre, que perdió los recursos depositados. Por ejemplo, el 5 de noviembre de 1864, sólo en la lista alfabética de clientes de Gomes e Filhos, aparecen bajo la letra A: Ana Benguella, Antonia (*preta*), Augusto (*preto*), Affonso (*preto*), Antonio Cabinda, Antonio Crioulo, Alexandre Crioulo. Además de todos los individuos que sólo son nombrados por sus nombres, sin apellidos.

de su historia en la vida política y cultural. Que sus actividades económicas eran controladas por los amos o que, cuando eran autónomas, eran simples actividades marginales, efectuadas casi en la clandestinidad, o de poca monta, que no redundaban de forma importante en el funcionamiento económico de la ciudad, ni transformaban las relaciones en el esclavismo.

Pero que Alexandre tuviera un patrimonio en el mercado financiero y que tuviera una economía autónoma no quiere decir que el esclavismo fuera un paraíso para los esclavos, ni que amaran sus cadenas; pues que contara con ahorros no significaba que no tuviera que soportar los rigores del cautiverio, tanto los que provenían de su amo como los que venían de la sociedad en general.

Además, *autonomía* no quiere decir plena soberanía. Ningún agente económico es plenamente soberano y menos aún lo sería un esclavo. Pero que no tenga absoluta soberanía no quiere decir que no tenga sus propios objetivos económicos y que no emplee sus precarios —o abundantes— recursos para alcanzarlos en medio de las pesadas restricciones a las que se enfrenta.

Esto tampoco nos debe llevar a pensar que para la mayoría de los esclavos la mayor parte de sus objetivos económicos se alcanzaban. Con seguridad lo que ocurrió fue todo lo contrario. La autonomía económica tampoco quiere decir éxito. Alexandre es un buen y dramático ejemplo, pues colocó 536.360 réis en una entidad que se quebró. Así, para él no sólo el esclavismo era una tragedia, también lo era una crisis financiera.

Además, que Alexandre tuviera ahorros no significaba que fuera un capitalista, ni en los términos de la época, ni en los que comúnmente asignamos hoy, pues por tener un patrimonio no podemos inferir que él era un detentor de medios de capital y que contrataba —o compraba— recurrentemente fuerza de trabajo en el mercado de la ciudad. Él simplemente era cliente en una entidad financiera.

Es decir, la cuenta de Alexandre y la autonomía que ella representaba no demuestran que el esclavismo fuera un paraíso para los esclavos, que los esclavos amasen la esclavitud, que los esclavos fuesen exitosos o que fuesen capitalistas. Ella sólo señala lo complejo que era el mundo esclavista decimonónico en Río de Janeiro.

Tampoco quiere decir que Alexandre fuese un esclavo rico, a pesar de tener un monto importante ahorrado en una entidad. Probablemente él era un esclavo pobre, tal y como lo eran sus compañeros de cautiverio en una de las ciudades más ricas de las Américas de aquellos años.

En ese sentido, la historia de Alexandre hace parte de la larga y, al menos, secular historia de América Latina: individuos que se empeñan por salir de la pobreza, pero a quienes su energía no los lleva a la meta anhelada. Podemos imaginar los inmensos esfuerzos de Alexandre para acumular los 536.360 réis que perdió en la crisis de 1864. Su tragedia es una metáfora de la tragedia de millones.

Pues en los últimos siglos, una de las permanentes compañeras de América Latina ha sido la pobreza. Casi siempre soñamos con abandonarla, pero ella ha resultado ser persistente, manteniéndose a nuestro lado. Esta constancia y la tragedia que representa han llevado a que, por décadas, las Ciencias Sociales busquen explicarla y proponer soluciones. Desde diferentes disciplinas, desde distintas ideologías y por los más variados métodos de conocimiento, los investigadores han buscado comprender por qué la pobreza se instaló en el continente y no lo abandona. Tal vez, la cuestión de la pobreza sea el único punto de encuentro entre marxistas y liberales, o entre geógrafos e historiadores, o entre monetaristas y culturalistas.

Por supuesto que el encuentro entre todos ellos se da sólo en la pregunta inicial: ¿por qué América Latina es pobre? Después, cada disciplina, cada corriente ideológica y cada método de investigación toma sus propios rumbos. Es más —y por increíble que pueda parecer—, en algunas ocasiones se descubren factores que nos ayudan a entender y a resolver el problema.

Esos descubrimientos han contribuido para que hoy sepamos que la pobreza es un fenómeno mucho más complejo de lo que imaginábamos hace cincuenta o setenta años. Es sólo pensar en Ciudad Juárez, en México, como uno de los grandes centros de producción del continente en el que viven miles en la pobreza total. O ir a Ciudad del Este, en Paraguay, recorrer el comercio de objetos lujosos y ver cómo este circula en almacenes precarios en los que la pobreza y el desorden parecen ser una estrategia de mercadeo. O estar unos minutos en una de las esquinas de la calle del Bronx, en Bogotá, para ver camionetas de decenas de miles de dólares en medio de cientos de personas moribundas por consumir drogas y alimentarse con la basura de la ciudad.

Esos ejemplos ilustran lo que ya sabemos: que los aumentos en la producción no implican necesariamente reducción de la pobreza; que el comercio en gran escala no quiere decir que los comerciantes puedan asegurarles un mejor futuro a sus hijos; y que pobreza y riqueza se combinan en una sola calle.

La pobreza llega a ser un espectáculo tan dantesco que la pregunta pasa a ser —y este interrogante se ha formulado cientos de veces— cómo los pobres

no murieron, ni mueren de hambre; cómo pudieron y pueden financiar su existencia; cómo América Latina se levanta todos los días y, al igual que al Coronel, sólo le queda la última cucharada de café en el tarro.

Los pobres realizan actividades productivas que a primera vista parecen insignificantes y premodernas, y que generan poco valor agregado. Sin embargo, cuando adicionamos toda su producción, encontramos que el movimiento económico es tan grande como para financiar a millones de personas. Financiación que incluye no sólo los gastos básicos para mantenerse vivo, sino también los costos religiosos y espirituales, y para las actividades de esparcimiento. Es así como la pobreza se financia y se perpetúa: por medio de una economía propia de los pobres. Por eso es fundamental comprender esa economía, cómo ella genera valor agregado, cómo ella se distribuye, cómo se vincula a otras actividades más formales o productivas.

En otras palabras, si lográramos comprender cómo los pobres producen riquezas para sí mismos, podríamos conocer una de las claves de la organización social latinoamericana; y es hacia allá que esta investigación quiere apuntar: tomamos uno de los grupos sociales económicamente más marginados de la historia del continente en una de las ciudades más ricas y tratamos de conocer cómo fueron sus estrategias económicas para sobrevivir y cuánta riqueza generaron para sí mismos; de esa forma, proponemos una interpretación sobre la manera como lo hicieron.

Río de Janeiro fue capital imperial brasilera durante casi todo el siglo XIX. Esa posición política y sus conexiones comerciales la llevaron a acumular grandes capitales. Una parte de ese capital estaba representado en el valor de los esclavos. La importación de africanos llegó a ser de más de medio millón de personas en algunas décadas. Como sabemos, esos individuos llegaron a dinamizar la economía de la ciudad, convirtiéndola en una metrópoli rica, en comparación con las otras ciudades del continente.

Pero, a pesar de eso, a los ojos de los coetáneos, los esclavos eran individuos pobres que no tenían recursos ni para vestirse. Por eso los esclavos son un grupo privilegiado para comprender el funcionamiento de la sociedad latinoamericana.

Además, por el tipo de coerción ejercida sobre los cautivos, es posible rastrear en las fuentes sobre la manumisión una parte de los excedentes económicos producidos por los esclavos, pues siempre que alguno se liberaba, se producía una *carta de libertad* en la que se registraban las razones y términos

del negocio, incluso los valores cancelados por el esclavo a su amo. Esa fue la información fundamental con la que trabajamos.

La misma ha venido siendo recolectada y sistematizada por la línea de investigación en Historia Económica de la Universidad Federal de Río de Janeiro. Gracias a ese esfuerzo sistemático e institucional es posible que hoy podamos conocer detalles de la vida —y no sólo hablamos de la económica— de los esclavos cariocas. Las bases de datos con que se efectuó esta investigación registran a decenas de miles de esclavos y manumitidos en los más diversos actos y momentos de sus vidas.

Las cifras y coherencia entre los datos que calculamos resultaron casi delirantes. Muchas veces repetimos las estimaciones y los cálculos, pues eran casi imposibles de creer. Lo que encontramos es que los esclavos urbanos en Río de Janeiro, entre 1840 y 1871, generaban recursos en una escala impresionante.

La historiografía ya sabía que ellos produjeron inmensas riquezas para sus amos. Lo que nosotros encontramos es que también lo hicieron para sí mismos. Por supuesto, decir que los esclavos producían riqueza para sí mismos, al mismo tiempo que lo hacían para sus amos —repetámoslo—, no quiere decir que los esclavos estuvieran cómodos con la esclavitud y menos que ella no fuera una tragedia.

En consecuencia, los esclavos que aparecen en las próximas páginas no fueron ni mercancías productivas, ni receptáculos de folclor, ni delincuentes. Eran seres humanos que construyeron dignidad en la peor de las circunstancias. Ellos consiguieron ser humanos en medio de su contexto histórico, y esa humanidad se expresaba en su vida espiritual, política y cultural. Otras investigaciones han resaltado esas características. Por eso, nosotros sólo queremos adicionar la dimensión económica.

La vida espiritual, política y cultural también tiene que ser financiada, y los esclavos consiguieron hacerlo. Queremos saber cómo lo hicieron. Para mostrar cómo lograron financiar tales actividades, cómo consiguieron doblar la barra de la esclavitud, siempre usamos métodos cuantitativos. Sabemos que hoy algunos piensan como *Peçanha*, el personaje de Rubem Fonseca del epígrafe de esta introducción: creen que la matemática, la estadística y los computadores sólo sirven para crear la *gran mentira*.

Creemos que la forma de escapar a la *gran mentira* es por medio de la honestidad. *Honestidad* que entendemos como no engañar al lector con una retórica

cargada de tropos que buscan disfrazar los cálculos matemáticos que se realizaron en la investigación. Desde las primeras páginas, el lector debe saber qué tipo de texto tiene ante sus ojos. El que tiene aquí es uno que apela a la cuantificación para sustentar sus afirmaciones.

Las estimaciones numéricas acompañan y sustentan el contenido que proponemos. Pero también comprendemos la honestidad como la exposición de los más mínimos detalles de cada cálculo. Como el lector verá, todos los cálculos son extremadamente simples y sólo se requiere un poco de paciencia y atención para descifrarlos. No se requiere ningún tipo de entrenamiento o costumbre en lidiar con métodos cuantitativos.

La hipótesis que defendemos es que los esclavos lograban forjar riquezas para sí mismos y que se hacían evidentes cuando compraron su manumisión. Esas riquezas eran generadas por la relación entre las variables de ingreso, ahorro, consumo e inversión dentro de la familia esclava. En otras palabras, aquí proponemos pensar la libertad como un valor económico que era producido por la familia esclava.

La familia era una unidad productora y consumidora de recursos, que desarrollaba cálculos económicos para alcanzar los objetivos que se fijaba a sí misma, en medio de un contexto que imponía fuertes restricciones institucionales y en el que los recursos eran extremadamente escasos. Es eso lo que pretendemos exponer: la libertad como el resultado, el producto, de una estrategia, de un proceso productivo desplegado desde la familia esclava.

Claro que la libertad no era sólo un valor económico, no era sólo una mercancía que los esclavos producían y compraban. Ella también era un valor cultural. Eso nunca lo pondremos en duda; lo que resaltaremos es que también era un valor económico que se generaba en una unidad productora que era la familia esclava.

Para hacer tal exposición, la investigación se compone de once capítulos. En el primero mostramos las características generales de la manumisión: su cantidad y tasas de variación anual, la composición por género y edad, el origen africano o brasilero, y la procedencia de los extranjeros y los medios empleados para liberarse. En el segundo discutimos los recursos desembolsados para acceder a la manumisión, en especial los tiempos de compromiso de trabajo adicional y el precio pagado por la libertad. En el tercer capítulo exponemos la relación entre las variables demográficas de la población cautiva y las de la población manumisa.

De esta forma, el primer capítulo presenta el problema histórico que queremos analizar, y en los dos siguientes, dos de las variables fundamentales para explicarlo: el precio y la estructura demográfica. En los consecuentes dos capítulos, el cuarto y el quinto, presentamos, respectivamente, a las familias esclavas y a las familias de los manumitidos. El objetivo es mostrar cómo la unidad familiar desempeñaba un papel central en la manumisión.

En el capítulo sexto se expone la estructura genealógica de los manumitidos, especialmente por medio del efecto demográfico de la importación masiva de esclavos en las primeras décadas del siglo XIX y el impacto que tenía esta genealogía familiar sobre las formas de conseguir recursos por parte de los esclavos.

Las rentas de los esclavos por el alquiler de su fuerza de trabajo en el mercado de la ciudad es el punto que asume el capítulo séptimo, en el que se establecen los indicadores de ingreso por esas actividades laborales. El siguiente capítulo, el octavo, contiene el análisis del efecto del contexto monetario sobre las tasas y tipos de manumisión; se procura observar cómo los ritmos del mercado financiero influían en las posibilidades de libertad para los esclavos.

Esa libertad, dentro del restringido universo de posibilidades financieras, es el tema del capítulo noveno. En él destacamos la manumisión por medio de créditos y las peculiaridades que tenían los préstamos que realizaban los esclavos en un contexto no capitalista. Además, discutimos la rentabilidad que tenía para los cautivos la inversión de recursos en la libertad.

Los costos de alimentarse son estudiados en el capítulo décimo, en el cual estimamos las dietas de los esclavos y cuánto era su valor. Por último, en el capítulo undécimo mostramos el efecto inflacionario sobre los gastos e ingresos de los esclavos y su impacto sobre los precios de estos.

En resumen, la estructura de exposición empieza con la introducción del problema (capítulo 1), la discusión de hasta qué punto las variables estructurales de precio y demografía podrían resolver el asunto (capítulos 2 y 3). Después se presenta a la familia esclava y a los manumitidos como agentes de la manumisión (capítulos 4 y 5), y cómo su estructura influye en la forma de conseguir recursos económicos (capítulo 6).

Luego se analizan las formas como los esclavos conseguían recursos por medio de su participación en el mundo del trabajo (capítulo 7). El siguiente paso (capítulo 8) es mostrar cómo esos recursos estaban supeditados al contexto monetario de la época, además de cómo eran administrados y las tasas de retorno que podrían generar al ser invertidos en la libertad (capítulo 9).

Con el fin de confrontar esos ingresos, cuantificamos el costo de la alimentación (capítulo 10), para así saber si era posible para los esclavos tener alguna diferencia entre renta y gasto, y establecer si tal margen ayuda explicar las tasas de manumisión. Por último, el capítulo 11 se interroga si la producción de autoconsumo era viable para los esclavos, y el impacto de la inflación sobre las rentas y los gastos de estos.

En resumen, cada uno de los puntos de nuestra hipótesis es examinado durante los capítulos, con el objetivo de verificar, o refutar, si las variables y las relaciones entre ellas dan cuenta y sustentan la explicación que proponemos.

Tal vez sean muchos los errores que hay en las siguientes páginas. Por ellos pido disculpas anticipadas. No pido clemencia al lector frente a ellos. Pido generosidad en el tiempo y la atención que debe acompañar la lectura, para que no se hagan críticas a cosas que jamás se han dicho; pido que el lector critique lo que hay aquí, no lo que no se afirmó.

Por último, espero que la exposición pueda narrar, así sea de forma aproximada, el entusiasmo con el que se hizo este trabajo.

CAPÍTULO I

LOS PERFILES DE LA LIBERTAD

En este capítulo describiremos los ritmos temporales de la manumisión. Cómo fue y cuáles fueron sus características generales y básicas durante el siglo XIX, en términos de cantidad, tipos de esclavos que se manumitían, los medios que usaron para salir de la esclavitud, la composición entre africanos y criollos, la relación entre mujeres y hombres, y el total de niños, adultos y viejos que salieron del cautiverio. En pocas palabras, este capítulo sólo ilustra el fenómeno general de la manumisión en Río de Janeiro entre 1840 y 1871.

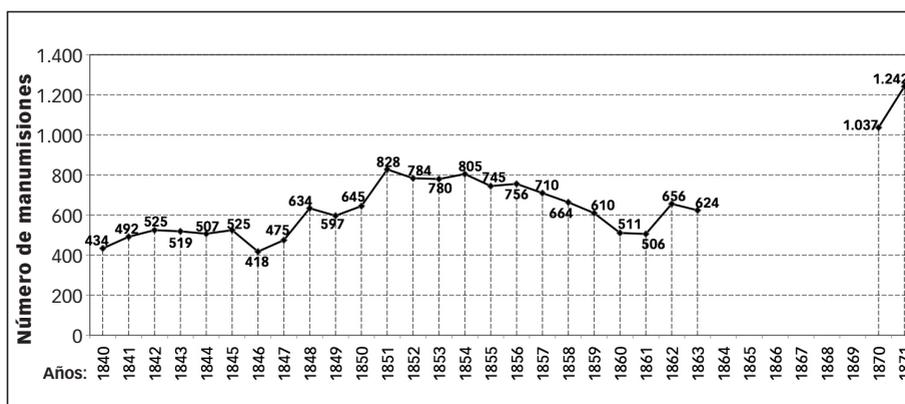
Como veremos en las próximas páginas, la manumisión fue un hecho histórico presente en la vida de los cariocas a mediados del siglo XIX. Sin embargo, en estos poco más de treinta años fueron varias las cosas que cambiaron en su interior. Si la ciudad estaba acostumbrada a que una pequeña parte de sus cautivos se convirtieran en libres, esa pequeña parte iba a crecer en estas tres décadas.

También iba a cambiar su composición etaria, pues si bien fue posible que la ciudad estuviera más acostumbrada a que los manumitidos fuesen niños y ancianos, en esta coyuntura los adultos manumisos iban a comenzar a aparecer más en las calles. En lo que no hubo transformación fue en la proporción de mujeres para hombres que se manumitían, pues ellas iban a continuar dominando el conjunto de aquellos que consiguieron salir del cautiverio. Por último, también hablaremos de las posibles transformaciones en la procedencia africana o brasilera de los esclavos que pasaban a ser libres y veremos el impacto del fin del tráfico atlántico de esclavos. Sin embargo, sólo describiremos estos fenómenos, no explicaremos por qué sucedieron. Esa explicación aparecerá en los siguientes capítulos.

LA SERIE DE MANUMITIDOS

Esta investigación se realizó a partir de las cartas de libertad de los esclavos en Río de Janeiro, entre 1840 y 1871, registradas en los oficios de notas primero, segundo y tercero, que actualmente se encuentran custodiados por el Archivo Nacional de Brasil¹. En total, trabajamos con 17.650 manumisiones. Sin embargo, la serie no está completa, para 1865 a 1869 no hay información debido a la Guerra del Paraguay. Tenemos certeza de que estas 17.650 transacciones no fueron todas las realizadas en la ciudad; por lo tanto, siempre trabajaremos los datos como provenientes de una muestra estadística (figura 1.1.).

Figura 1.1. Total de manumisiones



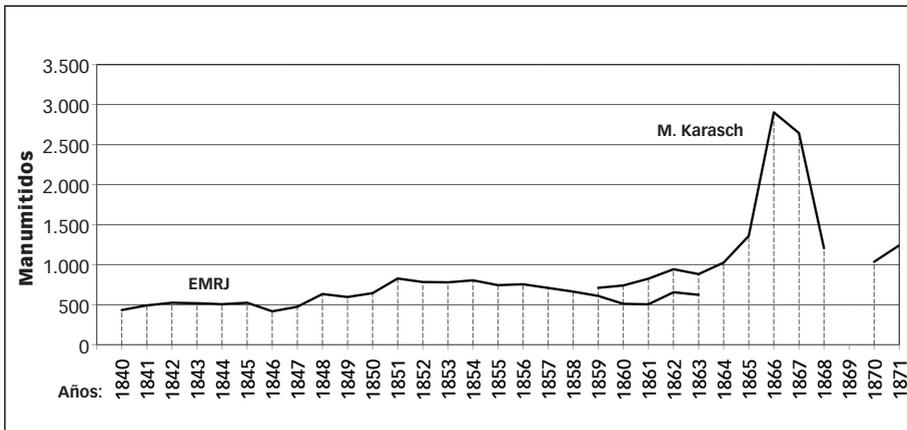
Fuente: EMRJ.

La figura 1.1. muestra el total de manumisiones por año. Estrictamente, la serie tiene cuatro periodos: desde 1840 al primer cuarto de 1843, que fue de caída; de allí hasta comienzos de 1854, de alza; después, contracción hasta el primer cuarto de 1867; finalmente, crecimiento hasta 1871. No obstante, nosotros preferimos hablar de tres momentos: 1840-1854 (ascensión);

¹ Todos los datos de manumisión provienen de la fuente de cartas de libertad que acabamos de mencionar (en adelante, esta base de datos de esclavos manumitidos de Río de Janeiro, será citada como EMRJ). Quiero agradecer a la línea de Historia Económica del Programa de Pós-Graduação em História Social PPGHIS, de la Universidade Federal do Rio de Janeiro (UFRJ), y especialmente a su director, el profesor Manolo Florentino, por las fuentes que se usaron para esta investigación.

1854-1866 (caída) y 1866-1871 (aumento). Para este último periodo, a pesar de no tener información para los años de la guerra con Paraguay, tenemos certeza de que fue de crecimiento, pues tal tendencia también fue registrada por la investigación de Mary Karasch (1987), quien encontró un fuerte incremento entre 1866 y 1867 (figura 1.2.).

Figura 1.2. Comparación de la serie EMRJ con la serie de Mary Karasch



Fuentes: EMRJ, Karasch (1987).

Debemos aclarar que no es posible agregar los datos de nuestra serie con los de la profesora Karasch, ya que provienen de universos estadísticos diferentes. Para 1860-1864 tenemos información en ambas series; y si bien el comportamiento de la tendencia de las dos es más o menos paralelo, lo que también es claro es que existe una importante distancia entre ellas, que en promedio es de 40% (figura 1.2.). Esto quiere decir que preferimos no usar los datos de Mary Karasch para estimar el vacío de nuestra serie entre 1865 y 1869.

EL GÉNERO DE LOS MANUMITIDOS

Como en otros lugares de América, el número de mujeres manumitidas fue mayor al de los hombres; y esto ocurrió en Río de Janeiro para todos los años entre 1840 y 1871. Tal vez, únicamente en 1850 sería posible pensar que los hombres se acercaron a los niveles de las mujeres (tabla 1.1.).

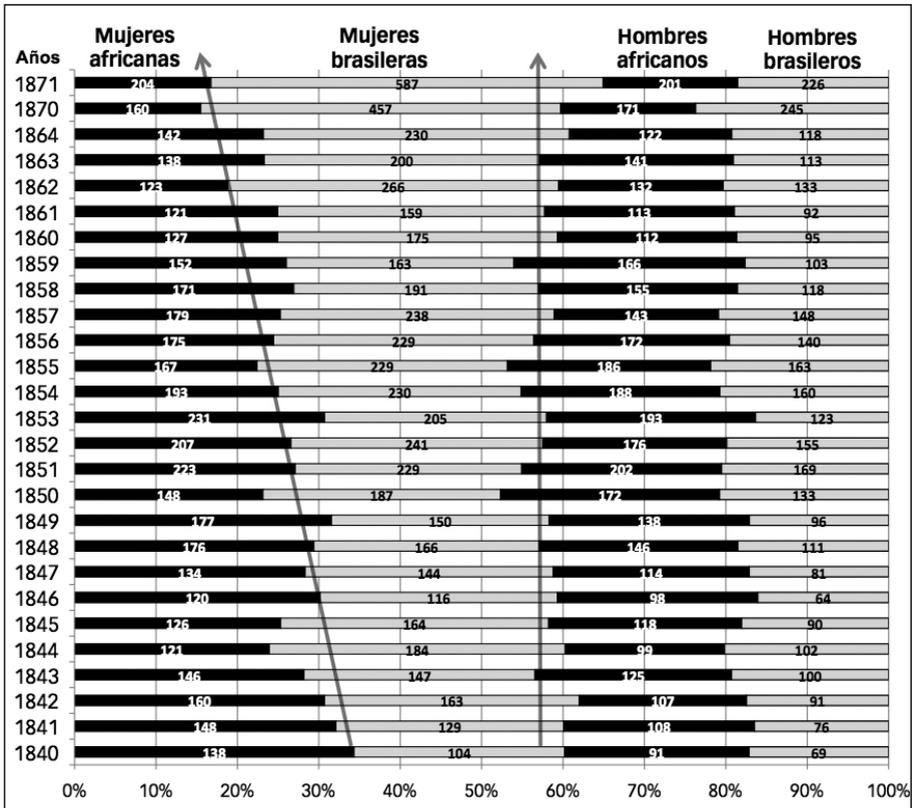
Tabla 1.1. Manumitidos según el género y la procedencia

Año	MUJERES			HOMBRES		
	AFRICANAS	BRASILERAS	TOTAL	AFRICANOS	BRASILEROS	TOTAL
1840	138	104	242	91	69	160
1841	148	129	277	108	76	184
1842	160	163	323	107	91	198
1843	146	147	293	125	100	225
1844	121	184	305	99	102	201
1845	126	164	290	118	90	208
1846	120	116	236	98	64	162
1847	134	144	278	114	81	195
1848	176	166	342	146	111	257
1849	177	150	327	138	96	234
1850	148	187	335	172	133	305
1851	223	229	452	202	169	371
1852	207	241	448	176	155	331
1853	231	205	436	193	123	316
1854	193	230	423	188	160	348
1855	167	229	396	186	163	349
1856	175	229	404	172	140	312
1857	179	238	417	143	148	291
1858	171	191	362	155	118	273
1859	152	163	315	166	103	269
1860	127	175	302	112	95	207
1861	121	159	280	113	92	205
1862	123	266	389	132	133	265
1863	138	200	338	141	113	254
1864	142	230	372	122	118	240
1870	160	457	617	171	245	416
1871	204	587	791	201	226	427
Total	4.307	5.683	9.990	3.889	3.314	7.203

Fuente: EMRJ.

Que la mayoría de los manumitidos fuesen mujeres es una característica de los africanos en los dos primeros ciclos, pues únicamente en 1850, 1855, 1860 y 1862 los hombres llegaron a niveles mayores. Sin embargo, en el tercer ciclo la situación es distinta, pues ellos las equilibraron, o sobrepasaron. Para los brasileros, la relación entre hombres y mujeres fue más simple, y las mujeres en los tres ciclos tuvieron valores más altos.

Figura 1.3. Composición por género y origen de los esclavos manumitidos



Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

Para explicar ese comportamiento diferente en el tercer ciclo para la composición por género entre africanos y criollos, debemos observar la figura 1.3., donde aparecen los porcentajes de cada género de acuerdo con su origen. La figura es un poco compleja, así que debemos explicarla en detalle. En el eje X aparece el porcentaje en el que cada género participa del total de manumisiones, teniendo en cuenta el origen —africano o brasiler— del manumitido. En el eje Y están los años.

De esa manera, cada una de las barras horizontales representa un año y cada barra está dividida en cuatro secciones: la primera representa las mujeres africanas, y así según lo indica la figura. Por ejemplo, la primera barra (de abajo hacia arriba) presenta una primera sección (de izquierda a derecha) que llega a menos del 40%, índice que se corresponde con el porcentaje de mujeres africanas manumitidas ese año. La segunda sección de la barra es la de mujeres brasileñas. En el ejemplo, ellas son un poco más del 20% (empiezan antes del 40% y llegan al 60%), de tal manera que en conjunto las mujeres ese año representaron el 60%. La siguiente sección es la de hombres africanos, que en 1840 serían un poco más del 20% (la barra llega a más del 80%). La última sección es la de hombres brasileños, que en nuestro ejemplo son menos del 20%.

Si observamos la flecha inclinada, lo que percibimos es que el porcentaje de mujeres africanas va decayendo año a año. En 1840 representaban el 34,3% y en 1871, el 16,7%. Sin embargo, la flecha vertical muestra que, en el total, las mujeres no perdieron participación, pues su porcentaje se mantiene en torno al 60%. Lo que significa que existió un efecto de sustitución, debido a que el porcentaje de mujeres brasileñas aumentó al pasar del 25,9% al 48,2%. Entre los hombres la composición por africanos y brasileños es más o menos estable en todo el periodo.

La pregunta es por qué tal efecto de sustitución entre las mujeres. La primera y más sencilla respuesta es remitir al tráfico internacional de esclavos y sus consecuencias en la demografía esclava en la ciudad. Al ser cerrado el tráfico en la década de 1850, el número de africanos empieza a descender y, sobre todo en la década de 1860, el índice de africanidad en la población esclava se reduce de forma importante (Florentino, 2002). Como las mujeres africanas siempre fueron minoría en el tráfico, entonces ellas van a desaparecer más rápido de la ciudad y, por ende, de la manumisión.

Sin embargo, esta respuesta no resuelve la pregunta completamente, pues es evidente que por ser mayoría en el tráfico, los hombres africanos equipararon y sobrepasaron a las mujeres africanas en la manumisión. Las preguntas interesantes son: ¿por qué las alcanzan únicamente al final del periodo 1840-1871 y no antes? (en otras palabras, por qué ellas tuvieron más oportunidades, o más propensión, a la manumisión). Y ¿por qué el 60% de mujeres manumitidas es constante a pesar de la reducción del número de africanas? (en otras palabras, por qué la caída de las africanas fue acompañada por un aumento en las brasileñas). Estas preguntas no quieren desestimar el efecto del fin del tráfico atlántico de cautivos, pero es claro que otras variables también deben ser tenidas

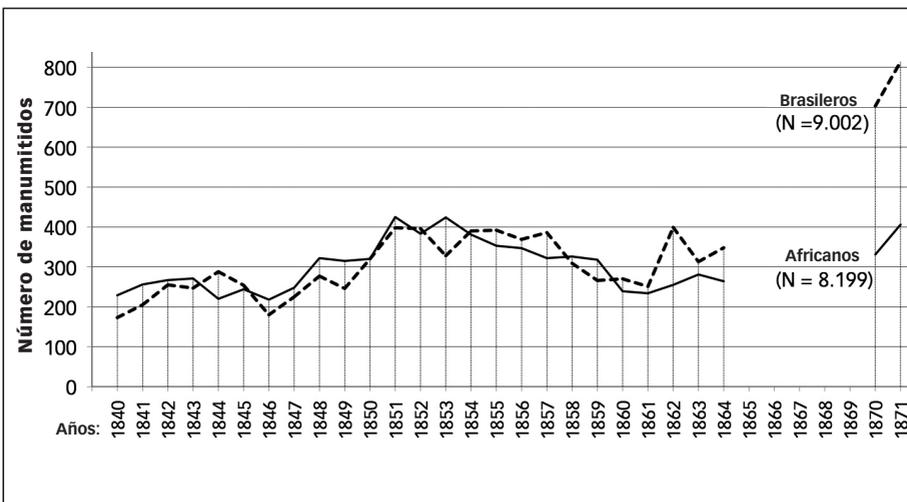
en cuenta para explicar la situación. Sobre esas variables volveremos a lo largo de los próximos capítulos, pues, como ya afirmamos, por ahora sólo queremos describir las características generales de la manumisión carioca.

EL ORIGEN DE LOS MANUMITIDOS

El número de manumitidos brasileiros y africanos tendió a comportarse de forma más o menos similar. Los africanos fueron siempre mayoría en el primer ciclo. En el segundo, estuvieron por debajo de los brasileiros en siete años. Y en el tercero siempre fueron minoría. En resumen, y como muestra la figura 1.4., comenzaron por encima de los criollos y paulatinamente fueron perdiendo ese lugar. En total, en todo el periodo fueron 9.002 brasileiros y 8.199 africanos. La explicación de tal comportamiento es evidente: cada año que pasaba, los africanos eran menos en la ciudad debido al final de la trata negrera en la década de 1850.

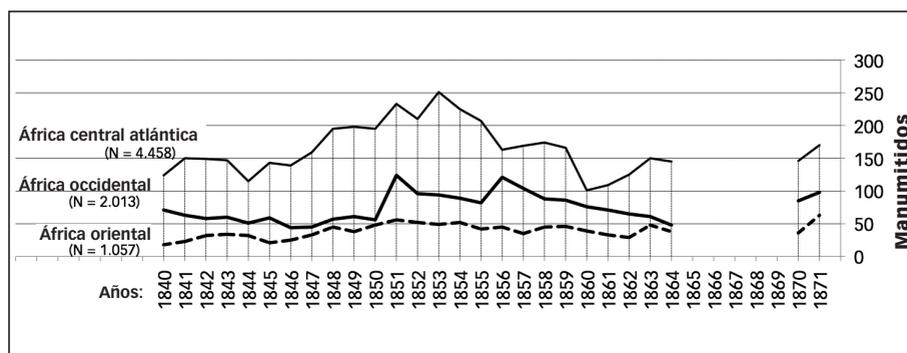
Entre los africanos, siempre fueron más frecuentes los provenientes de África central atlántica. Su importancia es tan grande que, en cierta medida, la cantidad de ellos es lo que define el perfil general de la serie de africanos manumitidos. Por ejemplo, en la figura 1.4. se observa que en 1853 empieza una caída entre los africanos, tal reducción es consecuencia del descenso entre los africanos centrales (figura 1.5.). E igual sucede después de 1860.

Figura 1.4. Procedencia de los manumitidos



Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

Figura 1.5. Regiones de origen de los manumitidos africanos



Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

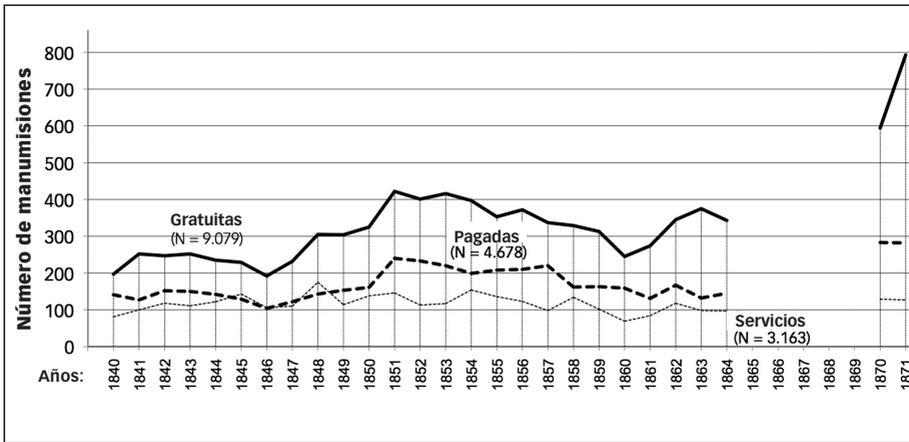
El caso de los africanos de origen mina o de Mozambique es diferente. A primera vista, la figura 1.5. parece mostrar que tienen menos importancia en el total de manumisiones si son comparados con aquellos provenientes de Angola o el Congo. Pero, si tenemos en cuenta los datos de importación de esclavos, lo que encontramos es que los minas y los mozambiqueños son relativamente más entre los manumitidos; es decir, en comparación con la población que llega desde África, los africanos de estas regiones tuvieron más oportunidades o eran más propensos a la manumisión. Y esta característica es especialmente importante para los minas. Sobre ella volveremos en el capítulo 6.

LOS MEDIOS PARA MANUMITIRSE

Para alcanzar la manumisión, los esclavos contaron con varios medios. Los hemos agrupado en los tres grandes conjuntos que usualmente se usan: aquellos que pagaron por la libertad (que resumiremos como *manumisión comprada*), sea este valor de contado, a crédito o en especie; aquellos que establecieron tiempos de servicio adicional para sus amos o para alguna persona designada por estos (que definimos como *servicios*); y aquellos que la consiguieron de forma gratuita, generalmente debido a los servicios ya prestados al amo por el esclavo, o alguno de sus parientes (que catalogaremos como *gratuitas*). Este último conjunto fue el más frecuente de los tres para todo el periodo; después, las manumisiones mediante pagos y, finalmente, las de tiempo de servicio. Aunque en 1845 y 1848 las segundas y terceras invirtieron su orden, tal y como lo muestra la figura 1.6.

Las mujeres fueron siempre mayoría en las tres formas de manumisión en todos los años. Sin embargo, al ser comparadas con los hombres, la tendencia de ellas fue siempre conseguir la libertad más por medio de pagos o de pactos de servicio que de forma gratuita. La evidencia de esa característica es que la tendencia femenina en la manumisión por pago o por servicio siempre estuvo por encima del 60% del total anual para los dos géneros; en contraste, la tendencia de manumisiones femeninas por servicios ya prestados (gratuitas) siempre estuvo por debajo del 60%.

Figura 1.6. Medios para alcanzar la manumisión



Fuente: EMRI. Cálculos propios.

Si bien las manumisiones gratuitas siempre fueron mayoría entre hombres y mujeres, la participación relativa de ellos es más alta en este mecanismo que en los otros dos: en las manumisiones gratuitas ellos representaron el 44%; en las pagadas, el 38%, y en las de servicios, el 39%. De este modo, y descontando que las mujeres siempre fueron más que los hombres, queda claro que ellas usaron proporcionalmente menos el mecanismo de manumisión gratuita.

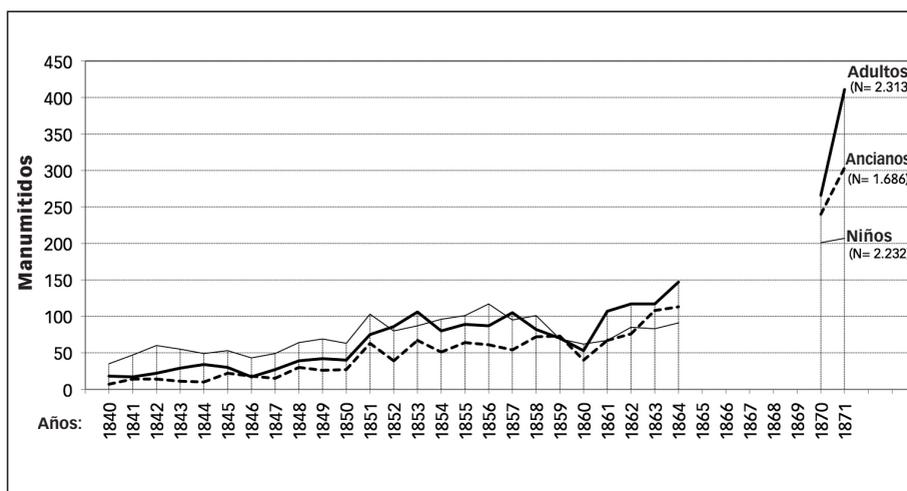
En cuanto al origen de los manumitidos por cada conjunto de medio de manumisión, lo que encontramos es que africanos y brasileros se dividieron la participación por igual en los mecanismos de pago. Lo interesante es que esa paridad se construye en el tercer periodo, pues en los dos ciclos anteriores siempre fueron más los africanos que los brasileros. En la manumisión gratuita los dos grupos se alternan hasta 1861, luego de esa fecha pasan a ser mayoría los americanos. La razón de esta situación es el efecto del final del tráfico atlántico

de esclavos. Por último, los brasileiros siempre superaron a los africanos en las manumisiones por tiempo de servicio adicional.

EDAD DE LOS MANUMITIDOS

De todas las variables que describen a los manumitidos, la que menos aparece en los registros es la edad. Comparativamente, son pocos los casos en los que se tiene alguna idea sobre cuántos años tiene el esclavo cuando se manumite. Sin embargo, construimos la figura 1.7. con la información etaria, y los clasificamos en tres grupos: niños, adultos y ancianos, asumiendo que los primeros van hasta los catorce años y los terceros son mayores de cuarenta años (figura 1.7.).

Figura 1.7. Grupos etarios de los manumitidos

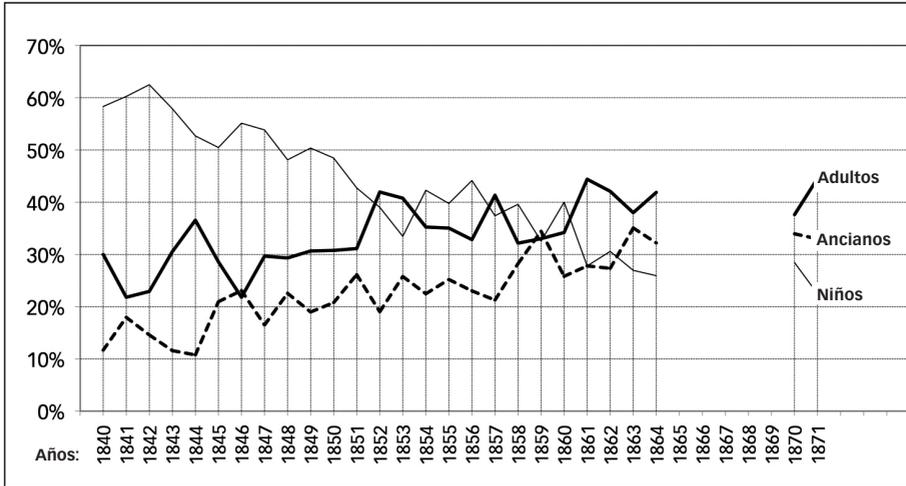


Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

El crecimiento de las series muestra una modificación en el patrón poblacional de manumisión: en el primer ciclo, la media anual de ancianos manumitidos fue de 21; en el segundo pasó a ser de 59, por tanto, se duplicó; y en el tercero fue de 168, es decir, casi se triplicó nuevamente. Las preguntas pasan a ser: ¿por qué tal crecimiento? Y, sobre todo, ¿por qué se experimentó un crecimiento aun más rápido entre los adultos? Ellos tenían por media anual en el primer ciclo a 32 individuos, pasaron a 86 en el segundo y a 217 en el tercero; es decir, siete veces más en menos de dos décadas.

Claramente, los crecimientos fueron extremadamente rápidos, tal y como lo muestra la figura 1.8. en la que aparecen los porcentajes de participación de cada grupo etario en el total de manumisiones anuales.

Figura 1.8. Porcentaje de participación de los grupos etarios en la manumisión



Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

La explicación sencilla es enfatizar el final del tráfico atlántico o el final de la esclavitud. Si bien esto es verdad, en el capítulo 3 discutiremos hasta dónde las transformaciones demográficas de la ciudad, que fueron producto del fin del tráfico atlántico de cautivos, lograron resolver plenamente estos interrogantes o si es necesario incluir otros factores de explicación.

Esperamos que el panorama general y básico esté claro. Intentemos resumir rápidamente las constataciones hechas en este capítulo y que busquemos explicar en los próximos. La primera constatación es que la serie de manumisión entre 1840 y 1871 tiene tres ciclos: incremento, contracción, incremento.

Segundo, como en toda América, las mujeres se manumiten más que los hombres. El porcentaje de ellas tendió a ser constante en torno del 60%; así, se dio un efecto de sustitución de africanas por brasileras cuando las primeras empezaron a desaparecer de la ciudad por el fin del tráfico atlántico

de esclavos. Además, las mujeres proporcionalmente pagaron por la libertad en más ocasiones que los hombres.

Tercero, las cantidades de manumitidos por pactos de servicios adicionales fueron cada vez menores durante el periodo. En especial, el número de esclavos que acuerdan servir hasta la muerte de sus amos para luego convertirse en libres fue reduciéndose después de 1848. En contraste, las manumisiones gratuitas y mediante pagos crecieron en el último ciclo del periodo.

Cuarto, teniendo en cuenta las cantidades de población, los esclavos minas fueron los que más pagaron por la libertad, y los mozambiqueños, los que menos lo hicieron. Los brasileños usaron proporcionalmente más el mecanismo de pactar tiempo adicional de trabajo para los amos que los africanos.

Quinto, los adultos son el grupo etario que más velocidad experimentó en el crecimiento de la manumisión. Al comienzo del periodo era el grupo que menos se liberaba y al final fue el que más salió del cautiverio.

Sabemos que estas cinco características son en extremo generales y que no hemos dado ninguna explicación satisfactoria para comprender por qué se dieron en Río de Janeiro, entre 1840 y 1871. Además, es cierto que la historiografía (Góes, 2006) ya ha señalado algunas y que en ese sentido este capítulo poco tiene de novedoso. Sin embargo, nuestro objetivo era sólo presentar el fenómeno histórico de la manumisión carioca a mediados del siglo XIX en sus elementos más generales.

CAPÍTULO II

EL PRECIO DE LA LIBERTAD

En el primer capítulo presentamos las variables más gruesas que caracterizan la manumisión de esclavos en Río de Janeiro, entre 1840 y 1871. Esas variables fueron la cantidad anual de individuos que conseguían dejar el cautiverio y sus características demográficas, especialmente género y edad.

Adicionalmente, agrupamos a los manumitidos en tres grandes conjuntos, según las formas por las cuales consiguieron la libertad; estas eran: gratuitas, pagadas y condicionales a prestar servicios a sus amos o a quienes ellos decidieran. En este capítulo vamos a detenernos en esos tres mecanismos de manumisión para observar el costo que tenían para los esclavos. Esto es, procuramos describir el tipo de recurso que los cautivos tenían que emplear o la clase de compromiso que tenían que establecer para poder transformarse en libres.

Esos recursos podrían ser simbólicos, económicos o temporales. En el primer conjunto aparecen las redes sociales, los discursos político-religiosos y las condiciones culturales que los esclavos usaban para acceder a la manumisión. En el segundo se encuentran los recursos materiales y concretos que desembolsaban para pagar por la libertad. El tercero y último se refiere al tiempo con el que debían contar los manumisos para cumplir los compromisos adquiridos y salir de la esclavitud. Esto quiere decir que cada uno de estos conjuntos se corresponde de forma privilegiada con uno de los tres medios de manumisión que usaban los cautivos.

Sin embargo, no debemos entender privilegiada como exclusiva, es decir, si bien es cierto que la totalidad de los que consiguieron la manumisión gratuita tuvieron que desplegar recursos simbólicos para acceder a ella, también es cierto que aquellos que usaron otros medios también tuvieron que llevar a cabo despliegues simbólicos. Así, el conjunto de recursos empleados se combinaba

en cada medio de manumisión, aunque, evidentemente, en cada medio un tipo de recursos pesaba más que otro. Dicho esto, es importante recordar que la gran mayoría de cautivos no se convirtieron en individuos libres y, por tanto, esta combinación de recursos en un medio específico para alcanzar la meta de la libertad no fue un fenómeno general en Río de Janeiro.

En este capítulo vamos a describir esa relación entre medios y recursos para manumitirse. No obstante, observaremos con más detalle el vínculo entre el valor económico cancelado para ser libre y la cantidad de manumitidos. La idea es discutir hasta dónde el comportamiento de los precios de la manumisión consigue explicar el volumen y la tendencia de esta. Dicha relación entre precio de la libertad y cantidad de manumitidos ha sido una de las explicaciones privilegiadas a la hora de entender el fenómeno de la emancipación durante el esclavismo, y, por lo tanto, queremos saber si ese poder de explicación es tan fuerte como se ha asumido (Florentino, 2002).

LOS QUE NO TIENEN PRECIO... ¿NO TIENEN?

Como ya comentamos, los esclavos tuvieron varios medios para lograr transformarse en horros. Esos medios los agrupamos en tres conjuntos. Comencemos la discusión con los manumisos que no desembolsaron, o por lo menos los que no trasladaron explícitamente recursos para pagar por la libertad o que no contrajeron pactos de tiempos de servicio adicional. Como ya afirmamos, la manumisión gratuita fue la más usada en todos los años y para los dos géneros. También ya dijimos que tanto africanos como brasileros la usaron en porcentaje similar y sólo al final del periodo había una tendencia que favorecía a los esclavos americanos sobre los extranjeros.

Dentro de los africanos, fueron los esclavos congo-angolanos los que más emplearon este mecanismo; pero al relativizar, teniendo en cuenta la población total, fueron los esclavos mozambiqueños los que más consiguieron manumisiones gratuitas. En cuanto a los grupos etarios, este mecanismo sigue el patrón general: cada vez menos niños en comparación con el porcentaje creciente de ancianos y adultos, aunque a diferencia del patrón general, aquí estos dos últimos grupos crecen de forma más o menos similar.

La manumisión por servicios fue la que menos se empleó de los tres mecanismos. Por ejemplo, al final del periodo, las otras dos formas de manumisión

crecieron, mientras que esta se mantuvo constante; esto es, que ella nunca fue lo más usual para salir del cautiverio. Dicho esto, también es importante resaltar que tuvo un comportamiento cíclico, sobre todo si observamos el comportamiento de los géneros: el número de mujeres que usó este mecanismo aumentó hasta 1848, cuando alcanzó el máximo, que se sostuvo en 1849, luego de esa fecha hubo una contracción continua que sólo se invirtió en 1870 y 1871. Los hombres acompañaron este comportamiento, aunque en 1850, 1855 y 1860 llegaron a ser un poco más.

Como comentamos antes, los brasileros siempre dominaron en la manumisión por servicios. Los africanos únicamente los superaron en 1840, cuando fueron 45 contra 42; en los restantes años siempre fueron más los esclavos nacidos en Brasil. Siendo así, la explicación de este fenómeno no está relacionada con el tráfico atlántico de esclavos y sus consecuencias demográficas, sino con los mecanismos de negociación diferenciados para cada grupo: en comparación con los africanos, los americanos prefieren la manumisión por pactos de tiempo de trabajo adicional. Y dentro de los africanos, otra vez los provenientes de África central atlántica serán los que más usen esta forma para liberarse, seguidos por los venidos de África oriental y por último los de África occidental.

El peso reducido de la manumisión por servicios en comparación con las otras dos formas también es percibido en la composición por edad de los manumitidos. Si bien los adultos fueron los que más crecieron, ese incremento es menor si lo comparamos con el patrón general que antes mencionamos: en 1871 fueron 53 adultos los que salieron del cautiverio por pactos de trabajo, mientras que de forma gratuita y por medio de pagos fueron 250 y 100, respectivamente. Así, los adultos se incrementaron en este medio, pero es el que menos se usa de los tres.

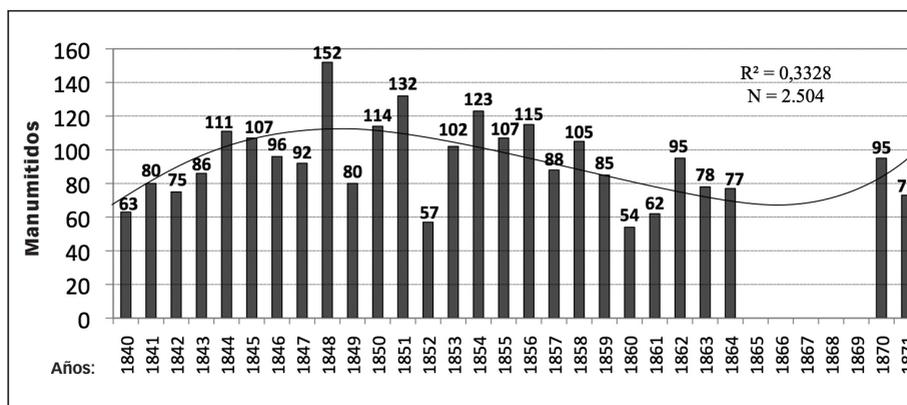
Si comparamos la manumisión gratuita con la de servicios para los niños, lo que encontramos es que la situación es distinta, pues en el primero de estos mecanismos ellos crecen en los valores absolutos, aunque tienen una reducción en su participación relativa frente a los otros grupos de edad; en contraste, en el segundo de estos mecanismos la cantidad de niños fue constante, y se movió entre los 10 y los 30 individuos.

Los ancianos, que en la manumisión gratuita le disputaron el primer lugar a los adultos, en la de servicios sólo tuvieron una pequeña tendencia al incremento, que alcanzó su máximo en 1870, cuando fueron 26 individuos. Claro que se esperaría este bajo número, pues la manumisión por tiempo de servicio adicional debía estar en relación con la edad del esclavo que quiere acceder a ella. Los adultos y los niños podrían comprometerse a cumplir con

tiempos que los ancianos no alcanzarían y por eso sería posible que los amos presionaran por hacer este tipo de acuerdo con individuos más jóvenes.

En cuanto a los tiempos de servicio adicional, lo más común es pactar utilizando la expresión “*servir em vida*” o con cualquier otra que quiera decir lo mismo, tal como “*até a morte*”, refiriéndose a que el individuo permanecerá siendo esclavo hasta que el amo muera. Utilizando este tipo de fórmulas, 132 ancianos consiguieron la libertad, mientras que los adultos en este grupo fueron 322 y los infantes 419. Nos parece que estos números apuntan en la dirección que acabamos de mencionar: los señores presionan para que este tipo de manumisión sea empleada por jóvenes (figura 2.1.).

Figura 2.1. Manumisiones mediante servicios hasta la muerte del amo

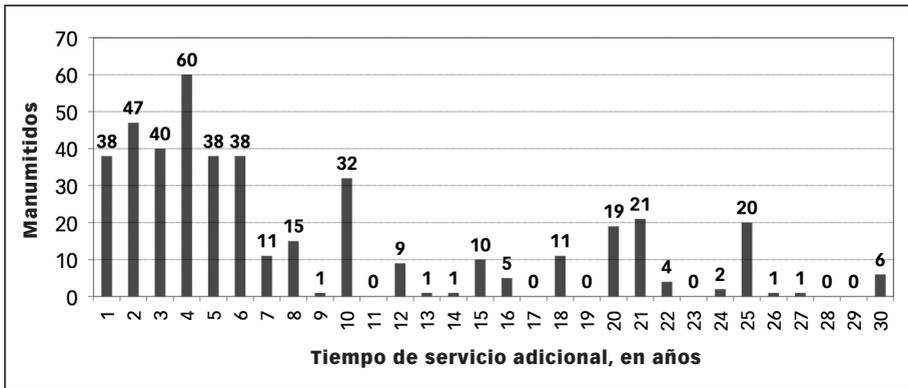


Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

La fórmula de permanecer esclavo hasta la muerte del amo también fue más usada por las mujeres: 1.543 frente a 957 hombres. No obstante, es preciso recordar que en todos los medios ellas representaron más cantidad que ellos. También, y como era de esperar, los brasileros usaron más este mecanismo que los africanos: los primeros son 1.563 y los segundos, 889.

Salir del cautiverio trabajando hasta la muerte del amo también es un mecanismo con ciclos temporales. La figura 2.1. presenta esos ritmos: entre 1840 y 1848 hubo una tendencia al incremento, después hubo una caída que fue hasta 1861 y luego una relativa estabilidad. En otras palabras, a medida que el periodo fue transcurriendo, fueron menos los esclavos dispuestos a esperar hasta la muerte del amo para poder pasar a ser libres. En el capítulo 9 veremos que esto hace parte de un fenómeno más general (figura 2.2.).

Figura 2.2. Tiempos de servicio para conseguir la manumisión



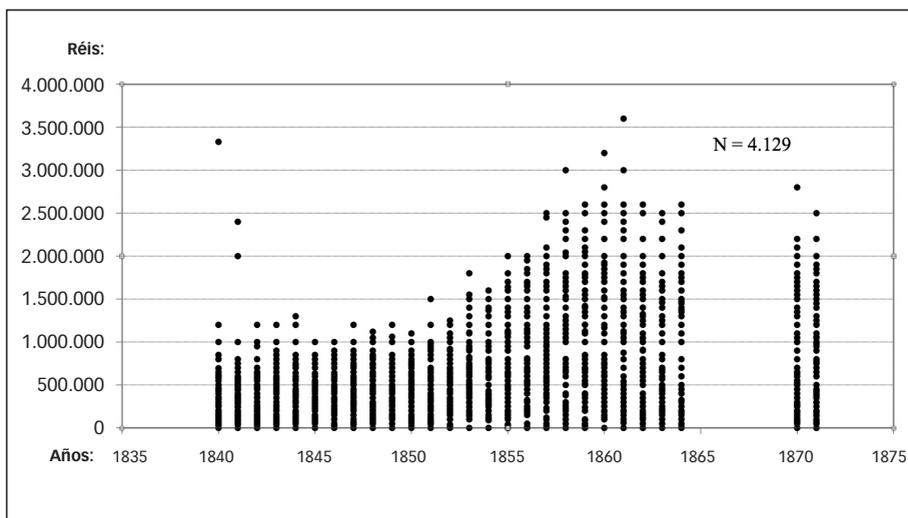
Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

Si bien es cierto que la mayoría de los esclavos que pactan tiempo de servicio para salir del cautiverio usa el mecanismo de esperar a que el amo muera, también estuvieron aquellos que acordaron plazos fijos. En este caso, lo más común fue definir tiempos menores a los seis años. Como expone la figura 2.2., lo corriente eran acuerdos de cuatro años adicionales. Para aquellos que pactaban más de seis años, lo frecuente era establecer lustros completos: diez, quince, veinte, veinticinco y hasta treinta años fueron los datos más reiterados dentro de cada periodo de cinco años. Por ejemplo, en el grupo de los que acuerdan entre diez y catorce años, lo más generalizado fue pactar diez; en el grupo de los quince a los diecinueve, lo más común fue quince, y así para los otros grupos, exceptuando el de veinte a veinticuatro, en el que el mayor valor lo tuvo el pacto de veintiún años. Sin embargo, hay que decir que cuando el periodo se amplía, el número de casos se reduce.

LOS PRECIOS NOMINALES Y LA TRANSFORMACIÓN EN REALES

Pasemos a comentar el caso de los esclavos que efectuaron pagos para salir del cautiverio. El valor nominal e individual aparece en la figura 2.3. Como se puede ver, en la primera década el precio nominal se movió entre los 0 y 1 *conto de réis* (1:000.000 réis), después los máximos pasaron a incrementarse, en la media, hasta los 2,5 contos. Claro que existieron casos de valores sustancialmente más altos, que llegaron a superar los 3,5 contos (figura 2.3.).

Figura 2.3. Precio individual y nominal de cada manumitido



Fuente: EMRJ.

Nota: cada punto representa el precio nominal de la libertad de un esclavo.

Como todos sabemos, la información que ofrecen los precios nominales es importante, pero limitada y, por tanto, es fundamental la transformación en precios reales. La razón de esta importancia reside en que los costos de vida carioca en el siglo XIX se incrementaron, especialmente después de la década de 1830, y sería posible que, en principio, para los esclavos fuera más difícil conseguir los recursos para su libertad.

Pero esto sólo lo sabremos si conocemos el precio real de la manumisión; ya que los incrementos de precios nominales de la figura 2.3. no necesariamente se corresponden con mayores cantidades de recursos desembolsados por los esclavos o sus familiares, pues, debido al aumento general del costo de vida, es posible que el costo relativo de la manumisión haya caído. Por ejemplo, sería posible que alimentos y manumisión aumentaran de precio, pero que los primeros lo hicieran en mayor proporción que la segunda; por tanto, en comparación, el precio de la manumisión podría decrecer (eso lo discutiremos con detalle en el capítulo 11). En otras palabras, se efectúa la transformación de precios nominales a precios reales para saber si el pago por un bien implicó un mayor —o menor— desembolso de recursos.

Si bien es posible que todos estemos de acuerdo en la importancia de la transformación de precios nominales a reales, sobre todo para el contexto de América

Latina en el siglo XIX, cuando la inflación fue alta, en lo que probablemente hay diferencias es en el índice que se debe usar para hacer esa transformación; sobre todo porque frecuentemente no se tienen a disposición comportamientos de índices generales de precios para la época, que es el indicador evidente para saber si un precio creció más o menos en comparación con el total de los bienes.

Ante esta carencia de índices, algunos investigadores, como Manolo Florentino (2002) o Katia Mattoso (1982), han preferido usar como mecanismo de transformación (es decir, para deflactar) la tasa de cambio; esto es, han expresado los precios nominales en libras esterlinas y luego han analizado los valores en este patrón. Ellos suponen que la estabilidad y fortaleza de la moneda inglesa puede reducir las oscilaciones de los precios generales en Río de Janeiro y así, al expresarse todo en precios de Londres, sería posible tener un indicador de los precios reales.

Sin embargo, son dos los problemas básicos que genera este método para el caso que nos ocupa. Primero, no consigue dar cuenta de la relación entre costos y desembolsos de diferentes productos en la ciudad. Segundo, las variaciones de los valores de los productos en Río de Janeiro no son acompañadas por la tasa de cambio. No hay alguna razón que permita afirmar que variaciones en los precios de productos de consumo cotidiano en una ciudad como Río de Janeiro en el siglo XIX tengan que manifestarse o ser influidos directamente por la tasa de cambio.

Tampoco hay razón empírica para afirmar tal cosa. Según el indicador de precios construido por María E. Lobo (1977) en Río de Janeiro, el índice de precios se multiplica por 2,6 entre 1850 y 1860, y por 1,25 entre 1860 y 1870. Así, en media, un objeto que costaba 300 mil-réis² en 1840 costaría 1.100 mil-réis en 1871.

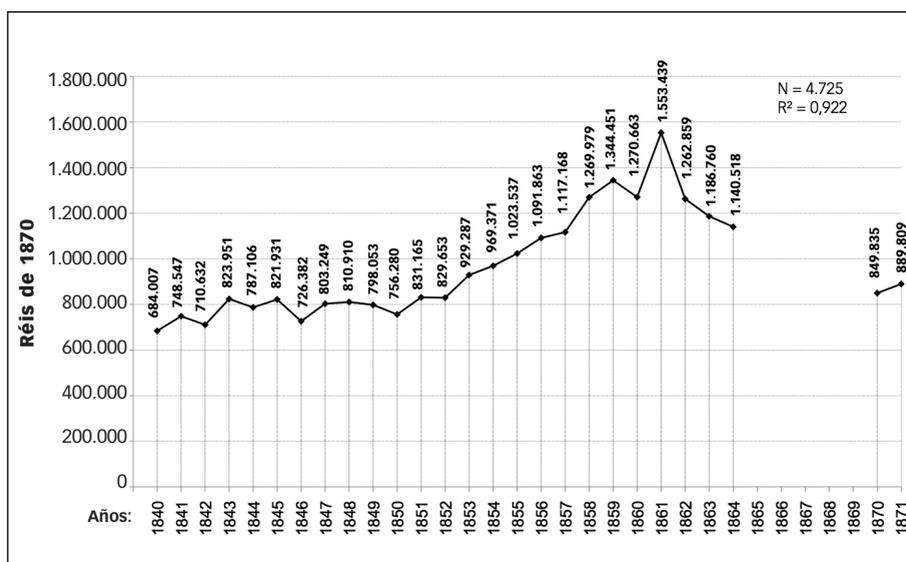
Además, como se constató (Valentin *et al.*, 2004), en general las fluctuaciones en la tasa de cambio no acompañan ese crecimiento. En realidad, ella tiene más una estabilidad con tendencia al decrecimiento, al contrario del movimiento del costo de vida.

Por eso no sería aconsejable emplear la tasa de cambio como mecanismo para deflactar los precios, mejor sería usar el índice presentado por las investigaciones sobre comportamiento de precios en la ciudad (Buescu, 1973;

² Nota: La moneda era el mil-réis que, como su nombre lo indica, se dividía en 1.000 réis. 1 conto equivale a 1.000 mil-réis.

Lobo, 1977). Aunque también hay una tercera opción: el indicador implícito en la serie de Pedro Mello (1992) sobre el crecimiento de precios de los esclavos. A pesar de las divergencias entre esas tres series, cualquiera de ellas ilustra el fuerte proceso inflacionario en Río de Janeiro para estos años. En realidad, las discrepancias aparecen por el tipo de productos que se investigaron y las formas de agregación que se emplearon para llegar a un único índice que resuma el comportamiento general (figura 2.4.).

Figura 2.4. Promedio anual de precios reales de la manumisión



Fuente: EMRJ.

Nota: cálculos explicados en el texto.

Nosotros preferimos emplear el deflactor implícito de la serie de Pedro Mello (1992), pues se ocupa específicamente del caso de los esclavos. Sin embargo, repitámoslo: cualquiera de las tres series presenta un fuerte proceso inflacionario.

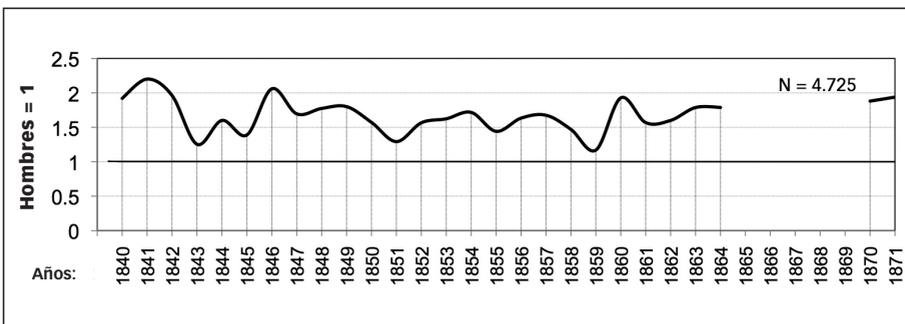
Usando este indicador, los promedios anuales de los precios reales de la manumisión aparecen en la figura 2.4. Como se puede ver, hay estabilidad en la primera década, incrementos en la segunda y caída en la tercera. Así, estamos exponiendo un ritmo de precios diferente al propuesto por Manolo Florentino (2002). Como hemos venido discutiendo, la diferencia entre las dos curvas es producto del tipo de transformación entre valores nominales a reales, pues él transforma los precios en libras y nosotros aplicamos el índice de precios para esclavos.

LAS CARACTERÍSTICAS DE LOS MANUMITIDOS QUE PAGARON POR LA LIBERTAD

Continuemos con las características de los individuos que salieron de la esclavitud mediante la compra de la libertad. Lo primero por decir es que el ritmo de este medio es similar a los otros dos mecanismos, comienza con una estabilidad entre 1840 y 1846, luego un incremento hasta 1851, mantiene ese nivel hasta 1857, cuando enfrenta una caída que va hasta 1864 y vuelve a tener un vigoroso crecimiento en 1870 y 1871. Como ya lo discutimos, siempre existieron más mujeres que hombres que pagaron por la libertad, tanto en términos absolutos como relativos (figura 2.5.).

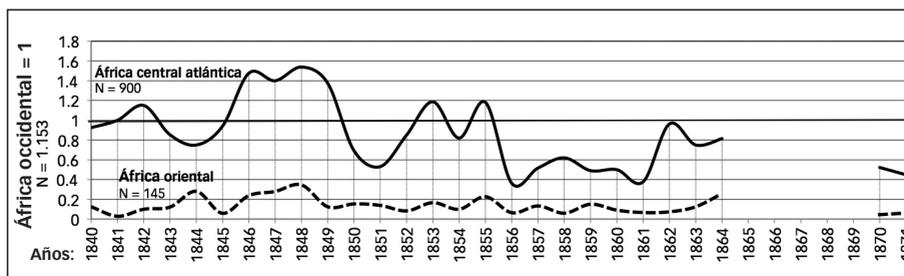
El origen de los esclavos africanos que pagan por la libertad sí es completamente diferente al de los otros dos mecanismos. Si en la manumisión gratuita y por servicios prevalece la mayoría congo-angoleña, aquí los minas disputan el primer lugar, y en siete años consiguen ser más que los otros dos grupos. Si bien en los otros años representan un menor número que los provenientes de África central atlántica, debemos recordar que los africanos occidentales en Río de Janeiro siempre fueron una minoría poblacional. De tal forma, es evidente que los minas eran más propensos, o tuvieron mayor oportunidad, de manumitirse por medio de pagos. La explicación de esta característica la dejaremos para los próximos capítulos (figuras 2.5. y 2.6.).

Figura 2.5. Proporción de mujeres a hombres que compraron la libertad



Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

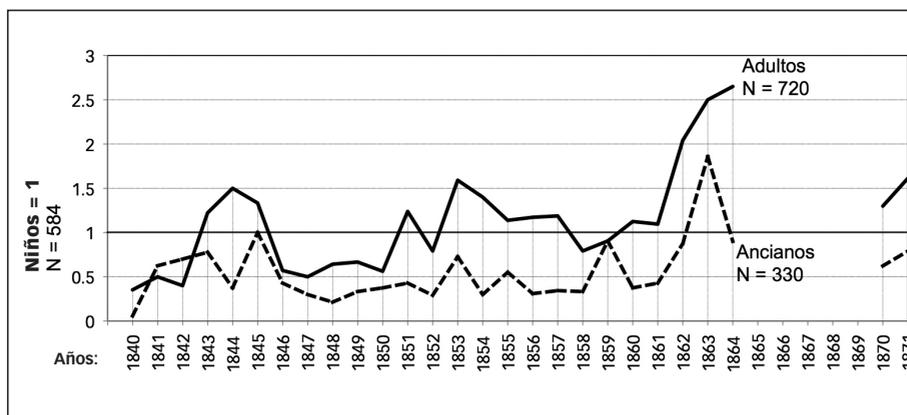
Figura 2.6. Proporción de individuos de las grandes regiones africanas en la manumisión comprada



Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

A pesar de que los esclavos minas incrementaron su participación en este tipo de manumisiones, en el total los africanos no sobrepasan a los brasileros, y la relación entre estos dos grupos se mantiene más o menos igual a la de las manumisiones gratuitas y por servicios: en algunos años unos están por encima y en otros momentos el orden se invirtió. La explicación de esta paridad proviene de la caída de los esclavos mozambiqueños; esto es que si los minas aparecen más aquí, ese efecto se ve mitigado por la reducción de los provenientes de África oriental.

Figura 2.7. Proporción de los grupos etarios de manumitidos que pagaron por la libertad



Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

Como hemos repetido en varias ocasiones, la velocidad de incremento de la manumisión fue mayor para adultos que para niños y ancianos. Sin embargo,

esa diferencia en las tasas de crecimiento no era explicada de forma importante por las libertades gratuitas o por pactos de trabajo adicional. En la primera, los adultos superan a los niños, pero no a los ancianos; en la segunda, niños y adultos disputan el primer lugar. Ahora, en la manumisión por compra, los adultos comienzan en un grado más bajo que el de los niños y crecen a una tasa mucho más alta que la de cualquiera de los otros dos grupos (figura 2.7.).

Recapitulando, debe estar claro que las mujeres pagaron, tanto en términos absolutos como relativos, en más ocasiones por la libertad que los hombres. También es innegable que los adultos van paulatinamente comprando más manumisiones que los ancianos y los niños. Además, cada vez menos cautivos están dispuestos a esperar la muerte de su amo para ser libres. Pareciera que detrás de este patrón se encontrara alguna relación económica, más que el simple deseo de los amos por *liberarse* de sus esclavos. Sin embargo, no será sino hasta el final del texto cuando podremos mostrar todas las variables que explican la manumisión.

Por ahora, podemos enfatizar que todo apunta a que fueron los esclavos los agentes fundamentales de la manumisión y no los amos. De no ser así, ¿cómo explicar que los amos liberaran primero a los individuos más productivos, como eran los adultos? Sin embargo, aclaremos que no estamos afirmando que los amos no participaran del proceso; en la vida diaria la manumisión era una relación que se tejía fundamentalmente entre señores y cautivos, y es imposible imaginarla sin alguno de los dos lados. Pero aquí, en este contexto particular, todo parece indicar que fueron los esclavos los que inclinaron la balanza para que se concedieran las libertades.

LA RELACIÓN ENTRE PRECIO Y DEMANDA EN LA MANUMISIÓN

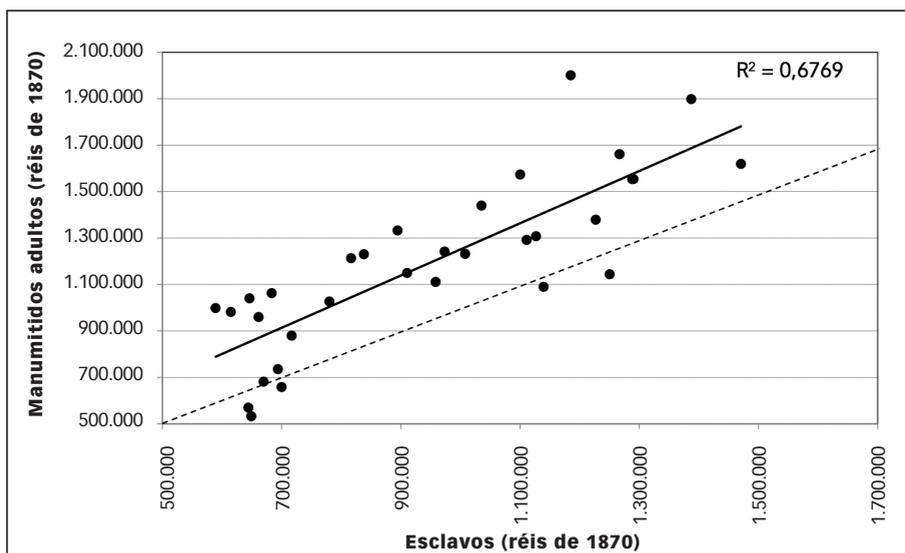
Lo expuesto en este capítulo está lejos de ser una explicación. Como dijimos, el objetivo es continuar describiendo el fenómeno y no explicarlo. Sin embargo, al comienzo del capítulo también nos comprometimos a discutir hasta dónde las variaciones en los precios de la manumisión esclarecen los cambios en la cantidad de individuos que pasaron a ser libres. En otras palabras, queremos saber si la elasticidad-precio de la libertad es un factor de explicación suficiente.

La idea básica es saber si los cambios en los precios de manumisión son seguidos por la cantidad de libertades. Esto es que queremos establecer si la demanda por la libertad era elástica al precio. Tal vez pueda ser una pregunta

inaudita, pues imaginamos que la libertad es un bien preciado que no tiene precio. Sin embargo, como algunos historiadores han discutido, se podría esperar que si los precios de la manumisión se reducen, tal vez más esclavos puedan ser libres. Al contrario, si ese precio sube, podríamos esperar que menos esclavos consigan salir del cautiverio, sobre todo utilizando el mecanismo de compra.

Para entrar al problema indagemos por la relación entre precio de los esclavos y precio de la manumisión; es decir, en el primer caso, cuando el individuo es comprado por un amo, y en el segundo, cuando el individuo se compra a sí mismo. Si comparamos estas dos series de precios, usando como referencia de precio de esclavos, por un lado, los datos de Pedro Mello (1992) y, para los manumitidos, por otro lado, los de nuestra serie de la figura 2.4., lo que encontraremos es que ambas están relacionadas: las dos tienen un primer periodo de estabilidad, sólo que los manumitidos pagaron en promedio un valor cercano a los 800 mil-réis y los amos 600 mil-réis. Después de 1851 ambas series crecen, pero la de manumisión llega a valores más altos. Finalmente, ambas experimentan una contracción con una pequeña recuperación al final (figura 2.8.).

Figura 2.8. Relación entre precios reales de esclavos y manumitidos adultos



Fuente: Mello (1992) (precio de esclavos adultos) y EMRJ (precio de manumitidos adultos). Cálculos propios.

En la figura 2.8. mostramos esa relación para individuos adultos. Lo que inmediatamente aparece es una correlación positiva entre el precio de manumisión

y el del esclavo (a mayor precio de uno le corresponde mayor precio del otro). Efectivamente, las variaciones en los precios son directamente proporcionales.

Pero la figura también muestra otra cosa, casi todos los puntos están por encima de la línea que representa una recta con pendiente 1, esto quiere decir que en la mayoría de los años los manumitidos pagaron mayores valores que lo que pagaron los amos por esclavos plenamente productivos. Únicamente hay cinco puntos por debajo de la recta de pendiente uno. En otras palabras, en general un esclavo pagaba por sí mismo más de lo que pagaba un amo por él.

Los tres años en los que los esclavos costaron más que los manumitidos fueron 1840, 1841 y 1842, es decir, sólo al comienzo del periodo tenemos esta situación, después los que se liberaban pagaron más de lo que pagaban los amos por ellos. La pregunta evidente es: ¿por qué a los adultos manumitidos les costaba más su libertad que a los amos un esclavo adulto? Otra vez, debemos esperar a que transcurra el texto para proponer una respuesta. Por ahora, sólo podemos agregar este fenómeno al lado de las otras constataciones.

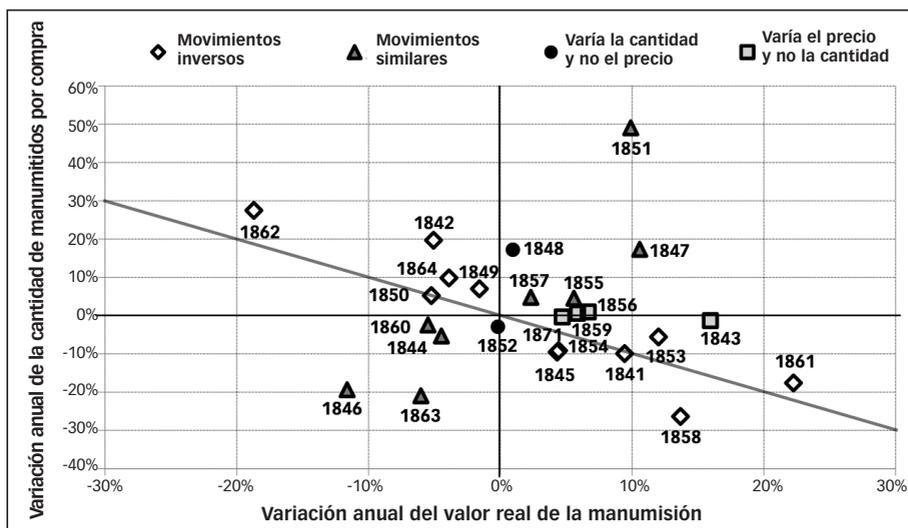
Ahora bien, si ya verificamos que existe una correlación entre el precio de las manumisiones y el de los esclavos, la que no aparece es la correlación entre precios y cantidad de manumisiones, esto significa que las variaciones en los valores de la manumisión no parecen impactar explícita y directamente en las cantidades de individuos que se transformaron en horros.

Varios índices demuestran esto, pero es suficiente con citar uno solo de ellos: el R^2 de la tendencia lineal que vincula las variaciones anuales del valor de la manumisión y la cantidad de manumisos es 0,0001; por tanto, no existe vínculo manifiesto entre esas dos variables.

Sin embargo, sería del todo esperable que no existiera tal relación, ya que en el total de manumitidos se incluyen aquellos que consiguieron la libertad de forma gratuita y también aquellos que se comprometieron a condiciones adicionales para ser libres, y ninguna de estas dos categorías tiene que verse necesariamente impactada por los valores cobrados a aquellos que pagaron por la libertad.

No obstante, tampoco existió una relación directa entre la cantidad de individuos que se manumitían pagando por la libertad y el comportamiento de los precios de esa libertad. En la figura 2.9. se presenta la relación entre los cambios porcentuales de estas dos variables: en el eje horizontal se encuentran los porcentajes anuales de variación de los montos reales (mil-réis de 1870) promedio pagados por la libertad y en el vertical los porcentajes anuales de cambio de las cantidades de individuos que emplearon este medio para salir de la esclavitud.

Figura 2.9. Relación entre las variaciones de precio y la cantidad de manumitidos



Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

Si existiera relación, lo esperable sería que la gran mayoría de puntos se ubicaran en el segundo y cuarto cuadrante, pues a aumentos en el valor de la libertad deberían seguirle caídas en la manumisión pagada, y en sentido contrario, reducciones en el costo de la manumisión deberían implicar aumentos en este tipo de manumisión. Esto significa que deberíamos verificar una relación inversa entre las dos variables.

Incluso podríamos esperar que apareciera algún patrón explícito en relación con la diagonal de pendiente -1, pues aquellos puntos que estuvieran en el segundo cuadrante y por encima de esta línea estarían indicando casos en los que reducciones en el valor de la libertad implicaron aumentos más que proporcionales en las cantidades de manumitidos por medio de la compra. Este fue el caso de 1842, 1849, 1862 y 1864, cuando, comparados con el año inmediatamente anterior, los precios de la libertad se contrajeron y la cantidad de manumisiones compradas aumentaron. Estos serían los años que podríamos pensar como de comportamiento esperado.

Igual de esperado sería el comportamiento de 1845, 1854 y 1858, en los que si se comparara con el año anterior, los valores de la libertad aumentaron y al mismo tiempo la cantidad de manumisiones por compra se contrajo más que proporcionalmente. Esto se puede percibir al constatar que estos años están en el cuarto cuadrante y por debajo de la diagonal de pendiente -1.

Así, 1853 y 1861 también podrían ser considerados de comportamiento esperado, pues los aumentos en los precios fueron seguidos por reducciones en la cantidad anual de manumitidos que pagaban por la libertad, aunque la reducción de esta segunda variable fue menos que proporcional que el aumento en la primera. Además, también debemos incluir 1841 y 1850 en el comportamiento esperado, ya que en estos dos casos los cambios en una variable fueron casi exactamente inversos a las modificaciones de la otra variable.

Descontando estos once años que acabamos de mencionar, los restantes catorce años a los que fue posible calcularles variaciones anuales presentan comportamientos que, al menos, podríamos llamar paradójicos. Comencemos por 1843, 1856, 1859 y 1871; en estos años el valor de la manumisión creció anualmente entre 4,7% (1871) y 16% (1843) y, no obstante, las cantidades de libertades anuales no se modificaron (-0,3% para 1871 y 1,4% para 1843). Por tanto, estos años serían casi inmutables en cantidad, a pesar de importantes variaciones en el valor.

De esta manera, 1848 y 1852 fueron años igual de inalterables, sólo que en este caso lo que no varía es el precio de la libertad, en cuanto se dan importantes modificaciones en los volúmenes de manumisión pagada. Por ejemplo, 1848 sólo modificó en 1% el precio de la libertad y las manumisiones compradas crecieron en 17%; y 1852 redujo el precio en 1% y las cantidades se redujeron en 3%. Los años que se ubican en el tercer cuadrante serían aquellos en los que caídas en el precio fueron seguidas por contracciones en la cantidad anual de manumitidos por compra. Este sería el caso de 1844, 1846, 1860 y 1863, en los cuales, a pesar de la caída en el valor de la libertad, no se incrementó el volumen de este tipo de manumitidos.

Por último, los casos más paradójicos serían los de 1847, 1851, 1855 y 1857, en los que a pesar de los incrementos anuales en el valor de la libertad también se dieron crecimientos anuales en la cantidad de individuos que dejaron el cautiverio por medio del pago; esto es, que el aumento en el precio no implicó una contracción en los totales anuales de este tipo de manumisión.

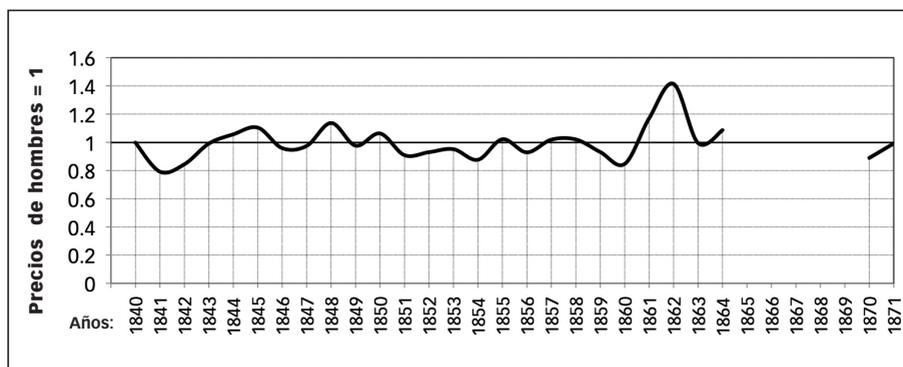
Estos peculiares movimientos de las variaciones anuales de precios y cantidades de manumisiones pagadas no quieren decir que no exista algún tipo de vínculo entre ellas. Lo más probable es que sí tengan alguna relación, sólo que esa relación no es tan rápida y simple como podríamos esperar en un primer momento, y otras variables deben ser tenidas en cuenta al momento de explicar el comportamiento de la serie de manumitidos.

Antes de avanzar, debemos decir que tampoco encontramos correlación entre precios reales y manumisiones gratuitas o por servicios. Esto quiere decir que el aumento de precio no parece estimular a que los esclavos buscaran otros medios para salir del cautiverio. Es más, los índices de variación de la cantidad de manumisión, sean totales o para cada uno de los tres medios de manumisión de los que hemos hablado, y los índices de variación de los precios de la libertad no tienen correlación en ninguna de las combinaciones entre ellos.

Por tanto, los movimientos de precios no explican por sí solos la serie de manumisión. Ahora discutamos cómo son los precios de cada uno de los grupos que pagaron por la libertad. Comencemos por el género: mujeres y hombres tienen precios similares, aunque a comienzos de la década de 1860 el precio de ellos dio un salto. En los otros años no hay un claro dominio de alguno de los dos géneros.

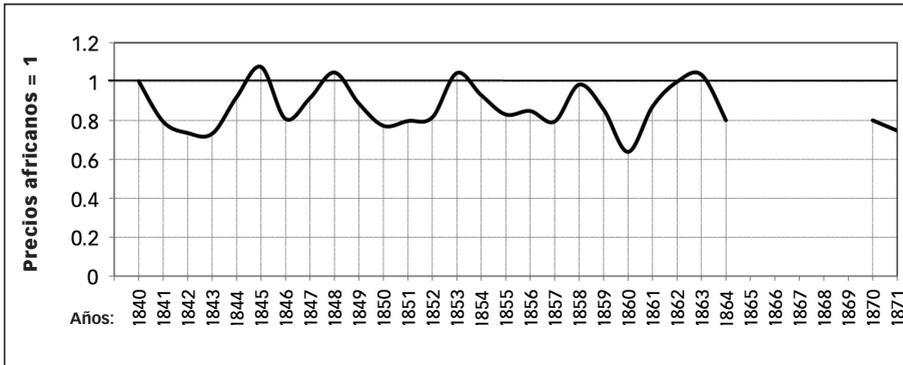
Donde sí hay un claro dominio es en la razón de precios entre africanos y criollos. La figura 2.11. muestra la situación. Los esclavos nacidos al otro lado del Atlántico, en promedio, casi siempre pagaron más. Sólo en cuatro años ambos grupos consiguieron precios similares. Ese crecimiento de los precios de los africanos estaba impulsado por las minas. Como lo expone la figura 2.12., ellos fueron los que individualmente pagaron más por la libertad, especialmente después de 1848. En contraste, los congo-angoleños, que eran más en la ciudad, fueron los que individualmente pagaron menos. Valores intermedios entre estos dos grupos, aunque más cercanos a este último, fueron los cancelados por los esclavos venidos de África oriental (figuras 2.10.-2.13.).

Figura 2.10. Razón de precios de manumisión entre géneros



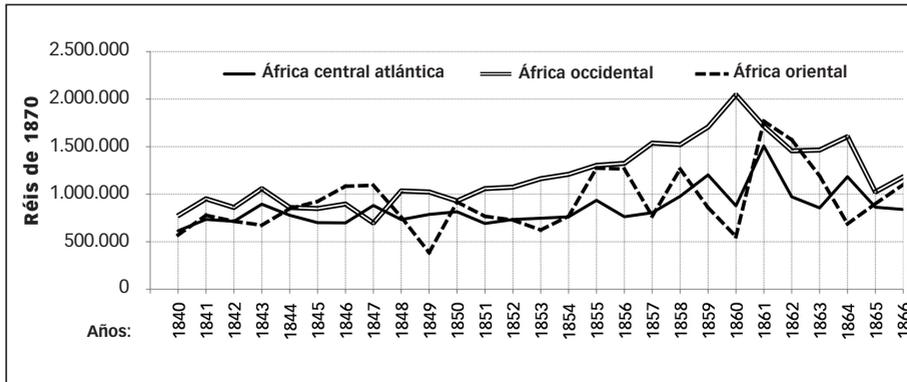
Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

Figura 2.11. Razón de precios de manumisión entre africanos y criollos



Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

Figura 2.12. Precio real de manumisión por región africana de origen

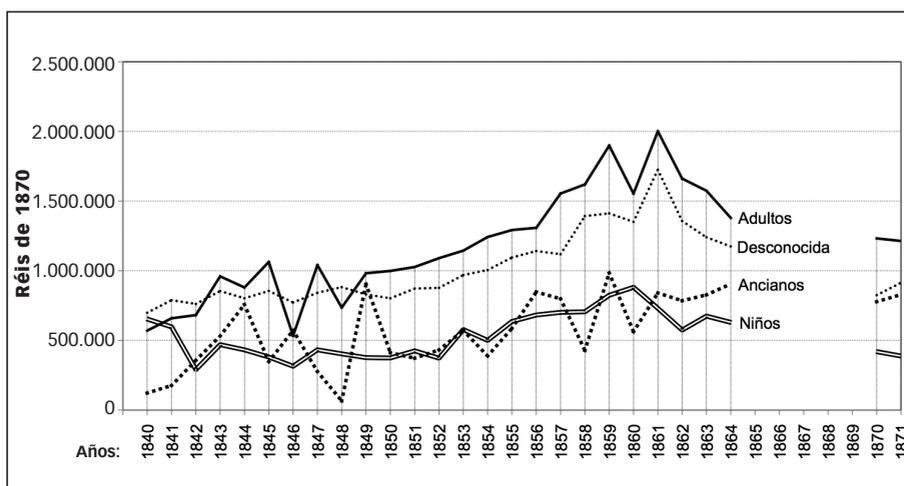


Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

Por último, los esclavos adultos pagaron más por la libertad. Eso era de esperarse. Los precios de ellos crecen definiendo el ritmo de los precios de toda la población manumitida. El precio de los niños se mueve de forma más o menos paralela al de los adultos, aunque tiene un pequeño retraso que hace que no sea exactamente igual. Los ancianos, por su parte, tienen una curva de precios que oscila de manera fuerte, aunque también se puede percibir una pequeña tendencia al alza.

La figura 2.13. muestra que los esclavos de edad desconocida debieron ser, sobre todo, adultos, pues las curvas de sus precios son casi paralelas; aunque se mueven en niveles un poco más bajos por la presencia de algunos ancianos y niños, pero con seguridad la gran mayoría son adultos.

Figura 2.13. Precio de manumisión por grupos de edad



Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

Hasta aquí tenemos algunas constataciones que se suman a las realizadas en el primer capítulo: los esclavos adultos pagaban más por su libertad que lo que pagaban los amos por esclavos de similares características; las mujeres se manumitían más y pagaban en más ocasiones que los hombres; la cláusula de esperar hasta la muerte del amo para salir del cautiverio fue usada cada vez menos en la segunda mitad del siglo. También constatamos que los esclavos americanos pagaron en promedio menos valores individuales por su libertad que los africanos.

Además, encontramos que los precios no explican de forma directa el comportamiento del volumen de manumisiones, tanto de las pagadas como de las gratuitas o por servicios. La demanda por la libertad no es elástica al precio, aunque eso no quiere decir que no sea explicable en términos económicos; sólo quiere decir que la explicación es más compleja.

CAPÍTULO III

DEMOGRAFÍA Y MANUMISIÓN

En el capítulo anterior describimos algunas de las características económicas de la manumisión en Río de Janeiro entre 1840 y 1871. Específicamente, nos concentramos en comentar dos tipos de costos de la manumisión: el tiempo de trabajo adicional pactado por amos y esclavos para que estos abandonaran el cautiverio, y el dinero que en ocasiones pagaron los esclavos para volverse libres.

Encontramos que el pacto más común en la manumisión condicionada era el cautivo que se comprometía a servir hasta que su señor muriera. Sin embargo, la cantidad de señores y cautivos que efectuaron este pacto estaba en franco descenso desde mediados del siglo; es más, todos los tipos de compromisos estaban cayendo en desuso en Río de Janeiro y cada vez menos esclavos acordaban pasar un tiempo adicional al lado de sus amos.

A pesar de que lo más frecuente era trabajar hasta la muerte del señor, también había manumisiones en que se especificaba el tiempo de servicio adicional. Cuando este era el caso, lo que generalmente se acordaba eran plazos menores a seis años, aunque existieron individuos que se comprometieron (o se vieron obligados a comprometerse) a varias décadas en la esclavitud.

También mostramos algunas de las características demográficas de los esclavos que pagaron por su libertad. En especial, comentamos los contrastes entre los géneros, los grupos de edad y los orígenes: africanos o brasileros, de aquellos que se manumitieron por medio de pagos. Además, comentamos el comportamiento temporal de los precios de la manumisión y el fuerte vínculo entre este ritmo y el del precio de los esclavos. Ello nos permitió mostrar que el costo de la manumisión para un esclavo era por lo general mayor al precio que un amo pagaría por el mismo esclavo.

Además, discutimos hasta qué punto las variaciones del costo de la libertad explican directamente los cambios en las tasas de manumisión en el puerto carioca. Lo que encontramos es que el precio como factor de explicación no tiene el papel central, aunque sí influía en la cantidad de individuos que conseguían manumitirse.

Si en el capítulo anterior mostramos las características económicas de la manumisión, en este pretendemos avanzar hacia los vínculos que se tejieron entre la demografía esclava de la ciudad y la demografía de la libertad. En concreto, queremos saber hasta dónde el comportamiento temporal de la cantidad de esclavos que se transformaron en libres dependió de las condiciones demográficas en las que se encontraban; en una palabra, el capítulo indaga hasta dónde la manumisión es un espejo de la estructura poblacional.

Esto nos debe llevar a comprender la importancia de los cambios demográficos sobre el ritmo de la manumisión; en especial, la relevancia que tiene el cierre de la importación masiva de africanos en 1850, tanto en el volumen total, como en la composición etaria de los manumitidos.

LA CANTIDAD DE ESCLAVOS EN LA CIUDAD

La entrada al problema es evidente: ¿cuántos esclavos había en la ciudad? Y ¿cómo era su estructura poblacional? Varias investigaciones respondieron a estas cuestiones. Sin embargo, y a pesar de que la pregunta es sencilla, las respuestas son complejas. Las fuentes con las que trabajan esas investigaciones son los datos de población de 1834, 1838, 1849 y 1872, que, a pesar de los problemas que puedan tener, particularmente las dos primeras, siguen siendo las usadas por excelencia.

El perfil demográfico que esos datos proponen es el siguiente: la población esclava en 1838 era del orden de 37.000 individuos, en 1849 fue de casi 79.000 y en 1872 se redujo a 50.000, esto es un poco menos de la que existía en 1844/1845 (Soares, 2007). Así, para nuestro periodo (1840-1871) tenemos crecimiento en la primera década y contracción en las otras dos, aunque la velocidad de la expansión fue más rápida que la velocidad de la reducción.

A partir de este perfil general, cada autor propone un método para inferir el comportamiento de los grupos etarios en los intervalos definidos por los cortes temporales de estas fuentes. Por ejemplo, Mary Karasch (1987)

reconstruyó la población entre 1840 y 1851 desde de dos fuentes: bautismos y muertes. Los primeros, usando de la recopilación que hizo María E. Lobo para las parroquias de Río de Janeiro y, las segundas, con los datos de muerte en la Santa Casa de la Misericordia. Para ambas fuentes, Mary Karasch distingue hombres de mujeres y esclavos de libres. También propone una composición etaria para 1849 según el origen (africano o criollo) de los esclavos.

El trabajo a partir de estas fuentes es bastante importante y arroja luces sobre cómo se debió comportar la población. Sin embargo, debemos tener en cuenta que la población de esclavos en la ciudad carioca estaba influenciada —o casi completamente determinada— por el tráfico atlántico y por la circulación de esclavos que existía en el Imperio, específicamente los que provenían desde el nordeste, lo que implica que el crecimiento demográfico no pueda ser fácilmente deducido a partir de tasas de nacimiento y de mortalidad.

Otra investigación es la de Roberto Góes (1993), quien prefiere trabajar con los datos de Joaquim Santos sobre la población esclava en la parroquia de Inhaúma, entre 1821 y 1856. Esto es, que opta por observar el comportamiento demográfico en una menor escala geográfica. Según esta fuente, para la primera fecha los esclavos en la parroquia eran 1.713 y en la segunda fueron 2.023. Otra vez un incremento, sólo que no tan rápido como el propuesto por Mary Karasch.

En lo que sí se asemejan los cálculos de Roberto Góes (1993) a las fuentes generales es en el crecimiento poblacional de los libres, pues él estima que pasan de 1.127 en la década de 1820 a 3.422 en la década de 1850. Para Mary Karasch los libres eran un poco más de 32.000 en 1838 y en 1849 son más de 68.000.

Otro ejemplo de inferencia del comportamiento poblacional esclavo es la investigación de Luiz Carlos Soares (2007). Para realizar sus cálculos él levanta una muestra de cincuenta testamentos por década para individuos que residían dentro o muy próximos a la ciudad, entre 1810 y 1888. Además, para cada década escoge veinte mujeres y treinta hombres, que pretenden reflejar la composición por género de los señores de esclavos urbanos.

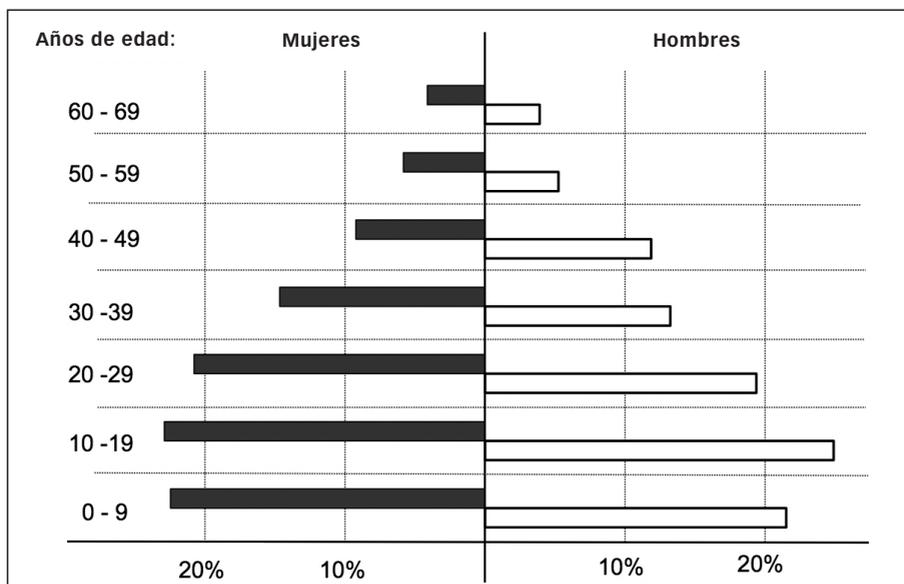
La composición de la muestra revela el mismo comportamiento del que venimos hablando: expansión en los veinte años anteriores a 1849 y contracción en los veinte siguientes. Esta coincidencia en fuentes distintas lleva a que exista un cierto consenso historiográfico en que la cantidad de esclavos en la ciudad se expandió hasta 1850, cuando se cerró el tráfico atlántico de esclavos. Luego de esta fecha la población cautiva urbana comienza a contraerse.

Aunque, como vemos, las inferencias no están completamente de acuerdo en la velocidad de estos comportamientos, especialmente en la fase de contracción, lo que se podría esperar, pues el cálculo de esa velocidad depende de la fuente y método empleados; por esto, a pesar de las discrepancias entre los historiadores, existe poca polémica sobre las diferentes tasas de reducción.

COMPOSICIÓN DE LOS GRUPOS DE EDAD DE LA ESCLAVITUD CARIOCA

Según la pirámide de la población esclava de Brasil en 1872, la gran mayoría de cautivos se encontraba en edad productiva, especialmente entre los diez y treinta años. Esto significa que en una fecha tan tardía como esta aún se sienten los efectos del tráfico de esclavos, ya que los menores de nueve años, y por consiguiente nacidos en Brasil, no consiguen ser el grupo mayoritario. Además, en la pirámide rápidamente se reduce la participación de los grupos mayores de treinta años, lo que denota las difíciles condiciones para sobrevivir en la esclavitud, pues son relativamente pocos los que sobrepasan esa edad (figura 3.1.).

Figura 3.1. Grupos etarios de los esclavos en Brasil, 1872



Fuente: Mello (1992). Cálculos propios.

La información de la pirámide es para todo Brasil y en la que estamos interesados es en la de Río de Janeiro, por eso la figura 3.1. sólo permite ilustrar el contexto general, pero no el caso específico de la composición etaria carioca. Para conocer ese comportamiento debemos recurrir a los hallazgos de la historiografía.

Empecemos por describir el peso demográfico de los mayores de cuarenta años. Si tomamos los datos de Manolo Florentino y Roberto Góes (1997) para 1826-1830, como punto inicial, lo que encontraríamos es que los viejos representaban entre el 13,5% y el 14,3% de la población cautiva. Si luego tomamos los datos de Luiz Carlos Soares (2007) para la década de 1830-1839, hallamos que este grupo constituía el 10% de los esclavos.

Según la muestra del mismo Luiz Carlos Soares, los mayores de cuarenta años en la siguiente década representaban cerca del 22%, dato curiosamente cercano al 20% que representaban los ancianos (mayores de cuarenta años) muertos en la Santa Casa de la Misericordia y que fue reconstruido por Mary Karasch (1987).

Para las dos décadas siguientes (1850-1859 y 1860-1869) la participación de los viejos se mantiene constante en ese mismo nivel, pues según los cálculos de Luiz Carlos Soares (2007), en el primer corte eran 22,3% y en el segundo, 24,2%. Estos porcentajes tienen una diferencia de un escaso 2% entre ellos, y ya que estos índices provienen de una muestra, podemos asumir que representan más una estabilidad que una tendencia al alza. Además, porcentajes del 20% coinciden con la información del censo de 1872.

Sin embargo, desde 1870 la importancia demográfica de los ancianos comienza a crecer sustancialmente; para el periodo de 1870-1879 llegaron a ser el 34% y para 1880-1888 serían el 44% (Soares, 2007). Si reunimos la información de estas tres investigaciones tendríamos una población de viejos antes de 1840 que se movería en torno al 10% y 15%. Luego, un crecimiento moderado que los llevaría al 20%-25% entre 1840 y 1870. Finalmente, un aumento drástico que los ubicaría en el 44% al momento de la abolición.

Pasemos a los adultos. Según los datos de Manolo Florentino y José Góes (1997), aquellos que están entre los quince y cuarenta años representaban el 58% de la población esclava entre 1826 y 1830. Ahora bien, este porcentaje no es comparable directamente con las otras fuentes, pues aquí se encuentran también los jóvenes entre quince y diecinueve, mientras que las otras investigaciones efectuaron cortes decenales y generaron una franja propia para aquellos que tenían entre 10 y 19 y aquellos con 20-29 y 30-39. Sin embargo, es claro que la participación de los adultos es mayoritaria para esas fechas.

Esto es confirmado por la muestra de Luiz Carlos Soares (2007), que para la década de 1830-1839 encuentra que los individuos entre veintiuno y cuarenta años representan el 48% de la población cautiva. Luego, en la siguiente década (1840-1849), este índice se reduce hasta llegar al 40%. Porcentaje mucho mayor que el 33% inferido por Mary Karasch (1987) para este grupo etario en 1849. Sin embargo, y a pesar de las discrepancias en los porcentajes, parecería clara la pérdida de relevancia de este grupo luego de 1840.

Para las décadas de 1850 y 1860 la participación de los adultos se mantiene más o menos estable en torno al 40%-42% (Soares, 2007). Lo interesante es que este muestreo señala, para la década de 1870, una nueva reducción que ubicaría este grupo en el 38%, porcentaje similar al presentado por Mary Karasch (1987) del 35% para esos mismos años. Esto significa que ambas investigaciones identifican una caída, sólo que con ritmos un poco diferentes, sobre todo en la velocidad de la contracción para la década de 1840-1849. En resumen, los esclavos adultos de Río de Janeiro entre 1840 y 1872 ven reducida de forma permanente su participación en el total de la población, pues antes de esta fecha era probable que constituyeran la mitad de los habitantes cautivos, y luego de esa fecha son sólo un tercio.

Para los niños y jóvenes el movimiento es diferente: en 1826-1830 el porcentaje de aquellos que eran menores de quince años estaba en 28% (Florentino y Góes, 1997). Sin embargo, este índice debe crecer sustancialmente si agregamos el grupo de aquellos que tenían edades comprendidas entre los dieciséis y los veinte años, pues el tráfico de esclavos alimentaba con preferencia a este grupo. De esta forma, el 38% de participación poblacional para los menores de veinte años hallado por Luiz Carlos Soares (2007) puede estar cercano al índice de Manolo Florentino y José Góes (1997).

Es ese nivel en el que los niños y jóvenes van a mantenerse en 1840-1849, cuando representan el 36%. Luego van a comenzar a decrecer en las décadas de 1850, 1860 y 1870, con representaciones del 26%, 27% y 21%, respectivamente (Soares, 2007). Aunque, claramente para la última, el índice está captando el efecto demográfico suscitado por la Ley de Vientre Libre de 1871.

En resumen, la imagen general para los tres grandes grupos etarios en las tres décadas que nos conciernen presentaría un comportamiento caracterizado por una caída en la participación de los niños en la primera década (1840-1850) y estabilidad en las dos siguientes (1850-1870). Situación más o menos similar en el caso de los adultos, aunque la velocidad de caída podría

haber sido mayor para estos que para los infantes, ya que el punto inicial de los adultos era mucho más alto y, por tanto, el efecto de reducción más drástico. En contraste, el movimiento inverso sucedería con los viejos, que aumentarían en la primera década (1840) y luego se mantendrían en niveles relativamente altos en las dos siguientes.

LA RELACIÓN ENTRE POBLACIÓN Y MANUMISIÓN

Estos datos demográficos de los esclavos en Río son fragmentarios y no continuos en el tiempo. Sin embargo, es esa la información con que contamos y que debemos usar para intentar calcular la relación entre los totales de población y los volúmenes de manumisión. Esto es, para saber hasta dónde la tasa de libertades es dependiente de la estructura poblacional.

Empecemos por las tasas de crecimiento de la población cautiva en su conjunto y los ritmos de manumisión. En principio se podría esperar que entre las dos variables existiera una proporcionalidad directa en la que el crecimiento (o decrecimiento) del tamaño de la población total de cautivos influyera en la cantidad de manumisiones anuales. Es decir, podríamos esperar que si el total de cautivos en la ciudad aumenta, entonces las manumisiones también podrían aumentar, al mantener más o menos constante el porcentaje de manumisos en el total de cautivos.

Como ya hemos comentado en este capítulo, la población cautiva carioca, en el periodo que estamos analizando, se expande entre 1840-1850 y se contrae entre 1850-1870. Aunque no tenemos total seguridad para afirmar que 1849 o 1850 fueron los años de mayor cantidad de cautivos en la ciudad, sí sabemos que fue en ellos, o en alguno subsiguiente, que se dio ese pico.

En los diez primeros años de nuestro periodo (1840-1849) la población cautiva se duplicó, al incorporar en promedio unos 3.755 esclavos anualmente, esto significa una tasa de crecimiento del 6,7%. Para ese mismo periodo, la manumisión también crece, pero su ritmo es de sólo el 2,3%, que significa un tercio del incremento de los cautivos. Por tanto, en esta década no parece existir una tendencia de los señores de esclavos por manumitir, pues es mucho más alta la incorporación de esclavos a la ciudad que su liberación. Parece claro que el interés de los amos es retener y, sobre todo, expandir el contingente de esclavos.

Luego de 1849 la curva de población esclava presenta una contracción del orden de -2,7% anual, en cuanto la tasa de manumitidos se expande a un ritmo bastante lento, con una tasa de 0,7% anual. En otras palabras, para la fase de

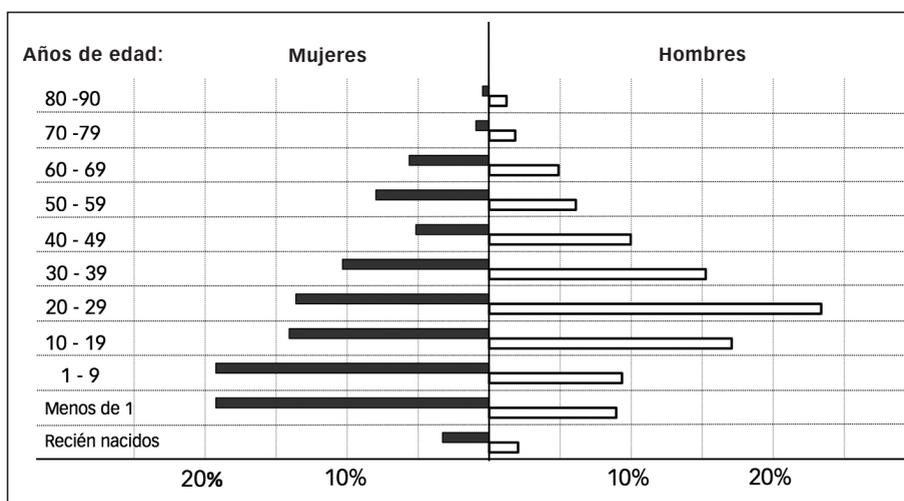
reducción de la población cautiva no existe proporcionalidad directa entre las dos variables. Esto significa que ni en la fase de expansión, ni en la de reducción, la cantidad de manumitidos reflejó los movimientos del total poblacional esclavo.

Ahora bien, también debemos subrayar que en ninguno de los dos periodos hay proporcionalidad inversa; es decir, que las dos poblaciones nunca se movieron en sentido contrario: una aumentando y la otra contrayéndose. Por tanto, como acabamos de señalar, cuando la población esclava aumentaba no se daba una tendencia a reducir manumisiones; pero, sobre todo, cuando el total de esclavos se reducía esto no significaba que la manumisión aumentara.

Ello sugeriría que la manumisión no fue el mecanismo por el cual los esclavos en la ciudad fueron paulatinamente desapareciendo luego de 1850. Incluso, es claro que después de ese año la tasa de aumento de la población libre es mucho mayor que la tasa de crecimiento de la manumisión. Es decir, los esclavos van saliendo de la estructura demográfica de Río de Janeiro sin que se vayan transformando en horros.

Esto podría indicar que después de 1850, y con la extinción del tráfico atlántico, existía un desplazamiento de esclavos urbanos hacia el campo, pues su número se reduce a un ritmo mucho más alto que el incremento de la tasa de manumisión. Sin embargo, también existe la hipótesis alternativa de que tal desplazamiento no se haya dado y que la gran mayoría de los esclavos haya muerto en el cautiverio en la ciudad, sin desplazarse hacia el campo, y sin conseguir ser libre (figura 3.2.).

Figura 3.2. Grupos etarios de los esclavos fallecidos en la Casa de la Misericordia, 1849



Fuente: Karasch (1987). Cálculos propios.

Si comparamos los datos de esclavos difuntos (Karasch, 1987) con los de la población, parecería que fue la segunda hipótesis la que ocurrió, pues en 1840 había aproximadamente 42.600 esclavos y 1.019 esclavos murieron en la Casa de la Misericordia (Karasch, 1987), esto se traduce en una tasa de 2,4%. Luego de 1841, la cantidad de esclavos muertos creció rápidamente y llegó a 3.024, y en los dos años siguientes a 2.686 y 2.806, respectivamente. De este modo, al final de la década, la media porcentual de muertos sobre el total de la población es de 4,6%.

Índice en extremo alto, pero que podría ser aun mayor, pues sólo estamos empleando las defunciones en la Casa de la Misericordia y es claro que muchos esclavos morían por fuera de ella. Sin embargo, también es posible que la década de 1840 haya sido especialmente nefasta para la población cautiva, debido a la dramática expansión de la tuberculosis en la ciudad (Asis, 2002). Por tanto, teniendo en cuenta estos dos elementos contrapuestos, sería posible que la tasa inferida a partir de la información de la Casa de la Misericordia (Karasch, 1987) se aproxime a la realidad.

Si asumidos que esa tasa del 4,6% se mantuvo y proyectamos la población de cautivos tomando como punto inicial 1849, entonces deberían quedar unos 29.000 esclavos en la ciudad en 1870, pero los datos afirman que había unos 50.000, esto es un 73% más de lo que sugeriría la tasa. Por tanto, o la tasa de mortalidad se contrajo fuertemente en las siguientes dos décadas o los amos se esforzaron por incorporar esclavos a su contingente en reducción, intentando sustituir aquellos que morían.

Es más, parecería que las dos opciones se dieron de forma simultánea y complementaria: se reduciría la tasa de mortalidad y se buscaría sustituir aquellos cautivos que morían. Sólo que los señores de esclavos —si recordamos que la gran mayoría de estos no eran individuos ricos y que sólo tenían uno o dos cautivos (Fragoso y Florentino, 2001)— no tenían, en consecuencia, los medios para conseguir que la población esclava se estabilizara y menos aún que creciera.

Todo parecería indicar que el esfuerzo de los amos era por retener población en el cautiverio, sólo que ese esfuerzo no consiguió su objetivo y la población cautiva desapareció de la ciudad. Esto significa que no existió de forma masiva una *agenda de manumisión* por parte de los señores, pues ellos no estaban liberando y, por el contrario, parecerían estar procurando esclavos sustitutos para los que morían.

Si bien la libertad era producto de la relación entre señores y cautivos, en este momento y lugar todo parece indicar que ella era más el resultado de las

acciones esclavas que de las concesiones de los señores. Esto también quiere decir que el aumento de la población negra libre en la ciudad es resultado de movimientos demográficos (desplazamientos geográficos o tasas de natalidad) suscitados desde esa población y no como resultado de la manumisión. Sin embargo, ese no es nuestro tema y no podremos avanzar en él.

Lo importante es señalar que cuando la tasa de manumisión se amplía o se contrae no es por consecuencia de los movimientos en el total de la población cautiva, pues ni se dio el caso de que la manumisión aumentara por incrementos en el total de esclavos, ni el escenario en el que redujera el contingente de cautivos cariocas. Esto significa que la manumisión en estos años difícilmente puede ser entendida de forma estructural, como una tensión entre clases sociales o categorías de este tipo, pues parece ser más una tensión entre individuos, en la cual algunos esclavos, por cierto miles, inclinaron la balanza a su favor.

La explicación de la manumisión no viene dictada por los ritmos demográficos de la esclavitud, pues en las décadas finales del esclavismo fue improbable que los amos liberaran más a sus cautivos, o por lo menos no encontramos evidencias demográficas que sugieran acciones masivas en ese sentido.

GRUPOS ETARIOS Y MANUMISIÓN

Si bien es cierto que en el nivel agregado de toda la población y de todos los manumitidos no parece existir vínculo explicativo en el que las dos variables funcionen como espejo una de la otra, pues los cambios en ese nivel agregado de una variable no parecen influir en los movimientos agregados de la otra; sería posible que en niveles desagregados por grandes grupos de edad sí existiera tal vínculo. Esto es que, por ejemplo, el comportamiento de la tasa de manumisión para ancianos fuera un correlato, o por lo menos estuviese fuertemente influenciada por los ritmos demográficos de los ancianos cautivos, ya que si la población se estaba envejeciendo sería esperable que más viejos se manumitieran.

Como comentamos hace unas páginas, el comportamiento demográfico del grupo etario de los ancianos entre 1840 y 1870 estaría marcado por un aumento en el paso de la década de 1830, cuando representaban cerca del 10% al 15%, para la de 1840, cuando llegaron a representar entre el 20% y el 25%. Luego de una relativa estabilidad entre las décadas de 1840 y 1860, que mantuvieron esos porcentajes, tuvieron una expansión fuerte después de 1870, hasta alcanzar el 44%, que se siguió incrementando hasta el final del esclavismo.

Podemos comparar estos porcentajes con los de la composición de la manumisión (figuras 1.7 y 1.8). Según nuestros cálculos, en la década de 1840 los ancianos representaban el 17% de los manumitidos; en la siguiente pasaron a ser el 24,6%; en el quinquenio de 1860-1864 llegaron al 29,6%, y para 1870-1871 fueron el 33,5%. Esto es un continuo aumento en los 31 años.

De esta forma, los ancianos manumitidos estarían un poco subrepresentados en la década de 1840, pues su población estaba en torno al 20%-25% y en la manumisión eran aproximadamente el 17%. Después, en la siguiente década consiguieron igualar ambos índices, ya que la manumisión se ubicó casi en el 25%. Para los siguientes años, la proporción de ancianos manumitidos fue mayor que el porcentaje de este grupo etario, pues en la década de 1860 llegaba al 29% y en 1870-1871 ya representaban el 33,5%.

El proceso de envejecimiento de la población esclava en la ciudad fue registrado con antelación por la población manumitida, pues esta segunda variable creció antes, y, sobre todo, más rápido que la primera. Por tanto, la tasa de crecimiento de la población manumitida anciana no parece ser explicada por los cambios demográficos, ya que su comportamiento la antecedió. Aunque, con mucha probabilidad, el envejecimiento de los cautivos sí incidió, así sea de forma parcial, en la composición etaria de los liberados.

Para los adultos, asumidos como individuos entre los 14 y los 39 años, la situación es diferente: como vimos antes, ellos experimentaron una reducción paulatina en su participación en la población esclava; pero, al mismo tiempo, vieron crecer su número e importancia relativa en el volumen manumitido. Antes de 1840 eran más del 50% del total de la población, y ese porcentaje crecería al 40% en las siguientes dos décadas y de nuevo se reduciría en la de 1870, hasta llegar al 35%. Por el contrario, en la manumisión los porcentajes estaban en franco ascenso, partiendo del 28% en la primera década (1840), hasta alcanzar el 35,4% en la de 1850 y el 40% en el periodo de 1860-1864; en 1870-1871 eran del 41%.

Si los adultos manumitidos estaban subrepresentados en la primera década, esa situación se va ir invirtiendo a lo largo de los treinta años y van a conseguir ser la gran mayoría de los liberados al final del periodo. Por tanto, su movimiento no puede ser explicado como derivado del comportamiento demográfico del conjunto de la población cautiva, pues en cuanto esta se reducía, aquella aumentaba. En otras palabras, los adultos ganaban peso en la manumisión, a pesar de que lo perdían en la demografía de la ciudad, y debemos recordar que esto no era parte de un esfuerzo deliberado de los señores.

Por su parte, como ya comentamos, los niños representaron el 36% de la población esclava en la década de 1840 y perdieron un 10% en la siguiente década, hasta convertirse en el 26%. Ese porcentaje se mantiene en la década de 1860 y volverá a caer drásticamente en la de 1870, hasta reducirse al 21% luego de la Ley de Vientre Libre. Tal y como señalamos antes, esto significa una caída en la primera década y una relativa estabilidad en las dos segundas, pues la contracción posterior a 1871 no es relevante para nuestro análisis, ya que nuestras fuentes llegan hasta ese año.

Si la caída del grupo etario de los infantes fue fuerte en el conjunto de la población, esta fue aún mayor en la manumisiones, pues en la primera década ellos representaban el 55% del total de liberados, en la de 1850 eran el 40%, en el quinquenio de 1860-1864 sólo fueron el 30% y en el bienio 1870-1871 se contrajeron al 25,4%.

La disparidad en las velocidades de caída en los niños también permite poner en duda la importancia de la demografía como factor fundamental de la composición etaria de la manumisión, pues la tasa a la que pierden representatividad no se asemeja, ni parcialmente, a la tasa a la que pierden participación en la población. Además, como es evidente, la Ley de Vientre Libre poco tiene que ver, pues ella es posterior a estas contracciones.

En resumen, el cambio de perfil etario de los manumitidos entre 1840 y 1870 no parece ser explicado de forma fundamental por las transformaciones demográficas de la ciudad, debido a dos evidencias complementarias. Por un lado, en el primer momento se liberaron niños a una escala mayor a su peso relativo en la población y paulatinamente van a perder su lugar, para dar paso a ancianos y adultos que van ganando importancia relativa.

Esto quiere decir que antes de la transformación del patrón demográfico de manumisiones en estas tres décadas, los niños eran los escogidos para ser liberados, y esto va a cambiar a una velocidad mucho mayor a la que lo hacía la composición etaria esclava de la ciudad, de tal manera que no se liberaba en igual proporción al porcentaje de niños en Río de Janeiro. Por tanto, no es exactamente la caída de los infantes en la estructura demográfica la que explica la reducción en las manumisiones.

Por otro lado, si bien es cierto que entre 1840 y 1871 la población cautiva de la ciudad se envejeció y esto implicó que el número de ancianos aumentase en la manumisión, también es cierto que los adultos, que era uno de los grupos que perdía importancia relativa en la esclavitud, se convirtieron en

los mayoritarios en la manumisión; estos dos movimientos estaban en contramano: en la población pierden importancia y en la manumisión la ganan. Esto es que el comportamiento de la primera no explica el de la segunda.



El impacto demográfico del tráfico negrero en Río de Janeiro en el siglo XIX es evidente: cuando se expandía o se contraía, entonces la composición por género, por grupos etarios y por estatus jurídico de los habitantes de la ciudad lo hacía al mismo ritmo. Por eso es importante el peso de la relación con África para los cariocas, pues su ciudad era en buena medida dependiente de las oscilaciones del comercio de cautivos.

A pesar de esa importancia, todo parecería indicar que el ritmo, la escala y la composición de la manumisión en Río de Janeiro para esa misma época era bastante independiente de la estructura demográfica de la esclavitud y, por lo tanto, de la influencia del tráfico negrero. Esto significa que si bien la migración forzada de cautivos para la ciudad influía de forma decisiva en su esclavismo, esto no quiere decir que ese comercio fuera la pieza fundamental de la explicación de las tasas de crecimiento o decrecimiento de la manumisión o de la composición etaria de este.

Lo anterior no quiere decir que el tráfico negrero no desempeñe papel alguno en la comprensión de la manumisión en Río de Janeiro, pues, como se expuso en este capítulo, el fin del comercio atlántico esclavista y su consiguiente impacto al envejecer relativamente a la población cautiva, posiblemente redundó en el incremento del porcentaje de ancianos que se manumitían.

Pero sólo hasta allí llegarían sus efectos. Es más, ni siquiera el aumento de la manumisión entre los viejos a lo largo del periodo del que nos ocupamos puede ser asignado directa y especialmente al fin del tráfico atlántico, ya que la tasa de liberación de este grupo etario creció desde antes de que cambiara la composición demográfica de la ciudad y, además, lo hizo a una tasa mayor que la transición etaria esclavista que vivió la ciudad después de 1850.

Probablemente, el fin del tráfico negrero tuvo un efecto sobre las oportunidades de manumisión para los ancianos, vinculado más con las transformaciones que suscitó en los roles sociales de los viejos esclavos; en cuanto tuvo menos que ver con el mayor peso porcentual de este grupo generacional en la pirámide de población. Es decir, el efecto sería más indirecto que directo.

En los otros dos grupos etarios, la composición de la población tuvo un efecto aun menor en la tasa de manumisión. Por un lado, los adultos veían que su participación se reducía en el total de población, al mismo tiempo que observaban que se elevaba su peso relativo en la cantidad de manumitidos. Por otro lado, los niños que entre 1840 y 1871 eran cada vez menos en el esclavismo vieron cómo simultáneamente eran sustituidos por los adultos en la manumisión a una velocidad mucho mayor de la que desaparecían de la ciudad.

Esto quiere decir que la población manumitida no es un simple reflejo de la población cautiva de Río de Janeiro. Esto es, no porque existieran más ancianos se liberaban más ancianos. Como tampoco porque existieran menos adultos y niños se manumitían menos individuos de estas edades. La composición etaria de la manumisión era bastante independiente de la estructura de la pirámide poblacional.

Como se describió en este capítulo, los ritmos de cambio de la franja infantil y adulta son diferentes para la población en su conjunto y para la manumisión en particular. Es más, este movimiento diferenciado en las velocidades de contracción de la población infantil y adulta, comparado con la velocidad de sustitución de niños por individuos maduros en la manumisión, parecería sugerir que los señores de esclavos están lejos de concordar con el fin del esclavismo. Además, si a esto le agregamos la disparidad entre la tasa de mortalidad esclava y el remanente de esclavos en la ciudad a comienzos de la década de 1870, lo que encontramos es que los amos estaban procurando retener individuos en el esclavismo más que manumitirlos.

Por tanto, los volúmenes y tipo de individuos manumitidos parecen ser más consecuencia de las acciones de los esclavos que de los señores. Por supuesto que la manumisión es producto de la relación entre cautivos y amos, pero dependiendo de cada contexto histórico particular uno de estos dos elementos prima en la explicación. En este caso, no eran los señores los que se querían librar de sus esclavos.

CAPÍTULO IV

FAMILIAS DE LA LIBERTAD

En los tres capítulos anteriores describimos cómo a mediados del siglo XIX la manumisión urbana en Río de Janeiro asistió a cambios significativos. Por ejemplo, el número de esclavos que se liberaron en 1871 fue mucho mayor que el de aquellos que lo hicieron en 1840. Además, la reducción de la manumisión de mujeres africanas fue acompañada por el incremento de las libertades para esclavas brasileñas. Así mismo, la estructura etaria de la libertad se transforma, pues los niños manumitidos van perdiendo relevancia y, a cambio, los adultos la van ganando. Adicionalmente, los esclavos de origen mina pagaron por la libertad en más ocasiones y por valores más altos que aquellos de otros orígenes. También vimos cómo los esclavos que pagaron por su libertad, en general, pagaban más de lo que pagaría un señor por ellos; y, en el mismo sentido, mostramos que la manumisión condicionada a servicios adicionales por parte de los esclavos fue perdiendo terreno al lado de las otras formas de manumisión.

Estos y los otros cambios que describimos no pueden ser explicados como consecuencia directa de las tendencias del precio de los esclavos o de la estructura poblacional esclava de la ciudad, pues, como vimos, el número, la tasa de crecimiento (o decrecimiento) y la composición demográfica de la manumisión se comportaba de forma más o menos independiente a esas dos variables. Sin embargo, como ya lo señalamos, esto no quiere decir que los ritmos de la manumisión no estén vinculados con el precio de los esclavos o con la demografía esclava; significa que para explicar las transformaciones que sufrió la libertad a mediados del siglo XIX en Río de Janeiro es indispensable tener en cuenta otras variables.

Una de estas era la familia esclava, pues, de acuerdo con su tamaño, su longevidad y su composición de género, etaria, procedencia y de estatus jurídico, implicaba para los esclavos tener mayor o menor opción de conseguir ser libres. Esto significa que la familia esclava debió cumplir un rol fundamental en la manumisión.

Esto no implica que la familia esclava sea la variable central de la explicación de la libertad, pero sí quiere decir que ella está al lado de otras variables y que comprender esa importancia es fundamental para entender la manumisión. Sobre ese asunto se discutirá en este capítulo.

FAMILIAS ESCLAVAS

La existencia de la familia esclava es uno de los temas que mayor interés despertó y despierta entre los historiadores del esclavismo, y no es este el lugar para comentar la amplia bibliografía que se ha construido en las últimas décadas sobre este aspecto. Para nosotros es suficiente reseñar que su existencia fue verificada para el Río de Janeiro decimonónico.

Una de las investigaciones que lo verificó fue la de Hebe Mattos (1998). Para esta autora, la familia esclava existió, pero como una estructura precaria, debido a las condiciones socioeconómicas en las que tenía que desenvolverse. Para ella, la variable que permitió la continuidad de la familia fue el nacimiento constante de individuos, que al mismo tiempo era manifestación y causa de esa estabilidad. Pero la condición de mercancía que tenían los esclavos era la variable que conspiraba contra esa estabilidad, pues estos eran continuamente vendidos. Así, se creaba una tensión entre estabilidad e inestabilidad que finalmente se resolvía a favor del segundo foco.

En el lado opuesto a esta interpretación se encuentra la investigación de Manolo Florentino y Roberto Góes. Para ellos, la *familia* fue una estructura estable: “que vencía de forma bastante razonable el problema de la alta mortalidad de sus miembros, en especial la de los niños, y lograba mantenerse en medio de todas las coyunturas del mercado”¹ (1997, p. 124). Esas coyunturas fueron las etapas del ciclo de vida de los amos, del tráfico atlántico y del mercado interno.

¹ “que vencía de maneira bem razoável o problema da alta mortalidade de seus membros, em especial a dos infantes, e conseguia perpetuar-se frente a todas as conjunturas do mercado”. Traducción libre del autor.

La existencia de la familia esclava tiene varias implicaciones fundamentales para comprender la sociedad del siglo XIX y el problema de la esclavitud. Para nosotros, lo importante es la acumulación de recursos económicos que se hacía mediante ella, pues si bien la familia cumplía una serie de papeles en la sociedad, sin duda uno de los más importantes era la circulación y acumulación de recursos.

Esta función se cumplía también en las familias pobres. Por ejemplo, según los datos de Hebe Mattos (1998), un poco más del 80% de los testamentos de individuos pobres de la región de Campos y de la Baixada Fluminense (regiones periféricas a Río de Janeiro) provenía de personas casadas, en cuanto los solteros sólo representaban menos del 20%. Por tanto, si se asume la elaboración de testamentos como un indicador de alguna acumulación económica, entonces es claro que los individuos casados acumulaban en más ocasiones que los solteros.

Abiertamente el matrimonio fue una estrategia de acumulación. Aunque, claro que no fue sólo eso, pero también era eso: un medio para conseguir, gestionar y preservar recursos. Por tanto, a primera vista ello parecería sugerir que aquellos esclavos que estaban en un matrimonio podrían tener alguna oportunidad mayor de manumitirse que aquellos que no lo estaban. Además, podríamos pensar que la acumulación que permitía el matrimonio no es sólo de recursos económicos, pues también era posible que permitiera acceder a redes sociales, capital espacial y bienes simbólicos, que llevaban a ampliar las oportunidades de manumisión.

Ahora bien, los porcentajes de testamentos de individuos casados que construyó Hebe Mattos (1998) básicamente se concentran en individuos pobres, pero libres, pues los índices de matrimonios oficialmente reconocidos de esclavos son bastante bajos. Según la serie de Mary Karasch (1987), entre 1835 y 1852 los esclavos casados oficialmente eran entre un 8% y 14% de la población esclava de la ciudad.

Es más, su número nunca superó los 750 casos, y durante estos años ese total presenta una tendencia a la baja, aunque menor a la tasa de reducción de la población cautiva, y, justamente por eso, surge una tendencia de crecimiento del porcentaje de cautivos casados oficialmente en el total de la población. Esto significa que el crecimiento del índice de matrimonios de los cautivos es sólo un efecto aritmético de la reducción de la población total.

A diferencia de los índices de Mary Karasch, los datos de Robert Slenes (1999) para regiones rurales del Estado parten de un porcentaje mayor de esclavos en matrimonio o viudos. Aunque él también coincide con la tendencia de caída en este porcentaje de esclavos, incluso para el periodo posterior a 1850.

Sea como sea, en las dos mediciones el porcentaje de esclavos casados es pequeño. Sin embargo, estos porcentajes pueden ser asumidos como el límite inferior de individuos que estaban casados, pues es claro que muchos podrían vivir, o haber vivido, en uniones matrimoniales sin que estas hayan sido oficialmente reconocidas, y, por tanto, no aparecerían de forma inmediata en las fuentes.

En ese sentido, Robert Slenes (1999) insistía en que en las grandes plantaciones los esclavos lograban casarse, tener redes familiares extensas y estables en el tiempo, por encima de lo que los números puedan representar. Del mismo modo, Hebe Mattos (1998) afirmaba que el matrimonio era bastante autónomo respecto al control de los amos.

En cuanto a la estabilidad, la investigación de Manolo Florentino y Roberto Góes (1997) emplea la edad del hijo mayor como índice de longevidad de la familia en general y del matrimonio en particular. Ese tiempo luego es comparado con la edad de los individuos casados y los autores proponen una imagen sobre la durabilidad del lazo matrimonial entre los esclavos. De esa forma, consiguen percibir que a medida que los individuos envejecen, los matrimonios van siendo más longevos, lo que genera una posible relación de proporcionalidad entre las dos variables: edad del individuo y tiempo de casado.

Esto quiere decir que el matrimonio entre los esclavos sería una institución relativamente estable, sobre todo si se tienen en cuenta las condiciones demográficas de la población, en particular la expectativa de vida y la tasa de mortalidad. En esa estabilidad están de acuerdo Manolo Florentino y Roberto Góes (1997) con Robert Slenes (1999, tabla 3). Es más, para este, las madres que tenían entre quince y veinticuatro años, presentaban matrimonios de duración media de tres años y ocho meses; las de veinticinco a 34 años duraban once años y seis meses; y las que tenían entre 35 y 44 años de edad en promedio duraban dieciséis años y once meses de casadas. Esta última, una duración que a todas luces es alta.

El matrimonio fue una estructura tan fuerte en la sociedad de aquella época que la investigación de Hebe Mattos (1998, p. 69) encontró una *frecuencia significativa* de segundas nupcias, lo que le permite a la autora inferir que el matrimonio era una relación altamente legítima entre los más pobres, como un símbolo de estatus y prosperidad.

Prosperidad que de nuevo nos lleva al punto que queremos ilustrar en este momento: los individuos se casaban para, entre otras cosas, acumular recursos. Esa acumulación se daba por medio de la misma familia, pues no sólo los individuos

casados acumulaban más que los solteros, sino que las parejas con más hijos tenían más recursos. Claro que los niños ofrecían otras cosas más etéreas que recursos económicos, pero su aporte a la economía familiar resultaba importante.

Los índices de testamentos de Hebe Mattos (1998) así lo demuestran: aquellos labradores que tenían cuatro o más hijos dictaron entre el 60% y el 70% de los testamentos en la región de Campos y de la Baixada Fluminense, en cuanto aquellos con tres o menos dictaron entre el 30% y el 40%. Es decir, aquellos pobres que tenían más prole escribían más testamentos.

Para conseguir más recursos, los individuos no sólo se casaban, sino que intentaban tener más hijos, pues los índices se duplican entre aquellos que tuvieron menos de tres y aquellos que tuvieron más de cuatro. Por tanto, un hijo representaba mayor capacidad de trabajo para la unidad familiar y más brazos para conseguir más recursos.

Sin embargo, la familia no sólo se definía como parejas con hijos, pues existían otros vínculos, como el compadrazgo (Ríos, 2000) o los lazos entre *abuelos* y *nietos*, que no siempre eran consanguíneos (Florentino y Góes, 1997). Esto significa que en la medida en que la familia era una red de relaciones que incluía más individuos, entonces, en esa proporción, se ampliaban las oportunidades de acumulación económica. Como afirma Hebe Mattos (1998, p. 64), la familia era la condición previa para tener producción independiente, sea comercial, artesanal o, sobre todo, agropecuaria. Así, debe ser claro que para un individuo solitario o aislado resultaría mucho más difícil manumitirse que para aquel que estaba dentro de una red familiar.

Como dijimos antes, la red familiar no se reducía a parejas con hijos, y tal vez uno de los focos centrales de la familia haya sido el compadrazgo (Ríos, 2000). En ese sentido, la investigación de Roberto Góes (1993) revela que el número de bautismos de esclavos era alto, lo que implicaba que la red familiar crecía para incluir a los compadres como nuevos miembros o también al vincular varias redes familiares entre sí.

Lo interesante es que el nuevo individuo que se integraba era, con mayor frecuencia, un hombre que una mujer: la relación es de 2,37 padrinos por cada madrina (Góes, 1993). De estos hombres, el 66,7% eran esclavos y de las mujeres, el 77,7% eran cautivas; en cuanto a los horros, representaban el 23,9% de los hombres y el 15,7% de las mujeres. Libres eran el 9,4% de los padrinos y 6,6% de las madrinas.

Estos datos (Góes, 1993) exponen una posible endogamia por estatus jurídico; es decir, sugerirían que la familia percibida desde la óptica del compadrazgo

mayoritariamente vinculaba esclavos, ya que eran relativamente pocos los lazos entre cautivos y horros o libres. En principio, esto podría significar un patrón de endogamia. Sin embargo, se deben considerar los volúmenes de población para saber si efectivamente los esclavos se vinculaban como compadres preferencialmente con otros cautivos o si, por el contrario, existía un esfuerzo por conseguir padrinos y madrinan que no fuesen esclavos.

Para 1849, los horros eran más de 10.000 y los esclavos casi 78.000 (Karasch, 1987). Esto quiere decir que en la población total la relación era de 7,8 esclavos por cada horro, en cuanto en el bautismo era de 3,26 esclavos por cada horro que era padrino. Esto significa que la presencia de horros en el compadrazgo era mucho mayor que la representatividad que ellos tenían en la población y, por tanto, esto parecería indicar un esfuerzo por encontrar horros que actuaran como padrinos o madrinan. Sólo que el número de horros en la población no era suficiente como para equilibrar la balanza y por eso se recurría a los esclavos.

Pasemos a la endogamia de acuerdo con la procedencia de los esclavos, es decir, si los esclavos brasileros se casaban con cautivos brasileros o si las regiones africanas prevalecen al momento de escoger pareja. Según los datos de Janaina Lopes (2005) para parroquias urbanas de Río de Janeiro, los patrones de endogamia parecen ser fuertes y están vinculados con las características demográficas. Por ejemplo, los esclavos de origen congo-angola tenían mayores opciones de mantener una comunidad endogámica, ya que eran la mayoría en la ciudad, y por eso entre el 76% y 95% de estos esclavos preferían parejas de la misma procedencia.

En contraste, los minas se dividen entre matrimonios endogámicos y exogámicos, pues la mitad se casaba entre ellos y la mitad con individuos de otros orígenes, lo cual parece ser consecuencia de representar un menor número en la ciudad. Igual sucedía con los provenientes de Mozambique, que al ser la población más pequeña tuvieron el patrón más exogámico.

Para los esclavos brasileros se encontró la misma relación con la demografía, pues entre 1790 y 1807 el matrimonio endogámico fue del 27%, pero cuando el tráfico creció entre 1808 y 1830, ese índice creció hasta el 58%, mientras que los matrimonios exogámicos se redujeron a únicamente el 8%, es decir, siempre que estaba a la mano, la elección de parejas se hacía privilegiando individuos de la misma procedencia (Florentino y Góes, 1997, p. 149).

El hecho parece ser sencillo: las comunidades tienden a un comportamiento endogámico cada vez que les sea posible. Eso quiere decir que un esclavo,

siempre que pudiese, prefería casarse con un individuo de su misma procedencia, pero si no lograba hacerlo, prefería casarse a mantenerse soltero. Por eso el matrimonio era el lazo más común de relaciones familiares entre esclavos (Florentino y Góes, 1997, p. 149). La razón es evidente: hay más posibilidades de acumulación económica. Claro, pueden existir otras de orden cultural.

La familia fue una prioridad para los esclavos; sin importar su origen, criollos y africanos procuraban el matrimonio. Sin embargo, había mayores oportunidades de conseguir pareja si se pertenecía a una unidad esclavista grande: “La familia nuclear y estable... fue una posibilidad que se convirtió en realidad sobre todo para las mujeres cautivas que vivían en unidades de más de diez esclavos”² (Mattos, 1998, p. 146).

Sin embargo, esto no nos debe llevar a pensar que los esclavos de pequeñas unidades no tuvieran algunas posibilidades o que el matrimonio no fuera corriente. Simplemente quiere decir que en las unidades pequeñas era menos frecuente que la Iglesia participara sancionando las uniones. La evidencia de tal cosa es que los nombres de los papás de los niños aparecen en los registros de bautismo, lo que implica que existía un vínculo fuerte entre los padres del recién nacido (Mattos, 1998).

Igual sucede con el compadrazgo (Góes, 1993), pues los esclavos de Inhaúma conseguían más padrinos y madrinas si vivían en grandes unidades esclavistas. Es más, los esclavos de las grandes unidades recurrían más a sus compañeros de cautiverio para que fuesen padrinos que a los horros o libres. Para aquellos esclavos de pequeñas unidades, lo frecuente era buscar compadres libres u horros (Góes, 1993).

La conclusión parece clara: la familia esclava superaba los límites de la esclavitud, ya sea porque buscaba miembros libres y horros, o porque buscaba miembros de otras unidades esclavistas. Si este era el caso, la familia esclava superaba los límites impuestos por la procedencia de los individuos. Pero, al mismo tiempo que buscaba salir de los límites de la esclavitud, también se cerraba sobre su propio eje, sobre sus propios núcleos, que le permitían ser concreta y manifiesta. La familia esclava no era una estructura etérea sin claridad. No sería correcto imaginarla como una red difusa de lazos de individuos que estaban alejados entre ellos.

² “a família nuclear e estável... foi uma possibilidade majoritariamente realizada pelas mulheres cativas que viveram em plantéis com mais de dez escravos”. Traducción libre del autor.

El trabajo de Carlos Engemann mostró la correlación inversa entre los tamaños de las *senzalas* y la cantidad de esclavos con parentesco en las unidades esclavistas: cuando en una unidad el 70% de los esclavos estaban en una red de parentesco, entonces en media había dos individuos por *senzala*; cuando en media había quince individuos por vivienda, entonces en la unidad esclavista eran menos del 20% los individuos con parentesco. En las palabras de Carlos Engemann, cuando un esclavo era aun soltero ocupaba una *senzala-galpão*, cuando pasaba a ser casado, ocupaba su propia cabaña (2006, p. 73).

El tamaño de la unidad esclavista también estaba en proporción directa con la cantidad de esclavos que pertenecían a una red familiar. Sin embargo, hasta 1850 había otras dos variables que influían en la proporción de esclavos con familias: por un lado, los índices de africanidad y, por otro, los grupos etarios de los esclavos. La primera de estas dos tenía un efecto paradójico, pues el continuo desembarque de esclavos africanos reducía el indicador de individuos incluidos en familias, lo cual creaba una imagen de una familia pequeña o que no alcanzaba a la mayoría.

Pero, al parecer, la llegada de africanos era lo que dinamizaba las redes de parentesco, al incorporar a los recién llegados. De esa manera, es importante descontar del índice de africanidad la edad de los esclavos, pues aquellos que llevaban muchos años en la ciudad con seguridad tuvieron más oportunidad de integrar familias que aquellos que eran recién llegados (Florentino y Góes, 1997).

La edad sirve para relativizar el peso del índice de africanidad en la proporción de individuos que integraron familias. Pero esto también permite ver el otro lado de la misma moneda: la rapidez con la que un recién desembarcado entraba a una red de parentesco. El grupo etario con menor proporción de individuos con familiares era el de diez a catorce años, pues era la franja etaria de los recién desembarcados; luego los individuos empezaban a conseguir familias, y entre un 35% y un 40% de todos los individuos con más de cuarenta años ya contaban con parientes en la ciudad.

LA RELACIÓN ENTRE ESCLAVITUD Y LIBERTAD EN LA FAMILIA

Como ya vimos, el lazo más común en el que estas redes se basaban era el de la unión matrimonial (aunque no necesariamente sancionada oficialmente),

y, al igual que con el compadrazgo, una lectura que tenga en cuenta la realidad demográfica para relativizar los índices de matrimonios entre esclavos y libres permite ver que estos dos grupos tenían fuertes lazos entre ellos. Claro que si únicamente se consideran los datos de matrimonio y no se contextualizan en la realidad demográfica, la visión que se puede tener es la de comunidades en extremo endogámicas.

Por ejemplo, el porcentaje de matrimonios entre libres y esclavos para la parroquia de la Candelaria era en extremo bajo y sólo el 7,9% de los esclavos tenían relaciones matrimoniales exogámicas por estatus jurídico (Lopes, 2005). Pero, como mostramos antes, en 1849 por cada horro en la ciudad había casi ocho esclavos (Karasch, 1987); en contraste, en los matrimonios esa relación es de 11,5, es decir, casi 30% mayor. Esto parecería indicar que sí había un esfuerzo por conseguir parejas horras, sólo que ese esfuerzo no lograba equilibrar completamente las cuentas.

Para que esto sea claro, veámoslo desde la perspectiva de los horros: en la parroquia de la Candelaria, un tercio de ellos terminaba casado con un esclavo, mientras que dos tercios conseguían una pareja de su mismo estatus jurídico (Lopes, 2005). Esto significa que tanto horros como esclavos buscaban casarse con horros; pero la cantidad de estos era pequeña y, por tanto, no todos los esclavos conseguían una pareja de ese estatus, en consecuencia, terminaban casados con compañeros de cautiverio.

Además, tenemos que tener en cuenta que en la competencia por parejas no sólo estaban horros y esclavos, pues en ella también participaban los libres, fueran descendientes de manumitidos o blancos pobres. Esto lleva a pensar que para los esclavos, sobre todo hombres, resultaba aún más difícil encontrar una pareja libre.

Sin embargo, algunas investigaciones han conseguido demostrar que existían familias que integraban esclavos y libres. Por ejemplo, Cacilda Machado (2006), al investigar São José dos Pinhais, consiguió reconstruir la genealogía de una familia que comenzó con la unión de un esclavo y una libre. De ese matrimonio nacieron cinco hijos, todos libres, pues la madre era libre. Luego esos hijos se casaron, algunos consiguieron parejas libres y otros parejas esclavas; por eso uno de los nietos nació como esclavo. De nuevo esos nietos se casaron, y otra vez algunas de las parejas fueron esclavas, de tal manera que en algunos casos nacieron niños cautivos. Es decir, en esa familia existieron lazos entre esclavitud y libertad, tanto en términos verticales (abuelos hacia nietos) como horizontales (entre esposos o cuñados).

¿Sería esta situación posible en Río de Janeiro en el siglo XIX? ¿O será que sólo ocurría en São José dos Pinhais? Para hacernos una idea podemos partir del hecho de que en la parroquia de la Candelaria la probabilidad de que un libre se casase con un esclavo era del 37,8% (Lopes, 2005). Si ese índice se mantuviese constante en el tiempo, entonces la probabilidad de que un hijo de esa unión fuese libre es del 62,2%. De igual forma, la probabilidad de que en la tercera generación un individuo fuese libre es del 23,5% y en la siguiente generación se reduce hasta un 14,6%.

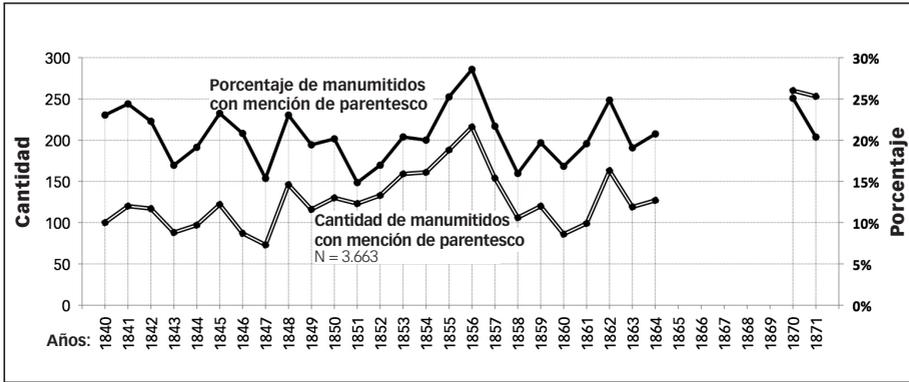
Este cálculo sugiere que las familias de miembros horros no podían mantener fácilmente el estatus de libres para todos sus descendientes de forma prolongada y la probabilidad de que alguno de sus miembros terminara casado con un esclavo era alta, debido al gran número de cautivos que existía en la ciudad.

Por tanto, si bien la familia esclava era manifiesta y clara con uniones estables, también era una red de lazos que unía individuos de diferentes unidades esclavistas, de diferentes procedencias étnicas y de diferentes estatus jurídicos. La caracterización de la familia esclava consiste en lazos que incluían a muchas personas y que eran durables en el tiempo. En ese sentido, no era una estructura social marginal o aislada socialmente.

LA COMPOSICIÓN FAMILIAR Y SU IMPACTO EN LA MANUMISIÓN

En algunos casos, las cartas de libertad permiten saber si el esclavo manumitido tenía familia. Por ejemplo, con alguna frecuencia los registros de manumisión de los niños dejan testimonio del nombre de la madre o de algún otro pariente. Sin embargo, en su gran mayoría los registros no dejan constancia directa de la existencia de algún familiar, aunque en ocasiones es posible localizar lazos familiares cuando se cruzan varios registros, gracias a las coincidencias en los nombres de los amos o en las direcciones de residencia (figura 4.1.).

Figura 4.1. Total de manumitidos que registran familia y el porcentaje de ellos en el total de manumisiones



Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

Por medio de esas coincidencias establecimos el índice mínimo de esclavos en redes familiares que aparece en la figura 4.1. Subrayemos que ese indicador representa el escenario mínimo, pues es muy probable que muchos de los manumitidos a los que no les encontramos alguna referencia familiar sí estuvieran incluidos en relaciones de parentesco. Por tanto, es posible que esos datos tengan que ser multiplicados para llegar a valores más próximos a la realidad.

Siendo así, el número mínimo de esclavos que integraban una familia se mantenía más o menos constante en todo el periodo, moviéndose entre cien y doscientos individuos anualmente. Aunque puede percibirse una cierta tendencia al alza hasta 1856 y una posterior caída que va hasta 1860, para asistir a una expansión final hasta 1871. Sin embargo, esas tendencias son menos evidentes cuando miramos los valores relativos; es decir, el porcentaje de esclavos en familias en el total de manumitidos se mantenía oscilando entre el 15% y el 30%.

Ahora bien, estos porcentajes tienen que ser desagregados a la luz del género de los individuos, pues es evidente que esta cuestión es fundamental al momento de conformar familias, aun más cuando estamos hablando de una población que se encontraba desequilibrada por el comercio asimétrico de esclavos que traía muchos más hombres que mujeres.

Sin embargo, las mujeres manumitidas y con familia fueron por lo menos 2.361, mientras que los hombres con familia y manumitidos fueron 1.299. Esto parecería ser claro al recordar que siempre fueron más las mujeres que los

hombres manumitidos; aunque también podría pensarse que el dato mayoritario para ellas es consecuencia de la forma de localizar familiares en los registros, pues es de esperar que siempre haya más madres que padres en las cartas de libertad, lo cual podría traer un sesgo en los porcentajes de género a favor de las mujeres.

No obstante, si calculamos el porcentaje del total de individuos de cada género con familias sobre el total de individuos de ese mismo género, esto es, que si descontamos el efecto de que la población femenina era mayoritaria en el total de la manumisión, lo que encontraremos es que las mujeres con familias y manumitidas representaban el 23% de todas las mujeres, en cuanto que los hombres en esa condición eran el 17,6% del total masculino. Por tanto, en este caso, ellas eran relativamente mayores que ellos.

Esta constatación parece simple: en la manumisión existía una proporción mayor de mujeres con vínculos familiares que la proporción de hombres. Pero los datos apuntan simultáneamente en otra dirección, pues muestran que las mujeres se manumiten más porque participan más en redes familiares. En otras palabras, uno de los factores, no el único por cierto, que explica por qué ellas proporcionalmente salen más del cautiverio es porque ellas vivían proporcionalmente más en familia que los hombres.

De manera más general y explícita queremos decir que al ser la familia el agente de la manumisión y al ser las mujeres mayoría (proporcionalmente) en las redes de parentesco, entonces ellas tuvieron mayores oportunidades de liberarse. Como primer elemento de verificación ofrecemos el siguiente dato: en el primer capítulo mostramos que ellas se manumitían en una relación de seis para cada cuatro hombres (para ser exactos era de 5,8 a 4,2) y ahora sabemos que la relación de mujeres en redes familiares que tenían manumitidos entre sus miembros era de seis para cada cuatro hombres (más exactamente, de 6,4 a 3,6). Al esquematizar podríamos pensar que la composición porcentual por género de las familias esclavas influye de forma decisiva en la composición porcentual por género de la manumisión, debido a que la familia era el agente de la libertad.

¿Es coincidencia que las dos relaciones numéricas sean casi iguales? Es un 0,6 de diferencia que, en un problema tan complejo como el de manumisión y familia, podría ser considerado irrelevante. Antes de responder, enfatizamos que la primera relación fue calculada como el porcentaje de hombres y mujeres sobre el total de manumitidos, el segundo, como porcentaje de individuos manumitidos sobre el total de su propio género. En otras palabras, la coincidencia no es consecuencia de una correspondencia entre conjunto y subconjunto.

Claro que esa proximidad de las dos relaciones numéricas no es un indicador suficiente para verificar la hipótesis que acabamos de proponer, pues efectivamente podría ser pura coincidencia. Por tanto, debemos intentar mostrar que al ser mayor el porcentaje de mujeres que tienen una familia que el de hombres, entonces fue por eso, entre otras cosas, que ellas lograron manumitirse de forma mayoritaria. De esa forma, la verificación de la hipótesis tiene que darse mediante la caracterización de la familia que hicimos en los ítems pasados.

Antes mostramos cómo la familia esclava expandía sus redes más allá de las unidades esclavistas. Uno de esos mecanismos fue el compadrazgo (Góes, 1993, p. 56). Las madres salían de sus unidades para encontrar a los padrinos de sus hijos. Igual sucedía con la búsqueda de padres para los futuros hijos, sobre todo las esclavas de pequeñas unidades esclavistas procuraban parejas por fuera de esas unidades (Góes, 1993, p. 120). Eso significa que en los dos casos, paternidad y compadrazgo, eran las mujeres las que actuaban como centro de la red de parentesco, ellas eran las que buscaban a sus compañeros, fuera como padres o como padrinos de sus hijos.

Sin embargo, se podría pensar que en el caso del matrimonio el balance por género está garantizado, pues en cada pareja debió haber sólo una mujer por cada hombre; a diferencia de lo que ocurría en el compadrazgo, donde esa simetría por género no necesariamente está garantizada. Pero esto no fue el caso, y las evidencias (Lopes, 2005, p. 23) sugieren que fueron las mujeres las que actuaron como nodos de la red, al punto que las familias matrifocales representaban entre el 42% y el 57%, entre 1810 y 1830, mientras que las patrifocales eran sólo el 1% (Florentino y Góes, 1997).

Por tanto, es evidente que eran más las mujeres que los hombres vinculados a las familias. Pero lo que es interesante es que si tomamos los datos de Manolo Florentino y José Góes (1997) y sumamos todos los casos en que había mujeres en las familias y los comparamos con todos aquellos donde había hombres, encontraremos que el primer total tiene 275 casos y el segundo, 150. Esto quiere decir, una relación de seis mujeres por cada cuatro hombres. Es más, siendo precisos, la relación de mujeres por hombres en las familias de la muestra de Manolo Florentino y José Góes es de 6,5 a 3,5, que es casi exactamente igual a la relación que había entre los manumitidos, la cual, recordemos, era de 6,4 a 3,6. Parecería innegable que esta coincidencia entre relaciones numéricas poco tiene que ver con la aleatoriedad.

Si bien todo parece indicar que la composición porcentual por género de la familia influía de forma decisiva en los porcentajes de hombres y mujeres que se manumitían, aún debemos verificar la edad de los manumitidos, pues la hipótesis que estamos discutiendo asume de forma implícita que la mayor participación de la mujer en las redes de parentesco era de aquellas que eran adultas o ancianas, ya que fue en estas edades en las que las mujeres consiguieron convertirse en los centros de la red familiar. Difícilmente una niña podría ser tal cosa. Además, entre los menores de catorce años (debido a que el tráfico atlántico de esclavos negociaba pocos infantes), el balance entre géneros debía estar más o menos garantizado, al ser ellos consecuencia de la reproducción vegetativa de la población.

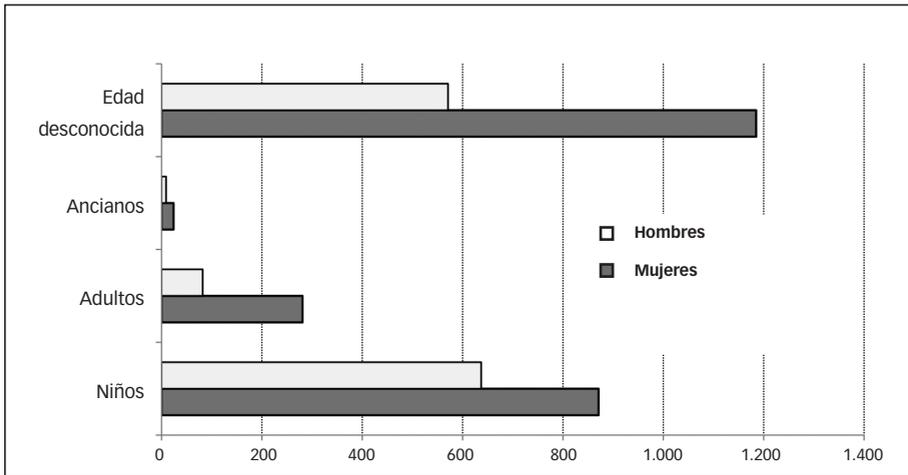
Según nuestros datos, el 79% de los individuos a los que les hallamos una red familiar eran niños. Eso era esperable, pues cuando se manumitía un niño se dejaba registrado el nombre de algún familiar. De los 6.231 manumitidos de los que sabemos la edad, 2.313 eran niños, y de ellos 1.538 dejaron constancia de que estaban dentro de alguna familia. En contraste, del total de manumitidos con referencia de parentesco únicamente el 19% eran adultos y el 2% ancianos.

De esta composición etaria emerge nuevamente la fortaleza del papel de la familia, ya que los niños siempre fueron manumitidos gracias a la existencia de esta, en tanto los infantes no tenían ni los recursos materiales ni simbólicos para convertirse por sí mismos en libres. Esto significa que la familia es el agente socioeconómico que produce la manumisión de los pequeños.

Por supuesto que de eso se podría suponer que cuando una persona ha envejecido, sus posibilidades de manumisión pueden depender más de ella misma que de su familia. Aunque de allí no se colige que entre más viejo menos importancia tiene la familia. Afirmar que el alto porcentaje de niños demuestra el fuerte papel de la familia no quiere decir que la familia no sea importante para adultos y ancianos, y menos aún que únicamente el 19% y el 2% de ellos estaba en redes familiares, pues, como hemos insistido varias veces, todos nuestros indicadores sólo señalan el escenario mínimo.

Es más, en este caso en particular, los porcentajes representan la relación entre dos de las variables más difíciles de localizar para cada registro: edad y familia. Como ya explicamos, en la gran mayoría de los casos no se registraron ni la una ni la otra. Por tanto, ese 19% y 2% de adultos y ancianos es sólo una pequeña muestra de todos aquellos mayores de catorce años que se manumitieron y que tenían una familia. La figura 4.2. presenta la relación entre esas dos variables teniendo en cuenta el género.

Figura 4.2. Grupos etarios según el género de los manumitidos con familia



Fuente: EMRI. Cálculos propios.

De los infantes, el 42% eran niños. Las familias prefieren manumitir más niñas que niños y no debió ser por el rol de nodos de la red de parentesco que pudieran ejercer las niñas. En otras palabras, y por eso nuestra insistencia anterior, la familia no puede llevar únicamente en consideración su misma estructura de género para tomar la decisión de a quién manumitir, otras variables también eran importantes. La familia no es el único factor de explicación, aunque sí es uno de los centrales.

La relación porcentual de los géneros en la familia continúa siendo una variable que influía de forma decisiva en la composición por género de la manumisión. Eso se explica al observar los porcentajes para los adultos y ancianos, en los cuales la discrepancia entre géneros crece mucho más: eran 281 adultas para 82 adultos y veinticuatro ancianas para nueve ancianos. Esa relación entre mujeres y hombres adultos parecería ser conclusiva. Sin embargo, debemos discutir el caso de los individuos de edad desconocida, pues si allí hubiera más niñas que niños, la pregunta dejaría de ser por qué se manumiten más las mujeres; para pasar a ser por qué se manumiten más las niñas.

Pero recordemos que en el segundo capítulo constatamos que en el conjunto de individuos de edad desconocida lo que prevalece son los adultos, pues sus precios se mueven de forma paralela. Además, de los 1.756 esclavos de los que sabemos que tenían familia, pero no tenemos su edad, 312 eran africanos, lo que quiere decir que la probabilidad de que sean niños es mínima, pues el

tráfico atlántico básicamente comerciaba adultos. Como es claro que esos 312 africanos por sí mismos no podrían haber generado el comportamiento de la tendencia de precios del grupo de edad desconocida, entonces la gran mayoría de los otros 1.444 tuvieron que ser adultos.

Esto quiere decir que quedaría demostrado que las mujeres adultas y ancianas superan a los hombres en la manumisión, en porcentajes que se equiparan con su mayor participación porcentual en las familias. Esto es lo que explica que el porcentaje de mujeres manumitidas se mantenga constante a lo largo de todo el periodo, tal y como lo constatamos en el primer capítulo.

En ese momento mostramos que la contracción de africanas en la ciudad era acompañada por un aumento de las brasileras en la manumisión, hasta generarse un efecto de sustitución de unas por otras, que dejaba la relación de seis mujeres por cada cuatro hombres en un relativo equilibrio, a pesar de la transformación demográfica. La explicación es que al desaparecer las africanas de la escena familiar (por el fin del tráfico atlántico) su lugar en las redes de parentesco fue tomado por las esclavas brasileras. Esta sustitución es consecuencia del tipo de exogamia practicada por los esclavos; esto es, porque los cautivos preferían casarse incluso con personas de otro origen siempre y cuando no consiguieran a nadie dentro de su propio grupo y ello era lo que acontecía luego de 1850. Así, cuando las mujeres africanas comenzaron a escasear, las esclavas nacidas en Brasil ocuparon esos lugares.

Esto no quiere decir que antes del descenso demográfico de las africanas las esclavas brasileras no desempeñaran el papel central en sus familias. Lo que quiere decir es que aquellas familias esclavas que tenían una mujer africana como centro pasaron a ser cada vez menos y, por tanto, las que tenían una mujer brasileras por cabeza empezaron a ser aun más abundantes. Las mujeres nacidas en Brasil ya eran centrales en una buena parte de las relaciones matrimoniales, pero cuando las africanas empezaron a desaparecer, las nacidas de este lado del Atlántico aumentaron su participación en el matrimonio. Es ese aumento el que percibimos en la participación de cada género en la manumisión.



Las familias de los manumitidos estaban compuestas por esclavos, horros y libres. La experiencia de la esclavitud y la libertad se mezclaba en las redes de parentesco, tanto en términos horizontales (entre hermanos, padrinos, esposos) como en términos verticales (hijos, padres, nietos y abuelos). La red

tenía una tendencia a la ampliación, que buscaba incluir miembros de otras unidades esclavistas, de diferentes estatus jurídicos y hasta de diferentes procedencias. Pero, al mismo tiempo, la familia tenía una unidad básica que la sustentaba, en la cual la mujer desempeñaba el papel central, lo cual le daba consistencia a toda la red de parentesco.

Eran varios los roles que cumplía la familia esclava en la sociedad. Tan fuerte era ese papel, que un esclavo, en lugar de quedar aislado, optaba por entrar en una red familiar distinta a la de su propia comunidad. Sin embargo, siempre que fuera posible, prefería una conformada por personas de su misma comunidad.

Como la familia es la que consigue y mueve los recursos, entonces es ella el agente de la manumisión. Sin ella, las opciones de manumitirse se reducen y no sólo estamos hablando de las manumisiones compradas, en general se reducen las oportunidades de liberarse usando cualquiera de los medios disponibles. Ese papel central de la familia es lo que explica parcialmente las diferencias por género entre los manumitidos, pues las mujeres proporcionalmente se manumitían más porque ellas estaban proporcionalmente más en las redes familiares que los hombres.

CAPÍTULO V

LA MANUMISIÓN EN LA FAMILIA

En el capítulo anterior describimos la familia esclava. Para eso recurrimos a la historiografía y presentamos de forma sucinta algunos de los rasgos de estas familias. Después, mostramos cómo su composición, y especialmente el papel central de la mujer, tenía un efecto sobre la distribución por género de la manumisión. De esa forma esperábamos caracterizar al agente de la libertad, esto es, describir a la familia esclava como aquella que conseguía recursos y decidía cómo emplearlos, aunque eso se ejecutaba en un contexto de complejas tensiones que no facilitaba ni acceder a esos recursos ni menos aún escoger cómo usarlos.

Sin embargo, las familias esclavas realizaban esas dos operaciones, y en este capítulo buscamos describir cómo operaban frente a la manumisión. Específicamente queremos saber quiénes eran los parientes de los manumitidos, cuál era la relación entre adultos y niños en las familias que manumitían, el diferencial de precios entre aquellos manumitidos que mencionaban sus familias y aquellos que no lo hacían.

También queremos observar la secuencia de la manumisión en la familia. Es decir, en aquellos casos en los que una sola familia consiguió liberar a varios de sus miembros queremos saber quién salió primero del cautiverio y quién, o quiénes, debieron esperar. Además, si la cantidad de miembros manumitidos por familia dependía de la cantidad de esclavos que tenía el amo. Por último, esperamos establecer el tiempo que debía transcurrir entre las diferentes manumisiones en una misma familia.

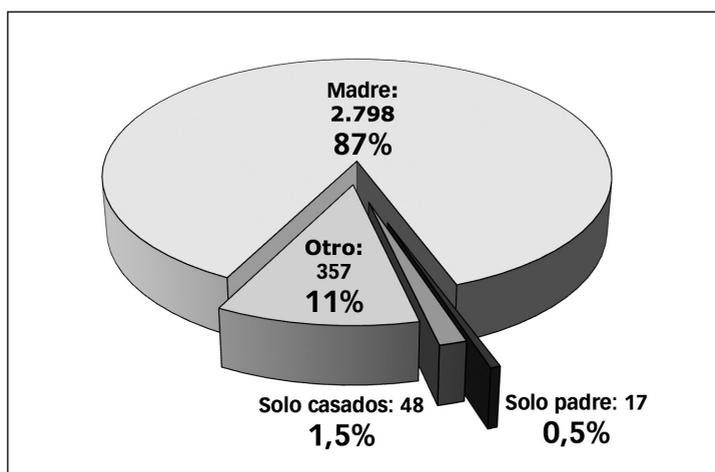
En pocas palabras, este capítulo describe cómo emanaba la libertad de las familias, cómo era que la manumisión se hilaba en una familia: quiénes irían a pagar, cuánto irían a pagar; quiénes irían a salir, cuándo irían a salir, y cuánto tiempo tendrían que esperar después de que un familiar se había liberado. Sin

embargo, es importante recordar que para la gran mayoría de los esclavos cariocas decimonónicos la libertad fue un deseo no llegó a hilarse, que no llegó a realizarse, y muchos murieron en el cautiverio; es decir, algunos puntos de este capítulo sólo hablan de una relativa minoría de los esclavos.

LOS FAMILIARES DEL MANUMITIDO

Como era de esperar, los manumitidos que tenían familia fueron, en su mayoría, brasileros. No es necesario explicar tal cosa, pues casi que por definición un esclavo que nació en Brasil tiene familia desde el comienzo de su vida. Por supuesto que algunos pueden perderla después, u otros simplemente podrían nacer en contextos hostiles a la formación de familias. Pero esos casos no llegan ni a equilibrar la situación de los africanos, pues ellos deben empezar a construir lazos de parentesco luego de llegar a la ciudad. Muchos conseguirán entrar a una familia, pero muchos otros no lo harán (figura 5.1.).

Figura 5.1. Pariente registrado por los manumitidos nacidos en Brasil

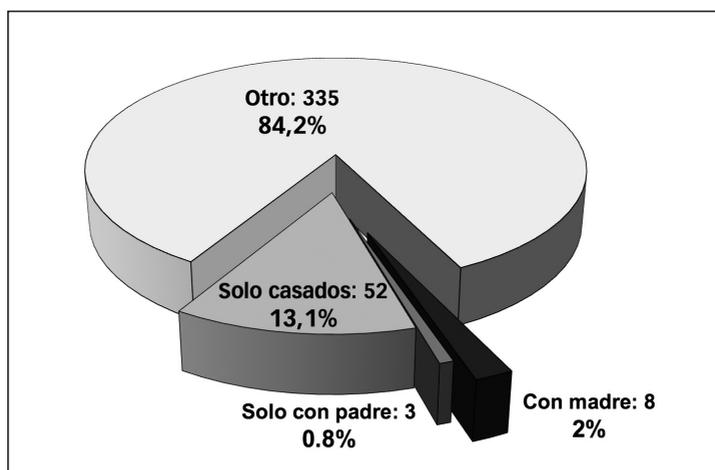


Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

La figura 5.1. permite ver que de los brasileros a los que les conocemos algún pariente, este casi siempre era su madre; en contraste, aquellos que sólo daban referencia de su padre eran menos del 1%, y aquellos que nombraban a su esposa o esposo eran tan sólo el 1,5%. Lo que otra vez refuerza el papel de la mujer en las relaciones familiares. Para los africanos (figura 5.2.), padre y

madre, por evidentes razones, eran excepcionalmente referenciados. Es más, la gran mayoría reconoce familias en las que no estaban presentes ni el padre, ni la madre, ni los esposos o las esposas.

Figura 5.2. Pariente registrado por los manumitidos africanos



Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

Para la mayoría de los niños, el pariente que se registró fue la madre. Sin embargo, esto no debe llevarnos a pensar que quienes registraron a su madre fueron siempre niños, pues también hay registros de individuos que explícitamente afirmaron ser adultos y que, al mismo tiempo, mencionaron a su progenitora. Lo interesante es que en estos casos los individuos siempre eran solteros. No tenemos ningún caso en el que un hombre mencione a madre y esposa: si se menciona esposa no se menciona madre; y al contrario, si se menciona madre no se menciona esposa.

Desafortunadamente, no conseguimos hacer cruces para hallar relaciones familiares entre africanos y brasileros en la manumisión. Nuestras fuentes no permiten una aproximación a tal cuestión, pues los registros sólo mencionan a parientes bastantes cercanos, como madre, padre, hijo, hermano, esposo o esposa, y con esa información no podemos avanzar mucho más.

Esto quiere decir que, en general, las cartas de libertad no permiten dibujar con alguna precisión los contornos, ni permiten inferir el tamaño de la familia esclava que manumitía a alguno o algunos de sus miembros. Sin embargo, no tenemos duda de que una madre sola y aislada no podría mantener a sus hijos.

Ni la tecnología, ni la estructura productiva, ni las relaciones sociales de la época permitían que una persona consiguiese por sí misma mantener a su descendencia, especialmente si estamos hablando de mujeres esclavas o manumitidas.

Esto quiere decir que esa madre debía contar con el apoyo de otros adultos, plenamente productivos, que colaboraran en el sustento de sus niños. Esos adultos debían contribuir por obligaciones impuestas por el parentesco, pero también porque al colaborar generaban economías de escala, debido a que ellos a su vez traían a sus propios hijos.

Lo que nuestras fuentes sí permiten establecer es que entre el 50% y el 60% de las familias en las que se incluían manumitidos tenían como conjunto básico una madre con uno o dos hijos. Sabiendo eso, las preguntas pertinentes pasan a ser: ¿cuántos de esos conjuntos de madre-hijos se conectan para conformar una familia? Y ¿cuántos individuos se agregan a ese conjunto de madre-hijos? Esto es, ¿cuánto es el tamaño aproximado de la familia? Ya que a la unidad de madre-hijos se le sumaban padres, padrinos, madrinas, tíos, primos y hasta abuelos.

Pero interrogarse por el tamaño de la familia es lo mismo que preguntarse por la relación entre el número de adultos por cada niño que existía en la familia, pues estrictamente lo que queremos saber es cuántos infantes debían ser mantenidos por cada individuo plenamente productivo. A esa relación frecuentemente se le conoce como *tasa de dependencia*, y en el lado de los individuos consumidores no productores también se agregan los ancianos.

Al calcular esa tasa de dependencia¹ para el total de individuos manumitidos cada año encontramos que la tasa se reduce a medida que el tiempo transcurre. Tal contracción es consecuencia del aumento de los adultos que se transformaron en libres, del cual hablamos en el capítulo 1. Entre 1841 y 1846 la relación fue de 3,6 consumidores por cada productor y en 1871 llegó a ser de únicamente 1,24. Reducción interesante y que ya hemos comentado.

Para comienzos del siglo XIX sabemos que en las pequeñas unidades esclavistas rurales la relación era de un productor por cada consumidor. Exactamente era de 0,97. Pero entre 1826 y 1830 esa relación se reduce y pasa a ser de 0,66 (Florentino y Góes, 1997). La explicación de tal comportamiento está en el tráfico negrero. Luego, para mediados de siglo (1849), la tasa urbana vuelve a equilibrarse en torno a un adulto por cada niño o anciano, aunque podría ser un

1 $TD = \frac{No. Niños + No. Ancianos}{No. Adultos}$

poco menor, pues la hemos estimado a partir de los datos de defunción en la Casa de la Misericordia (Karasch, 1987). Para el final del periodo, infiriéndola desde los datos del censo de 1872, su valor estaba en 0,72; aunque podría ser un poco mayor.

En resumen, y al esquematizar, sabemos que en la primera mitad del siglo XIX la tasa tiende a crecer y en la segunda mitad tiende a reducirse, pues su comportamiento acompaña el movimiento de la población esclava que mostramos en el capítulo 3. Debemos subrayar que la tasa de dependencia nunca fue mayor que 1, esto es, que la cantidad de adultos nunca fue superada por la suma de viejos y niños. Es más, si descontamos a los ancianos, la relación entre infantes y adultos favoreció a los segundos.

Esto significa que desde el segundo hijo, por cada niño adicional, la madre tenía un adulto que contribuía con su mantenimiento. Por ejemplo, una mamá con tres hijos contaba con dos adultos; una con cuatro hijos contaba con tres adultos. Evidentemente no estamos diciendo que fuera así en cada caso particular. Lo que estamos afirmando es que en la estructura poblacional tal relación se mantenía: en el agregado, por cada niño había un adulto que lo sostenía.

Es claro que muchos adultos, sobre todo hombres africanos, antes de 1850 no estaban integrados a ninguna red familiar. Eso ya lo hemos discutido. También por eso la tasa tuvo un aumento en la primera mitad del siglo. Luego, esos adultos se integraron —y el fin del tráfico reduce la llegada de adultos y, por tanto, el número de ellos que estaban por fuera de las familias— y la tasa cayó.

Al comienzo del periodo la tasa de dependencia de la población se movió cerca al 0,66; pero cuando retiramos los adultos que no estaban en una red familiar ese índice crece, lo que quiere decir que la disponibilidad de adultos por cada madre se contrae y, por tanto, el número de hijos también lo hace. Por eso es que en las familias que tienen manumitidos la cantidad de hijos por madre es de únicamente uno o dos. La mayoría de madres no puede tener más que eso, porque no había adultos suficientes que contribuyeran al mantenimiento de los niños.

Que la tasa de dependencia se mantenga cerca a uno tiene un efecto adicional: el crecimiento de la cantidad de niños en una red familiar que agregue unidades de madre-hijos es más rápido que el incremento de los adultos. Expliquémonos mediante un ejemplo: si dos madres, cada una con dos hijos, se agregan como una familia, ellas estarían acompañadas de dos adultos adicionales, pues para que la tasa sea 1 se requieren cuatro adultos para esos cuatro infantes. Pero si esas madres tuvieran cuatro hijos cada una, tendrían que estar acompañadas de otros seis adultos para llegar a equiparar el total de ocho niños y así mantener la tasa en 1.

Eso quiere decir que el número de adultos y el número de infantes en una familia son progresiones aritméticas, pero la tasa de la primera siempre será menor o igual que la tasa de la segunda. Como el número de adultos disponibles no es suficiente, entonces el número de hijos se reduce. Por eso, lo más frecuente era encontrar manumitidos en unidades familiares relativamente pequeñas, en torno a cuatro o cinco adultos con cuatro o menos niños.

PRECIO Y SECUENCIA DE MANUMISIÓN EN LA FAMILIA

Para terminar este capítulo debemos discutir la relación entre el precio de la manumisión y el acceso a una red de parentesco. Según *A paz das senzalas* (Florentino y Góes, 1997), los esclavos que estaban en una familia tenían precios menores que los que no estaban. Entre los niños tal diferencia era sustancial: entre 1810 y 1825 fue del 80% y entre 1826 y 1830 fue del 138%. Para los adultos la situación era menos fuerte, en el primer periodo la diferencia era del 13% y en el segundo del -7,5%. Curiosamente, para los ancianos, la diferencia se invierte, y los que tenían precios más altos eran los que integraban familias: en el primer periodo fue del 4,8% y en el segundo, del 18%.

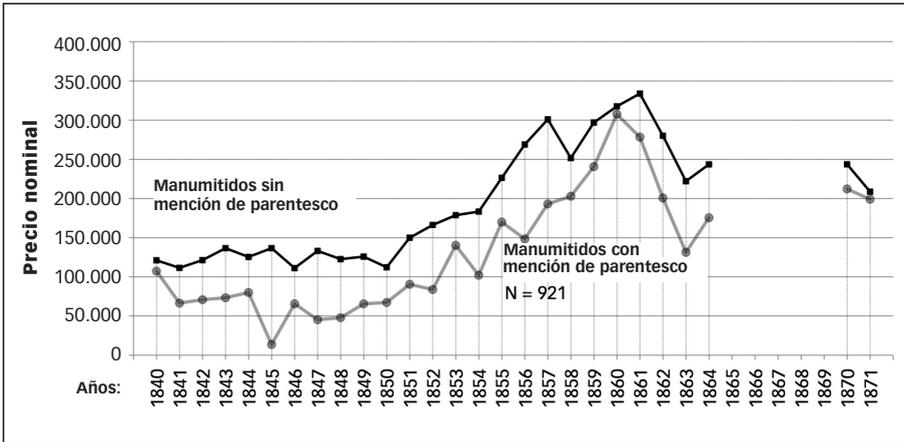
Esto quiere decir que había una relación inversamente proporcional entre edad y precio cuando se habla de esclavos que tenían una familia, y esta relación es presentada como uno de los elementos del: “fuerte poder político pacificador entre los esclavos, representado precisamente por los cautivos más viejos”² (Florentino y Góes, 1997, p. 165) (figura 5.3.).

Sin entrar en el debate sobre ese papel político, parecería evidente que el mercado valoraba de forma diferente a aquellos individuos que tenían una familia frente aquellos que no la tenían. Nuestra figura 5.3. parece corresponderse con ese modelo: los manumitidos que tenían familia tenían precios menores que los que estaban sin grupos de parentesco. Sin embargo, debemos revisar el comportamiento para cada uno de los grupos etarios. Para los niños, el modelo entre esclavos afirma que los que no estaban dentro de una familia costaban más. Pero entre los manumitidos la situación fue inversa. En la figura 5.4. se

² “*poder político pacificador forte entre os escravos, representado exatamente pelos cativos mais idosos*”. Traducción libre del autor.

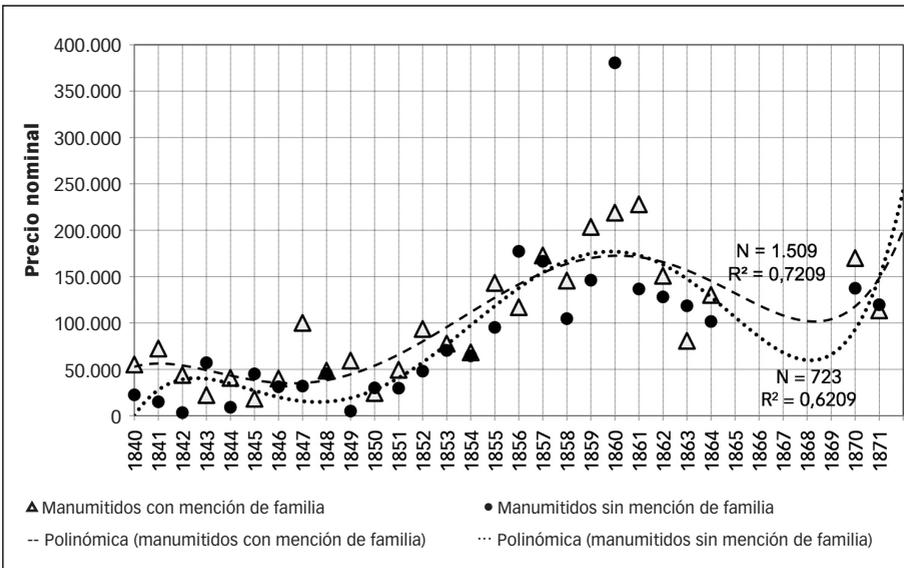
puede ver que en promedio, casi todos los años, los niños que tenían familia pagaban más por la libertad que aquellos que no registraron algún pariente (figuras 5.4. y 5.5.).

Figura 5.3. Comparación de los precios de manumisión entre los esclavos manumitidos con y sin familia



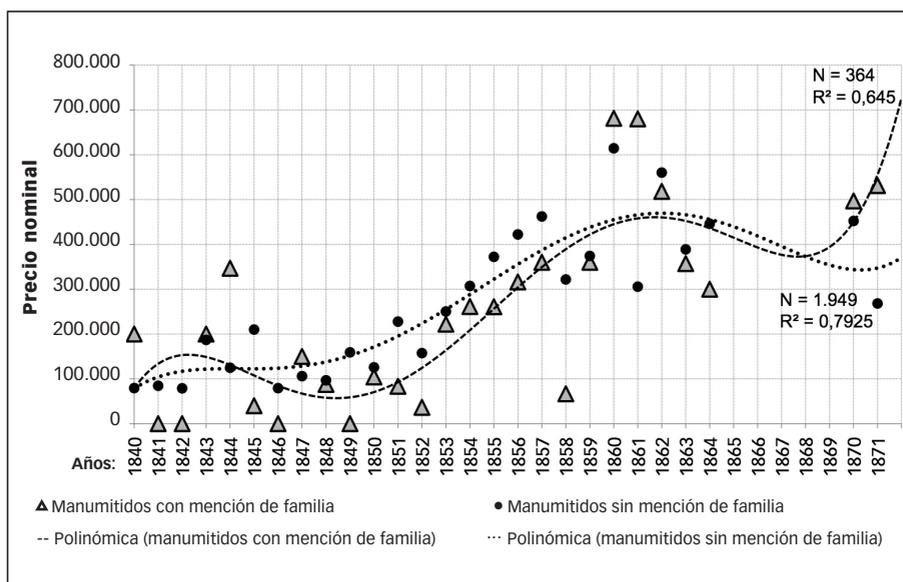
Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

Figura 5.4. Comparación de precios de los niños manumitidos con y sin familia



Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

Figura 5.5. Comparación de precios de los adultos manumitidos con y sin familia

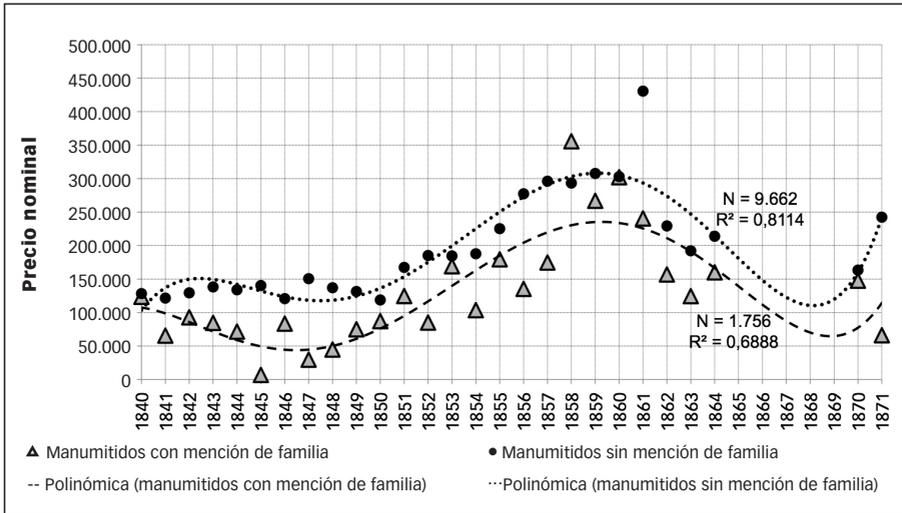


Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

La figura 5.5. compara el caso de los adultos. Aquellos manumitidos sin parentesco tenían precios mayores que los que sí tenían grupos familiares. Otra vez, esto es inconsistente con el modelo de precios para esclavos, pues entre los cautivos la diferencia de precios entre aquellos que tenían familia y los que no la tenían era casi inexistente, sus precios se movían cerca unos de los otros. Para los manumitidos, los que no tenían familia tenían precios un poco más altos y sólo en algunos cortos periodos tendían a equipararse.

Entre los ancianos el modelo de precios y parentesco que se daba entre los esclavos también se daba entre los manumitidos: en promedio, los ancianos con familia pagaron por la libertad 273 mil-réis y los que no tenían familia pagaron 87 mil-réis. Una diferencia del 214% que podría apuntar en la dirección de la hipótesis del *poder político* de los ancianos. El problema es que son pocos los casos de ancianos y no es posible una generalización a partir de ellos (figura 5.6.).

Figura 5.6. Comparación de precios de los individuos de edad desconocida manumitidos con y sin familia



Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

Por último, está el grupo de individuos de edad desconocida. Como ya hemos dicho varias veces, hablar de este grupo es hablar de adultos y aquí tenemos otra prueba de eso: la figura 5.6., en la que aparecen los de edad desconocida se comporta de forma similar a la curva de los adultos y de forma inversa a la de los niños. ¿Por qué las curvas se comportan de esa manera? En particular, ¿por qué el comportamiento de los precios de niños y adultos manumitidos que tuvieron familia es inverso al comportamiento de los precios de los esclavos que también tuvieron familia? La respuesta está en el tipo de *mercado* de cada uno de estos individuos.

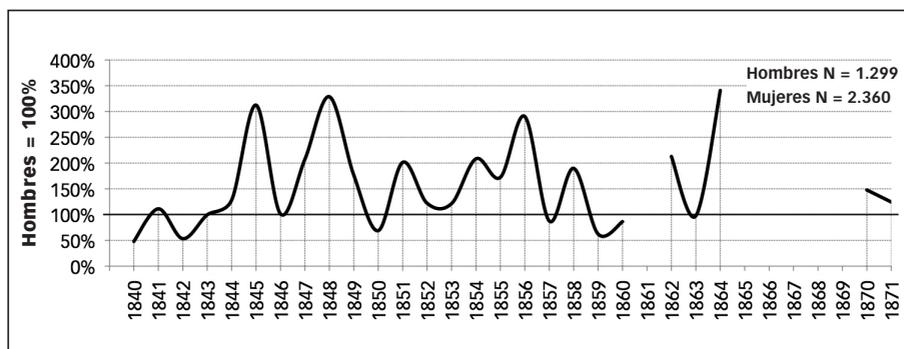
Estrictamente, en la manumisión la *demand*a no está conformada por amos, sino por los mismos individuos esclavos. Mientras la transacción por esclavos se realiza entre amos, la de la manumisión se ejecuta entre el amo y el cautivo. Eso quiere decir que los recursos y capacidades de cada tipo de *demand*a en cada transacción fueron diferentes. Por ejemplo, cuando un niño se manumitía pagaba más si registraba parientes, pues esa familia era la que pagaba, el amo lo sabía y buscaba retener más recursos para sí. El precio de un niño manumitido no era el precio de un individuo aislado, era el precio que una familia pagaba por él. En contraste, el precio de un niño esclavo sin familia era el de un único individuo.

Cuando hablamos de adultos la relación se invertía: ahora eran los manumitidos y sus familias los que lograban retener más recursos frente a sus amos. La familia se convertía en una fuente de recursos no económicos que permitían que el precio cayera frente al precio de la libertad que debía pagar un individuo sin red familiar.

Claro que no caía lo suficiente como para alcanzar el precio de los niños. Por eso, entre otras cosas, es que la decisión que tomaba la familia esclava de a quién manumitir era compleja: los niños costaban menos, pero eran menos productivos; los adultos costaban más, pero eran más productivos. Al final del capítulo mostraremos la secuencia de manumisión, quién va primero y quién va después hacia la libertad, y en el capítulo 9 examinaremos las razones de tal secuencia.

Por ahora revisemos la relación entre precio de los manumitidos que tienen familia de acuerdo con su género. Otra vez, las constataciones para el *mercado* de esclavos y de libertades no se cumplen para aquellos que registraron familias. En el segundo capítulo (figura 2.10.) mostramos que, en general, ambos géneros tuvieron precios similares, pero la figura 5.7. muestra que la diferencia de precios entre una mujer y un hombre que registraron familia era sustancial.

Figura 5.7. Razón de precios de manumisión entre géneros para esclavos con familia



Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

Las mujeres que tenían familia pagaban precios en promedio hasta tres veces mayores que los hombres que tenían familias. Sólo en algunos años en la media llegan a tener precios más o menos similares. La razón era su papel en las familias. Una mujer que estaba en una red familiar tenía más valor que un hombre, incluso cuando ese hombre también estaba en una relación familiar.

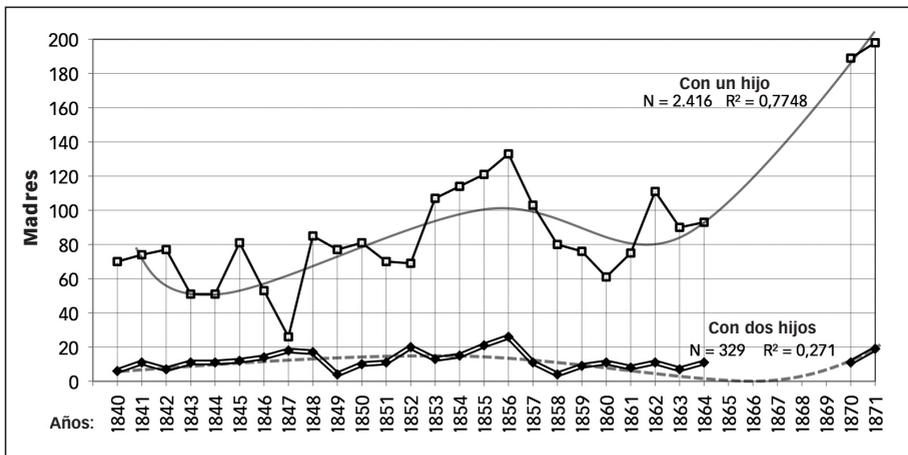
No obstante, ese valor más alto estaba vinculado con su papel social, que trasciende sus funciones reproductivas, pues, como ya mostramos, las mujeres no tenían muchos hijos a su lado.

Las familias sabían de la importancia de las mujeres para su existencia y estabilidad, por eso pagaban precios mayores por ellas que por ellos. La pregunta es saber exactamente quién pagaba ese precio. Si le creyéramos a las fuentes, deberíamos afirmar que ese precio era pagado directamente por los individuos manumitidos. Aparentemente, la mitad de los liberados pagaron por sí mismos con sus propios dineros. Pero, como varias veces hemos dicho, en la realidad fueron las familias las que pagaron, aunque eso no se indique en las fuentes.

Todavía nos queda por saber cuál es la secuencia de manumisión, esto es, cuál de los miembros de la familia saldrá primero del cautiverio y cuál lo hará después. Es evidente que no siempre las familias conseguían liberar a más de uno de sus miembros, pero incluso, siendo así, la pregunta se mantiene: ¿quién debería serlo?

Sólo al final del texto, en los últimos capítulos, podremos discutir las razones por las cuales se toma la decisión de quién y en qué secuencia se liberarán los miembros de la familia. Por ahora sólo queremos saber cuál es ese orden. La figura 5.8. muestra las tendencias cuando se manumitieron madres con uno y dos hijos. Cuando fue sólo uno, la tendencia acompaña la serie general de manumisión. Cuando son dos hijos, no hay tanta correspondencia con la serie general, y, sobre todo, el último ciclo no presentó un incremento.

Figura 5.8. Madres con uno o dos hijos

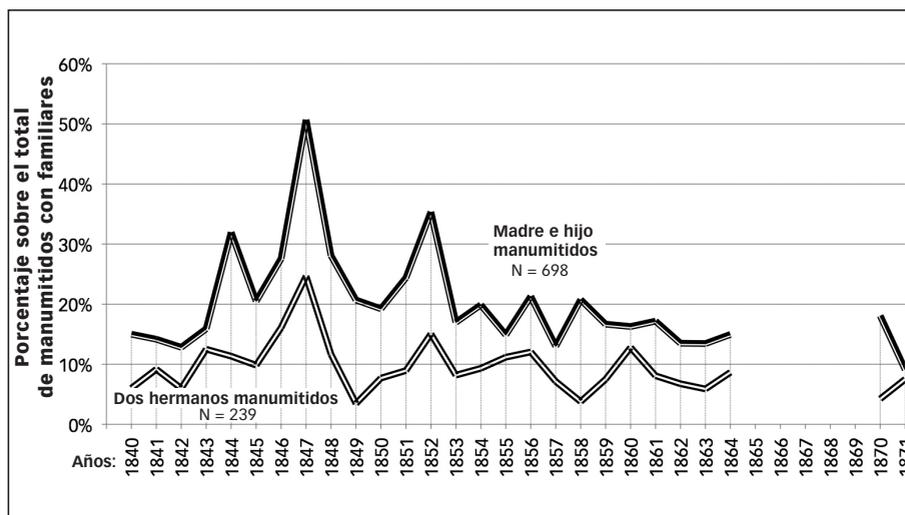


Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

Ahora bien, el porcentaje de madres con un hijo, en el que ella o él se manumitieron, sobre el total de los manumitidos, que en la carta de libertad mencionaron a su familia, llegó a ser de casi el 80% al final del periodo que estamos analizando. Esto es que la cantidad de duplas conformadas por madre e hijo manumitidos creció fuertemente entre 1870 y 1871. En contraste, la terna conformada por la manumisión de madre con dos hijos se mantuvo relativamente constante.

La posibilidad de encontrar madres con más hijos manumitidos está en relación directa con el tamaño de la unidad esclavista a la que pertenecía la familia. Podría pensarse que unidades mayores tenían más propensión a liberar más individuos en redes de parentesco; sin embargo, no fue así. Las manumisiones de la pareja madre-hijo generalmente se dan entre años que sólo dieron esas dos libertades (figura 5.9.).

Figura 5.9. Lazo de parentesco entre dos manumitidos de la misma familia



Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

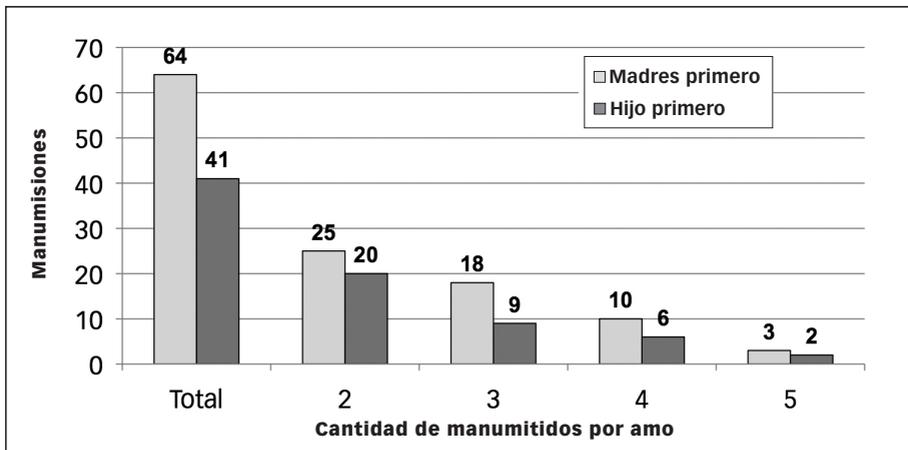
Los años que se envuelven en más manumisiones pocas veces liberan a miembros de una misma familia. Sólo eventualmente años que han concedido, por ejemplo, cinco manumisiones incluyen entre ellas a una madre con un hijo. De este modo, la decisión de que cada vez haya más madres en esa condición no parece haber sido tomada por los años.

Decir madre con un hijo es hablar del conjunto más frecuente entre las manumisiones familiares. Después de ella está la dupla conformada por dos hermanos, aunque esta nunca llegó a ser tan importante como la primera. La figura 5.9. muestra el comportamiento de ambos casos: madre-hijo y dos hermanos; como se ve, cuando una familia manumitió a dos de sus miembros, generalmente fue la combinación de adulto y niño, y no la de dos adultos o dos infantes. Esto es que la decisión era diversificar las edades de los individuos que salían a la libertad y no la concentración en un mismo grupo etario.

Es evidente que estamos hablando de los casos que pudimos localizar en las fuentes y de aquellas familias que liberaron a dos de sus miembros pues lo más común en la manumisión fue la salida a la libertad de sólo un miembro de la familia. Además, otro tipo de vínculo familiar entre liberados de una misma familia, como el de tíos, sobrinos, padrinos o ahijados, no aparece en las cartas de libertad. Aunque nada sugeriría que ese tipo de combinaciones llegaran a disputarle importancia a la combinación madre-hijo.

Si la dupla común fue la de un adulto con un niño, la pregunta es cuál de los dos sale primero del cautiverio. La figura 5.10. responde y deja pocas dudas: primero el adulto y después el niño, y esta secuencia es independiente del número de manumisiones en las que estaba envuelta la unidad esclavista, pues para todos los tamaños de unidad siempre fueron primero las madres las que salieron de la esclavitud.

Figura 5.10. Individuo de la familia que es manumitido primero

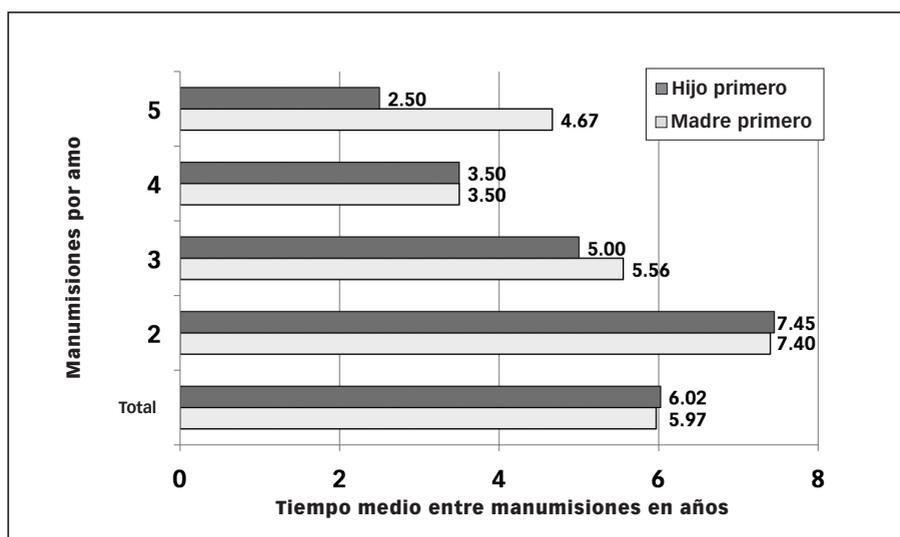


Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

Sin embargo, no siempre las madres salieron primero. Hasta 1852 los pequeños les disputaron el primer lugar a sus mamás en el orden de manumisión, pero después de esta fecha ellas pasaron a ser siempre las primeras en transformarse en libres. Lo cual está en correspondencia con la transformación de los grupos de edad de la que hablamos varias veces: los adultos pasan a manumitirse más que los niños.

El tiempo que hay entre la primera y la segunda manumisión en una familia esclava es independiente a la secuencia que se siguió; es decir, no importa si la madre o el hijo salieron primero del cautiverio, siempre el tiempo que les toma la segunda manumisión es igual. La figura 5.11. muestra eso, lo que de nuevo evidencia que es la familia la que consigue los recursos y toma la decisión. Lo que sí afecta de forma sustancial el tiempo entre manumisiones es la capacidad de obtener recursos. En el caso de aquellas familias en unidades esclavistas mayores, les toma menos tiempo liberar a un segundo miembro. Esto porque en ese tipo de unidades las familias esclavas eran más grandes.

Figura 5.11. Tiempo promedio entre manumisiones dentro de una misma familia



Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

Así, la figura 5.11. permite evidenciar el papel fundamental de la familia esclava: ella era la que decidía quién se manumitía y cuándo lo hacía. Claro, esa decisión siempre estuvo en un contexto definido de oportunidades y en tensión permanente con los señores de esclavos.



Como vimos en este capítulo, la unidad básica de la familia esclava en la que se dio la manumisión fue la madre con uno o dos hijos, y sobre esa unidad se agregaron los otros vínculos familiares, como padres, padrinos, tíos y abuelos. En general, por cada hijo que existía había un adulto que contribuía a su mantenimiento. Ahora bien, la baja disponibilidad de adultos adicionales para participar de ese sustento parece haber sido la razón por la cual las unidades familiares tuvieron pequeños tamaños. Sin embargo, esas unidades se vinculaban una con otra para generar redes de parentesco mayores.

El papel de la familia en la manumisión era palpable en los precios: los adultos que eran miembros de familias lograban precios menores que aquellos que no lo eran. La disparidad de esos precios se explica por el poder de negociación que tenían gracias a estar involucrados en redes de parentesco. Por esa misma razón, los niños que contaban con una familia pagaron más por su libertad que aquellos niños que no contaban con una. De igual forma pasaba con las mujeres, aquellas que estaban en una familia valían más que los hombres, incluso cuando estos se encontraban también en una red de parentesco.

El poder de la familia aparece en la secuencia de manumisión. Si bien lo más común en la manumisión fue que una familia sólo consiguiera la libertad para uno de sus miembros, cuando se lograba que fueran dos, siempre se prefería que fuera la combinación de una madre con un hijo. Al comienzo del periodo la decisión era manumitir primero al niño y después al adulto, pero conforme el tiempo fue pasando —y en correspondencia con el cambio etario en la manumisión del que hablamos en el capítulo 3—, la elección empieza a ser por liberar primero al adulto y luego al niño. Sin embargo, ese orden de quién va primero no afecta el tiempo que pasa entre la primera y la segunda manumisión, que siempre estuvo entre los cinco y los siete años.

En resumen, la familia fue el agente de la manumisión en dos sentidos: ella fue la que consiguió los recursos y la que decidió cómo usarlos. Sin ella, pasar a ser libre era bastante difícil, y teniendo en cuenta el contexto, decidía cómo optimizar los recursos que obtenía. La pregunta es cómo consiguió esos recursos, y para resolverla debemos pasar a los próximos capítulos.

CAPÍTULO VI

PRESUPUESTOS MESTIZOS

La familia era el agente de la manumisión. Como hemos dicho varias veces, ella era la que buscaba los recursos y decidía cómo emplearlos. Una parte de esos recursos era usada para que algunos de sus miembros pudieran dejar el cautiverio y elevar así el bienestar de todos, pues aquel que salía de la esclavitud no volvería a transferir a su amo parte del excedente producido, por lo que podría retenerlo para sí mismo y para sus familiares.

Como es señalado por muchos autores, gran parte de la diferencia entre ser esclavo y ser libre era para quién se trabajaba; es decir, si los individuos podían mantener para sí mismos el resultado de su esfuerzo o si debían entregar una parte para sus señores.

Las formas de conseguir recursos, de desplegar la fuerza de trabajo propia, son el tema de este capítulo. Ya describimos al agente microeconómico que producía libertad, ahora necesitamos saber cómo se hacía, cómo se conseguían los recursos con los que se fabricaba esa peculiar mercancía. Aquí no describiremos todas las fases de la producción; algunas quedarán para los próximos capítulos. Por ahora, sólo discutiremos la materia prima con la que se hacía la libertad: el trabajo.

La familia esclava era una unidad productora y consumidora; eso significa que ella conseguía y generaba recursos que después ahorrraba, invertía o consumía. La pregunta de este capítulo es cómo se generaban tales ingresos.

MESTIZAJE HORIZONTAL

Al intentar resolver dicha pregunta, este capítulo partía de un presupuesto errado: la idea de que se podían encontrar relaciones entre las ocupaciones

que los esclavos ejercían y su procedencia étnica. Por ejemplo, en el capítulo 3 mostramos que los esclavos minas tenían una mayor propensión —u oportunidad— de pagar por la libertad que otros grupos, y el presupuesto inicial era suponer que tal propensión debía estar facilitada por los trabajos que ellos realizaban. Si tenían ocupaciones en las que podrían ganar más o conseguir más moneda, entonces buena parte del comportamiento frente a la manumisión quedaría claro. Así se esperaba que pasara con todos los grupos. La cuestión era encontrar esas relaciones entre trabajo y procedencia étnica.

Este es un presupuesto inducido en el que alguna historiografía, por ejemplo Russell-Wood (2005, p. 113) y Karasch (1987, p. 26), insiste en que los esclavos minas eran reputados como los mejores trabajadores. Se esperaba entonces comprobar esa reputación y explicar por qué pagaban más frecuentemente por la libertad, y mayores valores. Sin embargo, esas características de las que devenía la reputación mina sólo aparecían en las fuentes de forma dispersa, y no es posible encontrar evidencias cuantitativas sólidas que respaldaran la mentada reputación.

Otro ejemplo puede ayudar a comprender el error de dicho presupuesto inicial. La profesora Katia Mattoso comenta que en algunos casos en los que africanos libres manumitían esclavos por medio de sus testamentos, estos con frecuencia escogían a aquellos cautivos de su mismo grupo étnico de procedencia: “el *gege* libera sus esclavos *gege*, el *nagô* manumite los *nagôs*”¹ (Mattoso, 1982, p. 235).

El error consiste en mezclar problemas ontológicos con relaciones sociales. Sigamos con el ejemplo y expliquémonos. El error es creer que los *nagôs* existen en cuanto a sí mismos: se es *nagô* o no se es, para toda la vida. Así, antes de la manumisión, el amo y algunos esclavos eran *nagôs* y, por tanto, cuando él concede la libertad es porque todos eran de la misma procedencia étnica. Esa era la línea de argumentación inicial. Algo como: “soy *gege*, es posible que mi amo *gege* me manumita”. El problema sigue siendo la imposibilidad de encontrar evidencia empírica suficientemente fuerte para apoyar sentencias de ese tipo.

La razón por la que no existe esa base es porque la idea de los esclavos era diferente. Ellos tendrían en su cabeza algo como: “mi amo *gege* libertará a algunos de nosotros, esos serán los *geges*”. De esa forma, ser *gege* era una condición que se construía entre ellos. En otras palabras más sencillas, pero que pueden inducir a un error, la condición *gege* es consecuencia de la manumisión

¹ “o *gege* liberta seus escravos *geges*, o *nagô* alforria os *nagôs*”. Traducción libre del autor.

y no su causa, al contrario de lo que el sentido común podría indicar. Es eso lo que discutiremos en las próximas páginas: la condición de procedencia étnica entre los esclavos y manumitidos era consecuencia de las relaciones sociales en las que están envueltos los individuos.

Pero antes de continuar, seamos más claros y desvirtuemos un posible error que el párrafo anterior podría llegar a sugerir. Lo que estamos afirmando no es la existencia de un modelo de cinismo generalizado entre los esclavos, en el cual los grupos de procedencia étnica desfilaban como disfraces en carnaval y en el que cada individuo, libremente, decidía qué vestir. La situación es más compleja y no se trata de cinismo. Se trata de ser flexible dentro de las *fronteras étnicas* para tomar las oportunidades que los *límites* entre ellas ofrecen.

Los individuos tienen identidades en el contexto en el que se encuentran. De esa forma, por ejemplo, los esclavos podían ser al tiempo brasileros e hijos de minas. Dos condiciones que evidentemente no se excluían mutuamente y que ofrecían más oportunidades para ellos. Eran dos formas de moverse en la ciudad sin ser cínico. En ocasiones se ratificaba que se era brasilero, en otras se hablaba de los padres minas; es más, algunos podrían llegar a nombrar a sus abuelos del Lago Onim. Claro que no se podía ser de todos los grupos: había límites, las fronteras existían.

El mestizaje estuvo presente en la historia de Río de Janeiro. Fueron comunes las uniones entre blancos y negros, o entre pardos y mulatos. Eran uniones que les permitían a sus descendientes moverse en las jerarquías sociales construidas a partir de diferencias raciales. La historiografía trabaja desde hace décadas en ese tipo de cuestiones. Pero existía otra vía de mestizaje, que era simultánea con aquella dada entre negros y blancos: era la vía del mestizaje entre grupos africanos.

Por ejemplo, se era mestizo también cuando el padre era mozambiqueño y la mamá era *cabinda*, o cuando los abuelos eran congoleños, pero el padre había nacido en Brasil y, por tanto, era *crioulo* y se había casado con una mulata bahiana. Al mestizaje entre negros y blancos, que producía todo un espectro de colores, lo podemos llamar *vertical*, para enfatizar que era una sociedad jerarquizada racialmente, pero en la que los individuos podían cambiar de color.

Al mestizaje producido entre grupos africanos lo podemos llamar *horizontal*, para recalcar que el individuo por esa vía no cambiaba de color, pero sí podía cambiar la composición de ese color.

Por ejemplo, supongamos que si en un momento dado un individuo era mulato (condición dada por el mestizaje vertical), en otras ocasiones ese color

podría ser reivindicado como producto de una unión entre padre de São Tomé y madre brasileira (consecuencia del mestizaje horizontal). Ser mulato por ser hijo de brasileira y africano podría ser relativamente normal y el individuo ni siquiera necesitaba explicar sus reivindicaciones. Pero el mismo individuo, en otro momento, podría pasar a ser simplemente mulato y no nombrar más su ascendencia, lo cual también era corriente en el Río de Janeiro del siglo XIX. Esa mezcla de elementos es lo que nombramos como mestizaje vertical y mestizaje horizontal. En este ejemplo, el primero podría producir el color mulato; el segundo, la reivindicación brasileira o africana.

Así como el mestizaje vertical tenía sus reglas y ritmos, el horizontal también las tenía. No siempre todos los individuos conseguían cambiar de color; tampoco era posible que cualquiera se atribuyera todas las procedencias étnicas. Se tenían fronteras y límites para reivindicar una procedencia.

Muchas son las investigaciones que discuten el tema del mestizaje vertical (Eisenberg, 1989; Klein, 1986; Paiva, França y Junho, 2002) y no es necesario que nos detengamos a abordarlo. Por eso, pasaremos directamente al horizontal. Buscaremos demostrar su existencia y vitalidad en tres pasos: la condición de posibilidad de su existencia, la medición de la probabilidad de que ocurriera y la necesidad de que ella se diera. Empezamos con la condición de posibilidad.

Los esclavos de los que estamos hablando vivían en la ciudad. Como algunas investigaciones han mostrado, uno de los lugares fundamentales de habitación eran los *cortiços*, especies de inquilinatos que las fuentes definen como:

[...] casas alquiladas directamente a esclavos o personas libres que parcialmente las subarrendaban a esclavos... los males generados por esa práctica son claros, nadie ignora que esas casas, además de ser guarida de esclavos huidos y malhechores e incluso de ladronzuelos libres, se convierten en verdaderos antros donde predomina el vicio de mil formas diferentes².

² Archivo General de la Ciudad de Río de Janeiro. Códice Escravos 3, 3, 37 (citado en Brito, 2004, p. 30). “[...] *casas alugadas diretamente a escravos, ou a pessoas livres, que parcialmente a sublocam a escravos... Os males resultantes de uma tal prática são notórios, ninguém ignorando que essas casas, além deserem valbacoutos de escravos fugidos e malfeitores, e mesmo ratoneiros livres, tornam-se verdadeiras espeluncas, onde predominavam o vício baixo (sic) de mil formas diferentes*”. Traducción libre del autor.

Ese tipo de casa aumentó rápidamente en Río de Janeiro en el siglo XIX. Según los números de Sandra Graham (1992, p. 39) ese incremento se da de 114 *cortiços* y 4.003 habitantes en 1856, pasando por 15.054 individuos en 502 casas en 1867, hasta 1.331 *cortiços* con 46.680 habitantes en 1888. Esto significa que entre el 11% y el 16% de toda la ciudad moraba en este tipo de lugares. Sin embargo, estos números pueden representar aún más concentración, pues estas casas se encontraban casi que exclusivamente en el centro y en la Cidade Nova. Por eso, algunos contemporáneos creían que en realidad estas albergaban a un tercio de la población urbana de Río de Janeiro (Graham, 1992, p. 140).

Para el mestizaje horizontal ese tipo de casas significaba una alta densidad de personas por inmueble (en media entre 30 y 35 individuos por casa) y una alta densidad de casas por barrio, lo cual implica alta rotación de los habitantes, tanto dentro de los *cortiços* como entre ellos. Si a esto le sumamos el tipo de movilidad en la ciudad, lo que encontramos es que los espacios de encuentro y desencuentro entre esclavos permitían flexibilidad en la construcción de identidades.

En otras palabras, bajo esas condiciones debía ser relativamente fácil construir mestizaje horizontal; es decir, poder reivindicar cierta ascendencia genealógica, en cuanto las demarcaciones de la procedencia étnica debían ser más flexibles que en el sector rural. También porque las identificaciones que hacen los individuos son facilitadas por un medio con alta rotación, circulación y multiplicación. Es tal vez a esa flexibilidad a la que se refiere Roberto Góes cuando dice que: “la línea [...] por la cual la opinión pública separaba *crioulos* y africanos debe haberse convertido cada vez más incierta, después del fin del tráfico atlántico de esclavos”³ y agrega: “En la década de 1870, los africanos en Brasil eran esclavos viejos, bastante incorporados en la cultura brasilera, incluso convertidos en casi *crioulos*”⁴ (2006, p. 541).

Aclaremos que el mestizaje horizontal no está vinculado con promiscuidad sexual y mucho menos estamos afirmando que este patrón residencial estuviera, o no, vinculado con la promiscuidad. Para nuestra hipótesis de mestizaje horizontal es irrelevante la vida sexual de los cautivos y horros, y la de sus padres y abuelos. El mestizaje horizontal nada tiene que ver con los asuntos de la sexualidad.

³ “[...] a linha... pela qual a opinião pública separava *crioulos* e africanos deve ter-se tornado crescentemente incerta após o fim do tráfico externo...”. Traducción libre del autor.

⁴ “Na década de 1870, os africanos no Brasil já eram escravos velhos, bem brasileiros já, meio *crioulos*”. Traducción libre del autor.

El mestizaje horizontal es una reivindicación de la identidad efectuada por los individuos: en ocasiones apelaban a una identidad y luego a otra. El patrón de residencia facilitaba que los individuos reivindicasen diferentes identidades, debido a que no estaban fijos en un lugar. Ellos iban y venían y con ese desplazamiento espacial también podían hacerse desplazamientos de identidad, pues en un lugar el individuo reivindicaba un origen y en otro espacio podría afirmar que provenía de otro.

INCONSISTENCIAS EMPÍRICAS

Dicho esto, podríamos aceptar que existió una condición de posibilidad para el mestizaje horizontal entre los esclavos. Pero estamos lejos de demostrar que tal posibilidad existiera y menos aún de que se convirtiera en realidad. Para avanzar y percibir que al menos fue probable usaremos las ocupaciones de los esclavos para saber cómo los individuos se movían entre distintos tipos de ascendencia genealógica, con el fin de sacar beneficios de los contextos específicos.

Como comentamos al comienzo del capítulo, queríamos encontrar la clasificación de las ocupaciones en función de la procedencia étnica de los esclavos. Por ejemplo, aquella idea de que la profesión de barbero era casi que exclusivamente ejercida por los descendientes de africanos (Russell-Wood, 2005, p. 56). O aquella de que los zapateros en Río de Janeiro en el siglo XIX tenían que ser libres:

Tal vez los zapateros, cuando exigían que pardos y negros comprobaran su condición de libres y manumitidos, estaban implícitamente suponiendo que eran blancos libres o se consideraban socialmente como tales. Al rechazar a los esclavos, se afirmaba el distanciamiento de la esclavitud y la condición de libre, pero, lo que es más importante, sin descalificar su trabajo⁵. (Guedes, 2006, p. 398)

No obstante, el mismo Roberto Guedes clasificó a 76 esclavos en Río de Janeiro, entre 1801 y 1844, como zapateros, sombrereros, sastres y barberos (*“sapateiros, chapeleiros, alfaiates e barbeiros”*) (2005, p. 243). Y en nuestras

⁵ *“Tal vez os sapateiros, ao exigirem que pardos e pretos deviam comprovar sua condição de livres e forros, fossem brancos livres o seu considerassem socialmente como tais. Ao repelir os escravos, afirma-se o distanciamento da escravidão e a condição de livre, mas, o que é mais importante sem desqualificar o seu trabalho”.* Traducción libre del autor.

fuentes, al menos cincuenta esclavos se consideran zapateros en la ciudad entre 1815 y 1835⁶, lo que la convierte en la quinta ocupación más común entre los esclavos urbanos de la época.

Sin embargo, no es tan importante encontrar que los números son incoherentes con la cita de Guedes, pues con frecuencia una cosa es lo que afirman los reglamentos de las corporaciones y otra lo que ocurría en la realidad con sus afiliados. Fue común en América que un gremio prohibiera la participación de los esclavos, al mismo tiempo en que ellos participaban de él.

Este ejemplo apunta a debilitar la hipótesis de una división de las ocupaciones por procedencia étnica o condición jurídica. En realidad, el mundo del trabajo urbano en Río de Janeiro en el siglo XIX estaba más abierto que cerrado, era bastante flexible y los esclavos zapateros ayudan a constatarlo. Veamos otro caso que muestra las dificultades de trabajar al clasificar por procedencias étnicas.

Tal y como mostramos en el capítulo 2, los esclavos minas eran más propensos a pagar por su libertad que los otros grupos. Para Manolo Florentino, la razón de esa predominancia es la

Capacidad de conseguir recursos, para la cual contribuía su destacada participación entre los esclavos que trabajaban por cuenta propia —ao ganho. Señala, al final de cuentas, la fuerza de la identidad de las diversas etnias genéricamente agrupadas bajo el rótulo de ‘mina’, expresada en la eficiencia de las instituciones que sustentaban el desarrollo de patrimonios tales como las hermandades, las asociaciones de auxilio mutuo, las cuadrillas de trabajo, la familia (Florentino, 2005, p. 353)⁷.

Creemos que este argumento es válido, pero en el sentido contrario. Manolo Florentino también deriva de una condición étnica las posibilidades de conseguir recursos: los esclavos minas tenían una identidad que les permitía instituciones eficientes. Nosotros creemos que la relación causal va en el sentido opuesto:

⁶ Muestra aleatoria de esclavos urbanos (en adelante, EURJ1), a partir de los inventarios post-mortem de los oficios primero, segundo y tercero de notas de Río de Janeiro, entre 1790-1835, hoy custodiados por el Archivo Nacional de Brasil en Río de Janeiro. En total son 4.072 esclavos.

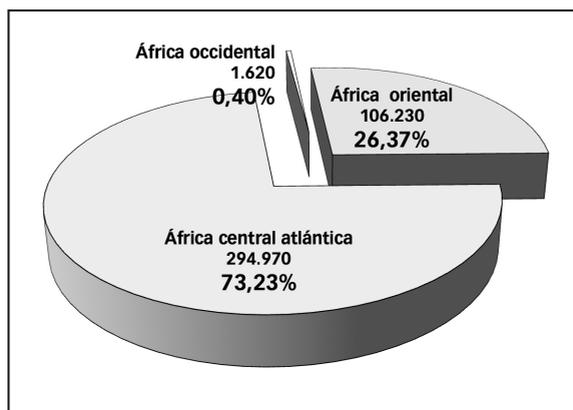
⁷ “*Capacidade de arremontação de recursos, para o que contribuía a sua destacada participação entre os escravos ao ganho. Aponta por fim para a força da identidade entre as diversas etnias genericamente agrupadas sob o rotulo ‘mina’, expressa na eficiência de instituições que sustentavam a montagem de pecúlios como as irmandades, as associações de auxilio mutuo, os cantos, a família*”. Traducción libre del autor.

muchos de los que conseguían recursos de forma eficiente pasaban a atribuirse —o se les atribuía— una ascendencia mina.

Parece que la cuestión fuera de interpretación. Para Manolo Florentino, ser mina es una condición anterior a tener instituciones eficientes; para nosotros, algunos de los minas eran minas porque tenían instituciones eficientes. Al esquematizar, podemos decir que para él la identidad es causa, para nosotros es consecuencia. Podemos salir de la cuestión mediante las evidencias.

Detengámonos en un momento en el tráfico de esclavos entre África y Río de Janeiro. El mismo Manolo Florentino encontró que la participación de África occidental, que ya era pequeña entre 1795 y 1811, casi desapareció o desapareció por completo a partir de 1816 (Florentino, 2002, p. 79). Nosotros sumamos el total de africanos de la región mina que llegan a la ciudad entre 1815 y 1841 (después de ese año no hay registros de ningún otro esclavo) y la situación es igual: solamente 1.620 personas⁸ (figura 6.1.).

Figura 6.1. Esclavos desembarcados en Río de Janeiro entre 1815 y 1841



Fuente: *Eltis et al. (1999). Cálculos propios.*

⁸ Cálculo a partir de *Eltis et al. (1999)*. Clasificamos de acuerdo con los puertos de procedencia. Para dar un margen e intentar elevar el número de minas, también incluimos algunos puertos que no son del África occidental, pero que podrían haber sido utilizados para ocultar salidas ilegales desde la región mina; y porque en estos cálculos es preferible un error por exceso y no por defecto. Los puertos que usamos son: Accra, Adja, Cabo Verde, Calabar, Cacheu, Golfo de Benin, Lago Onim, Popo, Porto Novo, Río Cameroon, São Tome e Príncipe, Serra Leoa, Wydah. Algunos puertos de África occidental podrían no aparecer en esta lista porque no existen navíos llegando a Río de Janeiro o Salvador desde esos lugares para estas fechas.

Lo interesante y paradójico es que en Río de Janeiro, entre 1840 y 1871, los manumitidos designados como minas fueron, como mínimo, 2.013. Esto significa que los manumitidos eran un 25% más que aquellos que llegaron desde África, lo que es casi técnicamente imposible, pues ¿cómo liberar más gente de la que llegó?

Claro que podríamos intentar nivelar la balanza entre los que llegan a la ciudad y los que se convertían en horros usando el comercio interno de Brasil, especialmente aquellos esclavos que vienen del nordeste del país. A Bahía llegaron, entre 1800 y 1850, más de 21.000 esclavos (Eltis *et al.*, 1999) provenientes de las zonas que se podrían considerar mina. Este tráfico fue particularmente intenso entre 1815 y 1822. Sin embargo, este número es relativamente pequeño si lo comparamos con los 83.000 cautivos que arribaron a Bahía en la primera mitad del siglo XIX, y, por tanto, muchos de los desplazados desde el nordeste hacia el sur y sureste del país no necesariamente eran minas.

Aunque la revuelta de 1835 en Salvador de Bahía implicó la salida de muchos cautivos minas de la ciudad, eso no quiere decir que necesariamente esas salidas se correspondieron con las llegadas a Río. Como Chalhoub cita de Slenes (Chalhoub, 1990), todo parece indicar que los esclavos que movía el tráfico interno de Brasil iban más destinados a las plantaciones de las regiones de São Paulo o Minas Gerais que para las ciudades.

Además, debemos considerar que de los 1.620 esclavos minas que llegaron a Río de Janeiro no todos se quedaron en la ciudad. Muchos eran redistribuidos hacia otras regiones de Brasil, de manera que la diferencia entre llegadas y manumisiones podía aumentar aún más, o por lo menos compensar la llegada de aquellos que venían del nordeste.

Por último, debemos tener claro que cualquiera que sea el mecanismo que usemos para equilibrar los números debe ser eficaz no sólo para equiparar importación de esclavos y manumisión, también para producir un remanente de esclavos que no se manumitían, pues es imposible que todos los que llegaran de la región mina hayan terminado su vida como libres.

En resumen, tenemos 1.620 esclavos mina que llegan a la ciudad desde África, más un número indeterminado procedente del nordeste (todo parece indicar que no eran tantos como se podría imaginar). Esa suma debe corresponder con 2.013 que se manumitieron, más todos los esclavos minas que salieron de la ciudad, más un remanente de esclavos que no se liberaron.

Pero no es necesario hacer esfuerzos ingentes para cuadrar las cuentas, ya que 1.620 manumitidos comparados con 2.013 importados no tiene que ser

una inconsistencia empírica. Ni siquiera es necesario creer que un 25% de los manumisos minas estaba mintiendo cuando registró su condición de procedencia étnica. Ellos estaban diciendo la verdad, eran minas, pero no de aquellos venidos de África occidental. Eran minas porque participaban de las instituciones eficientes de las que habla Florentino.

Un proceso similar de supuestas inconsistencias numéricas sucedió en Salvador durante la revuelta de los *ganhadores*, en la década de 1850, que fue investigada por João José Reis (1997). Él encontró que el grupo *nagô* funcionaba como una sombrilla para otros grupos minoritarios africanos que pasaron a identificarse como *nagôs*, al no tener, por ejemplo, sus propios *cantos*, es decir, sus propios grupos de trabajo.

Por lo menos en el caso de la manumisión mina en Río de Janeiro y de los *nagôs* en Salvador encontramos que algunos individuos reivindicaron una identidad construida socialmente, más que una identidad filogenética. Eran individuos que podían atribuirse una identidad diferente y simultánea a la que su condición biológica les permitía.

Hemos mostrado tres típicos espacios de construcción de identidad: los gremios de ocupación, el tráfico negrero y las revueltas. Veamos otro de los espacios tradicionales que forjaron identidad: las cofradías negras, que eran aquellos espacios de solidaridad religiosa y social entre los esclavos y negros libres que muchas veces dejaron fuentes detalladas para reconstruir su historia. Por ejemplo, en 1752, los negros de Salvador establecen la cofradía del Senhor Bom Jesus das Necessidades e de Redempção en la que los miembros oficialmente estaban limitados a los procedentes de Dahomey (Russell-Wood, 2005, p. 137). En contraste, otra sólo recibe yorubas-*nagô* (Lima, 1999). Así, cada una permitía sólo individuos de un tipo específico de procedencia. Esto podría llevarnos a la idea de que tales espacios eran lugares para afirmar “reivindicaciones étnicas originales” (“*pertinências étnicas originarias*”) (Lima, 1999).

Sin embargo, Carlos Lima mostró que esos espacios eran mucho más flexibles de lo que los reglamentos podrían inducir a creer. Por ejemplo, una misma cofradía podía reivindicar de forma simultánea dos identidades diferentes. Más interesante aún, un individuo podía pertenecer a dos cofradías que formalmente se excluían, o como aquellas que explícitamente decían que sólo aceptaban a africanos, pero que en la práctica admitían a hijos brasileños de esos africanos.

De esa forma, resumiendo, había zapateros esclavos que según los reglamentos nunca debieron trabajar arreglando zapatos. Esclavos minas que se

manumitieron, pero que nunca llegaron de África. Más nagôs en una revuelta de los que había en una ciudad. Y miembros brasileiros de cofradías que formalmente prohibían su pertenencia a ellas. Es evidente que todos esos hechos no pueden ser simples inconsistencias empíricas, son manifestaciones de que la identidad no es estática y no es un reflejo de alguna condición filogenética. Los individuos, en este caso esclavos, podían atribuirse diferentes procedencias étnicas sin que eso fuera inconsistente.

PROBABILIDAD DE MESTIZAJE HORIZONTAL

Una explicación determinista no lograría dar cuenta de esas inconsistencias empíricas que acabamos de señalar, pero podemos buscar otro método que consiga comprenderlas. Ese método debe verificar nuestra hipótesis, que afirma que los esclavos hacían simultáneas atribuciones de procedencia étnica, todas ellas legítimas. El punto de partida de la verificación es que los esclavos se encontraban en espacios altamente flexibles, que no estuvieran atrapados en sistemas estrictamente rígidos.

Claro que la flexibilidad espacial no es una prueba en sí misma, como afirmamos antes; es una simple condición de posibilidad, ni siquiera es una posibilidad en sí misma. Sin embargo, sin ella sería mucho más difícil que los esclavos consiguieran hacer simultáneas atribuciones de procedencia étnica.

Pasemos a medir las posibilidades de que el mestizaje horizontal existiera. Esto es, demostrar que los esclavos provenían de diferentes orígenes étnicos. Varias investigaciones han mostrado los fuertes comportamientos endogámicos de los esclavos en América. Nosotros mismos, en el capítulo 4, presentamos algunos de esos índices y datos. En consecuencia, la cuestión no es negar esos resultados, sino ubicarlos en el contexto de mestizaje del que estamos hablando.

Aplicando nuestro argumento, en una relación marital la etnia no necesariamente precedía a la unión: también podría ser consecuencia de ella. La preservación de la endogamia se daba en la búsqueda de individuos de la misma procedencia, mas eso no quiere decir que los procurados fuesen del mismo grupo en términos filogenéticos, pues podrían ser mestizos que se identificaban con el grupo y, por tanto, podrían ser buenos candidatos para la unión endogámica.

En otras palabras, el mestizaje horizontal era consecuencia de un patrón de unión marital en el que individuos de grupos originariamente diferentes formaban parejas que se valoraban a sí mismas como endogámicas y que recibían la

misma valoración por la comunidad en la que se encontraban, al mismo tiempo en que se mantenía la referencia al grupo de procedencia. De esa manera, los hijos de tales uniones tenían varias identificaciones étnicas que eran legítimas. Así, tanto los individuos que formaban la pareja como los hijos de ella tenían la posibilidad de atribuirse identidades. En las palabras de Frederik Barth:

Aunque el surgimiento y la persistencia de esos sistema [poliétnicos complejos] parezca depender de la relativa estabilidad de las características culturales asociadas a los grupos étnicos —o sea gran rigidez en las fronteras de interacción— de allí no se deriva que exista rigidez semejante en cuanto a los patrones de reclutamiento de los grupos étnicos o a la atribución de pertenencia a ellos. Al contrario, las relaciones interétnicas que observamos frecuentemente envuelven diversos procesos que ocasionan cambios en las identidades individuales y grupales y, en consecuencia, modifican los factores demográficos presentes en la situación⁹. (2000)

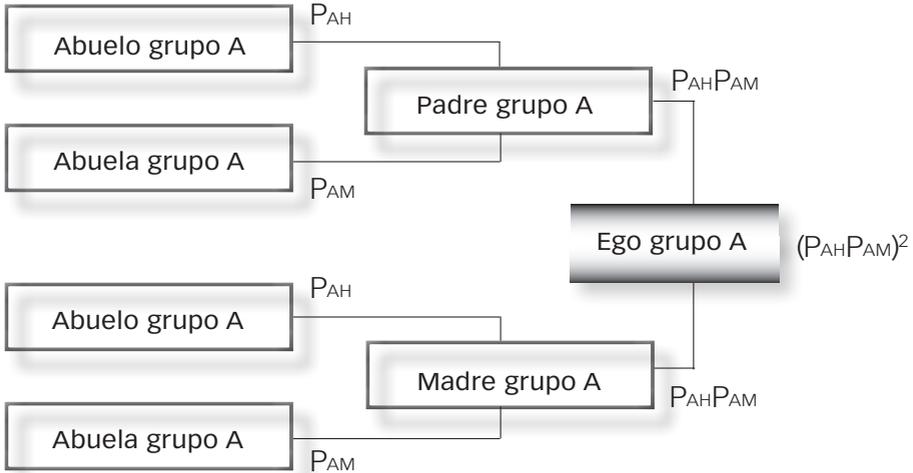
No estamos afirmando que todos los individuos se atribuyeron varias identidades. Algunos no precisaban hacerlo. Sin embargo, la necesidad y oportunidad del mestizaje horizontal entre los esclavos cariocas del siglo XIX fue lo corriente y no lo excepcional. Para comprobar tal cosa podemos comparar las posibilidades de ser mestizo o de no serlo, de ser descendiente de las uniones maritales de individuos de diferente procedencia étnica.

En la figura 6.2. presentamos el árbol de posibilidades de un individuo no mestizo, que sería aquel en el que entre su ascendencia genealógica sólo hay personas de la misma procedencia étnica. Por comodidad en la figura y en el cálculo, únicamente incluimos tres generaciones: ego, padre y abuelo.

Pero, tampoco es necesario representar más generaciones, pues en el contexto de la época la máxima línea temporal de un esclavo u horro llegaría hasta sus abuelos, ya que las expectativas de vida y las condiciones de bienestar de la población harían difícil, para la mayoría de los individuos, conocer más allá de estos.

⁹ *“Ainda que o surgimento e a persistência desses sistemas [poliétnicos complexos] pareçam depender de relativa estabilidade das características culturais associadas aos grupos étnicos —ou seja grande rigidez nas fronteiras de interação— daí não decorre que haja rigidez semelhante no que diz respeito aos padrões de recrutamento dos grupos étnicos ou de atribuição de pertencimento a eles: ao contrário, as relações interétnicas que observamos frequentemente envolvem diversos processos que ocasionam mudanças nas identidades individuais e grupais, e conseqüentemente, modifica os outros fatores demográficos presentes na situação”.* Traducción libre del autor.

Figura 6.2. Modelo de probabilidad de individuo no mestizo



Fuente: elaboración propia.

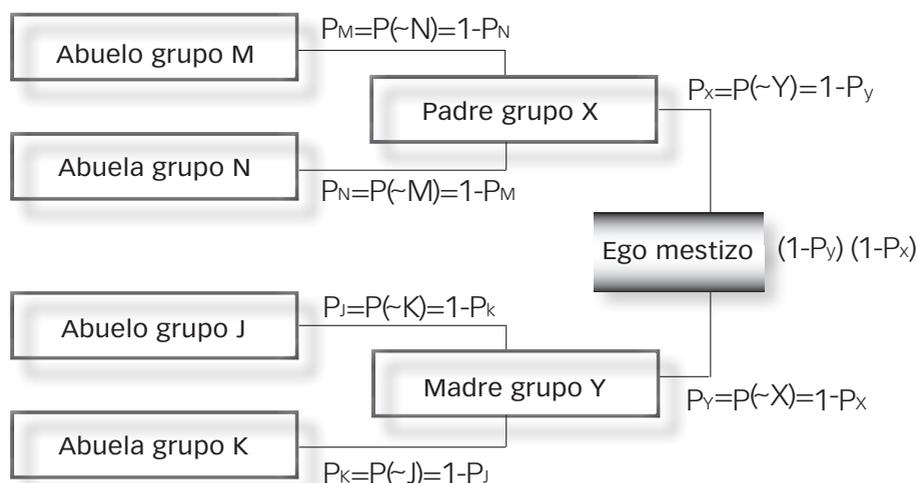
En la figura 6.2. aparecen tres niveles: a la izquierda, los abuelos; en el medio, los padres y, a la derecha, ego. Todos los individuos del árbol son del grupo A . La primera pareja es la de los abuelos paternos, en la que el hombre y la mujer tienen una probabilidad de existir P_{HA} y P_{MA} , respectivamente. Por tanto, el padre de ego en nuestro esquema tiene una probabilidad $P_{HA} * P_{MA}$ de existir. Como todos son del mismo grupo, la probabilidad de la madre es esa misma y, así, la de ego es $(P_{HA} * P_{MA})^2$.

Esa expresión resume el carácter simétrico del esquema, ya que todos los individuos son del grupo A . Pasemos al caso de un individuo que es mestizo horizontalmente. La figura 6.3. presenta ese esquema, en el que otra vez aparecen los tres niveles: abuelos, padres y ego. Entre tanto, la expresión matemática no es tan sencilla como la del primer caso. Para explicarla hagamos el recorrido desde ego hasta los abuelos.

La probabilidad de existencia para ego es la multiplicación de las probabilidades de su padre y su madre. La del padre es P_X y la de la madre es P_Y , donde X y Y son las etnias de cada uno, teniendo en cuenta el género respectivo. Pero como ego es mestizo, entonces X debe ser diferente de Y , lo que formalmente quiere decir $P_X = P_{\neg Y}$. En otras palabras, la probabilidad de que el padre sea del grupo X tiene que ser igual a la probabilidad de que no sea del grupo Y . Pero decir que no sea del grupo Y significa que él puede ser de cualquier grupo

menos del Y, que expresado formalmente es $1 - P_Y$. Lo mismo ocurre con la madre, que tiene una probabilidad igual a $1 - P_X$. De esa forma, la probabilidad de existencia para el individuo ego es: $(1 - P_Y) (1 - P_X)$.

Figura 6.3. Modelo de probabilidad de individuo mestizo



Fuente: elaboración propia.

Ahora debemos saber qué es P_X y P_Y . Como el modelo es reiterativo, eso quiere decir que papá y mamá son los egos de sus propias historias y de nuevo la condición es que el abuelo paterno del grupo M no sea del grupo N , el de la abuela paterna. Aunque M sí podría ser igual a X o Y . En consecuencia, la probabilidad del padre también es $(1 - P_M) (1 - P_N)$.

Lo mismo sucede con la madre. Para ella, sus padres son de los grupos J y K , que tienen por única condición la de excluirse mutuamente, aunque de forma independiente pueden ser iguales a X , Y , M o N . El resultado de la probabilidad es $(1 - P_J) (1 - P_K)$.

Antes de continuar es necesario dejar constancia de dos cosas: el modelo tiene en cuenta que los abuelos pueden tener la misma procedencia étnica de los yernos o nueras. Lo que no considera es la edad exacta de abuelos y padres, que podría llegar a modificar los valores de las posibilidades, aunque tal modificación es tan baja que no debe afectar la interpretación general que proponemos. Por eso no la introducimos, ya que complicaría aun más el modelo sin llegar a modificar sustancialmente los resultados. Lo que sí podría aparecer en

el modelo es la unión entre generaciones diferentes: hombre mayor con mujer joven y mujer mayor con hombre joven.

Para ubicar los números en las expresiones analíticas que representan las figuras 3.2. y 3.3., usamos los datos demográficos para la época de las tres generaciones que estamos contemplando. Esto significa que el periodo que nos interesa va de finales del siglo XVIII hasta 1840, que es cuando comienzan los registros de manumisión con los que trabajamos. Las tablas 6.1. y 6.2. exponen la muestra estadística con la que trabajamos (EURJ1).

Tabla 6.1. Muestra de esclavos urbanos según su procedencia.
Río de Janeiro, 1790-1812

	MUJERES				HOMBRES			
	CRIOLOS	ÁFRICA CENTRAL	ÁFRICA OCCIDENTAL	ÁFRICA ORIENTAL	CRIOLOS	ÁFRICA CENTRAL	ÁFRICA OCCIDENTAL	ÁFRICA ORIENTAL
ESCLAVOS	174	201	16	3	170	424	26	211
PORCENTAJE EN LA POBLACIÓN	14,2%	16,4%	1,3%	0,2%	13,9%	34,6%	2,1%	17,2%

Fuente: EURJ1. Para este periodo (1790-1812). N = 1.225.

Asumimos que la generación de los abuelos de nuestros manumitidos es la de 1790-1812. Tal elección la hacemos teniendo en cuenta las características demográficas de la época y la homogeneidad numérica de esa población que se encontraba antes de la explosión del tráfico negrero. Así, la siguiente generación, que representa a los padres en los esquemas, es la que va de 1815 a 1835, y que otra vez tiene alguna homogeneidad al ser aquella del crecimiento del comercio atlántico de esclavos (tabla 6.2.).

Tabla 6.2. Muestra de esclavos urbanos según su procedencia.
Río de Janeiro, 1815-1835

	MUJERES				HOMBRES			
	CRIOLOS	ÁFRICA CENTRAL	ÁFRICA OCCIDENTAL	ÁFRICA ORIENTAL	CRIOLOS	ÁFRICA CENTRAL	ÁFRICA OCCIDENTAL	ÁFRICA ORIENTAL
ESCLAVOS	287	511	54	59	308	1.122	68	233
PORCENTAJE EN LA POBLACIÓN	10,9%	19,3%	2,0%	2,2%	11,7%	42,5%	2,6%	8,8%

Fuente: EURJ1. Para este periodo (1815-1835). N = 2.646.

Las tablas 6.1. y 6.2. presentan los datos de la generación de abuelos y padres respectivamente, al exponer el total de esclavos de acuerdo con su procedencia étnica y el porcentaje de ellos en el total de la población. Será con esos datos que trabajaremos. Aclaremos que el total de individuos de las dos tablas no coincide con el total de la muestra, pues existieron casos en los que no se pudo identificar el origen.

La tabla 6.3. muestra la probabilidad de mestizaje de los hijos de los esclavos urbanos de 1790 a 1812. Para llegar a estos índices simplemente multiplicamos los porcentajes correspondientes de la tabla 6.1. Por ejemplo, el porcentaje 2,8, que está en el cruce de hombres africanos orientales (fila 4) y mujeres de África central atlántica (columna C), es el resultado de multiplicar los índices de tales individuos en la tabla 6.1. El número 2,8 representa la probabilidad de encontrar individuos provenientes de una unión entre africanos de esa procedencia.

Tabla 6.3. Probabilidad de mestizaje entre esclavos urbanos en Río de Janeiro, 1790-1812

HOMBRES		MUJERES				TOTAL	MESTIZOS POR PADRE
		(A) BRASILERAS	AFRICANAS				
			(B) ÁFRICA OCCIDENTAL	(C) ÁFRICA CENTRAL	(D) ÁFRICA ORIENTAL		
(1) BRASILEROS		2,0%	0,2%	2,3%	0,03%	4,5%	2,5%
AFRICANOS	(2) ÁFRICA OCCIDENTAL	0,3%	0,03%	0,3%	0,03%	0,7%	0,7%
	(3) ÁFRICA CENTRAL	4,9%	0,5%	5,7%	0,1%	11,1%	5,5%
	(4) ÁFRICA ORIENTAL	2,4%	0,2%	2,8%	0,04%	5,5%	5,5%
Total		9,6%	0,9%	11,1%	0,2%		14,1%
MESTIZOS POR MADRE		7,7%	0,9%	5,5%	0,15%	14,1%	

Fuente: elaboración propia.

Nota: cálculos explicados en el texto.

El 2% en el cruce de mujeres (columna A) y hombres (fila 1) brasileros representa la probabilidad de encontrar mestizos de segunda generación o más, y es consecuencia de que la población esclava fuera abierta y en crecimiento por

el tráfico atlántico. Las otras celdas de la diagonal muestran la probabilidad de encontrar individuos no mestizos. Ahí aparece de nuevo el fuerte peso del tráfico, pues el dato más alto es el de hijos de padres y madres procedentes de la región de Congo-Angola. La última columna muestra las posibilidades de ser mestizo debido al padre; esto es, que el padre tenga hijos con una mujer de condición étnica diferente a la de él. Por tanto, es el total de la fila menos la correspondiente probabilidad de individuos no mestizos. Igual sucede con la última fila que muestra los datos de mestizaje por la vía materna, cuando es la madre quien tiene hijos con un hombre de un grupo diferente.

Para el siguiente periodo, 1815-1835, los resultados de la probabilidad aparecen en la tabla 6.4. Ella está construida con los datos de las tablas 6.2. y 6.3., ya que así consideramos a los individuos que nacieron en la generación anterior. De esa forma, podemos tener en cuenta las parejas que unían maritalmente a viejos con jóvenes (Florentino y Góes, 1997). No estamos afirmando que todas las uniones fueran de ese tipo, únicamente los estamos teniendo en cuenta al lado de las parejas de personas de la misma generación.

De esa forma, la tabla 6.4. es una matriz de ocho filas por ocho columnas. Las primeras cuatro trabajan directamente con los datos de la tabla 6.2., esto es, con la información demográfica de las fuentes. Las cuatro columnas (5 a 8) y filas (E a H) finales parten de los datos de la tabla 6.3. El cruce de las cuatro primeras filas y columnas muestra la probabilidad teniendo en cuenta solamente la procedencia de padres y madres. En contraste, el cruce de las últimas cuatro filas y columnas es la probabilidad de ser hijo de aquellos individuos de la tabla 6.3.

Por ejemplo, la intersección de la columna H (madre brasilera que a su vez fue hija de una unión en la que al menos uno de los padres era de África oriental) con la fila 7 (padre brasilero que a su vez fue hijo de una pareja en la que al menos uno de sus integrantes era de África central atlántica) tiene un valor de 0,3%. Ese valor viene de la multiplicación de 2,9 por 11,1. El primero de esos porcentajes es la suma de $5,5/2$ con $0,2/2$; los numeradores de estos cocientes son los totales de las filas y columnas de africanos orientales de la tabla 6.3., que representan la posibilidad de que uno de los padres sea procedente de esa región de África. Están divididos entre dos con el fin de considerar el género, pues la posibilidad de que el niño que nació sea hombre o mujer es del 50%. De la misma forma sucede con 11,1, que es la suma de los cocientes respectivos.

Tabla 6.4. Probabilidad de mestizaje entre esclavos urbanos de Río de Janeiro, 1815-1835

HOMBRES	MUJERES											MESTIZOS POR PADRE
	(A) MADRES BRASILERAS	MADRES AFRICANAS			MADRES BRASILERAS HIJAS DE				TOTAL			
		(B) ÁFRICA OCCIDENTAL	(C) ÁFRICA CENTRAL	(D) ÁFRICA ORIENTAL	(E) BRASILERA	(F) AFRICANA OCCIDENTAL	(G) AFRICANA CENTRAL	(H) AFRICANA ORIENTAL				
(1) Padres brasileiros	1,3%	0,2%	2,3%	0,26%	0,7%	0,1%	1,3%	0,3%	6,5%	5,2%		
(2) África occidental	0,3%	0,05%	0,5%	0,05%	0,2%	0,0%	0,3%	0,1%	1,4%	1,4%		
(3) África central	4,6%	0,9%	8,2%	0,9%	2,6%	0,3%	0,3%	1,2%	19,1%	10,8%		
(4) África oriental	1,0%	0,2%	1,7%	0,20%	0,5%	0,1%	1,0%	0,3%	4,9%	4,7%		
(5) Brasileiro	0,7%	0,1%	1,2%	0,14%	0,4%	0,0%	0,7%	0,2%	3,4%	3,0%		
(6) Africano occidental	0,1%	0,0%	0,2%	0,02%	0,0%	0,0%	0,1%	0,0%	0,4%	0,4%		
(7) Africano central	1,2%	0,2%	2,2%	0,25%	0,7%	0,1%	1,2%	0,3%	6,2%	4,9%		
(8) Africano oriental	0,3%	0,1%	0,6%	0,06%	0,2%	0,0%	0,3%	0,08%	1,6%	1,5%		
Total	9,4%	5,4%	1,8%	16,7%	5,2%	0,7%	5,2%	2,5%	26,7%			
Mestizos por madre	8,1%	3,5%	25,2%	3,7%	10,1%	1,4%	9,1%	4,9%	57,8%			

Fuente: elaboración propia.

Nota: cálculos explicados en el texto.

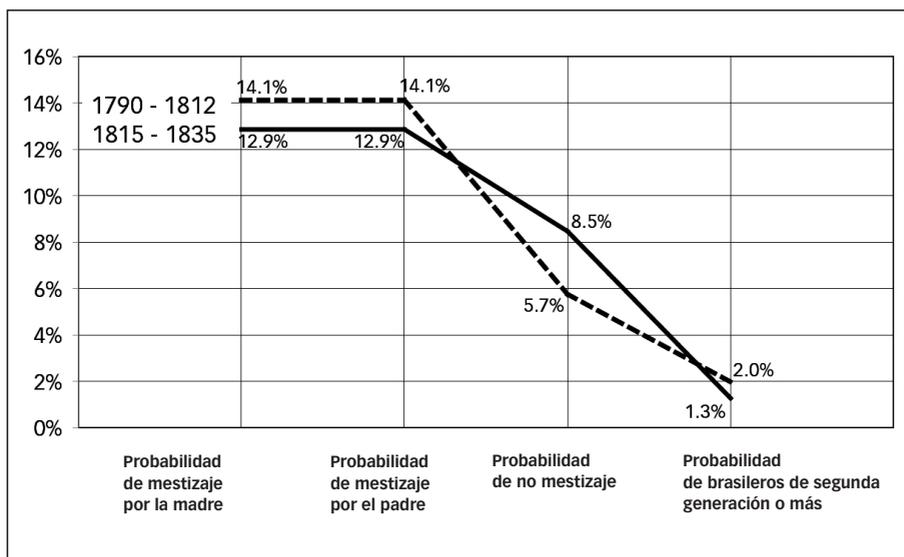
Los demás índices de la tabla fueron calculados del mismo modo. Como se puede ver, el cruce de las cuatro filas y columnas finales produce una matriz simétrica respecto a su diagonal. Esto porque las probabilidades por género son iguales. Por ejemplo, la probabilidad de ser hija (mujer) de al menos un padre congoleño es igual a la probabilidad de ser hijo (hombre) del mismo padre. Los nacidos en Brasil tienen la misma probabilidad de ser hombre que mujer.

También están las casillas de cruce de las primeras cuatro columnas y las últimas cuatro filas, y las que intersectan las últimas cuatro columnas con las primeras cuatro filas. Ellas son producto de la multiplicación de los índices de las tablas 6.2. y 6.3., que representan las uniones maritales intergeneracionales. Por ejemplo, la intersección de la columna C (mujer de África central) con la fila 7 (hombre hijo de al menos un padre de África central atlántica) tiene 2,2%, que viene de la multiplicación de 19,3%, que es el porcentaje de mujeres de África central atlántica de la tabla 6.2., con 11,1% que, como explicamos en las páginas anteriores, es la posibilidad de que un individuo tuviera al menos uno de sus padres procedentes de esa región africana.

De paso, aclaremos también la intersección de la fila 1 con la columna A: uniones de madre y padre brasileño. El 1,3% es la probabilidad de ser brasileño de segunda generación por los dos progenitores. En contraste, el cruce de la columna E (madre brasileña hija de al menos un brasileño) con la fila 5 (padre brasileño hijo de al menos un brasileño) representa la probabilidad de ser brasileño de tercera generación, ya que al menos dos de sus abuelos eran brasileños.

Luego de calcular las tablas 6.3. y 6.4., las combinamos clasificando dos tipos de casos: los individuos mestizos y los que no lo eran. Los no mestizos son aquellos cuya probabilidad aparece en las diagonales de las dos tablas: son los nietos e hijos de africanos que provienen de la misma región. Por ejemplo, hijos y nietos de minas. Por substracción, los mestizos son todas las demás casillas menos la diagonal. También separamos aquellos que eran hijos o nietos de criollos como un caso especial (figura 6.4.).

Figura 6.4. Probabilidad de mestizaje entre los esclavos urbanos de Río de Janeiro discriminada por generaciones



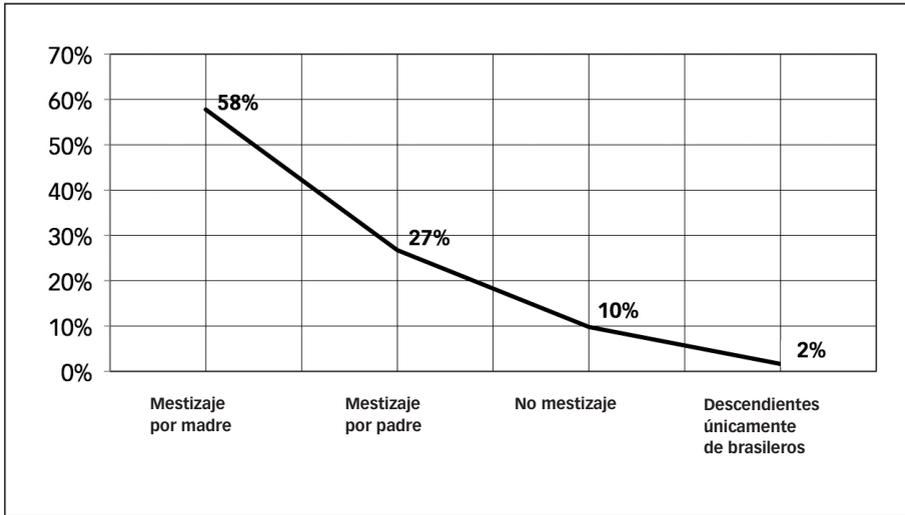
Fuente: elaboración propia.

Nota: cálculos explicados en el texto.

La figura 6.4. expone la primera forma de agregación. En ella se usaron únicamente los datos de la tabla 6.3. y los de las casillas de cruce de las primeras cuatro filas y columnas de la tabla 6.4. No se incluyen los otros cálculos de la última. Por eso construimos la figura 6.5., que es la segunda forma de agregación de los datos y que sólo tiene en cuenta los índices de la tabla 6.4. Podemos usar cualquiera de las dos figuras, pues la conclusión es la misma: las posibilidades de ser mestizo eran mucho más altas que las de no serlo. Dicho esto, los porcentajes de la figura 6.5. representan mejor la realidad, pues contemplan los datos de abuelos y padres. Según esos datos, la probabilidad de ser mestizo se mueve entre el 27% y el 58%, mientras que la probabilidad de no serlo es de únicamente el 10%. Así es claro que el mestizaje horizontal fue la regla y no la excepción. Y pensemos que aquí sólo se trabajó con ese tipo de mestizaje y no con el producido por uniones entre blancos y negros, lo que haría que la distancia entre las probabilidades creciera aún más.

Aclaremos que la suma de los porcentajes no da 100% y no debería, pues las categorías del eje X no son necesariamente excluyentes entre sí. Por ejemplo,

Figura 6.5. Probabilidad de mestizaje entre los esclavos urbanos de Río de Janeiro incluyendo tres generaciones



Fuente: elaboración propia.

un individuo puede ser mestizo por la vía paterna y por la vía materna al mismo tiempo; eran los individuos que conseguían tener referencia del grupo de procedencia de su padre y del de su madre.

Fue debido al tráfico de esclavos que el mestizaje materno era mayor: como las mujeres eran menos en los navíos y en la ciudad, entonces el lado a la izquierda de la diagonal de nuestras matrices siempre fue mayor que el lado derecho. Esto significa, por ejemplo, que siempre era más probable ser hijo de un congoleño que de una congoleña, pues había más hombres que mujeres procedentes del Congo. No obstante, el total de la última fila de las matrices muestra la probabilidad de identificarse con el grupo de la madre, en cuanto la última columna expone las de identificarse con el grupo del padre. Nada extraño que de nuevo constatemos que la referencia materna tenía dos veces más posibilidades de existir que la paterna.

LAS VENTAJAS DEL MESTIZAJE HORIZONTAL

Lo que demuestran las figuras es que, en la ciudad, la cantidad de individuos que podían atribuirse varias identidades era entre tres y seis veces mayor que la cantidad de los que no podían hacerlo. Pero, aunque calculemos

esos índices, aún no demostramos que el mestizaje horizontal existiera. Como ya hemos dicho, lo primero que hicimos fue exponer que había una condición de posibilidad para este tipo de mestizaje, gracias al tipo de espacios habitados y recorridos por los esclavos. Lo que hicimos luego fue calcular las probabilidades de que el mestizaje existiera, y acabamos de ver que eran en extremo altas. Pero aún falta demostrar que tal posibilidad se materializaba, que los individuos tenían la necesidad de aprovechar la oportunidad que les ofrecía el contexto.

A manera de ejemplo, podríamos preguntar: ¿por qué los individuos tenían que reivindicarse en ocasiones como brasileros y en ocasiones como descendientes de un *cabinda*? Los esclavos necesitaban hacer esas identificaciones simultáneas, entre otras cosas, para poder elevar sus ingresos económicos, ya que mediante la atribución de procedencia étnica ellos conseguían moverse de una ocupación a otra.

Como sabemos por las narraciones de los viajeros y de los cariocas del siglo XIX, en la ciudad se establecía una relación entre etnia y ocupación. Por ejemplo, esas fuentes dicen que los barberos deberían ser africanos, o que los minas eran comerciantes habilidosos dados los conocimientos económicos, particularmente los monetarios, que traían desde África. Todas esas narraciones deben ser verdaderas; son el origen de las investigaciones que enfatizan la relación entre trabajo e identidad filogenética. Pero, como hemos dicho varias veces, cuando se dejan de lado ese tipo de fuentes y se trabaja con evidencias estadísticas no es posible encontrar que tal relación entre grupo de origen y ocupación se mantenga.

La respuesta que hemos dado para conciliar las dos fuentes —narraciones y estadística— es que la identidad es atribuida, que no es fija. Fredrik Barth insistía en ese punto cuando afirmaba que las etnias son un elemento dentro de las estrategias que tienen los individuos para mejorar sus condiciones económicas, aunque no se limite únicamente a esas necesidades. Él dio un ejemplo que se asemeja a lo que estamos describiendo:

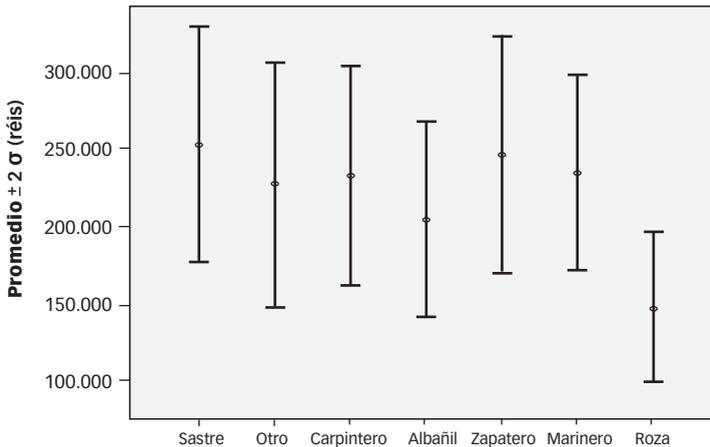
Mantener una identidad pathan en esas circunstancias, o sea, declararse participante de la competición por ser mejor en términos de los patrones valorativos pathan, equivale a condenarse anticipadamente a un fracaso completo. Pero, si la persona opta por asumir una identidad kohistani o baluchi, podrá alcanzar con el mismo esfuerzo una posición bastante elevada en términos de las escalas de valores que se convierten en relevantes. Así, en ese caso los incentivos para el cambio

de identidad son inherentes a la transformación de las circunstancias¹⁰ (Barth, 2000).

Al igual que los *pathan* de Barth, otras investigaciones han mostrado (Putnam, 2002) que existe una relación entre ocupación y origen étnico, que forja una identidad flexible. En el caso particular de Río de Janeiro en el siglo XIX, algunas ocupaciones privilegiaban esclavos de una cierta procedencia étnica, lo cual llevaba a que los individuos buscaran identificarse con ellas y así conseguir los trabajos correspondientes.

Como se debía ser de una procedencia determinada para ejercer una ocupación, los esclavos que podían hacerlo se atribuían ese origen y así conseguían acceder a esa actividad. En ese sentido, el mestizaje abría puertas. De esa forma, se conservan como verdaderas las narraciones del siglo XIX que afirman que existían vínculos entre ocupación y origen étnico, al mismo tiempo que son válidas las evidencias de flexibilidad y movilidad que presentan otras fuentes (figura 6.6.).

Figura 6.6. Promedio $\pm 2 \sigma$ del precio de los esclavos según la ocupación, 1790-1835

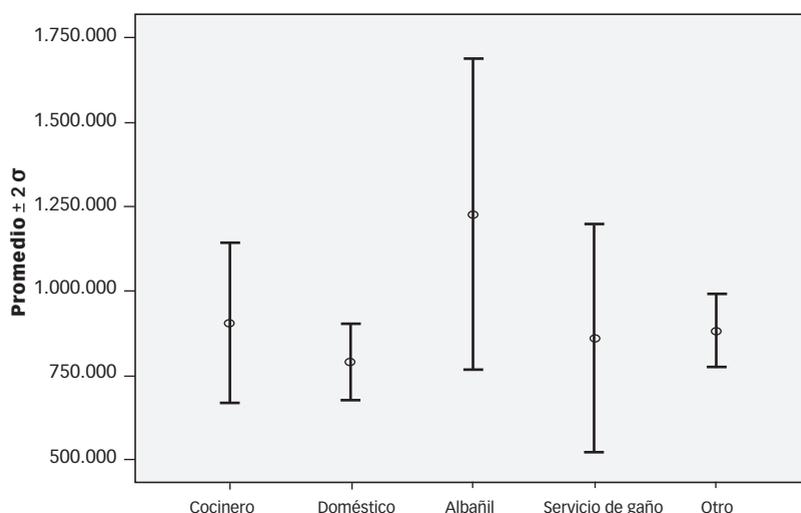


Fuente: EURJ1. Cálculos propios.

¹⁰ “Manter uma identidade pathan nessas circunstâncias, ou seja, declarar-se participante da competição por ser melhor em termos de padrões valorativos pathan, equivale a condenar-se antecipadamente a um fracasso completo. Mas se a pessoa optar por assumir uma identidade kobistani ou baluchi, poderá alcançar com a mesma performance uma posição bastante elevada em termos das escalas de valores que tornam-se então relevantes. Assim, nesse caso os incentivos para a mudança de identidade são inerentes à mudança das circunstâncias”. Traducción libre del autor.

Las figuras 6.6., 6.7. y 6.8. muestran las relaciones entre precio y ocupación para los esclavos de la época entre 1790 y 1835, entre 1860 y 1875, y para los manumitidos entre 1840 y 1871, respectivamente. En el eje X está la ocupación y en el Y , los precios nominales. En la figura 6.6. aparece el punto que representa el precio promedio de los esclavos de cada ocupación, pero también aparece el intervalo en el que se movió ese promedio. La idea de la figura es aclarar que una mirada intuitiva a los precios, que afirme que existieron en la realidad valores mayores y menores, no es necesariamente verídica, pues la inferencia estadística no la sustenta.

Figura 6.7. Promedio $\pm 2\sigma$ del precio de los esclavos según la ocupación, 1860, 1865 y 1875¹¹



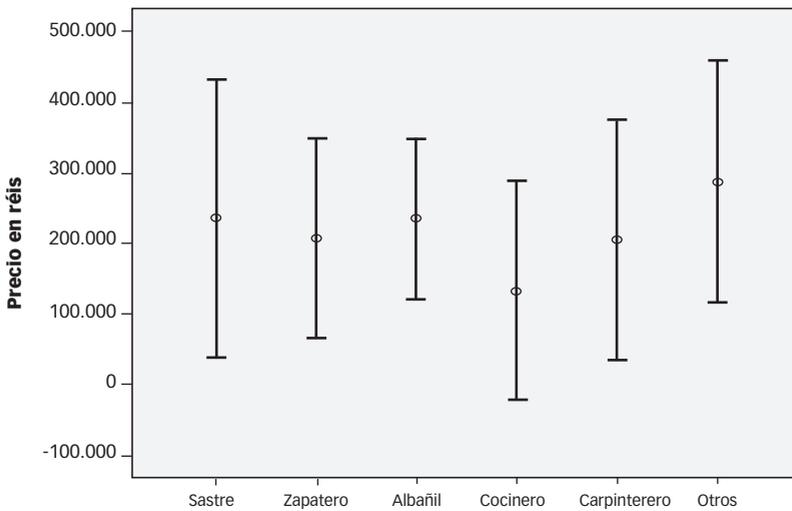
Fuente: EURJ1.

No hay evidencias de que los precios sean diferentes para cada ocupación, porque el indicador del promedio no es suficiente para saber si un grupo tiene valores más altos que otros. Sobre todo cuando estamos trabajando con muestras estadísticas que necesariamente implican aleatoriedad. Por eso lo mejor es inferir los intervalos en los que se mueve la media y compararlos entre ellos.

¹¹ Muestra aleatoria de esclavos urbanos (EURJ2) a partir de los inventarios post-mortem de los oficios primero, segundo y tercero de notas de Río de Janeiro, para 1860, 1865 y 1875 (hoy custodiados por el Archivo Nacional de Brasil en Río de Janeiro). En total son 458 esclavos.

Así, las figuras 6.6., 6.7. y 6.8. exponen que la media de precio de los esclavos de una ocupación específica estaba dentro del intervalo de la media de precio de otra ocupación, ya que las barras se cortan entre ellas. Por ejemplo, la media del precio de los esclavos de roza entre 1790 y 1835 puede haber sido igual a la de los zapateros, aunque la comparación directa de las medias podría sugerir que los segundos costaban más que los primeros. De forma similar se da para todas las otras categorías en las tres figuras.

Figura 6.8. Intervalo de confianza del 95% para el precio de los manumitidos según la ocupación, 1840-1871



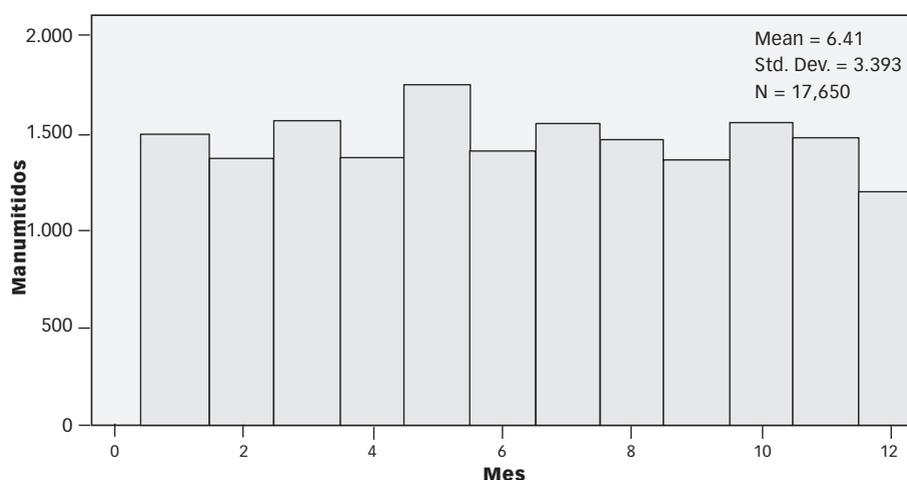
Fuente: EURJ1.

En otras palabras, las investigaciones no sólo deben observar el promedio de los precios de los esclavos por ocupación para saber si unos costaban más que otros. También se deben considerar los índices de dispersión, para así tener en cuenta los efectos de la aleatoriedad. Varias son las formas de medir esa dispersión. En las figuras 6.6. y 6.7. usamos las desviaciones estándar y en la 6.8., los intervalos de confianza.

Los esclavos costaban igual porque en el mercado eran valorados de forma similar. Eso significa que no existía especialización. Por tanto, así las muestras estadísticas fueran aun más grandes (y ya son lo bastantes), los gráficos no cambiarían; las barras de dispersión se continuarían cruzando. Es evidente

que algunos esclavos conseguirían ser reconocidos como especialistas en sus profesiones y tener precios mayores. Sin embargo, la gran mayoría de ellos se desplazaba de una ocupación a otra y, por tanto, no existían diferencias reales en los precios. De esa movilidad proviene el silencio sobre la ocupación en las fuentes: los esclavos no comentaban su profesión porque simplemente no la tenían: ellos hacían casi de todo, no eran especialistas y menos aún derivaban su renta de una única ocupación (figura 6.9.).

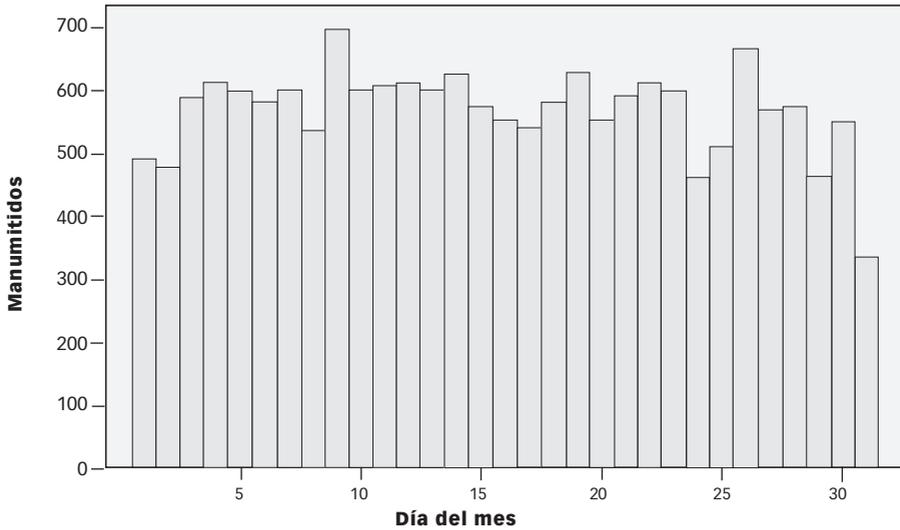
Figura 6.9. Manumitidos según el mes del año, 1840-1871



Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

Otra evidencia de esa falta de especialización son los histogramas de meses y días de la manumisión. Si hubiera alguna especialización en los trabajos sería posible que apareciera en los meses o días que los esclavos usaban para salir del cautiverio. Por ejemplo, si la mayoría estuviera ligada con ocupaciones como la agricultura, podría suceder que las manumisiones tuvieran un patrón estacional vinculado con esa actividad. Si fueran pequeños comerciantes, podría aparecer alguna preferencia por un día de la semana de acuerdo con los ritmos comerciales y monetarios de la ciudad. Sin embargo, dichas preferencias no aparecen en las figuras 6.9. y 6.10. Decir que mayo y diciembre fueron los meses con mayor y menor número de manumisiones es sencillamente decir que en un conjunto de elementos no iguales siempre sucede que hay alguno mayor que otro.

Figura 6.10. Manumitidos según el día del mes, 1840-1871



Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

A pesar de que los gráficos anteriores prueban nuestra hipótesis, también calculamos pruebas t de Student para los casos que podrían prestarse a mayor polémica; por ejemplo, entre los esclavos sastres y los de roza para el periodo 1790-1835, pues parecería que la diferencia en la media fuera sustancial. La prueba verifica si existen diferencias entre los promedios. Si el índice es menor que 0,05 se infiere que fueron diferentes; si es mayor, la inferencia es que fueron iguales. Fue esto último lo que sucedió; los resultados se exponen en la tabla 6.5.

Tabla 6.5. Pruebas t de Student para ocupaciones de esclavos y manumitidos, 1790-1875

		OCUPACIÓN 1	OCUPACIÓN 2	T-STUDENT
ESCLAVOS	1790-1835	Sastre	Roza	0,07
		Sastre	Zapatero	0,46
ESCLAVOS	1860, 1865, 1875	Pedrero	<i>Ganbo</i>	0,14
		Doméstico	Otro	0,15
MANUMITIDOS	1840-1871	Sastre	Carpinteros	0,10
		Sastre	Zapateros	0,12

Fuentes: EMRJ, EURJ1 y EURJ2.



Este capítulo siguió un camino que buscaba describir cómo conseguían sus recursos los esclavos urbanos de Río de Janeiro en el siglo XIX. Curiosamente, debimos comenzar señalando un fenómeno: el mestizaje no era sólo producto de las relaciones sexuales entre blancos y negros, sino que, en un lugar como era el puerto carioca, con tal volumen de desembarco de esclavos africanos en las primeras décadas del siglo XIX, el mestizaje también era producto de las uniones entre individuos procedentes de diferentes partes de África. Para distinguir uno del otro, llamamos al primero vertical y al segundo horizontal, aunque podían ocurrir simultáneamente.

En esa interacción de individuos de diferentes procedencias aparecían identidades que no necesariamente se forjaban siguiendo las líneas filogenéticas y sí en el entramado de las relaciones sociales. La identidad se atribuía de acuerdo con las tensiones y oportunidades sociales que un individuo particular enfrentaba en ciertos momentos. Eso es lo que explica lo que llamamos *inconsistencias empíricas*: aquellos zapateros esclavos que no *debían existir*, según los reglamentos; hermanos de cofradías que no debían pertenecer a ellas; manumitidos africanos que nunca debieron llegar de África y más africanos envueltos en una revuelta que los que debía haber en una ciudad.

El mestizaje explica esos hechos, pero esos hechos no explican el mestizaje. La explicación al mestizaje la construimos en tres etapas: condición de posibilidad, medición de la probabilidad y necesidad de que se diera. La condición de posibilidad era dada por la flexibilidad de los individuos dentro de la ciudad, pues ellos se movían entre trabajos y viviendas, en un espacio denso que daba la opción de atribuirse diferentes procedencias étnicas. Para poder hacer esas atribuciones, sobre todo cuando estas eran simultáneas, los individuos recorrían su genealogía familiar, que les permitía identificarse con los grupos de sus padres y abuelos. Para hacernos una idea de la importancia de ese fenómeno, calculamos que aquellos que legítimamente podían identificarse con al menos dos grupos eran de tres a seis veces más numerosos que aquellos que sólo podían hacerlo con uno.

Pero no sólo era más probable tener identificaciones simultáneas, sino que era necesario hacerlo para poder acceder a espacios laborales que se clasificaban según las identidades de los miembros que los integraban. De esa manera, los individuos conseguían cambiar de ocupación de acuerdo con las

posibilidades que se les fueran presentando, al mismo tiempo que la ocupación como tal seguía manteniendo un perfil de identidad definido.

En resumen, el mestizaje horizontal era posible y necesario para los esclavos cariocas del siglo XIX, y cuando se asume que ese mestizaje existía, las paradojas entre las fuentes seriales y las narrativas desaparecen, al mismo tiempo que se puede ver cómo el mestizaje hacía parte de la vida económica.

CAPÍTULO VII

LOS INGRESOS DE LA MANUMISIÓN

Los esclavos cariocas urbanos trabajaban en tantas actividades como pudieran conseguir. Pocos de ellos alcanzaban una especialización laboral que perdurara en el tiempo. La gran mayoría tenía que trabajar en lo que podía. Al mismo tiempo, muchos de ellos conseguían emplearse por fuera del control de sus amos y la relación económica que tejían con ellos era la de entregar una parte de los recursos que habían conseguido por cuenta propia.

Esto implica que establecer un patrón de modelaje para el ritmo temporal del ingreso de los esclavos urbanos es difícil, pues los cautivos no recibían siempre recursos por su trabajo, aunque tampoco se puede afirmar que la mayoría de los esclavos urbanos de Río de Janeiro nunca recibió de forma periódica un valor monetario por sus actividades.

Este capítulo indaga sobre esa flexibilidad e inconstancia en los ingresos monetarios que tenían los esclavos y que eran derivados de su trabajo. Buscamos describir las formas y algunas de las implicaciones que tenía la manera como los esclavos urbanos conseguían dinero.

Como veremos, los ingresos monetarios derivados directamente del trabajo son una variable dispersa y cuyo comportamiento no estaba influenciado explícitamente por otras variables. En particular, la ocupación del esclavo no es una categoría que permita discernir de cuánto era su ingreso económico.

Aunque sería posible que para algunos esclavos existiera relación entre su grado de especialización e ingresos, para la gran mayoría no fue así y, por tanto, su renta monetaria —derivada directamente del alquiler de su fuerza de trabajo— dependía más de otras cosas que de su propia habilidad laboral.

TRABAJOS DISPERSOS

La historiografía brasilera, desde hace varias décadas, mostró la fuerte participación de los esclavos en actividades productivas autónomas, aquellas que no tenían una vigilancia directa de los señores (Cardoso, 1987; Lara, 1992). En ellas, los cautivos conseguían dinero y recursos económicos para mantenerse y para entregar a los amos. Por lo tanto, no es necesario detallar este fenómeno, que es además bastante conocido, no sólo para Brasil, sino para las Américas en general.

Sin embargo, es importante mencionar algunos rasgos de esas actividades. En particular, debemos diferenciar algunas de las formas de conseguir los patrimonios económicos autónomos de los esclavos. Primero, estaba obtener recursos en los tiempos libres: al final del día, en la noche o en los feriados. Eso significaba compartir el tiempo entre actividades de producción directamente para los amos y la producción para sí mismos. Un ejemplo son los esclavos de grandes unidades productoras que cosechaban y vendían maíz y yuca (Fragoso, 1983).

La segunda forma era no compartir el tiempo productivo con los amos, sino dividir el dinero ganado. Están así aquellos esclavos que vendían productos en la calle o prestaban servicios y que a cambio recibían un dinero que después dividirían con sus amos (Karasch, 1987). No obstante, algunos podríamos creer que al final las dos formas eran iguales, pues en el primer caso la economía autónoma de los esclavos ahorra dinero para los amos y en el segundo lo incrementaba, lo que técnicamente es igual. No obstante, socialmente eran dos formas diferentes.

Podríamos partir de que esa diferencia está vinculada con la condición del esclavo, pues unos podrían tener más autonomía que otros. En principio, los que más autonomía tendrían serían los de *ganho*, que eran aquellos que se alquilaban para individuos diferentes a sus amos y de esa manera adquirían recursos. Muchos de esos contratos de trabajo se conseguían mediante anuncios en los periódicos de la ciudad.

También debemos aclarar que los esclavos que trabajaban para señores diferentes a sus amos ejercían actividades en los más variados oficios, que iban desde trabajo completamente autónomo en las calles de la ciudad, pasando por los servicios domésticos y pequeñas unidades productoras (artesanos, almacenes), hasta llegar a grandes empresas. Ilustremos esto con

el siguiente aviso: “Queremos alquilar hasta 200 esclavos para el empleo en cultivos de algodón, cerca de la Corte y en un lugar muy saludable [...] aseguramos a los esclavos el mejor tratamiento y a sus señores las mejores garantías”¹ (Alencastro, 1988).

La cita también permite matizar dos ideas sobre los esclavos de *ganho*: ellos no solamente estaban en las ciudades y no siempre tenían total autonomía respecto a sus amos. La otra confusión que puede suceder es creer que los esclavos de *ganho* eran artesanos. Carlos Lima (2002) presentó un caso en el que se mezclan las dos actividades —*ganho* y artesanía—: dos individuos, en 1826, se asociaron para montar un taller de correas, carpintería y herrería. Uno de ellos debía poner el dinero y las herramientas para el negocio y el otro, los esclavos. Lo interesante es que el taller debía pagar los jornales de esos esclavos, sin importar que fueran de uno de los socios. Pero si las ganancias del negocio llegaban a reducirse, entonces los jornales de los esclavos también lo harían.

Carlos Lima afirma que tales jornales eran más un artificio para el cálculo entre los dos señores (Lima, 2002). En consecuencia, podría ser que el jornal no fuera un valor que ganaban los esclavos, sino un valor nominal de los negocios entre los dueños del taller.

Recapitulando, podemos decir que los esclavos de *ganho*: 1. no estaban limitados a la ciudad, 2. no siempre trabajaban completamente distantes de sus amos, 3. no negociaban siempre directamente sus jornales y 4. en algunas ocasiones no los recibían directamente en sus manos. Pero todavía falta un elemento: 5. no sólo pertenecían a los amos más pobres de la ciudad.

Si bien está demostrado que en los periodos de crecimiento económico el número de pequeños propietarios aumentaba (Alencastro, 1988), lo que a su vez estaba ligado con el negocio de alquilar esclavos; también es cierto que algunos de los mayores propietarios participaban de este negocio. En 1864 un amo tenía más de trescientos cautivos, todos destinados al arrendamiento de su trabajo; como Alencastro dice: “es un gran propietario [de esclavos] que no es un productor esclavista”² (Alencastro, 1988, p. 40).

¹ *Queremos alugar até 200 escravos de mais de 10 anos para emprego na cultura de algodão, perto da corte e num [lugar] muito salubre... asseguramos aos escravos o melhor tratamento e a seus senhores as melhores garantias*. Traducción libre del autor.

² *“é um grande proprietário [de esclavos] que não é um produtor escravista*”. Traducción libre del autor.

Si vemos con atención estos cinco elementos sobre los esclavos de *ganho*, y les sumamos que los esclavos que no eran de *ganho* tenían la posibilidad de usar su tiempo libre y hasta hacer acuerdos con sus amos para tener sus propias actividades económicas, podríamos deducir que no hay diferencias entre unos y otros. Sin embargo, en las páginas anteriores afirmamos que los cautivos tenían dos formas de conseguir patrimonios autónomos y que era necesario diferenciarlas. ¿Esto quiere decir que nos estamos contradiciendo? Pues por lo menos parece contradictorio que se diga que los esclavos tenían formas diferentes de conseguir recursos y al mismo tiempo se afirme que esos esclavos eran los mismos.

Pero lo que estamos afirmando es que los esclavos tenían dos formas de conseguir recursos. Aunque eran los mismos esclavos: había esclavos que trabajaban al *ganho* y esclavos que no trabajaban al *ganho*. Eso es evidente para la historiografía contemporánea; pero lo que tenemos que percibir es que en la realidad muchos de los esclavos en ocasiones trabajaban al *ganho* y en ocasiones no lo hacían.

La semejanza está en el individuo y la diferencia en las formas de ganarse la vida. Por ejemplo, un esclavo trabajaba “en la chácara de su señor, pero también fabricando correas”³ (Lima, 2002) y así son abundantes los casos de esclavos que combinan sus ocupaciones. El modelo de pensar a un individuo ligado con una única ocupación no tiene sentido para ese contexto, pues lo que primaba en la época era la flexibilidad.

Esa flexibilidad aparece en los registros de manumisión: los manumisos trabajaban en casi todo: algunos hacían velas de navío⁴, otro era empleado en los telégrafos⁵ y otro era peluquero⁶. Algunos otros tenían ocupaciones más penosas, como los *tigres*, que tenían que colocar y equilibrar sobre sus cabezas barriles llenos de material fecal, que eran desocupados en el mar o en el Campo de Santana (Graham, 1992, p. 55).

³ “[...] *na chácara de seu senhor, mas também como correiro*”. Traducción libre del autor

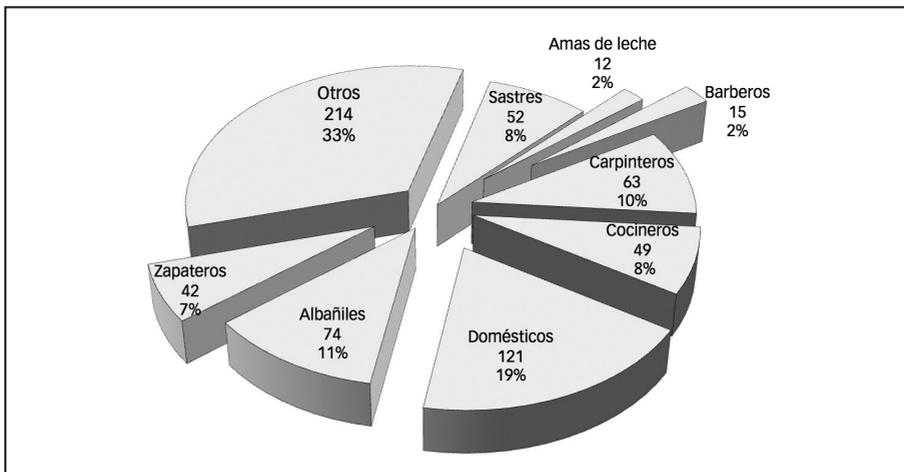
⁴ Como Maria Cassange y Francisco Benguela. Archivo Nacional (AHN), Oficio 3, Livro Geral 8, folio 29V. Manumitidos 8 de mayo de 1848.

⁵ André Mina. AHN, Oficio 2, Livro Geral 98, folio 199V. Manumitido 22 de septiembre de 1868

⁶ Frederico Pardo. AHN, Oficio 2, Livro 83, folio 102. Manumitido 25 de febrero de 1851.

La figura 7.1. agrupa las ocupaciones en grandes tipos. No obstante, esos índices tienen poca utilidad, pues solamente un 4% de los manumisos mencionan su ocupación. Como ya dijimos, ese silencio es lo elocuente: los esclavos y los notarios sólo registran alguna ocupación cuando la situación es excepcional. En la vida corriente ningún esclavo precisaba nombrar una actividad, pues tenían más de una forma de ganarse el pan.

Figura 7.1. Ocupaciones de los manumitidos, 1840-1871



Fuente: EMRJ. Cálculos propios. N = 642.

De los 642 manumitidos que registran ocupación, 175 son mujeres y el resto son hombres. De este total tenemos registro del origen para 622; 313 criollos y 309 africanos. De estos últimos, tenemos algunos datos más precisos sobre su procedencia: 57 minas, 162 congo-angoleños y 47 mozambiqueños. Como se puede ver, cualquiera de esos números es tan pequeño que es imposible sacar alguna conclusión. Hacer una inferencia estadística que intentara comparar entre las categorías que componen ese 4% sería una osadía.

Debido a que no existía especialización en el trabajo que realizaba la mayoría de los esclavos, no había un vínculo entre la ocupación mencionada en la carta de libertad y el medio empleado para salir del cautiverio. Así, la variable de ocupación no añade nada al comportamiento de las series de cantidad de manumitidos por cada forma de manumisión. La ocupación no es una categoría que pueda ser usada como pivote para desagregar el conjunto de manumisiones en cada medio.

ESCLAVOS IGUALES, JORNALES DIFERENTES

Los esclavos trabajaban en muchas cosas; realizando tantos trabajos se atribuían identidades que estaban sujetas a los límites de la herencia de la identidad familiar. La flexibilidad laboral de cada individuo explica por qué no existían diferencias claras y explícitas entre los precios por ocupación: como casi todos los esclavos se movían entre ocupaciones, entonces el precio se formaba por otras variables distintas a la especialización.

Pero el precio de los esclavos no era la única variable que representaba el precio del trabajo. Como ya explicamos, el jornal también era un precio que se pagaba por el trabajo esclavo, pues cuando un esclavo se alquilaba recibía a cambio recursos. Y como alquilarse era una cuestión flexible, entonces los jornales también lo eran. Algunas veces se recibían, algunas veces no. Eso significa que el jornal era una variable dispersa, que no puede ser entendida como constante para cada persona, ni en la periodicidad que se recibe, ni en el valor. Por tanto, en los términos más clásicos y estrictos, el jornal no es similar al salario.

Dicho de otro modo, el jornal estaba presente en la vida de casi todos los esclavos, incluyendo a los de las plantaciones (Fragoso, 1983); a los domésticos (Reis, 2000), y entre los cautivos de los artesanos (Lima, 2002). Pero al mismo tiempo en que era así de general, era también poco estable, ya que se definía de acuerdo con el trabajo que se estuviera realizando, al momento económico que se estuviera atravesando y a las personas que se envolvían en el negocio.

La variación de los jornales dependía de muchos factores. Pero hay uno de especial interés: el género. Al igual que los hombres, las mujeres trabajaban y ganaban sus propios recursos. Según la investigación de Carlos Lima, a comienzos del siglo XIX, entre los esclavos no especializados de los artesanos la participación de hombres y mujeres estaba equilibrada (Lima, 1997). Lo interesante de ese equilibrio por género aparece cuando recordamos que en esa época, en la ciudad, había un índice de masculinidad altísimo entre la población esclava. En Minas Gerais, donde el índice de masculinidad también era mayor, las mujeres eran mayoría en las actividades manuales y mecánicas (858 hombres y 5.288 mujeres) y en el comercio estable (35% hombres, 65% mujeres) (Godoy, Rodarte y Paiva, 2003). Era en la minería, en el comercio de largas distancias y, sobre todo, en la agricultura donde estaban los hombres.

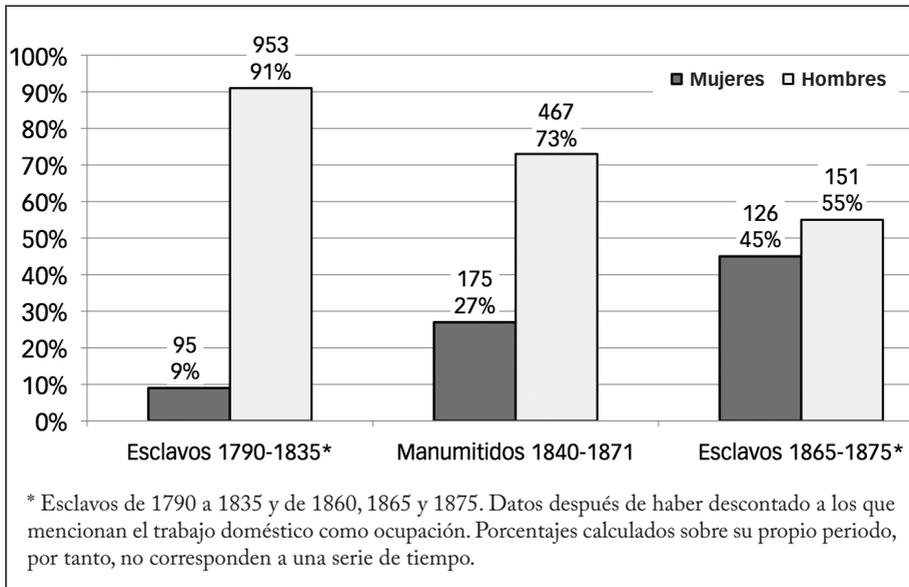
En Río de Janeiro la agricultura también empleaba a la mayoría de los hombres (Engeman, 2006), mientras que en las labores no agrícolas, las mujeres equilibraban la balanza y podían llegar en ocasiones, y en algunos sectores, a ser la mayoría. Como nuestra investigación es sobre esclavos urbanos, podemos afirmar que entre ellos la diferencia de ocupación por género era mínima, aunque tuvo un ritmo temporal.

En la figura 7.2. está la comparación de los porcentajes masculino y femenino con mención de ocupación para los esclavos urbanos de 1790-1835, los manumitidos de 1840-1871 y los esclavos urbanos de 1860, 1865 y 1875.

Sabemos que los tres índices vienen de fuentes estadísticas diferentes y que es un riesgo ponerlos juntos. Pero como no se trata de creer en la certeza de los porcentajes, sino de ver la tendencia en el siglo, entonces podemos saber que las mujeres elevaron la mención de sus ocupaciones.

Más aún cuando retiramos de los datos todos aquellos cautivos que dijeron trabajar como domésticos. Eso quiere decir que el aumento femenino y la reducción masculina no se explican desde el incremento del trabajo en la casa de los señores, sino por el mercado de trabajo urbano, que se hacía de puertas para fuera.

Figura 7.2. Porcentaje de mujeres y hombres esclavos y manumitidos que mencionan ocupación, 1790-1875



Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

Las mujeres y los hombres compartían las ocupaciones urbanas. Lo cual quiere decir que ellas también estaban inmersas en la dispersión de los jornales. Para hacernos una idea de tal dispersión veamos algunos ejemplos.

Un esclavo oficial de carpintero recibía en una construcción, en 1804, 480 réis diarios; un oficial albañil se embolsaba, en la misma obra y en el mismo día, 160 réis (Lima, 1997). En el arsenal, en 1843, un tornero de hierro ganaba diariamente cuatro mil-réis y un esclavo doméstico recibía entre ocho mil-réis y diez mil-réis por mes (Galloti, 2002). Otros esclavos, en cambio, no ganaban por el tiempo trabajado, sino por el producto efectuado. De ese modo, la diferencia entre el jornal de un oficial y un aprendiz podía ser de 2,75 veces (Lima, 1997) o entre un niño y un adulto podía ser de 1,27 (Galloti, 2002).

Pero esos ejemplos podrían sugerir que la dispersión de los jornales viene dada por el tipo de esclavo. En realidad, no era necesariamente así y un solo individuo podía sentirla en su propia piel. La dispersión no era algo abstracto.

Una pequeña historia puede ser elocuente: un esclavo trabajaba en una ebanistería, entre septiembre de 1808 y diciembre de 1809 recibía como jornal 160 réis. En los siguientes seis meses, su situación mejoró y pasó a ganar 240 réis. Para alegría de él, entre junio de 1810 y agosto de ese mismo año ya se embolsaba 320 réis. Nada mal: consiguió multiplicar su renta por dos en dos años. El problema es que tal vez eso nunca aconteció, pues puede ser que esos valores se registraron, pero nunca se cancelaron (Lima, 1997).

Pero que la dispersión existiera no quiere decir que los esclavos no recibían jornal. Quiere decir simplemente que estos no eran estables. Sin embargo, incluso inestables, les permitían a los cautivos comprar sus cosas. Por ejemplo, en 1887 un negro brasilero dejaba objetos que sumaban nueve mil-réis:

[...] Una cama francesa para soltero; una silla de jacarandá rota; una caja con algunas herramientas; dos baúles de hoja con ropa, muy vieja; un gancho de madera; una mesa pequeña ordinaria; siete cuadros; una jarra de barro; un banco para tallar; dos barriles; un sombrero de paja blanco; una maleta pequeña; una lámina de barro; un candelabro de metal amarillo; una caneca vacía; tres cuchillos y tres tenedores ordinarios; una caja muy vieja; una mesa de pino vieja⁷. (Chalhoub, 1990)

⁷ *“uma cama francesa para solteiro; uma cadeira de jacarandá quebrada; uma caixa com alguma ferramenta; dois baús de folha com roupa: muito velha; um cabide de madeira; uma mesa pequena*

A pesar de que los jornales variaban, los esclavos conseguían vivir y acumular algunas cosas. En ese contexto es que se encuentra la libertad, pues ser libre, entre otras cosas, quería decir no pagar jornal para el amo. Lo cual no era poca cosa. Con toda seguridad, poder mantener para sí mismo los recursos que se producen es un proyecto ambicioso. Además, todo parecería indicar que en términos económicos la diferencia entre un horro y un esclavo estaba básicamente en el destino del excedente. Claro que tal vez en dimensiones más etéreas ser libre fuese diferente a ser esclavo. Pero en las dimensiones económicas, la vida parecía ser bastante similar.

Por ejemplo, en el transporte y comercio de mercancías (*tropas*) en el siglo XIX entre Minas y Río de Janeiro, esclavos y libres comparten las actividades. En los casos en los que hay más esclavos que libres eso pareciera ser consecuencia de la estructura demográfica de la región y de la mayor disponibilidad de un tipo de trabajador en las unidades de origen de las mercancías (Lenharo, 1979). Eso quiere decir que esclavos y libres hacían más o menos las mismas cosas en una actividad que por su característica de movilidad podría favorecer más a los libres que a los cautivos.

No obstante, no queremos afirmar que en cada unidad productiva o en cada actividad unos fueran iguales a los otros. Decimos que estaban juntos en la misma unidad, aunque dentro de ella podían ser valorados de forma distinta. De cualquier modo, era poco probable que al convertirse en horro, un individuo pasara a ser el capitán del *canto* o que fuera despedido.

Después de transformarse en libre la vida económica se debió parecer mucho a la del cautivo, salvo que no se pagaba más jornal. Pero eso era ya una gran y valiosa diferencia. En las otras dimensiones no económicas de la vida, las diferencias entre ser esclavo y ser libre sí pudieron ser sustanciales, más cuando estamos pensando en una sociedad jerarquizada, donde, en consecuencia, las cosas se transformaban al dejar atrás el estatus de esclavo.

ordinária; sete quadros; uma moringa de barro; um banco para a talha; dois barris; um chapéu de palha branco; uma mala pequena; alguma lasca de barro; um castiçal de metal amarelo; uma caneca vazia; três facas e três garfos ordinários; uma caixa muito velha; uma mesa de pinho velha". Traducción libre del autor.

LAS VARIACIONES DE LA DISPERSIÓN: UN INDICADOR DEL VALOR DEL JORNAL

El mercado de trabajo en el que se movían los esclavos contratados del siglo XIX (y percíbase que la expresión ‘mercado’ en este caso tiene todo el sentido) a mediados de siglo experimentó, al parecer, aumentos en su profundidad, o por lo menos eso es lo que permiten inferir los almanaques de negocios: entre 1842 y 1850 el número de barberos en la ciudad se triplicó, los boticarios se multiplicaron por 4,2 en esa misma década, e igual sucede con médicos, abogados y otras profesiones (Lobo, 1977, p. 129).

Si bien esas no eran profesiones de esclavos, las que sí les eran más cercanas también vivieron tales incrementos: los herreros eran once al comienzo de la década de 1840 y a finales eran 41; los ebanistas pasaron de once a 54, entre 1822 y 1850, y hasta los peluqueros, que sólo eran dos en 1822, ya eran ocho en 1844, y llegaron a ser dieciséis en 1850 (Lobo, 1977, p. 134). Todo esto demuestra que la ciudad asistió a un fuerte crecimiento en la época (Fragoso y Florentino, 2001), que se vio reflejado en sus mercados de trabajo.

Ese incremento también se da en el mercado de esclavos alquilados: en 1830, las mujeres propietarias de esclavos de *ganbo* eran menos de diez y en 1850 eran casi treinta. Y los hombres propietarios de ese tipo de esclavos eran también menos de diez en 1830 y en 1850 eran casi 120 (Lobo, 1977). Eso es prueba suficiente del crecimiento de ese mercado.

Luego, en los próximos capítulos, volveremos a esta constatación. Por ahora es importante observar algunas cuantificaciones del valor del jornal. Según Beatriz Galloti (2002, p. 244), un jornal común a mediados del siglo para un africano libre en la ciudad era de 480 réis diarios, y si suponemos que en el mes hay veinticinco días útiles, el valor mensual llegaba a doce mil-réis. Para un esclavo, en el mismo mes, el valor común era de ocho mil-réis.

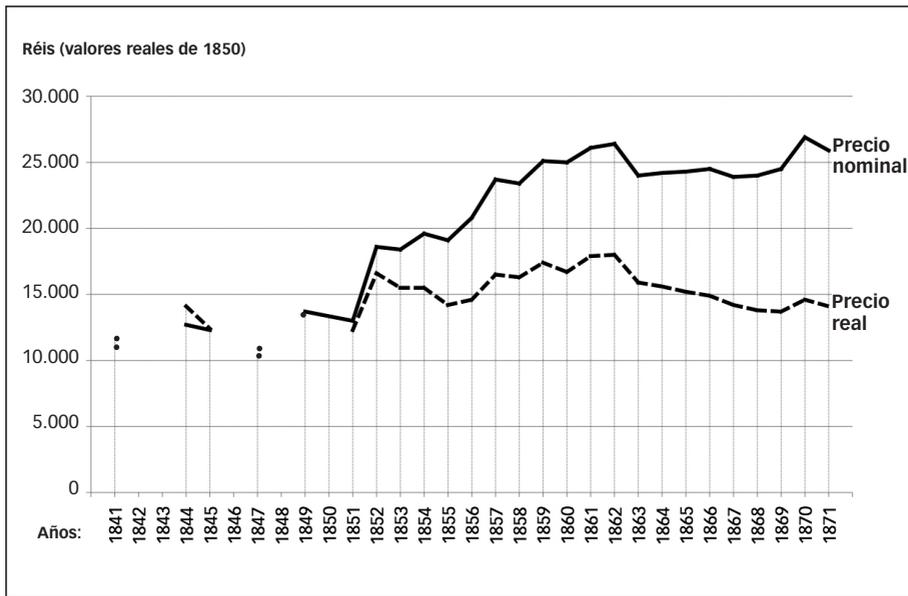
Debido a la dispersión entre los jornales, es difícil encontrar que existieran discrepancias entre los valores devengados por hombres y mujeres. Como no estamos hablando de salarios, lo embolsado depende de las formas de conseguirlo y, por tanto, es posible que en ocasiones algunas mujeres tuvieran mejores ingresos y en otras ocasiones fuesen algunos hombres los que obtuvieran los mejores.

Por ejemplo, un esclavo que se manumitió en 1863 debía trabajar dos años más para su señor a cambio de diez mil-réis al mes. Por el mismo valor de jornal, una esclava debía trabajar por igual tiempo para su amo (Góes, 2006, p. 535).

La única diferencia entre ambos casos es que el segundo ocurre en 1870. Eso quiere decir que, en un contexto de inflación como el de la época, ella recibía mucho menos que él. En contraste, otra esclava, a comienzos de 1857, hacía el mismo negocio de los dos anteriores, pero ella recibía quince mil-réis al mes⁸. Dicho valor no solamente era 50% mayor en comparación con lo que recibía el esclavo, sino que ocurrió seis años antes, lo que significa que en este caso la inflación la favoreció a ella.

Igual sucede con otras variables: la dispersión es tan alta que es difícil asumir que existen diferencias generales y abstractas. Por eso la figura 7.3. (Mello, 1992) representa más una tendencia del movimiento de los valores del jornal que una certeza sobre los valores exactos, y menos aún quiere mostrar que todos los esclavos recibían esos valores, pues es un promedio anual. Pero, al mismo tiempo, y por ser más un indicador de tendencias, es posible aplicarlo para el movimiento de lo devengado por hombres y mujeres cautivos que se alquilaban.

Figura 7.3. Jornal mensual de los esclavos alquilados



Fuente: Mello (1992). Cálculos propios.

⁸ AHN, Oficio 2, Livro Geral 0, folio 82V. Fecha de Manumisión: 27 de enero de 1857.

Como se puede ver, el valor nominal creció casi de forma constante a lo largo de los años y sólo tuvo una contracción en 1863. Al contrario, los valores reales tuvieron alguna estabilidad hasta 1852, cuando saltaron para luego contraerse lentamente hasta 1857, aunque sin llegar a caer hasta el nivel anterior a la expansión. Después, hasta 1862 hubo una nueva, aunque pequeña, tendencia al crecimiento. Entre 1863 y 1869 los jornales reales se reducen constantemente, y en 1870 y 1871 tienen un pequeño aumento.

Los salarios evolucionan de una forma un poco semejante, según los cálculos de Luiz Felipe de Alencastro (1988): en todo nuestro periodo existió una tendencia de reducción, aunque hubo algunos años de crecimiento: finales de la década de 1840, inicios de la década de 1860 y entre 1868 y 1871.

Nosotros no necesitamos comparar el movimiento de jornales y salarios. Es suficiente con decir que Alencastro mostró una fuerte correlación inversa entre esos movimientos y la llegada de inmigrantes a Río de Janeiro: cuanto más llegaban, menos salario o jornal se recibía (Alencastro, 1988). Igual constatación hace Eisenberg para Pernambuco: aumentos en la oferta de trabajo que no se acompañan de aumentos en la demanda implican caídas en el precio del salario (Eisenberg, 1989).

Eisenberg, para el nordeste, y María E. Lobo (1977), para Río de Janeiro, dedujeron que las caídas en el salario real implicaban una reducción del poder adquisitivo y, por tanto, del bienestar. Sin embargo, la relación entre renta real e inflación, en un contexto como aquel, debe ser pensada con atención para no terminar en un fuerte anacronismo.

Como ilustración, Eisenberg afirma que la caída del poder de compra implicaba que “tarde que temprano ellos enfrentarían las alternativas de robar o pasar hambre” (*“o mais tarde ou mais cedo eles enfrentariam as alternativas de roubar ou passar fome”*) (Eisenberg, 1989, p. 104). Eso tal vez aplique para el caso de algún individuo, o de una familia, o hasta de un grupo mayor. Pero una idea como esa difícilmente permite comprender las relaciones económicas de una sociedad en su conjunto.

El problema de la relación entre inflación y renta real es que, para los trabajadores de hoy, esta siempre se presenta como inversa: si la primera aumenta, la segunda se contrae. Esto sucede porque ellos son consumidores y no necesariamente productores directos. Pero en el siglo XIX, en Río de Janeiro, los esclavos y horros eran tanto productores como consumidores. Ellos estaban en los dos lados del mercado.

Se alquilaban y conseguían dinero para comprar objetos, en eso representaban la demanda; pero también producían mercancías, fuesen productos o servicios, que vendían en la ciudad. En eso representaban la oferta. Por lo tanto, no es que la relación entre inflación y renta real no existiera, es sólo que era más compleja. De esa complejidad hablaremos en los próximos cuatro capítulos.



La movilidad entre ocupaciones era una constante entre esclavos y manumitidos. Ellos trabajaron en todo lo que pudieron. En ocasiones ganaron directamente sus ingresos y luego trasladaron una parte para sus señores; en otras, trabajaron para los amos o para alguien que ellos designaban, y lo ganado era cobrado directamente por los señores. Esas ocasiones no pueden ser vistas únicamente como grandes épocas de la vida; en realidad, en un mismo día de trabajo, un esclavo podía asistir a *ocasiones* en que trabajaba para sí y a otras en las que trabajaba para el amo. Así, la renta económica que recibía un esclavo urbano por su trabajo era en extremo dispersa, pero no inexistente, y tampoco se asemeja a un salario.

Los esclavos se movían de ocupación en ocupación usando atribuciones de identidad que eran consecuencia del mestizaje. Esa movilidad era causada por la dispersión y variabilidad de la renta que percibían. Pero a pesar de que tal dispersión existiera, es posible observar que, a mediados del siglo, se dio una tendencia a la profundización —o si se quiere, creación— del mercado de trabajo, que incluyó desde abogados hasta peluqueros y que también envolvió a los esclavos que alquilaban su trabajo para señores distintos a sus amos.

El crecimiento del mercado para los esclavos que se alquilaban fue enorme. ¿Pero ese crecimiento tuvo efecto sobre los esclavos o sólo sobre los amos? ¿Que significó para los esclavos la expansión de ese mercado? ¿Qué sucedió con los recursos que conseguían en ese mercado? Esas son las cuestiones de los próximos cuatro capítulos.

CAPÍTULO VIII

FINANZAS DE LA LIBERTAD

Los elementos de este capítulo intentan seguir describiendo la producción de la libertad. Luego de haber discutido sobre la familia esclava y las formas de conseguir los recursos que tenían los individuos, ahora nos interrogaremos por las finanzas que manejaban los esclavos. Es importante resaltar que la gestión financiera no es un problema sólo de ricos y de grandes compañías, pues los más pobres también organizan sus pocos recursos de acuerdo con sus propios intereses y expectativas. La pregunta es: ¿cómo lo hacen?, ¿cuáles son sus criterios y objetivos?

Empezaremos con el interrogante más evidente: ¿las familias esclavas tuvieron acceso a la moneda? Pues hasta ahora hablamos de los recursos que circulaban dentro de las familias, pero ¿alguna parte de esos recursos eran monetarios? Además, si llegaban a acceder a la moneda, ¿qué tan importante era? ¿Estaban los esclavos expuestos a los vaivenes de los ciclos monetarios en la ciudad?

Esos puntos nos llevan a una nueva pregunta: ¿la tendencia de la manumisión estaba influenciada por el ritmo monetario? En principio, se podría esperar que ambas variables —manumisión y moneda— estuvieran relacionadas, pues la moneda tenía un efecto sustancial en los precios de las mercancías, que a su vez redundaría en los ingresos y egresos de las familias esclavas. Pero, además, también sería esperable que si los esclavos accedían a monedas, eso influyera en las condiciones de negociación de la libertad.

EL PANORAMA MONETARIO

Para comprender el tamaño y la importancia del flujo de dinero entre los esclavos es necesario tener claro cuál es el panorama de la circulación

monetaria en la ciudad. Por supuesto que no precisamos de una exposición detallada de esa circulación (Pelaez y Suzigan, 1976). Simplemente debemos conocer las series de emisión, de depósitos bancarios y algunos elementos de la política económica, para así poder valorar el efecto de ellas sobre las oportunidades económicas que tuvieron los esclavos.

La figura 8.1. expone la cantidad de papel moneda en poder del público y M_1 —suma de efectivo en circulación más depósitos en cuentas corrientes—. Antes de empezar con su análisis, debemos enunciar algunas de las limitaciones de los conceptos monetarios para el Brasil del siglo XIX. Para aquellos años, el Banco de Brasil (refundado por el gobierno a comienzos de la década de 1850) no tenía la obligación legal de mantener algún nivel de encaje, y una situación similar regía para los bancos privados que tampoco tenían el deber de consignar, en el Banco de Brasil, alguna parte de sus depósitos. Eso quiere decir que el concepto de *reserva* monetaria tiene poca aplicabilidad (IBGE, 1990).

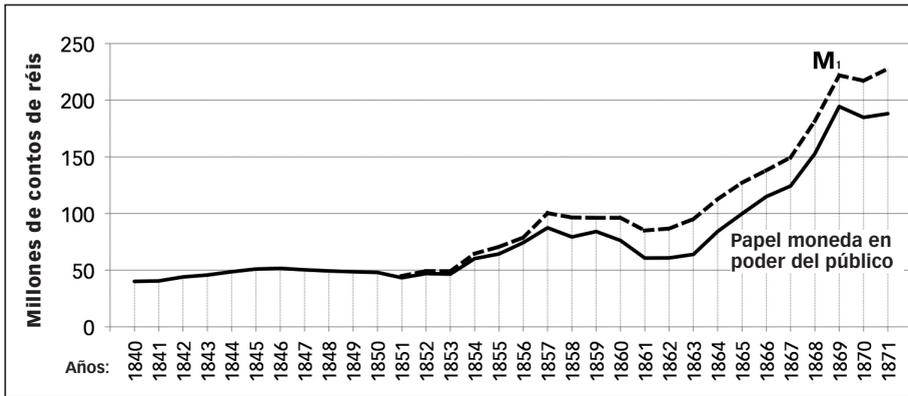
Igual sucede con el de *base monetaria*, pues durante algunos periodos del siglo XIX los bancos privados podían emitir. Por ejemplo, entre 1851 y 1859 en Brasil hay tres tipos de emisores: el Tesoro Nacional, el Banco de Brasil y los bancos comerciales (IBGE, 1990). En consecuencia, no sólo *base monetaria* es un concepto limitado en ese contexto, sino que los indicadores M_1 y M_2 son poco ortodoxos para esa época.

Debido a ese tipo de limitaciones es que preferimos trabajar con los montos de *papel moneda en poder del público*, definido como toda la emisión menos la caja de los bancos; esto significa que estamos hablando de todo el papel moneda que está por fuera del sistema bancario (IBGE, 1990, p. 519). Como expone la figura 8.1., el periodo de 1840 a 1853 fue estable, luego asistimos a una fuerte expansión que fue hasta 1859, provocada exclusivamente por los bancos privados (Buescu, 1973, p. 189).

Sin embargo, en 1857 la crisis aparece y el sistema monetario tiene una primera contracción, que luego se va a profundizar en 1859 debido a los efectos de la crisis mundial sobre la economía brasilera. Entre los meses finales de 1859 y mediados de 1860 la cantidad de dinero en manos del público se reduce en casi diez millones de contos y para finales de marzo de 1861 se ha reducido en 31 millones.

Eso significa que en quince meses la moneda sufrió una caída del 40%. Ese nivel de contracción se mantuvo durante la primera mitad de la década de 1860. Hasta el punto que en 1864 se genera una nueva crisis económica producida por la falta de liquidez del mercado (Buescu, 1973, p. 191).

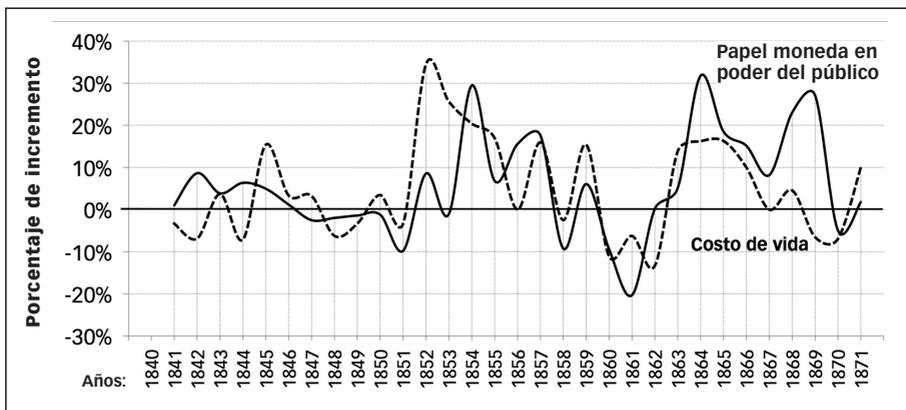
Figura 8.1. Papel moneda en poder del público y M_1 en Brasil



Fuente: IBGE (1990). Cálculos propios.

La Guerra del Paraguay (1865-1869) trajo un nuevo y renovado ciclo de expansión monetaria que fue consecuencia de la estrategia para financiar el conflicto. Aunque en 1866 los derechos de emisión pasan a ser exclusividad del Tesoro Nacional como mecanismo para controlar la expansión, el resultado continuó siendo el mismo: crecimiento vertiginoso de la moneda, que entre 1865 y 1870 se multiplicó por 2,2. Con el fin de la guerra, la política de contracción monetaria retorna y durante 1870 la circulación se reduce en veinte millones de contos, que representaban el 10% de toda la moneda que había a comienzos del año (figura 8.2.).

Figura 8.2. Crecimiento anual del papel moneda en poder del público y el índice de costo de vida en Brasil y Río de Janeiro



Fuente: costo de vida: Lobo (1977). Papel moneda: IBGE (1990). Cálculos propios.

Los esfuerzos por controlar la emisión estaban ligados a la convicción de las autoridades económicas de que por ese medio conseguirían mantener una tasa de cambio competitiva para las exportaciones, a la vez que se tenía un efecto deliberado en el control de la inflación (Guimarães, 2003). En efecto, la figura 8.2. muestra que el comportamiento de los precios estaba fuertemente ligado a la cantidad de dinero que poseía el público.

Los cálculos de Mircea Buescu (1973) y de María E. Lobo (1977) llegaron a conclusiones similares y demuestran que hay una fuerte correlación entre las dos variables —moneda y precios—, sin que necesariamente eso quiera decir que ellos entraran en el debate monetarista sobre la relación causal entre variables. Para nosotros, por ahora, lo importante es mostrar que la crisis que se inicia en 1857 es posible percibirla en la moneda y en los precios; pues ambas tuvieron una contracción hasta 1861.

Según María E. Lobo, la política de drástica contracción de la moneda complicó la crisis económica de finales de los años cincuenta del siglo XIX. Para demostrar tal cosa, la autora apela a la gran cantidad de establecimientos que cerraron sus puertas en Río de Janeiro entre 1858 y 1864, debido a las corridas financieras, y también presenta las pocas inauguraciones de nuevos establecimientos crediticios para esos mismos años (Lobo, 1977, pp. 217-220).

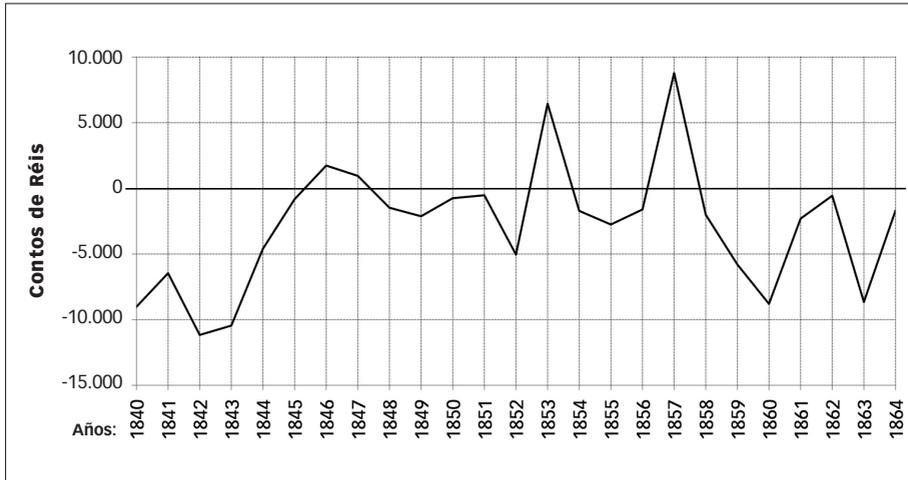
Todo esto quiere decir que la política monetaria brasilera del siglo XIX, como la de toda América Latina, estaba vinculada estrechamente con la situación fiscal. Si bien el Imperio, comparativamente con los otros países de la región, tuvo una política fiscal más estable (Abreu, 2006), eso no quiere decir que no haya asistido a dificultades para financiar el creciente gasto público. La figura 8.3. muestra la relación entre recaudación y gasto antes de la Guerra del Paraguay.

Entre 1840 y 1864 hubo cuatro años con superávit: 1846, 1847, 1853 y 1857. En contraste, los años con problemas estuvieron presentes desde el comienzo del periodo: en 1842 el déficit llegó a ser del 68% de lo recaudado y en 1843, del 56%. Luego, la década entre 1848 y 1858 fue bastante equilibrada, con un gasto mayor al recaudo en sólo un 2%.

No obstante, después de 1859 las finanzas públicas entraron en una tendencia de contracción. Ese año, la carencia fue del 12% y en el siguiente, del 20%. Pero parecería que esos problemas fueron pequeños en comparación con los generados por la Guerra del Paraguay. Entre 1864 y 1865 el gasto se incrementó en 47%, mientras que el recaudo sólo lo hizo en el 4%, por eso la diferencia entre los egresos e ingresos del Estado pasa a ser de -47%.

Para el siguiente año (1866) la diferencia llega al 108% y hasta 1869 el porcentaje se mantuvo en ese nivel.

Figura 8.3. Déficit o superávit fiscal brasileiro



Fuente: IBGE (1990). Cálculos propios.

Con el fin de la guerra, el gasto se reduce en más del 6% y los ingresos crecen al 8%; así, en 1871 y 1872 las finanzas imperiales consiguen un nuevo equilibrio y la disparidad entre egresos e ingresos pasa a ser de -4% y -1%, respectivamente. Más importante aún es que si comparamos los valores de 1864 con los de 1872, vemos que durante la guerra (1865-1869) el Imperio multiplica por 1,86 el recaudo y por 1,79 el gasto.

Para alcanzar un incremento en su presupuesto, las autoridades económicas tenían tres conjuntos de medidas a su alcance: deuda pública (interna y externa), aumento de impuestos (fuese por la vía de las tasas o por la vía de la actividad económica) y emisión de moneda (Bentivoglio, 2003). Otro tipo de medidas, como reducción del gasto o venta de activos públicos, no eran opciones importantes para el equilibrio fiscal en esa coyuntura.

Ahora bien, esos tres conjuntos de acciones posibles siempre estaban influidos por el objetivo final: tener una tasa de cambio (Valentin *et al.*, 2004) que favoreciera las exportaciones. Lo que a su vez nos remite a los grandes comerciantes, pues en la práctica ellos influían en las oscilaciones del valor de la moneda, pues controlaban una parcela de la circulación (Fragoso y Florentino, 2001).

Si contrastamos el papel de esos comerciantes con la información de la figura 8.2. emerge un interrogante. Por un lado, las evidencias del rol de esos personajes sugerirían que la economía de Río de Janeiro durante el Imperio vivía en permanente iliquidez, pues ese grupo de grandes propietarios controlarían buena parte de la circulación de numerario (Fragoso, 1992). Pero, por otro lado, la fuerte correlación entre las tendencias de los precios y el movimiento monetario sugerirían que la moneda estaba presente en las transacciones comerciales de los individuos. Para ponerlo en otras palabras, si la economía tenía un mercado *restringido*, basado —entre otras cosas— “*en una precaria circulación de mercancías (inclusive de monedas)*”¹ (Fragoso, 1992, p. 185), ¿cómo era posible que un mercado de ese tipo asistiera a una considerable influencia de esas *precarias monedas* sobre el nivel general de los precios?

La fuente que sustenta el papel de los grandes comerciantes es los testamentos. Según estos, la élite carioca concentraba entre el 34% y el 71% del total de la moneda en circulación (Fragoso y Florentino, 2001, p. 179). Pero un intervalo de ese tamaño suscita varias preguntas: ¿la élite carioca concentraba ese porcentaje de la circulación en todo el país o sólo en la capital? ¿Cómo era el acceso para las élites de otras regiones? ¿Cómo fue la cartografía de la circulación monetaria en un país del tamaño de Brasil para que la élite de la capital pudiera tener tal concentración? Si agregamos que esa élite tenía inversiones en ultramar, ¿cómo sería tal cartografía internacional de la circulación? ¿Debido a ese tipo de cartografía se generaba alguna estacionalidad? Y por último, ¿cómo fueron las oscilaciones dentro del intervalo?, ¿en algún año la concentración de la moneda fue más del doble que en otro?

Todas estas preguntas no discuten la concentración de la riqueza, pues ella está demostrada. Lo que ponen en cuestión es la noción de *mercado restringido* de João Fragoso y Manolo Florentino (Fragoso, 1992; Fragoso y Florentino, 2001), pues faltan pruebas que muestren las oscilaciones de los precios y es difícil aceptar una caracterización de un *mercado* sin que esa interpretación explique la variable central de todo *mercado*: el precio. En este caso en particular, la evidencia de una fuerte correlación entre circulación monetaria y nivel general de precios parece sugerir que es difícil caracterizar dicho mercado como *restringido*.

¹ “*uma precária circulação de mercadorias (inclusive moedas)*”. Traducción libre del autor.

Si vemos las otras variables de concentración de la riqueza, encontramos que para el periodo de 1800 a 1840 entre el 77% y 95% de los préstamos y el 96% de las pólizas y acciones estaban en manos de la élite (Fragoso y Florentino, 2001, p. 179). Los bienes rurales, en cambio, tenían índices menores y su concentración osciló entre el 47% y 71%, ya que según el mismo João Fragoso, ese tipo de activos no era la clave de la acumulación económica durante el siglo XIX; la clave estaba en los grandes negocios comerciales y en el capital financiero (Fragoso, 1992, p. 346). En otras palabras, los pobres podían acceder a los bienes rurales, o: “*tenían en la pequeña producción agropecuaria el sector de inversión más viable*”² (Fragoso y Florentino, 2001, p. 184).

Con esos porcentajes de la concentración de los bienes rurales y la constatación de que los pobres podían acceder a ellos debido a que eran menos rentables surge una pregunta sobre la concentración de la moneda: si el intervalo de la concentración de la propiedad rural fue del 47% al 71% y de él emana que los pobres podían acceder a ella, ¿por qué no se extrae la misma consecuencia para la moneda, más aún cuando su intervalo de concentración era menor, pues fue del 34% al 71%? Si los pobres buscaban y conseguían propiedad rural, ¿por qué no podían buscar y conseguir moneda?

La correlación entre moneda y precios sugiere que en la economía carioca del siglo XIX el mercado tiene poco de *restringido* (en el sentido monetario) y no estamos afirmando alguna relación causal entre precio y moneda, estamos afirmando que cuando los precios suben o bajan la moneda se mueve en el mismo sentido; es decir, que la *ecuación cuantitativa del dinero* se cumple. Y de este hecho no puede dar cuenta la hipótesis de la concentración de la liquidez en pocas manos.

El problema es que *Homens de grossa aventura* y *O arcaísmo como projeto* discuten la concentración de la riqueza y las formas de acumulación y de ahí pasan a caracterizar el mercado como *restringido*, con ello buscan oponerse al modelo tradicional historiográfico que afirmaba la inexistencia del mercado. En ese sentido, Manolo Florentino y João Fragoso presentan la liquidez para los ricos como una estrategia para el financiamiento de grandes actividades comerciales y desde esa relación entre liquidez y financiación quieren colegir la caracterización del mercado carioca. Sin embargo, en realidad lo que esa

² “*tinham na lavoura o setor de investimento mais viável*”. Traducción libre del autor.

liquidez está identificando es, a lo sumo, a un sector de la oferta y no al mercado en su conjunto. Es más, a la luz de las evidencias, podemos decir que de la concentración de la riqueza no se pueden inferir directamente las características del mercado.

La relación entre concentración de la riqueza y mercado en Río de Janeiro en el siglo XIX produce cosas como la siguiente: según una estimación, el índice Gini para la ciudad a mediados del siglo es de 0,87 (Frank, 2005), valor altísimo hasta para el mismo Brasil. Esa concentración aparece en la propiedad urbana: en 1849, de los 16.000 predios de las parroquias urbanas únicamente el 37% estaba habitado por sus propietarios (Frank, 2005). La gran mayoría de las propiedades es residencia de inquilinos. Eso parecería indicar (sin que tengamos completa certeza) que existía un mercado de arrendamiento de inmuebles, a la vez que había una alta concentración de la propiedad urbana. Siendo redundantes, concentración de la riqueza y mercado no son antónimos y mercado no significa acceso democrático a los bienes.

Por tanto, al mismo tiempo en que la riqueza de la ciudad estaba concentrada, el mercado usaba moneda en sus operaciones. El uso de ella era tan fuerte que se manifestó (como causa o consecuencia) en el nivel general de los precios. Por tanto, los más pobres realizaron sus operaciones en moneda, lejos de economías naturales. La pregunta es si los esclavos y horros estaban incluidos entre la población pobre que utilizaba la moneda en sus transacciones.

LA MONEDA ENTRE LOS MANUMITIDOS

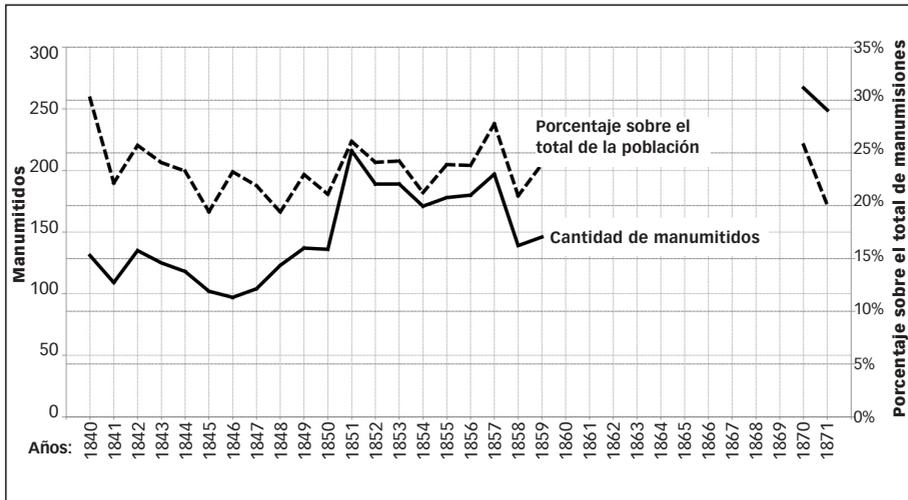
La relación entre circulación monetaria y precios a mediados del siglo XIX demuestra la existencia de un mercado *monetario* que sería difícilmente clasificable como *restringido* y que ubica a la sociedad carioca bastante lejos de la circulación de recursos en economías naturales de los siglos anteriores. Esto quiere decir que una importante y mayoritaria porción de la oferta y demanda de mercancías usaba dinero en sus transacciones en la ciudad.

Claro que era posible que lejos de Río el mercado fuese *restringido* y que en algunas partes no existiese y los intercambios se dieran en economías naturales. Pero en la ciudad la norma era el intercambio por medio de monedas y eso incluye a los más pobres y las pequeñas operaciones comerciales. Por eso los esfuerzos por regular la circulación de monedas de cobre, a pesar de que sólo eran usadas en pequeñas transacciones (Lobo, 1977).

Desafortunadamente, para el periodo que aquí estamos analizando no existen series diferenciadas para papel y moneda acuñada y no parece probable que ellas puedan ser construidas con precisión, pues con frecuencia sus valores se depreciaban y periódicamente desaparecían de la circulación y un tiempo después retornaban con inusitada fuerza (IBGE, 1990, p. 519). No obstante, al menos podemos saber los valores que los esclavos pagaron en moneda (metálica o papel) cuando compraron su libertad.

Como muestra la figura 8.4., el porcentaje de esclavos que se manumitía comprando y con pago monetario fue más o menos constante y oscilaba en torno al 25% del total de manumisiones. Eso sugiere que por lo menos un cuarto de todos los esclavos liberados tuvo acceso a la moneda, aunque ese porcentaje podría ser mucho mayor. Es más, entre los que hacían pagos por la libertad, no siempre estos fueron monetarios y se dieron bastantes casos de pagos con mercancías, con otro esclavo o con mecanismos de crédito. Por lo tanto, el indicador de pago monetario por la libertad no quiere decir que en esa compra los esclavos usaron todas sus monedas.

Figura 8.4. Cantidad de manumitidos con pagos monetarios y el porcentaje de estos sobre el total de manumitidos



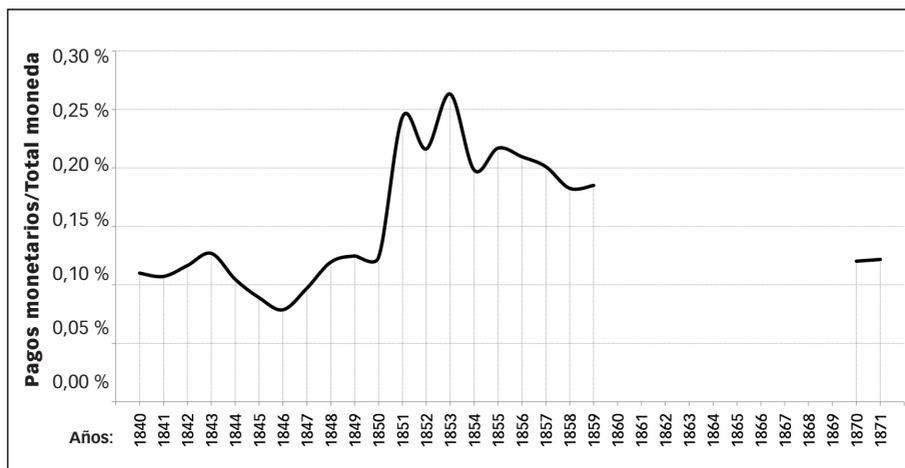
Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

Otra evidencia que expone la información de la figura 8.4. es que la cantidad de esclavos que hacían pagos monetarios por la manumisión tenía un ritmo

temporal: entre 1840 y 1850 esa cantidad es constante con un promedio anual de 120 individuos; en 1851 esa cantidad salta para 216 y en los años que van hasta 1857 el promedio anual es de 180; esto es, 50% más que en la década de 1840. Para 1857, 197 esclavos se transforman en horros mediante pagos monetarios, en el siguiente año (1858) esa cantidad se reduce a 139 y en 1859 es de 146. Luego, en 1860 ningún otro esclavo utiliza monedas para salir del cautiverio y esa estrategia sólo reaparecerá en 1870 y 1871, con 267 y 249 individuos, respectivamente.

Ese acceso a la moneda también lo podemos percibir si hacemos una comparación con el total de circulante en poder del público. La figura 8.5. muestra el porcentaje del total de pagos monetarios sobre el total de moneda circulando. En él se ve que la década de 1850 fue de crecimiento en el uso de moneda para salir de la esclavitud. En los años cuarenta ese porcentaje osciló entre 0,08% y 0,13%, y en 1850 y 1851 se duplicó y se mantuvo hasta 1857 entre 0,20% y 0,26%, lo que significa entre dos y tres veces más que en la década anterior.

Figura 8.5. Cociente del total de pagos monetarios por la manumisión sobre el total de moneda

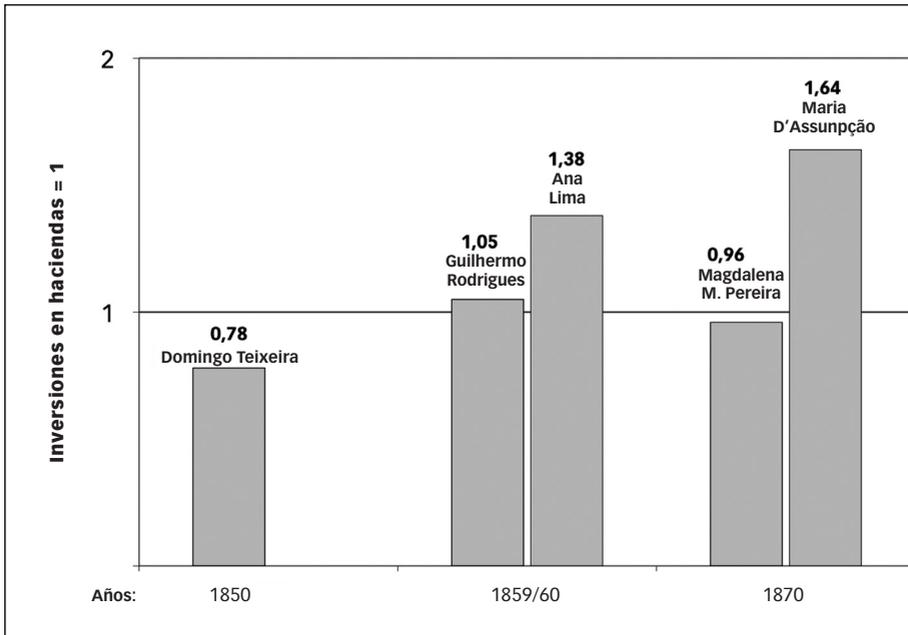


Fuente: total de moneda: IBGE (1990). Pagos por la manumisión: EMRI. Cálculos propios.

Eran 3.438 esclavos pagando en moneda por la libertad. El monto total de esos pagos fue de 3.209 contos de réis (exactamente 3.209:752.731 réis) a precios de 1870. Por supuesto, hablamos del total para 32 años, pero a pesar de eso es un valor admirable y del que ni la historia económica ni la historiografía de la esclavitud parecen tener claridad.

Para demostrar esa importancia veamos la figura 8.6., en la que comparamos el total de pagos monetarios anuales por la manumisión con el total de inversiones hechas en grandes haciendas del Valle del Paraíba, definidas como aquellas mayores a doscientos *alqueires* de tierra o con más de 100.000 pies de café y sesenta esclavos (Fragoso, 1983, p. 88). El resultado es aun más revelador: de las cinco comparaciones que se pueden hacer, en tres de ellas el total de pago anual de los esclavos fue mayor que las inversiones de ese mismo año en esas haciendas. En las otras dos, la manumisión alcanza el 78% y 96%.

Figura 8.6. Comparación de los pagos monetarios por la manumisión en Río de Janeiro con las inversiones en las grandes haciendas cafeteras del Valle del Paraíba



Fuente: inversiones en haciendas: Fragoso (1983). Pagos por la manumisión: EMRJ. Cálculos propios.

Eso significa que, por ejemplo, en 1850 la gran hacienda de Domingo Teixeira Alves tenía inversiones por 75 contos, y los esclavos en el mismo año efectuaron pagos nominales para la manumisión por 59 contos, lo que representa el 78% de la hacienda. Para 1860 no se dieron pagos monetarios, pero si comparamos los hechos en 1859, que nominalmente fueron 155 contos, con los 147 contos de Guilherme Francisco Rodrigues o con los 112 contos de

Ana Lima Machado, ambos en 1860, lo que encontramos es que el total pagado por los esclavos fue mayor en 5% y en 38% que las inversiones de los respectivos hacendados.

Siendo enfáticos, lo que estamos afirmando es que en el monto agregado, la economía de los manumitidos estaba lejos de ser aquella cosa minúscula y despreciable que se podría creer que fue. En total, los esclavos movieron recursos monetarios que superaban los recursos de un rico hacendado del Valle del Paraíba. Empero, para poder hacer eso, los horros precisaban ser más de 130 en 1850, más de 140 en 1859 y más de 260 en 1870, comparados con un solo hacendado. La riqueza estaba concentrada y los esclavos en términos generales eran pobres. Pero, en el mercado monetario los esclavos participaban y los recursos generados por ellos de forma autónoma eran más que sustanciales.

Los esclavos como grupo de población eran pobres, nadie lo dudaría; pero su economía generaba recursos importantes y una porción de esos recursos se usaba en el pago de la libertad. Dicho esto, debemos percibir algunas de las diferencias entre los cautivos. En todos los años, siempre las mujeres hicieron más pagos explícitamente monetarios que los hombres. Ya en el capítulo 2 habíamos visto que ellas pagaban en más ocasiones por su libertad, ahora mostramos que también lo hicieron con moneda en más oportunidades.

En la cantidad de pagos explícitamente monetarios también aparece el cambio etario que mostramos en el capítulo 1. En ese momento constatamos que el patrón de manumisión que privilegiaba a los niños fue siendo paulatinamente desplazado por la propensión a liberar adultos. En el caso de las manumisiones por medio de pagos con dinero, en 1847 fueron 3,17 ancianos y niños por cada adulto que salía del cautiverio; en 1845 la relación llegó a ser de 4,5. Pero desde ese año la relación comienza a reducirse y en 1871 fueron 2,09 niños y ancianos por cada adulto. Es más, si comparamos sólo niños contra adultos, encontramos que en 1871 por cada dos esclavos maduros que se transformaban en horros, sólo lo hacía un infante. Esto significa que las familias usaban sus monedas pagando por un individuo plenamente productivo y no por uno que aún no lo era.

El fin del tráfico negrero se percibe entre los manumitidos que pagan con monedas por la libertad: el número de africanos en comparación con el de brasileños se reduce significativamente, especialmente después de 1850. En 1840 fueron 1,5 esclavos africanos por cada brasileño, en 1871 fueron sólo 0,5 por cada manumitido nacido en América.

No obstante, y como mostramos en el capítulo 1, la propensión de los brasileros por la manumisión comprada siempre fue menor que la propensión africana. El porcentaje de esclavos africanos que pagan con dinero siempre estuvo entre el 20% y el 30% del total de la población cautiva africana que se transformaba en horra. Eso quiere decir que la reducción de la relación entre africanos y criollos en la manumisión monetaria es consecuencia exclusiva de la caída en la población y no por un cambio en la propensión al pago.

Esta constatación tiene implicaciones para la composición etaria de la manumisión comprada. Como acabamos de decir, el número de ancianos se reduce en comparación con el de adultos. Sin embargo, esa reducción no fue aun más drástica gracias a los viejos africanos que continuaban pagando su libertad con dinero; si no hubiera sido por ellos, el cambio en la relación entre adultos y viejos sería aún más fuerte.

Como ya discutimos atrás, entre los africanos, los minas fueron el grupo que más pagos realizó. Exceptuando el cuatrienio de 1846 a 1849, este grupo siempre fue mayor que el de los congo-angoleños, lo que es bastante significativo cuando recordamos que los segundos siempre fueron muchos más en la ciudad que los primeros. Es más, del total de minas que se manumitió, el 51% lo hizo mediante pagos explícitamente en moneda. Esto evidencia la importancia de la circulación monetaria entre los africanos occidentales, tal y como lo discutimos en el capítulo 6. En contraste, los congo-angoleños y los mozambiqueños que pagaron en dinero por la libertad sólo representaron el 18% y 13% del total de sus respectivas poblaciones.

LA INFLUENCIA DE LA MONEDA EN LA MANUMISIÓN

Intentemos saber si las oscilaciones en la cantidad de moneda en poder del público contribuyen para comprender el comportamiento temporal de la cantidad de manumisiones. Lo esperable es que como la cantidad de dinero entre los esclavos que compraban la manumisión era importante, entonces los ritmos de contracción y expansión de la circulación monetaria debían estar relacionados con los ciclos de la manumisión.

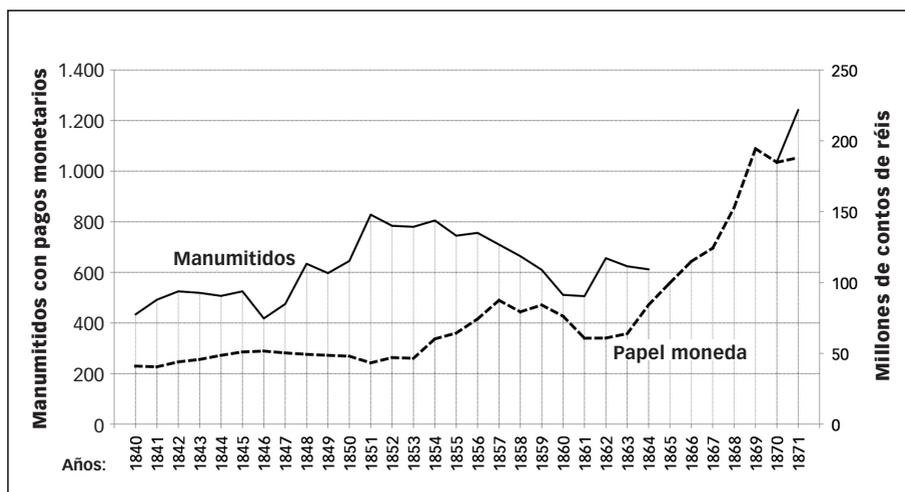
Sin embargo, las curvas que representan las series anuales del total de manumisión y moneda en circulación no están correlacionadas, pues el ciclo de crecimiento y caída de la manumisión estuvo antes del ciclo monetario, y la

expansión del medio circulante de los últimos años de la década de 1860 no permite inferir algún efecto sobre la manumisión.

Aunque tampoco sería esperable una verificación tan sencilla, pues ese número de libertades incluye a todos los esclavos que pasaron a ser horros, inclusive a los que lo consiguieron gratuitamente o mediante un acuerdo de servicios adicionales. En consecuencia, es necesario desagregar y sólo trabajar con los que hicieron pagos que explícitamente aparecen como monetarios en las fuentes.

Sin embargo, otra vez no parece ser evidente (figura 8.7.) que la moneda tenga alguna influencia en la manumisión. Es más, recordemos que desafortunadamente no tenemos series de circulación solamente para Río de Janeiro y estamos presentando las series para todo Brasil. Aunque esto podría ser un problema, es bueno tener en cuenta que durante el siglo XIX la gran mayoría de regiones brasileras enfrentaba carestías monetarias, mientras que en Río de Janeiro la situación nunca fue tan dramática (Bentivoglio, 2003, pp. 18-21). En otras palabras, la capital mantenía para sí una buena parcela de la emisión. Por lo tanto, con toda seguridad, la tendencia en la ciudad acompaña de forma paralela a la tendencia del país.

Figura 8.7. Comparación entre el papel moneda y el número de manumitidos que pagan su libertad con moneda



Fuente: papel moneda: IBGE (1990). De los manumitidos: EMRI. Cálculos propios.

Así, podríamos llegar a pensar que no hay una correlación evidente entre las tendencias de manumisiones pagadas con monedas y la tendencia del total

de la circulación monetaria en Río de Janeiro. Por tanto, podríamos concluir con una afirmación como la siguiente: el ciclo de la manumisión carioca no estaba influenciado por la circulación de moneda. Con ella, los esclavos estarían alejados del mercado. Con todo, antes de abandonar, demos una última mirada a la relación del papel moneda en poder del público y la manumisión, e intentemos ejercer un poco de presión en esa relación.

Figura 8.8. Comparación de la tendencia del papel moneda en poder del público y la tendencia del precio nominal de la manumisión



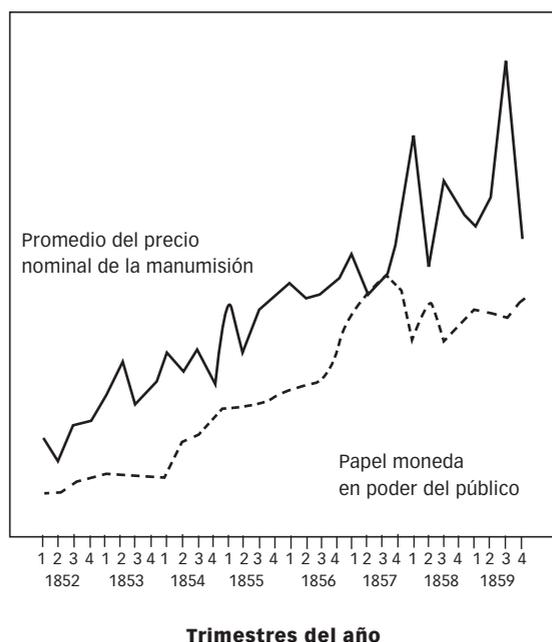
Fuente: papel moneda: IBGE (1990). Precios de manumisión: EMRJ. Cálculos propios.

Antes (figura 8.2.) mostramos que el movimiento en los precios de las mercancías estaba acompañado por el movimiento en la cantidad de moneda en circulación. Si revisamos la figura 8.8. encontramos que los precios de las manumisiones tienen una relación con la cantidad de papel moneda, pero esa relación es compleja. Entre 1840 y 1857 parece que son directamente proporcionales; después, entre 1857 y 1864, parecen tener una relación inversamente

proporcional: el papel moneda se contrae y los precios nominales crecen; y al final, entre 1865 y 1871, la moneda crece y los precios tienen una caída que es menos que proporcional a ese aumento monetario.

Para comprender esa relación, veámosla un poco más de cerca. Desde 1852 tenemos información del papel moneda en poder del público por trimestre y podemos aprovecharla para compararla con el promedio de los precios de manumisión en cada trimestre hasta 1859, el año en que desaparecieron los pagos con moneda. Los índices de correlación son bastante confiables³ y con certeza los precios que pagaron los esclavos por la libertad oscilan influenciados por la circulación monetaria, tal y como lo muestra la figura 8.9.

Figura 8.9. Comparación de la tendencia del precio promedio trimestral de la manumisión y el papel moneda trimestral en poder del público



Fuente: papel moneda: IBGE (1990). Precios de manumisión: EMRJ. Cálculos propios.

³ Calculamos los siguientes: Pearson 0,82, Kendall 0,7 y Spearman 0,88.

Que esas dos variables estén correlacionadas demuestra la participación de los esclavos en la circulación monetaria. Pero, en el segundo capítulo calculamos la elasticidad-precio de la libertad para los esclavos y lo que encontramos fue que ellos no se transformaban en horros de forma proporcional a los cambios en los precios reales de las manumisiones. Lo extraño es que, al mismo tiempo, los precios que pagaron por la libertad estaban relacionados con la cantidad de moneda. Eso quiere decir que tenemos un triángulo interesante: el precio de la libertad es elástico a la moneda, pero la cantidad de manumisiones no es elástica al precio de la libertad.

Nuestra hipótesis es que esa relación se explica por la participación de los esclavos en el mercado. Ellos ofrecían artículos y servicios que tenían precios que oscilaban al ritmo de la cantidad de moneda en la ciudad; por lo tanto, el dinero que ellos conseguían dependía de la cantidad que estaba en circulación. Cuando fue abundante (como consecuencia o como causa del aumento en los precios), las mercancías ofrecidas por los esclavos —incluyendo el arrendamiento de su trabajo— subían de costo y así se incrementaba la cantidad de moneda a la que accedían los esclavos. Por el mismo mecanismo, cuando la moneda y los precios bajaban, ellos veían reducido su inventario monetario.

Los esclavos eran inelásticos al precio de la libertad, pero los pagos monetarios por la manumisión estaban correlacionados con la cantidad de moneda disponible, debido a que los esclavos participaban del mercado y en él las transacciones se efectuaban mediante pagos en dinero.

En las primeras páginas del capítulo mostramos los ciclos de circulación monetaria: 1840-1853, estabilidad; 1853-1859, crecimiento, pero asistiendo al comienzo de la contracción en 1857; y, finalmente, evidente crisis entre 1859 y 1864. Ahora comparemos esos ciclos con los de las manumisiones compradas con moneda: 1840-1851, estabilidad; 1851-1857, crecimiento; 1857-1859, caída; y, finalmente, 1860-1864, crisis total de esa estrategia de manumisión.

Esa coincidencia es ya de por sí bastante interesante, pero agreguemos una comparación adicional. Observemos de nuevo (figura 8.5.) los ciclos del porcentaje del total de pagos monetarios sobre el total de papel moneda en circulación: constante entre 1840-1851, luego duplicación en el periodo 1851-1857, reducción entre 1857 y 1859 y total desaparición desde 1860.

Así, el ciclo monetario y el ciclo de manumisiones estaban vinculados. También es evidente que la moneda no es la única variable que explica, pues

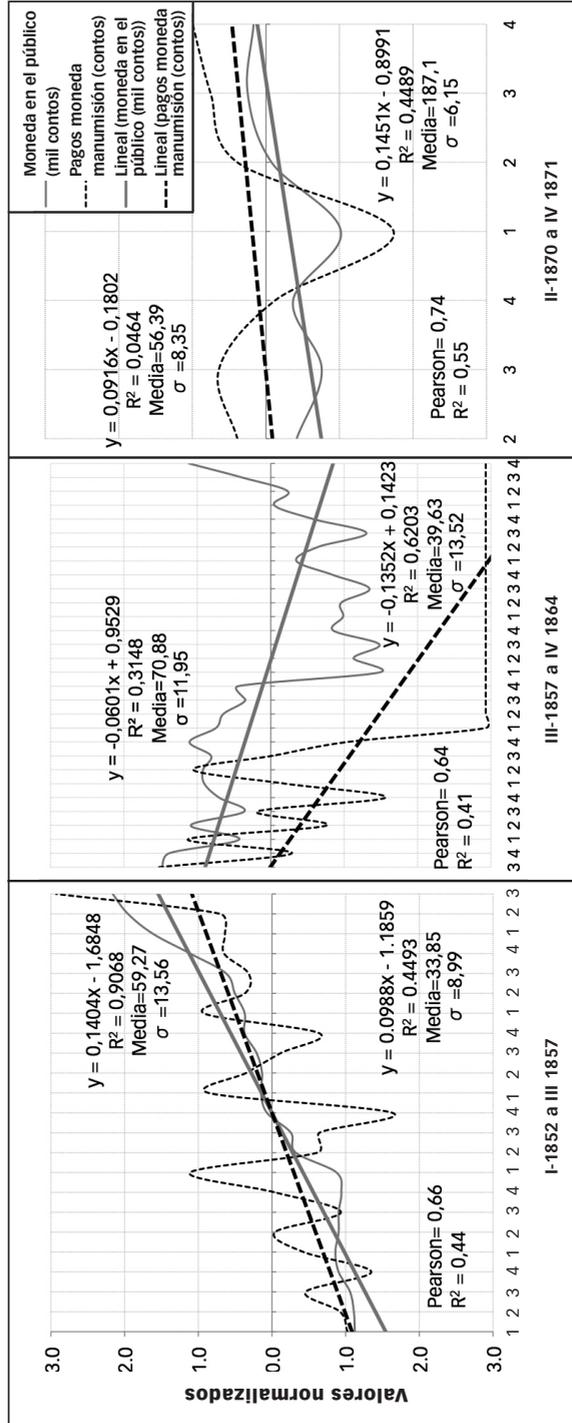
la composición demográfica de las familias, las oportunidades diferentes por género, las estrategias de atribución de identidad, la expansión del mercado y algunas otras variables que ya discutimos o que discutiremos, también contribuyen a la explicación del porqué los esclavos cariocas del siglo XIX se manumitían más en ciertos años que en otros.

Aprovechemos un poco más la información trimestral y miremos con detalle el periodo entre 1852 y 1871. En especial observemos los tres momentos en que está dividida la figura 8.10. La primera parte muestra el periodo de expansión de la cantidad de moneda en poder del público (primer trimestre de 1852 al tercer trimestre de 1857) y en el mismo periodo se expanden la cantidad de pagos monetarios por la libertad. Las dos series tienen la pendiente de sus tendencias lineales positivas, la primera con 0,14 y la segunda con 0,10 (exactamente 0,099), lo que sugiere una fuerte correspondencia que se ve confirmada por un Pearson de 0,66. Además, en el tercer trimestre de 1857 el papel moneda en poder del público alcanzó su máximo, y en ese mismo trimestre se dio el máximo en el número de manumitidos que pagan en moneda por su libertad y se consiguió el mayor valor cancelado por la libertad.

En la siguiente sección de la figura 8.10. aparece el movimiento contrario: las dos series están a la baja. Entre el tercer trimestre de 1857 y el último de 1864 la pendiente de la tendencia lineal de la moneda en poder del público es negativa en 0,06 y la pendiente de la tendencia lineal del valor total pagado por la libertad también es negativa en 0,13; ambas están en contracción con un Pearson de 0,64 entre ellas. En el segundo trimestre de 1859, cuando la moneda en circulación se recuperó de la fuerte caída que vivió, de inmediato los esclavos elevaron la cantidad de pagos monetarios por la manumisión. No obstante, desde el último trimestre de 1859 hasta marzo de 1861, cuando la caída en la circulación de numerario fue del 40%, este movimiento fue seguido por la contracción y posterior desaparición de los pagos monetarios. Después de ese momento ya no hay esclavos usando moneda para ser libres.

En la última sección de la figura 8.10. aparecen los años de 1870-1871. Estos trimestres tienen el Pearson (0,74) más alto de los tres cortes temporales. Incluso la contracción en el papel moneda en poder del público del primer trimestre de 1871 es seguido por la reducción del valor total monetario de la libertad.

Figura 8.10. Comparación de la tendencia trimestral entre valor total pagado por la libertad y la tendencia del papel moneda trimestral en poder del público

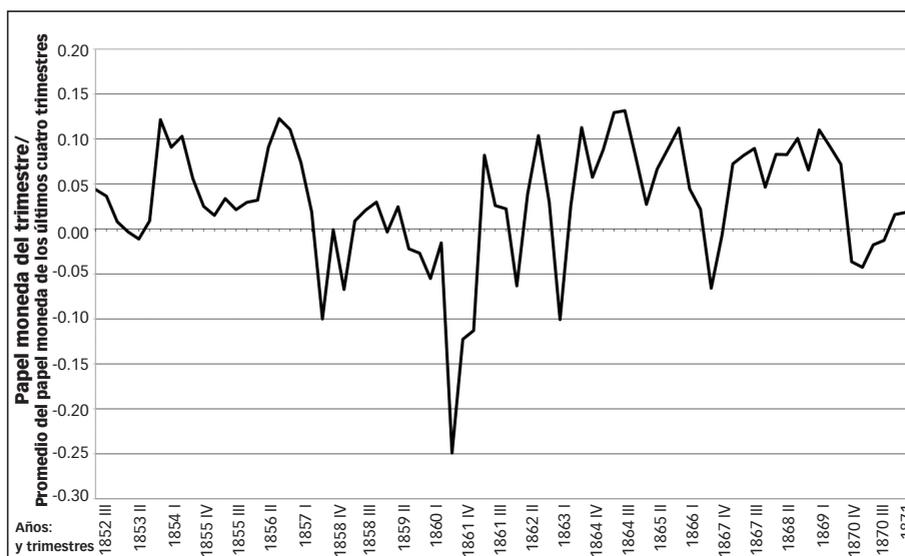


Fuente: papel moneda: IBGE (1990). Valor total de la manumisión: EMRJ.

Nota: cada variable fue normalizada usando la media y desviación estándar de cada subperiodo.

De este modo, podemos afirmar que lo que estamos presenciando no es sólo a esclavos que estaban en transacciones monetarias, estamos viendo esclavos que eran económicamente sensibles a los cambios en la circulación de numérico. En realidad, la pobreza implicaba una fuerte vulnerabilidad a las políticas monetarias. En otras palabras, dichos esclavos estaban lejos de las economías naturales o de la autarquía. Con toda tranquilidad podemos decir que los esclavos cariocas de estos años participan en economías monetarias y que la política monetaria imperial incidía en las tasas de manumisión. Aunque, repitémoslo, no era la única variable que afectaba el comportamiento anual de la libertad de los esclavos.

Figura 8.11. Variación de la cantidad de moneda trimestral en poder del público respecto al total de moneda disponible en el último año



Fuente: IBGE (1990). Cálculos propios.

Esa sensibilidad a los cambios en la circulación monetaria la expone la figura 8.11. En ella calculamos el incremento o decrecimiento en la cantidad de moneda en comparación con la cantidad que existía en el último año corrido. Por ejemplo, en el último trimestre de 1852 la cantidad de moneda circulando era mayor en un 4% a la que había circulado en ese año. Otro ejemplo, en el segundo trimestre de 1854 había un 12% más de moneda circulando de la que hubo en el año que va de marzo de 1853 a marzo de 1854. Un último ejemplo,

luego de ese crecimiento del 12% en el segundo trimestre de 1854, el tercer trimestre vuelve a presentar un alza del 9% en comparación con lo que circuló entre junio de 1853 y junio de 1854.

Es claro que cada trimestre entre 1852 y 1857 tenía un poco más de dinero circulando. Esos incrementos marginales eran percibidos por los esclavos para acceder a las monedas que serían usadas para comprar la manumisión. Después de 1857, las caídas marginales de la disponibilidad de moneda son vertiginosas: en el segundo trimestre de 1858 la caída es del 10% en comparación con lo que circulaba entre junio de 1857 y junio de 1858. Y a pesar de esa caída, cada nuevo trimestre de 1858 implicaba que circularan menos monedas.

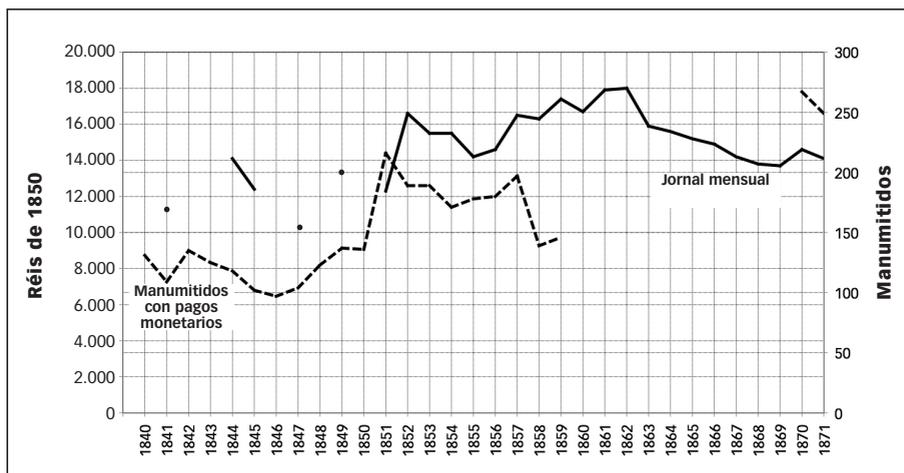
Para 1859 este índice de incremento marginal en la circulación monetaria se elevó en menos del 5%, lo que es poco, si pensamos que sistemáticamente se venía restringiendo la circulación; sin embargo, los esclavos percibieron ese pequeño cambio y volvieron a comprar con monedas. Finalmente, la contracción marginal pasó a niveles dramáticos del 25% sin ninguna recuperación posterior. Y ya sabemos que eso implicó que los esclavos no volvieran a comprar manumisiones con dinero.

La crisis mundial de finales de la década de 1850 incluyó a Brasil y alcanzó a los esclavos urbanos de su capital; así, podemos decir que los esclavos participaban de los intercambios monetarios en la ciudad. Ahora intentemos una indagación final sobre el tipo de participación de los esclavos en esos intercambios.

Como mostramos en el capítulo 7, los esclavos de la ciudad en ocasiones ganaban directamente sus monedas; por lo tanto, sería posible que el acceso al dinero fuera sólo por esa vía. Sin embargo, las evidencias empíricas sugieren una combinación de alquiler autónomo del trabajo propio y participación en la venta de productos. Es decir, los mercados monetarios en los que participaban los esclavos eran trabajo y mercancías (bienes y servicios) (figura 8.12.).

Comparemos la tendencia del valor real de los jornales (figura 7.3.) y el número de esclavos que se manumiten por medio de pagos monetarios. Según la figura 8.12., existió un vínculo entre esas dos variables, pero ese vínculo no explica completamente el movimiento en la compra de la libertad. En la primera década pareciera que las oscilaciones en los jornales estaban acompañadas por las manumisiones, desafortunadamente los datos de jornal son pocos y no permiten tal inferencia. Después, entre 1851 y 1857, las series son más claramente paralelas y podríamos decir que para esos años, y en gran medida, el jornal explica ese tipo de manumisión.

Figura 8.12. Comparación del total de manumisiones pagadas con moneda y el jornal mensual de los esclavos



Fuente: valor del jornal: Mello (1992). Manumisiones pagadas: EMRI. Cálculos propios.

El asunto es que después de 1857 asistimos a la caída de la manumisión monetaria y después de 1860 a su completa desaparición, y ese movimiento no tiene ninguna explicación en los jornales, pues entre 1857 y 1865 los valores reales (no sólo los nominales) continuaron subiendo. Como mostramos en el capítulo 7, ese valor del jornal es un indicador, más que un dato completamente seguro de cuánto recibían los esclavos que se alquilaban autónomamente. No obstante, es un buen indicador acerca de la tendencia de ese tipo de ingresos, lo que quiere decir que el jornal no explica completamente el acceso que tuvieron los esclavos a la moneda. En el próximo capítulo volveremos al asunto, por ahora es suficiente con esta constatación.

Este capítulo insistió en la importancia que tenía la circulación como variable de explicación de la manumisión y en particular la que era comprada. Sin embargo, es importante resaltar que ella no era la única variable, pues ni demostramos ni afirmamos tal cosa. Como lo dijimos varias veces, otros asuntos también desempeñaron un papel central en el ritmo y en las tasas de liberación de esclavos.

Lo que sí mostramos es que en términos agregados, los volúmenes de acumulación dentro de la economía autónoma esclava tenían niveles altísimos, tanto en términos propios como relativos, al ser comparados con otros ámbitos

de la sociedad. Esto no significa que los esclavos que se manumitían no fuesen pobres. Sin duda lo eran, entre otras cosas porque trasladaban una parte —o tal vez casi la totalidad— de su patrimonio acumulado a sus amos a título de compra de la libertad. Pero la cantidad de recursos materiales que acumularon fue sustancial.

Dicho esto, la circulación monetaria cumplía un rol fundamental en las posibilidades de liberación de la población cautiva urbana carioca, pues ella indicaba —o generaba— la ampliación de los intercambios en el mercado y por esa vía influía en las posibilidades de acumulación de los patrimonios que luego los esclavos usarían en comprar su libertad.

Esa situación quedó patente en varias coyunturas: la ampliación de la moneda y del mercado a comienzos de la década de 1850 fue también una época de expansión de la manumisión. Luego, el impacto de la crisis económica mundial de 1857 y la caída de la oferta monetaria en los años siguientes contribuyeron a la reducción de la manumisión comprada, especialmente al final de la década de 1850 y comienzos de 1860. Por último, la expansión renovada de 1870 y 1871, en comparación con todo el periodo, fue sentida en la economía de los esclavos y por tanto en la tasa de libertades.

CAPÍTULO IX

RUEDAS DE NEGOCIOS FINANCIEROS PARA SER LIBRE

Así mismo, como la moneda influía en los precios de las mercancías y posiblemente en las negociaciones de la manumisión, ella podría tener algún efecto sobre las tasas de interés, sobre todo cuando pensamos que el mercado financiero carioca en el siglo XIX ya era bastante complejo. Por eso queremos preguntarnos si la complejidad financiera de la ciudad incluía a los esclavos, pues si ellos eran una parte sustancial de la población y de la economía ciudadana, sería posible que participasen de esos negocios.

Es más, ¿los esclavos se endeudaban para poder pagar por su libertad? Y cuando lo hacían, ¿qué condiciones tenía ese crédito?, ¿qué garantía se daba?, ¿qué plazo se pactaba?, ¿esos créditos se vinculaban con el ciclo monetario de la ciudad?

Como varias veces lo hemos afirmado, para los esclavos la libertad era una inversión de la que se esperaba generara retornos. Si fue así, los esclavos que se endeudaban para pagar por su libertad ¿qué negocio estaban haciendo? ¿Y los que no se endeudaban? A esto agreguémosle, ¿por qué algunos esclavos prefieren comprar a otros esclavos antes que manumitirse a sí mismos? Cuál negocio era mejor: ¿comprar la libertad y ahorrarse el jornal, o comprar un esclavo y recibir el jornal que él pagará?

Es evidente que los esclavos se enfrentaban a esas preguntas con información incompleta, las relaciones de mercado en extremo complejas y las instituciones de aquel contexto (como la esclavitud) ponían límites a las acciones de los individuos. Pero, con todo y eso, los esclavos enfrentaban el día a día y tomaban decisiones financieras que intentaremos describir.

LA IMPORTANCIA DEL CRÉDITO EN LA ECONOMÍA CARIOCA

La historiografía ha venido mostrando la importancia del crédito en el funcionamiento de la economía carioca del siglo XIX. Las investigaciones en este tema trabajan sobre todo en tres frentes: el crédito y el comercio; el papel de los bancos en las operaciones de financiación; y el endeudamiento interno y externo del Estado. En relación con nuestro objeto de estudio, sólo precisamos algunos de los datos construidos por esos trabajos para hacernos una idea del contexto financiero del crédito.

Como antes citamos, los grandes comerciantes de la ciudad participaban de las operaciones de crédito hasta el punto que en la primera mitad del siglo XIX, el 25% de los bienes y títulos dejados en testamentos se corresponden con empréstitos (Fragoso y Florentino, 2001). De igual forma, para finales del siglo los préstamos continúan siendo una de las formas principales de acumulación, y no solamente en la ciudad, sino también en sus alrededores (Jucá, 1994).

Al mismo tiempo en que las fuentes del crédito estaban concentradas, las redes de circulación eran bastante complejas. Para ilustrar eso, Zephyr Frank (2005, p. 243) diferencia dos tipos de deudas: aquellas de menor valor que generalmente están ligadas con el movimiento y consumo de mercancías, y aquellas de mayor valor y que no están necesariamente vinculadas con financiar consumo. Sin embargo, esa división no quiere decir que existiera una exclusión entre los dos tipos, pues un mismo individuo podía prestar grandes valores para unos agentes y pequeños para otros.

El crédito era un instrumento económico presente en muchos grupos sociales cariocas, al mismo tiempo que sus fuentes estaban concentradas. No obstante, a mediados del siglo, la participación de los bancos privados y de Brasil era bastante fuerte en el mercado financiero, y en la década de 1850 la competencia entre los establecimientos llegó a generar un crédito excesivo; esto, tal vez, fue una de las causas de la crisis de finales de la década (Bentivoglio, 2003, p. 21).

De este modo la red de crédito carioca tenía al menos cuatro elementos: los grandes comerciantes que poseían recursos para prestar; los grandes deudores —mucho de ellos también grandes comerciantes— que recibían dinero en volúmenes considerables; los pequeños deudores que tomaban recursos para financiar un consumo que muchas veces recibían directamente en mercancías; y, por último, los bancos y establecimientos financieros que hacían las

operaciones formales. Los cuatro elementos hacen parte de una red y no pueden ser pensados como una tipología excluyente, pues, por ejemplo, los grandes comerciantes también hacen parte de los negocios bancarios y de fidecomiso.

Existían mecanismos formales e informales de circulación para el crédito; en gran medida existía un mercado financiero que venía como una herencia del siglo XVIII, y una parte de ese legado es la que se formaliza y fortalece en la década de 1840 con las reformas de don Pedro II y con el fin del tráfico atlántico de esclavos en 1850 (Frank, 2005). Con todo, decir que se dio esa formalización parcial del mercado no quiere decir que desapareciera la concentración. Los préstamos tenían tasas de interés que según la lectura directa de las fuentes eran del orden del 12% nominal anual o 1% nominal mensual (Fragoso, 1992; Jucá, 1994). Sin embargo, esas tasas deberían ser expresadas en valores efectivos anuales.

Para nosotros, en este momento es relevante poder calcular el índice de costo de oportunidad para las operaciones de crédito, que simplemente es la tasa mínima a la que opera un agente económico, de tal manera que valores menores que ella, así sean positivos, representan pérdidas para ese agente, en cuanto él podría colocar sus recursos a esa tasa mínima disponible. Por supuesto que en sociedades como la que estamos trabajando no siempre tasas de rentabilidades menores al costo de oportunidad implican acciones irracionales, pues el agente puede tener sus motivos para hacer dichos negocios. Pero, igual en ese caso, debemos saber si el agente estaba asumiendo costos financieros adicionales para llevar a cabo ese tipo de negocios.

Para tener una idea de cuánto era esa tasa mínima de rentabilidad podemos comenzar con los intereses que pagaba el Estado brasileiro por sus deudas. Claro que no creemos que cualquier agente pudiera conseguir como rentabilidad mínima una igual a esa. Lo que queremos es conocer un posible indicador del costo de oportunidad. Según los datos de Mircea Buescu (1973), la tasa nominal anual de los préstamos de 1829, 1839 y 1843 fue del 5%.

Los cálculos de Marcelo Abreu refinan esos datos al tener en cuenta el flujo de caja y estimar el valor para la *tasa interna de retorno* (TIR). El préstamo de 1839 tendría una tasa de 6,83% efectivo anual (EA) y el de 1843, de 4,87% EA. Los empréstitos de la década de 1850 estuvieron por debajo del 5% EA y los de la década de 1860 crecieron hasta llegar al máximo en 1865, con 7,96% EA. En 1871 la tasa volvió a reducirse a 6,32% EA, aunque este fue un valor un poco más alto que el promedio de todo el siglo (Abreu, 2006).

Entre 1840 y 1871 el costo de oportunidad podría estar oscilando entre el 5% EA y el 7% EA. Para tener alguna certidumbre mayor podemos comparar las tasas mínimas garantizadas a los inversionistas en los ferrocarriles brasileros entre 1850 y 1873. A aquellos que invirtieron en la línea férrea de Don Pedro II (que unía Río de Janeiro y el Valle del Paraíba) el gobierno les garantizaba al menos un 7% de rentabilidad, del cual el Estado imperial pagaba 5% y la provincia de Río de Janeiro el 2%. Igual negocio aconteció en la línea que unía a São Paulo con Santos, aunque evidentemente el 2% correspondiente a la provincia era pagado por São Paulo (Summerhill, 1998).

EL CRÉDITO ENTRE LOS ESCLAVOS Y EN LA MANUMISIÓN

Podemos tener alguna confianza en saber que el costo de oportunidad en Río de Janeiro entre 1840 y 1871 oscilaba entre el 5% y el 7% EA y que, al parecer, una tasa del 12% nominal anual podría resultar aceptable para muchos agentes. Sin embargo, esos son datos del contexto y no incluirían a los esclavos. No obstante, sabemos que algunos esclavos contrajeron deudas, pues muchas veces no pudieron pagarlas y fueron procesados por ello (Chalhoub, 1990), y otros se endeudaron para poder comprar su libertad¹.

El número de esclavos que usaron las operaciones de crédito para salir del cautiverio fue pequeño y en todo el periodo sólo fueron 356, que representaron un poco más del 10% de todos los que compraron la libertad. Ese volumen lo dividimos en tres tipos de operaciones: aquellos casos en los que los amos daban la libertad y el esclavo se comprometía a pagarla un tiempo después; aquellos esclavos que se endeudaban con un tercero, fuera familiar o benefactor, para que él hiciera el pago; por último, aquellos esclavos a los que se les concedía un tiempo para trabajar por su cuenta y así conseguir el dinero para comprar la libertad.

Esos tres grupos no eran excluyentes entre ellos y con frecuencia estaban mezclados. Por ejemplo, puede suceder que el esclavo pagase una parte del precio

¹ Entre otros casos: Rosa Benguela, que se endeuda por 450 mil-réis (AHN, Oficio 2, livro 70, f: 28; fecha: 4/12/1840). O María Cabinda, con una deuda de 153.600 réis (AHN, Oficio 2, livro 72, f: 82; fecha: 25/11/1842).

y lo restante lo difiriera en cuotas que debía pagar a su señor, y mientras conseguía saldar la deuda debía mantener el pago del jornal². Otro ejemplo era el de aquellos que pagaban una parte con sus propios recursos y el saldo lo obtenían de un benefactor³ (figura 9.1.).

Figura 9.1. Manumitidos con pagos a crédito por la libertad



Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

La figura 9.1. muestra el ritmo temporal de la manumisión a crédito. Como se ve, 1851 fue un año de crecimiento del número de operaciones, también ese año crecieron los pagos monetarios. Desde 1858 se da una caída en los pagos a crédito y también sucede lo mismo con los pagos monetarios, aunque la diferencia es que los pagos con dinero desaparecieron completamente al comenzar la década de 1860, mientras que los de crédito no llegaron a tener un comportamiento tan extremo. Sin embargo, la manumisión a crédito se movió de forma más o menos similar a los pagos monetarios.

² Tal fue el caso de José Ventura, quien pagó 73 mil-réis en billetes, 77 mil-réis en monedas de cobre y quedó debiendo 250 mil-réis que pagaría en cuotas; hasta no completar todo el saldo debía continuar con el pago del jornal (AH, Oficio 2, livro 69, f: 181; fecha 17/2/1840).

³ Como sucedió con Luiz Moçambique, quien pagó 1.500.000 réis y queda debiendo a un tercero 500 mil-réis para pagar en un año.

El perfil demográfico de los manumitidos que usaron créditos es diferente al de los que pagaron en dinero, especialmente en su grupo etario. Los adultos eran más del 69% de los individuos que pagaron a crédito por la libertad; así, fueron 4,2 veces más frecuentes que los niños. En contraste, tal relación es de 1,1 adultos por niño entre todos los que hicieron pagos por la manumisión. Esto hace evidentes las decisiones económicas de las familias esclavas: cuando se tenía que conseguir un crédito para salir de la esclavitud, quien debía salir era un adulto, ya que debido a su mayor productividad —comparada con la de los niños—, podía contribuir a que la deuda fuese cancelada.

La otra diferencia en el perfil demográfico es la procedencia de los esclavos que pagaron a crédito. Como antes comentamos, debido al fin del tráfico negrero, el número de africanos con pagos explícitamente monetarios se redujo, al final de nuestro periodo, en comparación con la cantidad de criollos. Esta situación no se verifica en los pagos a crédito, ya que ambos conjuntos de procedencia, africanos y criollos, se comportaron de forma similar, sin que existieran diferencias entre ellos. Esto podría ser consecuencia del relativamente bajo número de operaciones crediticias.

No obstante esta paridad, podemos señalar las divisiones por región africana de procedencia. En los pagos a crédito, la mayoría de africanos eran de origen congoleño y angoleño, luego aparecen los minas y, finalmente, los mozambiqueños. Esto quiere decir que en el primer lugar hay una sustitución, pues en los pagos monetarios esa posición era ocupada por los minas. Por lo tanto, podemos afirmar que los africanos occidentales eran más propensos, o tenían más oportunidad, al pago de contado que al crédito, mientras que los procedentes de África central atlántica preferían o se veían compelidos a endeudarse más que a gastar monedas. Como explicamos en el capítulo 6, esta diferencia es consecuencia de la participación de los minas en los circuitos monetarios de la ciudad.

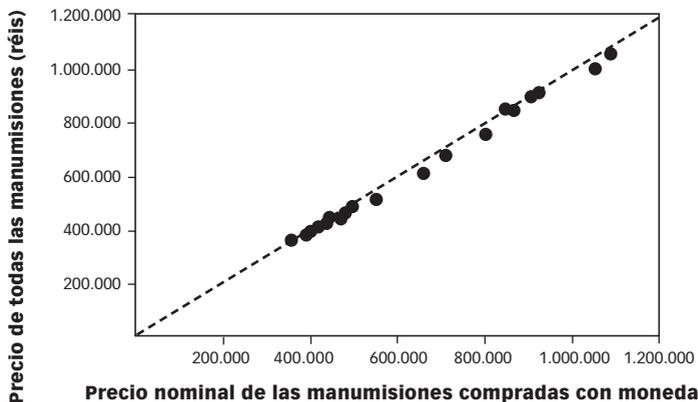
CARACTERÍSTICAS FINANCIERAS DE LOS PAGOS NO MONETARIOS

Esperamos que sea claro que algunos esclavos usaron mecanismos crediticios para salir del cautiverio. Sin embargo, esos mecanismos no eran ni mayoritarios, ni generalizables para toda la población cautiva. Si ya la manumisión comprada era minoritaria en comparación con la libertad gratuita, aún más lo era el crédito. Esto es, que los esclavos que se transformaban en horros no preferían —o no podían— quedar con deudas.

Ahora bien, los esclavos que pagaron por la libertad no siempre usaban deudas o monedas. También existían otras formas de hacer los pagos. Por ejemplo, en ocasiones algunos esclavos acordaron que pagarían las deudas de sus señores a cambio de que les concediesen la libertad⁴. No obstante, este tipo de operaciones continuaba siendo financiera; pero existían otras que difícilmente, o sólo después de varias abstracciones, sería posible equiparar con un pago económico. Por ejemplo, el esclavo que recibe la libertad por medio del testamento de su amo, pero debe pagarla con misas, a razón de una eucaristía por año. Lo interesante es que explícitamente se dice que cada misa debe costar cuatro mil-réis⁵.

Si comparamos los precios de las manumisiones con cualquier tipo de pago, con las que no incluyeron porque fueron gratuitas o por servicios adicionales, lo que encontramos es que no existían diferencias de precios entre ellas. Esclavos que se comprometían a pagar tenían por costo de su libertad el mismo valor que si no se comprometían a hacerlo. En la figura 9.2. se muestra esa relación: en el eje Y están todas las manumisiones y en el X sólo las realizadas mediante pagos; la recta diagonal muestra cuando ambos precios fueron iguales, y, como se ve, todos los puntos están sobre ella.

Figura 9.2. Relación entre el precio de todas las manumisiones y el precio de las manumisiones pagadas con moneda



Fuente: EMRI, Cálculos propios.

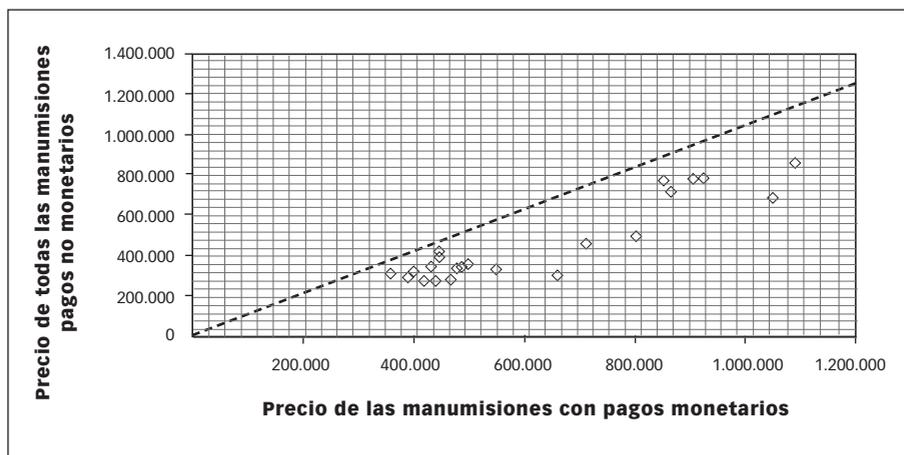
⁴ Por ejemplo, en 1861 Marcolino Mina se comprometió a pagar la deuda de seiscientos mil-réis que su amo tenía (AHN, Oficio 1, livro 59, f: 138; fecha: 2/7/1861).

⁵ AHN, Oficio 2, livro 87, f: 34V; fecha: 21/2/1854.

Esto significa que en esa sociedad el pago no da ninguna ventaja en la negociación, el precio es exactamente igual sea que se pague o no por la libertad. La pregunta es, entonces, por qué algunos esclavos preferían o se veían obligados a gastar su dinero y recursos pagando por la libertad. Para responder, empezamos diciendo que las manumisiones compradas las podemos dividir en dos grupos: con pagos monetarios y las que no se hacen con pagos monetarios; y estas segundas las podemos subdividir nuevamente en aquellas que fueron a crédito y las que eran *pagadas*, pero sin usar monedas, como el caso de las misas que acabamos de exponer.

Recordemos que entre cada diez manumisiones pagadas sólo una fue a crédito. La figura 9.3. muestra la relación entre los precios de los pagos monetarios y no monetarios (incluyendo el crédito). En el eje *X* están los primeros y en el *Y*, los segundos. Lo interesante es que todos los puntos están por debajo y a la derecha de la recta de identidad, eso quiere decir que los precios de las manumisiones pagadas con monedas fueron mayores que los de las manumisiones no monetarias. Todo al contrario de lo que un observador del siglo XXI podría creer: los esclavos que no usaban monedas pagaban menos que los que sí las usaban.

Figura 9.3. Relación de precios entre manumisiones monetarias y no monetarias



Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

¿Por qué sucede algo así? ¿Por qué aquellos que pagaban con monedas pagaban más? Para responder a eso debemos observar los detalles de los pagos no monetarios y especialmente los pagos a crédito, que eran los más importantes

entre ellos. Por ejemplo, Emilia alcanzó su libertad el 14 de mayo de 1841 con un precio total de doscientos mil-réis, pero sólo pagó cincuenta mil-réis y quedó con una deuda por los otros 150 mil-réis. Ese mismo año, el precio promedio de la manumisión fue de 384.753 réis, mientras que para los que hicieron pagos fue de quince mil-réis más, pues pagaron en promedio 398.341 réis. Ahora bien, Emilia ya había pasado los cincuenta años cuando salió del cautiverio y, por lo tanto, en su caso la edad puede explicar el precio menor⁶.

¿Sería posible que la razón para este precio sea generalizable? ¿Los esclavos que pagaron a crédito consiguieron precios menores porque eran viejos? La respuesta es un rotundo no. Antes mostramos que la mayoría de los que pagaban a crédito eran adultos, esto es, esclavos plenamente productivos y, por ende, más caros. En consecuencia, la edad no es la variable que explica. Continuemos viendo el caso de Emilia. Ella pactó un compromiso adicional: en cuanto no pague la deuda debe lavar las ropas de su señora, y debe hacerlo gratis.

Igual sucedió con Arsenio⁷: en 1842 él pagó trescientos mil-réis y quedó debiendo otros cien mil-réis; en cuanto no pagara, su señor podía solicitar los servicios cuando quisiera. E iguales compromisos tenía la mayoría de los esclavos que pagaban a crédito: ellos continuaban estando a disposición de sus amos hasta cancelar completamente la deuda. En otras palabras, los esclavos dejan su trabajo como la garantía del empréstito, y eso significa no salir completamente del control de sus amos. Por lo tanto, los esclavos preferían pagar más para salir por completo del cautiverio a tener que permanecer en una situación ambigua en la que los amos pudiesen ejercer algún control económico sobre ellos.

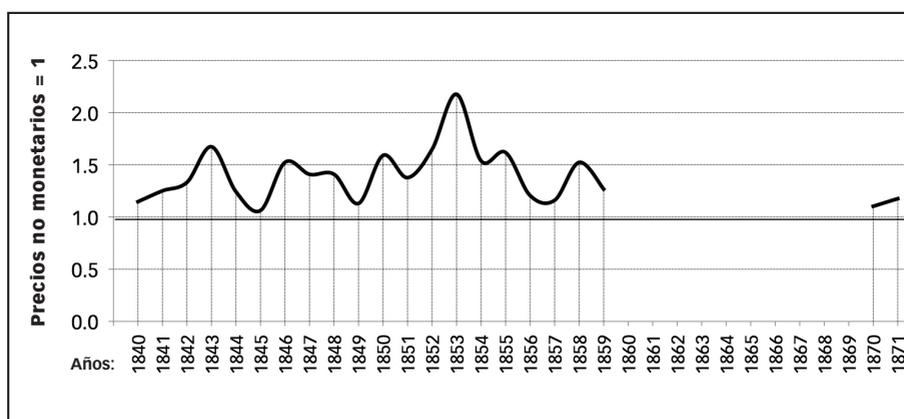
Esta evidencia de precios diferenciados en la manumisión invita a repensar la hipótesis que afirma que en el siglo XIX los ex esclavos cariocas continuaban manteniendo relaciones de dependencia con sus amos (Chalhoub, 1990); o por lo menos, nuestros datos muestran que los manumitidos no eran propensos a mantener relaciones de dependencia económica con sus antiguos señores, hasta el punto de incluso pagar más por ello. Tal vez sería posible que la dependencia no fuera económica y se mantuviera alguna dependencia sociopolítica. Pero eso tampoco parecería tener mucho sentido, pues ¿para qué un esclavo pagaría más sin conseguir tener plena autonomía?

⁶ AHN, Oficio 3, livro 5, f: 41V; fecha 14/5/1841.

⁷ AHN, Oficio 2, livro 71, f: 208V; fecha: 21/7/1842.

Como los esclavos estaban pagando más por salir completamente del control económico de sus ex señores, es evidente que estos últimos preferían precios menores siempre y cuando pudiesen mantener un tiempo más el dominio, así fuera parcial, del trabajo de los esclavos. En otras palabras, un poco más rigurosas, se generó un costo de transacción, ya que había una fricción en la operación de compraventa de la libertad. Costo que es propio del cambio institucional que trajo el fin del esclavismo (figura 9.4.).

Figura 9.4. Cociente entre precios nominales de la manumisión con pagos monetarios sobre los precios de la manumisión no monetaria



Fuente: elaboración propia.

Podemos tener una idea del comportamiento de ese costo en la figura 9.4. En ella dividimos el promedio del precio nominal monetario sobre el promedio del precio nominal no monetario. Como ya mostramos, ese cociente siempre fue mayor que 1. Generalmente, los esclavos con pagos monetarios cancelaron un 40% más, con una desviación estándar del 26%; eso significa que la gran mayoría pagó entre 1,14 y 1,66 veces más que los esclavos que pagaron a crédito.

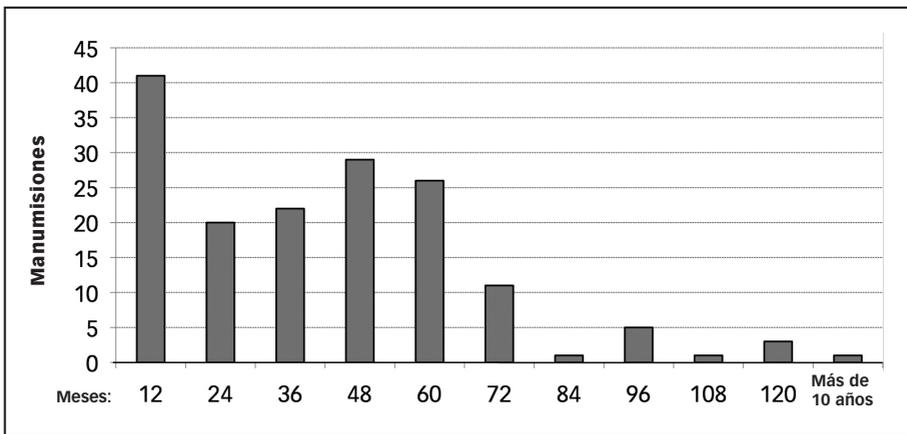
No obstante, en 1853, cuando la cantidad de esclavos que se transformaba en horros estaba en uno de los puntos más altos de todo el siglo, los amos llegaron a dar descuentos en promedio del 50% para aquellos esclavos que pagaran a crédito y en los que los amos, además de recibir algún dinero, continuarían controlando parcialmente el trabajo de los cautivos. Sin embargo, los esclavos prefirieron pagar 2,13 veces más para poder salir de inmediato de la esclavitud. Como mencionamos en los capítulos pasados, los cambios en el mercado del trabajo en el siglo XIX fueron tan importantes como para que

los esclavos tuvieran los recursos, encontrarán los espacios y percibirán los estímulos para pagar por la libertad inmediata, al mismo tiempo que los amos intentaban mantener los esclavos para sí.

Pero no fueron únicamente los amos los que intentaron controlar el trabajo esclavo. También había otro agente procurando acceder a una parte de ese dominio. Los amos encontraron competencia en el control del trabajo cautivo en los *benefactores*, individuos —no siempre ligados directamente a los manumitidos— que prestaban dinero para que los esclavos pudieran comprar la libertad. A cambio, ese crédito también exigía como garantía el trabajo esclavo.

Ese fue el caso de Tomas Congo y José Inhambane, que en 1860 recibieron un crédito de un benefactor y en retribución se comprometieron a servirlo⁸. O, por ejemplo, Constanza Congo pagó por la libertad ochocientos mil-réis, pero para poder hacerlo se endeudó en cuatrocientos mil-réis con un benefactor que le dio cuatro años de plazo para pagar, y como garantía ella ofrecía sus servicios⁹. Ahora bien, estos esclavos que se endeudaban también estaban haciendo sus cálculos económicos y no simplemente cambiando de amo o de destino para sus excedentes. La figura 9.5. muestra el tiempo al que se pactaron los créditos, tanto con el benefactor como con los amos.

Figura 9.5. Plazo de pago de las manumisiones a crédito



Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

⁸ AHN, Oficio 2, livro 94, f: 193; fecha: 9/3/1860.

⁹ AHN, Oficio 2, livro 78, f: 72; fecha: 13/2/1847.

Lo más común es que los esclavos pagaran el crédito en menos de un año, eso quiere decir que el control que ejercían los prestamistas, fueran amos o benefactores, era menor a doce meses. Para comprobar el modo en que se hacía este cálculo comparemos la figura 9.5. con la figura 2.2., que muestra los años de trabajo adicional en las manumisiones que fueron por servicios. Lo que encontramos es que aquellos que no se endeudaron pasaron en promedio como máximo otros cinco años con sus amos. En contraste, los que sí contrataban créditos casi nunca (menos del 14% de los casos) pasaban más de seis años sin cancelarlos. La figura 2.2. prueba que seis años era el tiempo que comúnmente se aceptaba como máximo para manumisiones por servicios. Eso significa que los esclavos que se endeudaban casi nunca pasaban ese horizonte temporal.

El cálculo económico es claro: si el esclavo se comprometía con un crédito, saldría más rápido del cautiverio que uno que pactara la manumisión por servicios adicionales. Claro que no siempre los esclavos podían endeudarse y por eso muchos tenían que usar la manumisión por servicios; aunque, recordemos, cada vez fueron menos los que acudieron a ese mecanismo como fórmula para convertirse en libres.

De forma esquemática podemos decir que, dependiendo de su género, de la atribución de procedencia, de su edad, de la incorporación en un tipo de familia y del año del que estemos hablando, un esclavo podía buscar la manumisión gratuita; si no la conseguía, él podía pasar a pagarla de contado. Pero si no tenía el dinero, o no lo tenía completamente, buscaba la posibilidad de un crédito; si lograba conseguirlo, lo prefería a corto plazo, o en todo caso que el plazo no fuera mayor a seis años, pues si el amo o el benefactor esperaban controlar el trabajo de ese esclavo por encima de ese horizonte temporal, entonces él prefería no hacer ningún pago y pasar a usar la manumisión por servicios. Por supuesto, este es un esquema que pretende aclarar, en la realidad las cosas fueron más difíciles, tanto que la gran mayoría de cautivos no logró abandonar la esclavitud.

A pesar de eso, podemos comprender la específica racionalidad económica para unos agentes en una sociedad precapitalista. Aclaremos lo que es evidente: el cálculo económico no es una característica sólo presente en el capitalismo y menos aún el capitalismo se define mediante la racionalidad del cálculo económico de los agentes. En realidad, una de las diferencias entre sistemas sociales es el tipo de cálculo que sus agentes realizan y no el cálculo en sí mismo. En el caso específico que trabajamos, nadie —ni el amo, ni el benefactor, ni el esclavo— busca controlar alguna renta estrictamente monetaria o claramente financiera, los intereses sobre este tipo de deudas no existían y sólo tres casos

entre 17.650 dejan alguna evidencia explícita del cobro de intereses¹⁰. Por lo que compiten los agentes es por el control del trabajo.

Dicho esto, también mostramos que en Río de Janeiro en el siglo XIX existían negocios típicamente capitalistas, con costos de oportunidad y subsidios mínimos para la rentabilidad. En ese sentido, sería posible pensar que la diferencia entre una inversión en un crédito para un esclavo que compraba la libertad y un crédito para una empresa que invertía en ferrocarriles fuera puramente formal, pues en el primer caso la renta significa traslado de jornales y en el segundo, de intereses, y ambos casos eran, al final, pagos por el uso del dinero prestado. Pero en realidad eran dos relaciones sociales diferentes: una cosa era hacer préstamos que permitían controlar el trabajo y otra prestar para recibir exclusivamente retornos financieros. Por supuesto que ambas situaciones provenían de cálculos económicos y en las dos los agentes buscaban maximizar sus beneficios, pero lo que entienden por beneficio en cada negocio es diferente.

No sólo los acreedores hacían cálculos, los endeudados también los realizaban. Ya mostramos cómo operaban los cálculos de los esclavos en cuanto a la decisión de qué estrategia económica seguir para ser libre. Si ahora miramos las cuotas y la periodicidad de los créditos, vuelve a aparecer tal estrategia: algunos pagaban la deuda completa sólo al final del crédito, otros cancelaban amortizaciones semestrales o mensuales. Para poder homogeneizarlas dividimos el total de la deuda entre el tiempo pactado para pagarla y después calculamos el promedio de todos esos cocientes. Esto quiere decir que es un indicador y no el valor real de los pagos hechos por los manumitidos.

A valores de 1870, el indicador de cuota mensual para el periodo de 1840 a 1871 fue de veintiséis mil-réis. Ese dato es poco representativo, pues la desviación estándar es de casi dieciséis mil-réis. Pero, a pesar de esto podemos hacer algunas aseveraciones: entre 1841 y 1849 hubo un primer ciclo que tuvo por máximo 59 mil-réis de cuota mensual en 1845 y por mínimo diez mil-réis en 1849. Después, para toda la década siguiente hubo un ciclo creciente en el que la cuota llegó a ochenta mil-réis mensuales en 1861. Pasado ese año, la cuota mensual se contrajo

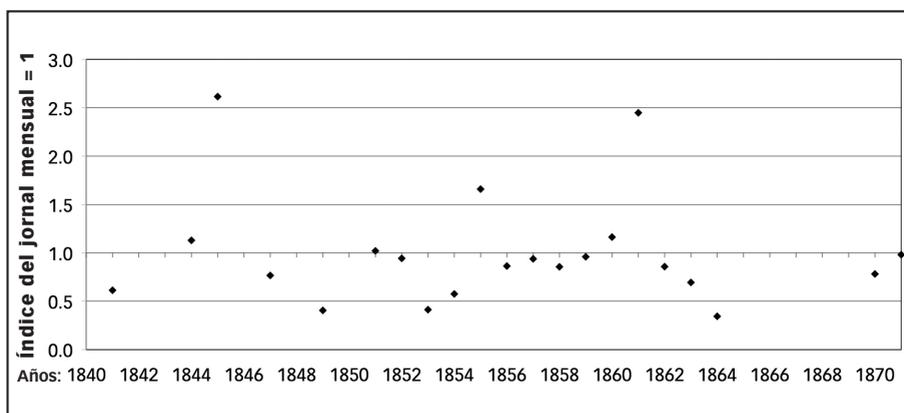
¹⁰ AHN, Oficio 3, livro 18, f. 80V. Lorenzo Cabinda, por una deuda de 230 mil-réis (AHN, Oficio 1, livro 56, f. 34, fecha: 18/5/1858). Luiza Benguela, por una deuda de novecientos mil-réis en 7/1/1858. Y Balbina Mina, por una deuda de seiscientos mil-réis (AHN, Oficio 1, livro 40, f. 64V: fecha: 21/10/1842). En los dos primeros, la tasa de interés es del 1% nominal mensual. En el tercero, la esclava debe pagar cien mil-réis adicionales a los seiscientos mil-réis que recibió, en un plazo de cinco años.

hasta llegar a ser menos de diez mil-réis en 1864, que fue el menor valor de todo el periodo. Para 1870 y 1871 el indicador vuelve a aproximarse a la media.

Ese comportamiento está en el mismo sentido de los otros indicadores financieros que calculamos atrás: en los años cincuenta del siglo XIX los esclavos cariocas tuvieron la posibilidad de hacer pagos mayores en comparación con las otras décadas y ellos aprovecharon esa coyuntura para salir del cautiverio. Después, la recesión de comienzos de la década de 1860 determinó que los esclavos procuraran reducir sus pagos mensuales, pues ellos no podían correr el riesgo de no tener el dinero para pagar sus deudas, ya que eso podría implicar volver a la esclavitud: el cálculo es un imperativo para los esclavos y para los pobres en general.

Los esclavos calculan poder honrar las deudas para la manumisión: si dividimos el índice de valor medio mensual que pagan los esclavos que se endeudan entre el índice del valor del jornal mensual que mostramos en la figura 7.3., lo que encontramos (figura 9.6.) es que sólo en tres años: 1845, 1855 y 1861, ese cociente fue claramente mayor que 1. En el primero de esos tres años fue 2,6; en el segundo, 1,7, y en el tercero 2,4. En los otros años el indicador del valor de la cuota mensual es menor o casi igual al índice de jornal mensual. Es más, sólo en tres años ese cociente es menor que 0,5. Para todo el periodo la media fue 1,02. Eso significa que índice de jornal e índice de cuota fueron aproximadamente iguales. Interesante, reveladora y, sobre todo, tentadora coincidencia.

Figura 9.6. Cociente entre el índice del jornal mensual y el índice de amortización mensual del crédito por la manumisión



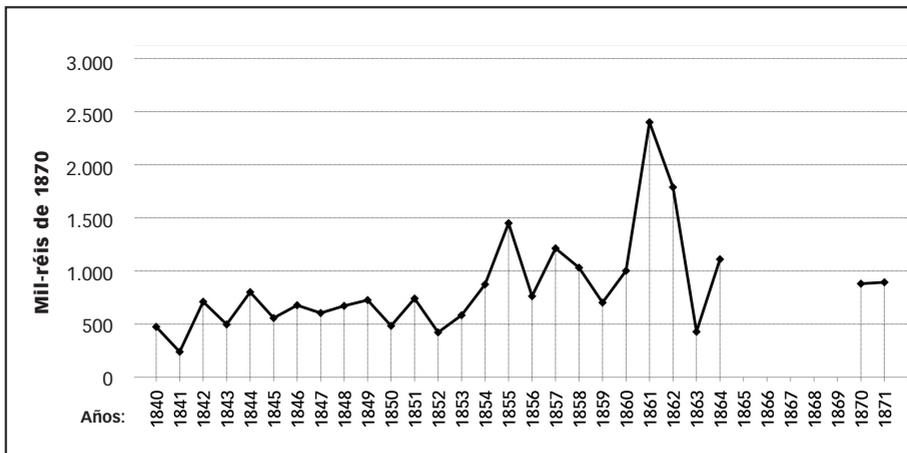
Fuente: valor de jornal: Mello (1992). Valor de la amortización: EMRJ. Cálculos propios.

Los esclavos, en el periodo de 1840 a 1871, nunca ganaron suficiente por alquilar su trabajo como para pagar las cuotas del crédito y a la vez pagar otras obligaciones. Por lo tanto, y como mencionamos en el capítulo pasado, ellos tenían otra fuente de ingresos diferente a la de arrendar su trabajo.

La figura 9.6. muestra otra cosa importante: el cociente entre los índices creció entre 1853 y 1861. Aunque el jornal creció en esos años, el índice de la cuota mensual fue más rápido, por lo tanto el crecimiento de la manumisión en la primera parte de la década no está relacionado únicamente con el crecimiento de los valores recibidos por el arriendo del trabajo. Entre 1845 y 1853 y entre 1861 y 1864 el cociente se contrae. En el primero de esos subperiodos, la razón parece ser un crecimiento mayor de los jornales que de la cuota. En el segundo es por la caída en el valor del jornal que anticipa la de la cuota.

Si consideramos el valor individual promedio de endeudamiento año a año (figura 9.7.) volvemos a percibir que entre 1840 y 1853 se mantiene constante, oscilando en valores mayores a los quinientos mil-réis (a precios de 1870). Después de ese año, el valor medio de cada deuda crece hasta llegar a los 1.449 mil-réis en 1855, manteniéndose cerca al conto de réis, para luego volver a crecer hasta los 2.400 mil-réis, en 1861. Como siempre, la contracción aparece a comienzos de la década de 1860 y en 1863 llega a ser sólo de 427 mil-réis. Y en 1870 y 1871 los valores vuelven a oscilar cercanos a la media.

Figura 9.7. Valor promedio unitario del empréstito por la libertad



Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

En otras palabras, después de 1850 más esclavos pagaron por la libertad, eso incluyó a aquellos que consiguieron empréstitos. Desde ese año, las cantidades monetarias usadas en la compra de la libertad, los niveles de endeudamiento y los valores de las amortizaciones periódicas para pagar los créditos también crecieron. Como el crédito supone el pago de un costo de transacción —ligado al control parcial del trabajo por parte de los acreedores—, los esclavos solamente usan esas deudas para la manumisión de adultos productivos y, por lo tanto, que ofrecían mayor certidumbre de que la deuda sería pagada.

Con la contracción económica de 1857, los pagos monetarios por la libertad se reducen; no obstante, algunos esclavos corrieron el riesgo de continuar usando el endeudamiento como mecanismo para salir del cautiverio, esperando que la evolución del contexto económico se recuperara y los favoreciera. El riesgo consistía en contraer deudas para resolver los problemas de carestía monetaria que era consecuencia de la crisis económica. Por eso, el valor de la deuda individual creció a comienzo de la década de 1860. Sin embargo, el contexto económico no se recuperó y los esclavos no sólo se retiraron de los negocios de contado y con moneda, sino que también redujeron sus posiciones de riesgo al disminuir sus deudas.

El cálculo económico de los agentes es completamente visible. Por ejemplo, el 10 de octubre de 1857, Virgilio Pardo, que tenía treinta años y era maestro sastre, pagó dos contos de réis por su libertad, pero ese dinero lo recibió prestado de un benefactor. Ellos dos —esclavo y benefactor— pactaron cinco condiciones para el pago del crédito: primero, que Virgilio debía servir al benefactor por tres años. Segundo, si el esclavo se enfermaba tendría sustento y cuidados en la casa del acreedor. Tercero, Virgilio, además de prestar servicios domésticos, podría ganar sus propios jornales trabajando en su casa o en cualquier taller de la ciudad. Cuarto, el dinero de las amortizaciones del crédito sería depositado en un banco que pagaría interés sobre esos recursos. Quinto, al final del periodo, la mitad de los intereses y el capital ahorrado en el banco sería entregado al esclavo y la otra mitad al benefactor, que después de recibir ese dinero podría contar con los servicios de Virgilio por otros dos años¹¹.

¹¹ AHN, Oficio 2, livro 0, f. 58; fecha: 10/10/1857.

Este caso incluye: manumisión, crédito, amortizaciones, interés, garantías y condiciones financieras. Pero lo realmente interesante es la combinación de relaciones sociales de las que hablamos en todo el capítulo. Por un lado, el benefactor consiguió el control, así sea parcial, del trabajo, que es una típica característica precapitalista. Por otro lado, el esclavo abrió una cuenta de ahorros en el banco y recibió interés por ella. Si solamente observáramos estos dos datos, tendríamos la impresión de que el benefactor estaba en un mundo premoderno y el esclavo en un mundo moderno. Por supuesto que no fue así. Ambos estaban en ese mundo en el que un esclavo con cuenta de ahorros tenía que dividir los intereses con su benefactor, al mismo tiempo que estaba a su disposición por cinco años.

Los individuos intentan aprovechar las oportunidades que la sociedad en la que están les ofrece. Por ejemplo, Virgilio en ese negocio consiguió salir del cautiverio, además de sustento y cuidado si caía enfermo, y trabajo autónomo en cualquier taller de la ciudad, o hasta en su casa; al mismo tiempo logró ahorrar la mitad del jornal y recibir interés en el banco donde era cliente.

Claro que de esto no se desprende que para él esos cinco años a disposición del benefactor o los treinta que ya había vivido en el cautiverio fueran fáciles. Lo que estamos afirmando es que Virgilio aprovechó las oportunidades mediante sus cálculos y consiguió elevar su bienestar.

LA COMPETENCIA DE LA LIBERTAD EN EL PORTAFOLIO DE INVERSIÓN

Si es claro cuál era el cálculo económico de los manumitidos, la pregunta pasa a ser: ¿por qué decidir invertir los recursos en la libertad? ¿Sólo se tenía esa opción? ¿O los valores culturales implicaron alguna decisión que redefinía los intereses económicos? Sabemos que la pregunta es heterodoxa y podría parecer evidente que un esclavo emplease sus ahorros en la compra de la libertad. Sin embargo, es importante saber si el deseo de ser libres es sólo posible explicarlo en términos culturales o si también existieron motivaciones económicas.

Antes citamos que los pobres de Río de Janeiro tenían algunas opciones de inversión, básicamente esclavos y bienes rurales (Mattos, 1998). Para el periodo de 1800 a 1840 esas operaciones están documentadas (Fragoso y Florentino, 2001) y de 1850 a 1886 también está constatado para los campesinos (Jucá, 1994). Aunque los pobres no participaban de los negocios más lucrativos, sí tenían alguna posibilidad de escoger en qué colocar sus recursos.

Al igual que los pobres, los esclavos también tenían sus patrimonios autónomos y la ley de 1871 sólo formalizaba lo que ya sucedía por las costumbres desde hacía mucho tiempo atrás: los esclavos tenían sus propios peculios y podían disponer de ellos (Chalhoub, 1990). Por supuesto que en ocasiones los señores interferían en la economía de sus esclavos, pero, a pesar de eso, el rol central generalmente era el de los cautivos.

Los esclavos eran individuos pobres, cuyos márgenes de error eran pequeños. Si ellos erraban, con toda seguridad el impacto de ese error era formidable en sus condiciones de vida. Con todo, y sin olvidar esa pobreza, las cantidades de dinero que tenían los esclavos para invertir no eran minúsculas. Antes señalamos algunas comparaciones con los grandes hacendados del rico Valle del Paraíba, ahora realicemos otra comparación: según los datos de María Eulalia Lobo (1977), en 1856-1857 había en Brasil 1.346 fábricas, de las cuales 1.280 tenían por capital menos de un conto de réis, y en esos mismos años el precio promedio de manumisión fue de 865.150 y 905.952 réis, eso quiere decir que los esclavos que pagaban por la libertad están invirtiendo un capital similar al 95% de las fábricas brasileras de aquellos años.

Como mostramos en el capítulo 5, la mayoría de las familias esclavas que pudieron manumitir sólo tuvo dinero para liberar a uno de sus integrantes, por tanto el uso de esos recursos —que no eran tan pequeños— implicaba tener que decidir quién saldría del cautiverio y esa decisión debía ser lo más acertada posible, pues abandonar la esclavitud quería decir controlar una parcela mayor del excedente producido y, por esa vía, elevar el bienestar de todos. Si la decisión fuera errada, no sólo el horro podría volver a la esclavitud, sino que toda la familia podría ver comprometida hasta su subsistencia mínima.

Ahora bien, la libertad no era la única opción posible para esos recursos. Por ejemplo, algunos esclavos compraron a otros esclavos y así pudieron recibir el jornal que ellos producían. Al esquematizar este ejemplo, un esclavo podría decidir entre comprar su libertad y ahorrar el jornal trasladado a su amo, o continuar en la esclavitud, pero comprando un esclavo que a su vez le entregaría su jornal; en ambas situaciones habría una rentabilidad específica.

Algunos esclavos hicieron esto y aparecen en las fuentes, pues varios de ellos pagaron su manumisión al entregar al esclavo que antes habían comprado. Entre varios otros ejemplos, tal fue el caso de Manuel Congo, que en 1842

pagó su libertad entregando para su amo a la esclava Constancia Cabinda¹². O igual transacción efectuó Joana Benguela, que en 1855 pagó la manumisión con la esclava Marcelina Angola¹³. O un poco más interesante fue la manumisión de João Benguela, que estaba avaluado en un conto de réis, y pagó con Antonio Congo, que tenía un precio de 700.000 réis; para ajustar cuentas, João pagó en efectivo la diferencia de trescientos mil-réis¹⁴.

Otros esclavos prefirieron endeudarse para conseguir el dinero para pagar por la libertad. Otros, en cambio prefirieron pagar de contado y en efectivo, como Manuel Cabinda, que pagó setecientos mil-réis explícitamente en billetes de banco¹⁵. Así, cada esclavo, de acuerdo con su precio de manumisión, los ingresos que obtenía y las formas de pagar por la libertad, presentaba una rentabilidad diferente. Para conocer esa rentabilidad usamos la *tasa interna de retorno* (TIR), que fácilmente podemos definir como el índice que consigue igualar a cero todos los ingresos y egresos del flujo de caja de una inversión.

La TIR es el indicador más común para conocer la rentabilidad de una inversión, pues permite incorporar el tiempo y los saldos específicos de las rentas que se reciben y los costos en los que se incurre. Pero, también, porque permite que los inversionistas comparen esa tasa de retorno con sus propios costos de oportunidad y así puedan evaluar si la inversión les es atractiva o no.

Algunos historiadores prefieren establecer la rentabilidad al sumar todos los ingresos (brutos o netos, dependiendo del cálculo que estén haciendo) y dividir ese total entre la inversión inicial, y asumen que ese cociente es un indicador de la rentabilidad. Si bien ese método puede dar algunas ideas sobre los rendimientos, en la práctica tiene varios problemas, especialmente derivados del no empleo de un flujo de caja y de la periodicidad de los ingresos y egresos de la inversión. Por ejemplo, dos negocios con las mismas cantidades de inversión inicial y con el mismo volumen de ganancia tendrían rentabilidades diferentes si uno de ellos tiene todos los retornos al final del negocio y el otro tuviera la mayoría al comienzo.

¹² AHN, Oficio 2, livro 75, f. 435V; fecha: 25/02/1845.

¹³ AHN, Oficio 3, livro 13, f. 62; fecha: 12/01/1855.

¹⁴ AHN, Oficio 2, livro 75, f. 638; fecha: 28/02/1845.

¹⁵ AHN, Oficio 1, livro 38, f. 65; fecha: 16/09/1841.

Por eso preferimos usar la TIR, que da cuenta del tiempo de retorno de la inversión. Claro que los esclavos no hacían su cálculo para decidir si comprar o no la libertad. Tampoco estamos buscando saber si lo hacían o no. Lo que queremos saber es si cuando compraban la libertad estaban haciendo un buen negocio. De paso, aclaremos que la TIR, como los otros indicadores económicos, al igual que la elasticidad-precio para la demanda o los rendimientos marginales, no son herramientas metodológicas susceptibles de ser acusadas de anacrónicas, pues no tienen, ni pretenden tener, un estatus más allá del de indicador. Ellos solamente muestran si ocurrió, o no, alguna cosa y las explicaciones para comprender eso que muestran los indicadores son las que podrían llegar a ser anacrónicas. Por ejemplo, si la TIR de una inversión tiene un valor, la explicación acerca de por qué ella tiene ese valor es la que puede ser anacrónica. No es la TIR en sí misma. En ese sentido, los indicadores no son explicaciones, son constataciones que deben ser explicadas.

Más aún, es importante percibir que inversiones con TIR positivas (o mayores al costo de oportunidad) no implican que necesariamente los agentes, solamente por eso, deseen o puedan hacer ese negocio, pues otras variables, como la liquidez y las barreras institucionales, son tenidas en cuenta al momento de decidir si se lleva a cabo una inversión. Así podría ocurrir con la libertad. Que ella llegue a tener rentabilidades positivas en Río de Janeiro a mediados del siglo XIX no quiere decir que todos los esclavos podían acceder a ella.

Para conocer la TIR de una inversión es necesario saber el flujo de caja, esto es, los momentos en los que se dan los ingresos y egresos del negocio. Cuando un esclavo compraba la libertad, hacía una inversión inicial y gracias a ella pasaba a recibir unos retornos económicos. Ese retorno básicamente es dejar de pagar el jornal a su amo y poder mantener para sí esos recursos. Por tanto, el flujo de caja consiste en una inversión inicial igual al pago por la manumisión y unos retornos periódicos iguales a los valores del jornal que el esclavo pagaba para su amo.

Para calcular la TIR construimos un flujo de caja particular para cada esclavo al que le conocíamos su edad al momento de salir del cautiverio. Así, nuestra muestra de 4.678 casos fue reducida a los 1.390 individuos de los que sabemos su edad: 474 niños, 671 adultos y 245 ancianos. No trabajamos con aquellos casos de los que tenemos una referencia a la edad, pero no un dato más o menos preciso; por ejemplo, no usamos aquellos casos en los que se dice que el manumitido es niño, anciano o joven. Esto porque

necesitamos la edad para calcular el indicador del jornal que podría estar percibiendo el esclavo.

Para explicar cómo se construyó el flujo de caja para cada esclavo demos un ejemplo: el hijo de Joaquina Parda fue manumitido en 1853 por un valor de 450 mil-réis, que fueron pagados de contado. Cuando él fue liberado era un recién nacido; así, entre 1854 y 1859 asumimos que no contaba con jornal, después de ese año suponemos que él comienza a ganar algún dinero que se va a ir incrementando hasta llegar a los diecinueve años, cuando alcanza el máximo. Y así se mantiene hasta los cuarenta años, cuando su jornal empieza a reducirse hasta que cumple sesenta años, momento en el cual sus ingresos desaparecen completamente. Sin embargo, el cálculo para él no fue necesario llevarlo tan lejos, pues la esclavitud terminó en Brasil en 1888, cuando él tenía 35 años, y, por tanto, su flujo de caja termina en ese momento, con una TIR del 11%

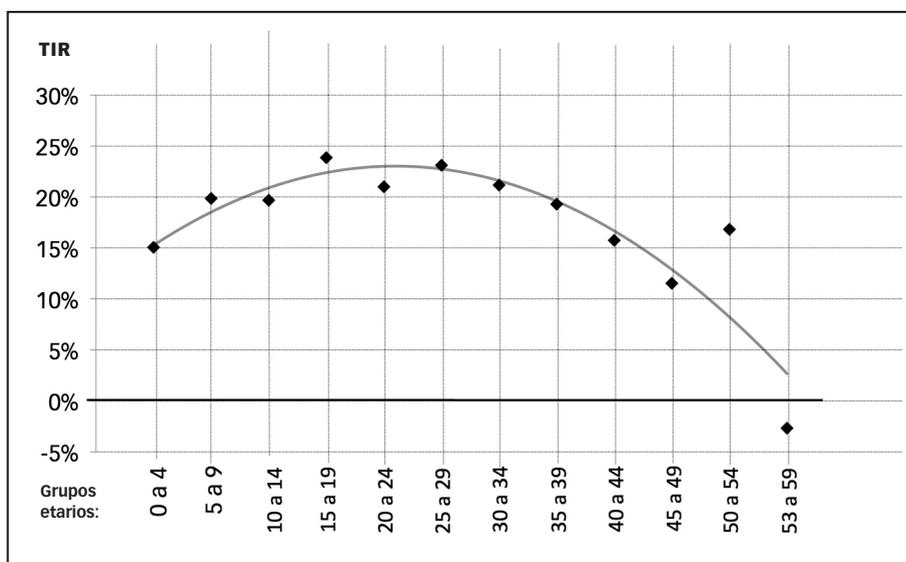
Igual cálculo hicimos con cada uno de los 1.390 manumitidos, muestra que consideramos grande y representativa. Para saber los jornales en el flujo de caja suponemos que entre los cero y cuatro años no se perciben ingresos; que entre los cinco y nueve, estos son del orden del 10% del jornal anual presentado en la figura 7.3.; que entre los diez y los catorce años es del 50% de ese valor; de los quince a los dieciocho es del 75%; y después de los diecinueve años es del 100%; finalmente, después de los cuarenta años es del 50%. Parecería que estos porcentajes son vitales en el cálculo de la rentabilidad, pero en la realidad, por cada 10% que se muevan para arriba o para abajo, el resultado de la TIR se modifica en menos de 1%, lo cual muestra la alta estabilidad de los resultados que luego expondremos.

También tenemos otras suposiciones en el cálculo: que los esclavos trabajaban en promedio entre 250 y 280 días anuales (Lima, 1998), lo que quiere decir un poco más de ocho meses por año, pero asumimos los ocho meses exactos, pues preferimos subestimar la tasa y no sobreestimarla. También supusimos que luego de los sesenta años no se perciben ingresos y siempre que un manumitido llegue a esa edad, su flujo de caja termina. Para aquellos esclavos que no alcanzaron esa edad, el flujo termina en 1888, cuando se decretó la abolición (figura 9.8.).

Sabemos que es posible que cuando un esclavo se transformaba en manumiso consiguiera elevar sus ingresos más allá del ahorro del jornal, pues él tenía una nueva condición social y por ella podía recibir ingresos diferenciados. Por tanto, las rentabilidades que mostramos aquí están subestimadas y podrían

ser mayores. Bajo estos supuestos, todos los grupos etarios de esclavos menores a 55 años presentan promedios de rentabilidades positivas. Como era de esperar, los individuos que consiguen ser libres entre los quince y los veintinueve años son los que obtienen mayores tasas de retorno.

Figura 9.8. Relación entre la edad del manumitido y la rentabilidad de la inversión en la libertad

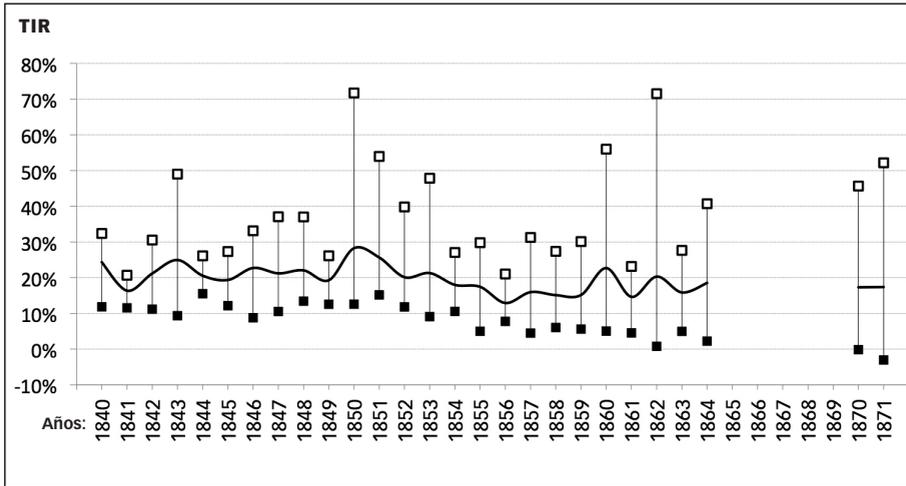


Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

Al comparar la rentabilidad de la libertad para los esclavos, ella resulta más alta que la rentabilidad que alcanzaban los amos por los cautivos que compraban para recibir un jornal. Es decir, cuando los individuos trabajan para sí mismos, la rentabilidad era mayor que cuando lo hacían para un amo. Según los datos de Mello (1992), la rentabilidad de un esclavo adulto plenamente productivo que pagaba jornal para un amo estaba en torno del 11,5% al 15%, mientras que esos mismos individuos y en esos mismos años tienen una rentabilidad por la manumisión del orden del 22% al 26%.

Sin embargo, esa tasa es menor que la de los grandes negocios de la época; por ejemplo, en 1820 el tráfico de esclavos entre Luanda y Río de Janeiro rendía frutos en torno al 44% (Florentino, 2002). Así, cuando los esclavos estaban comprando su libertad hacían un buen negocio, aunque este no era tan bueno como los mejores de aquella sociedad.

Figura 9.9. Rentabilidad de la manumisión para niños

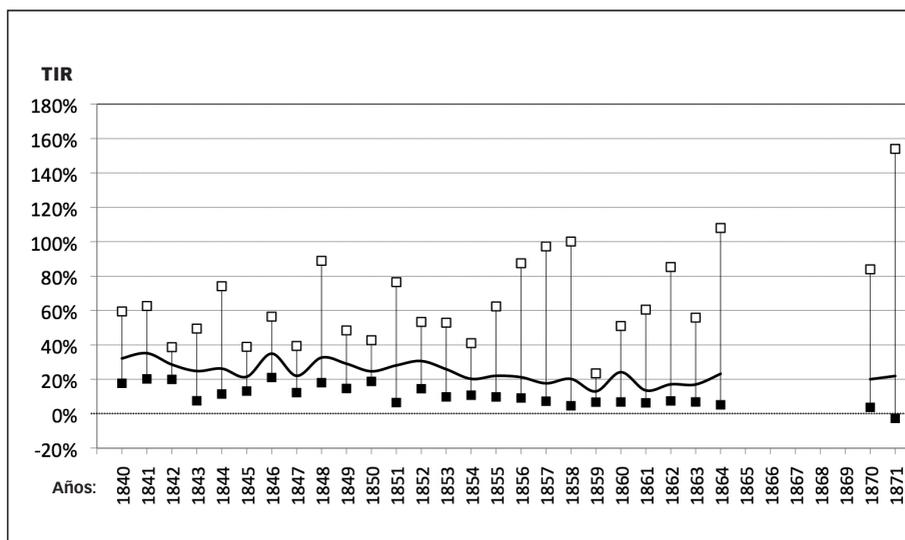


Fuente: EMRI. Cálculos propios.

Como hemos afirmado insistentemente, la libertad no era solamente un negocio, y otras variables, como las culturales o políticas, ayudan a explicarla. Pero las decisiones motivadas por esas variables ideológicas o culturales no implicaban un salto al vacío económico. La figura 9.9. muestra la rentabilidad media de la manumisión para los niños, al tiempo que presenta el intervalo en el que la TIR se movió cada año. Como se puede observar, el promedio siempre fue mayor al 10%, y aunque la dispersión fue alta, solamente en 1871 la rentabilidad mínima llegó a ser negativa, lo que probablemente sea más producto del supuesto de llevar el cálculo sólo hasta 1888 que una consecuencia en la realidad.

Igual sucede con los adultos (figura 9.10.), pues solamente en 1871 existieron algunos casos en que la TIR fue negativa. Así, siempre los adultos alcanzaron promedios de rentabilidad mayores al 13%. Como ya comentamos, la rentabilidad de los adultos era mayor que la de los niños. Eso podría parecer evidente, sin embargo, no necesariamente lo es, pues los pequeños siempre tienen precios menores y también tienen mayor tiempo para el retorno de la inversión.

Figura 9.10. Rentabilidad de la manumisión para adultos



Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

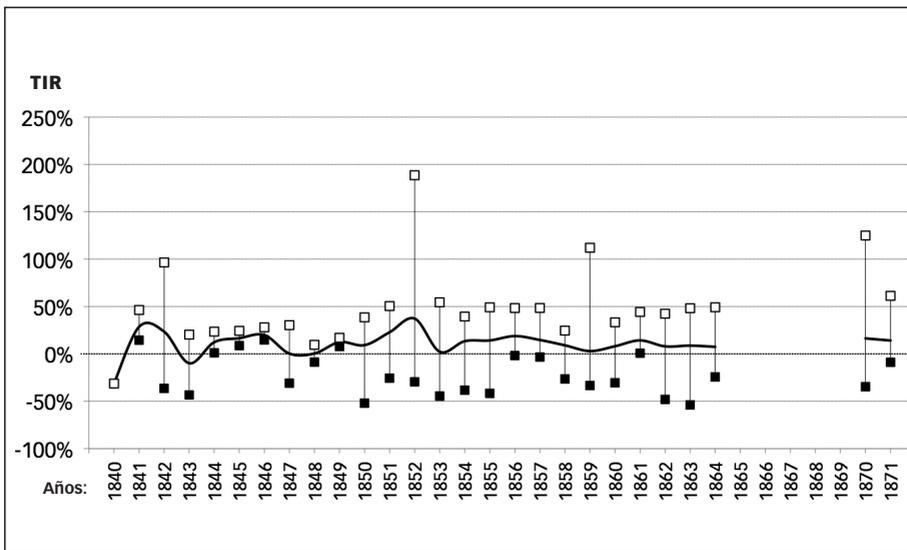
La distancia entre la rentabilidad por niños y por adultos es casi constante, y la pendiente de la recta de tendencia lineal es 0,01, lo cual hablaría de una fuerte estabilidad. Sin embargo, existieron dos años en que las dos rentabilidades se acercaron (1850, 1861) y dos en que se distanciaron en más de cinco veces (1841, 1856). Pero esos casos no logran generar alguna tendencia clara. Tal vez, la única sea entre 1858 y 1861, cuando la rentabilidad de los adultos se redujo y llegó a acercarse al nivel de los niños.

Lo interesante es que esa caída se corresponde con la contracción en los pagos monetarios de finales de la década de 1850 y comienzos de la década de 1860. Percibamos que los dos datos —rentabilidad y pagos monetarios— vienen de fuentes de información y universos estadísticos diferentes. Eso significa que la importancia de la crisis de 1857 para explicar parcialmente la manumisión es verificada por caminos distintos.

Para los ancianos, la rentabilidad es mucho menor que para los niños y los adultos. Aunque la media es del 11%, en realidad el intervalo anual en el que se mueve el promedio es muy disperso y en varios años los valores mínimos de la TIR fueron negativos. Por ejemplo, en 1852 el valor mínimo de la rentabilidad fue de -29,4% y el máximo de 188,7%. Con semejante intervalo es difícil y hasta ingenuo decir que el promedio de 37,3% represente alguna cosa más

allá de la propia dispersión de los datos. De este modo, la decisión de manumitir a los viejos era una elección que se explica fuertemente por motivaciones culturales (como el afecto) o políticas (por el posible papel que desempeñaban en las comunidades). Claro que también existían casos de rentabilidad positiva y alta, lo que quiere decir que hay casos de manumisiones en ancianos que negociaron su libertad en condiciones bastante favorables.

Figura 9.11. Rentabilidad de la manumisión para ancianos



Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

El cálculo de la rentabilidad de la inversión de recursos en la manumisión, teniendo en cuenta únicamente el precio de la libertad y los jornales, permite concluir que los esclavos que compraban la libertad no estaban efectuando un mal negocio. Eso no significa que la libertad se explique únicamente como un problema financiero, quiere decir que la libertad también se explica desde la economía y las finanzas de las familias esclavas. La realidad no es tan ambigua y generalmente las elecciones de los individuos se toman teniendo en cuenta varios y simultáneos ámbitos de la vida, como los valores culturales y los valores económicos. En este caso, la libertad que en el siglo XIX era un valor cultural también fue un negocio rentable.

La rentabilidad era el piso, el escenario mínimo, la que garantizaba a los esclavos que el uso de sus recursos en la compra de la libertad no era un desperdicio económico. Claro que algunos esclavos conseguían salir de cautiverio sin efectuar desembolsos, pero aquellos que sí pagaban no estaban haciendo un mal negocio económico. Esa condición de escenario mínimo, de garantía básica y primera, tenía alguna influencia en las tendencias de la manumisión.

Influencia que se nota en tres elementos: primero, por una sustitución de manumisión de niños por adultos a mediados de siglo, que está vinculada con el aumento de la rentabilidad de los segundos en comparación con los primeros. Segundo, entre 1852 y 1859, el total de manumitidos disminuyó al mismo tiempo en que la rentabilidad de adultos y niños tuvo una pequeña caída. Eso no quiere decir que al momento de decidir si se manumitían, los esclavos hicieran algún cálculo como los aquí presentados. Quiere decir que la caída de la rentabilidad tenía un efecto sobre los recursos disponibles y, por esa vía, sobre las nuevas inversiones. Tercero, la caída de la manumisión monetaria de 1857 y 1859 está vinculada también con la reducción de la rentabilidad.

No estamos diciendo que la rentabilidad sea la variable que explica completamente los ciclos de la manumisión. Estamos diciendo que la cantidad y velocidad de los recursos que fluyen para la familia (que es lo que indica la TIR) influencia parcialmente las tendencias generales de la manumisión. Y decimos *parcialmente*, porque otras variables, como la circulación monetaria y el acceso al crédito, también desempeñan un papel central.

Si la rentabilidad es la que genera la base financiera para la manumisión, los ciclos monetarios influyen en su tendencia. Ya mostramos que cuando los esclavos pueden acceder, en términos marginales, a más moneda, ellos la usan en el pago de la libertad, cuando esa moneda se contrae, los esclavos no pueden hacer más pagos monetarios, así la libertad continúe siendo rentable. Por esa vía es que ciclo monetario y ciclo de manumisión están conectados.

La segunda vía de conexión entre la libertad y el contexto económico está dada por el acceso a los créditos. Mostramos que fueron relativamente pocos los esclavos que se endeudaron para salir del cautiverio, pero aquellos que lo hicieron estaban aprovechando las oportunidades que el contexto les ofreció. Cuando no había otra opción y las condiciones financieras lo permitían, los esclavos se endeudaron; cuando esas condiciones contextuales cambiaron, ellos no volvieron a contratar empréstitos.

Así, el cálculo económico esclavo frente a la manumisión era claro: dependiendo de cada esclavo, había un conjunto de oportunidades que se abría y se cerraba, y dentro de ese conjunto se tomaban decisiones. En los capítulos pasados mostramos que si se era hombre o mujer se tenían unas opciones; si se pertenecía a una familia o se era soltero se tenían otras; si se reivindicaba una procedencia sobre otra, las formas de manumisión cambiaban. Eso para decir que no existía un esclavo en abstracto, sino individuos específicos con oportunidades y obstáculos concretos y manifiestos.

Dicho eso, y teniendo en cuenta cada característica particular, la estrategia económica se manifestaba en las elecciones dentro del conjunto de posibilidades: en la combinación de pagos a crédito, de contado, con monedas o con acuerdos; en la composición etaria de los que se manumitían dentro de cada familia; en la mezcla de relaciones socioeconómicas que se efectuaba; en una palabra, la *estrategia* se desplegaba en cada negocio por la libertad.

CAPÍTULO X

SOBREVIVIR PARA SER LIBRE

En los dos capítulos pasados mostramos cómo los esclavos interactuaban con el contexto monetario y financiero en el que se encontraban. Sin embargo, esa interacción enfatizó cómo el contexto influía en las decisiones esclavas y cuáles eran las variables que afectaban la administración de los recursos; en pocas palabras, fueron capítulos sobre la gestión económica para alcanzar la libertad.

Si bien en el capítulo 7 mostramos a los esclavos en el mercado de trabajo, al buscar alquilarse en diversas actividades, y los valores que recibieron por ellas; también dijimos que los recursos así conseguidos no eran suficientes para explicar la manumisión. Situación que volvimos a verificar en el capítulo pasado, al comparar los ingresos por trabajo con las amortizaciones de los créditos.

Esto significa que hasta aquí sabemos que los ingresos que obtenían los esclavos por alquilarse en el mercado de trabajo no explican directamente el volumen y la tasa de variación de la manumisión en Río de Janeiro, a mediados del siglo XIX, pues la totalidad de los recursos conseguidos de esta forma escasamente conseguían pagar el valor de la manumisión, fuese esta de contado o a crédito, lo que deja sin fondos de financiación los otros gastos de los cautivos.

Si bien los cautivos percibían un jornal, también es cierto que los esclavos urbanos no podrían destinar todos estos recursos al pago de la libertad, pues algunos de sus costos de sobrevivir tenían que ser financiados directamente por su propio trabajo. Aunque algunos gastos podrían ser cubiertos por medio de autoconsumo y otros podrían ser pagados de forma monetaria, lo importante es que los esclavos tendrían que destinar una parte de su trabajo —quizá la mayor— a conseguir los recursos para mantenerse vivos.

La pregunta es, entonces, cuánto era el valor de ese costo de sobrevivir, ¿será que el jornal por alquilarse para trabajar conseguía cubrir esos costos?, ¿la mayor parte de esos costos tenían que ser sufragados de forma monetaria?, ¿las variaciones en estos costos ayudan a explicar la tasa de manumisión? Si los costos bajaban, ¿más esclavos podrían ser libres y, al contrario, si aumentaban, menos esclavos se manumitían? O ¿los señores al ver que los costos de manutención de los esclavos aumentaban, preferían manumitir más a sus cautivos?

Estas son las preguntas que el presente capítulo aspira resolver; es decir, queremos completar el conjunto de variables, pues si en los capítulos pasados examinamos los ingresos por participación en el mercado de trabajo y la gestión de estos, en este capítulo queremos saber cuánto valía sobrevivir.

ALIMENTOS COMO EL COSTO DE SOBREVIVIR

Para aproximarnos al costo de estar vivos tomaremos en cuenta la dieta. Sabemos que había otros gastos fundamentales: como la vivienda, la ropa, los cuidados médicos y los servicios espirituales. Ninguno de ellos despreciable, pero, sin lugar a dudas, la comida era el componente central de la estructura de consumo de la familia esclava carioca decimonónica.

La dieta es el punto de partida de todas las comunidades, pues en cuanto humanos requerimos nutrientes para sobrevivir, alimentos que provean energía en todo lo demás, incluyendo cantar, rezar y hasta huir. Si todos requerimos nutrientes, en lo que nos diferenciamos es en la manera de conseguirlos.

El camino que recorreremos comienza con la estimación de las calorías que necesitaban los cautivos para mantenerse vivos. Como los requerimientos energéticos dependen del género, la edad, el peso, la altura y la actividad física de cada individuo, lo que haremos para acercarnos al problema es proponer dieciséis casos que combinan esas variables, con el objetivo de representar la gran mayoría de individuos. De esa forma, en la tabla 10.1. presentamos tres combinaciones para hombres adultos, tres para mujeres adultas, dos para ancianos hombres, dos para ancianas mujeres, tres para niños y tres para niñas.

Cada uno de los casos combina los parámetros de género, edad, peso y altura. Esos datos aparecen en las columnas 2 y 7 de la tabla 10.1. para hombres y mujeres, respectivamente. Siguiendo esas características, en las columnas 3 y 8

aparece la cantidad de calorías basales que un individuo de ese tipo precisa. Después, en las columnas 4 y 9 están los índices de aumentos porcentuales de energía para el desarrollo de la actividad física. Para los niños asumimos como índice de incremento el 100%, para los adultos el 80% y para los ancianos el 40%. Todos esos porcentajes son los máximos tolerados por el cuerpo humano en los grupos etarios respectivos (Lloyd, McDonald y Cramptom, 1982). Asumimos ese porcentaje porque los esclavos estaban sometidos a fuertes desgastes físicos, producto de su actividad. Además, no hacemos diferencia entre los índices de incremento femenino y masculino, pues ambos sexos trabajaban en condiciones de máxima actividad física.

En las columnas finales, 5 y 10, para hombres y mujeres respectivamente, están los datos de la energía total. Como es de esperarse, el máximo valor es para un hombre adulto de 80 kg de peso, 1,85 m de altura y con una edad entre los veinte y veintiocho años. Ellos precisaban de aproximadamente 3.750 Kcal diarias para vivir. El caso mínimo es el de mujeres mayores de cincuenta años, con 1,55 m de altura y 50 kg de peso. Ellas necesitaban 1.700 Kcal diarias. Volvamos a aclarar que estamos hablando de individuos con el máximo gasto por actividad física y por tal razón estos datos alcanzan valores tan altos.

Para saber si estos datos se asemejan a la realidad de la época los contrastamos con los reportes de defunción, para así poder saber el papel de la nutrición dentro de ellas. La primera causa de muerte entre los esclavos en la ciudad a mediados de siglo fue la tuberculosis (Karasch, 1987). Esta enfermedad está vinculada con la pobreza y mala nutrición en general, pero no con la carencia de algún nutriente específico; por lo tanto, señala que los cautivos se encontraban en los niveles mínimos de subsistencia, pero no con una carencia específica. En el mismo sentido aparecen las siguientes tres causas de muerte: disentería, diarrea y gastroenteritis, que hablan de pobreza y de las condiciones de salubridad. Esas cuatro enfermedades responden por el 54,4% de muertes entre los hombres y por el 57% entre las mujeres (Karasch, 1987).

En el mismo sentido apuntan los cálculos de Marcelo Ferreira de Asis (2002) sobre los impactos microbianos debido al tráfico atlántico de esclavos. Las enfermedades infectocontagiosas y las derivadas de traumas físicos fueron las más frecuentes, al representar el 79% de todos los casos entre 1790 y 1807, y el 71% entre 1810 y 1830. Las de carencias nutricionales sólo representaban el 3% y 2,5%, respectivamente, en cada periodo.

Tabla 10.1. Consumo calórico de acuerdo con género, edad, talla y actividad

	DATOS	CALORÍAS BASEALES	ADICIÓN POR LA ACTIVIDAD	TOTAL ENERGÍA		DATOS	CALORÍAS BASEALES	ADICIÓN POR LA ACTIVIDAD	TOTAL ENERGÍA
	(2)	(3)	(4)	(5)		(7)	(8)	(9)	(10)
HOMBRE ADULTO					MUJER ADULTA				
Caso I		1.850	80%	3.500	Caso I		1.550	80%	2.750
Peso	75				Peso	65			
Altura	1,7				Altura	1,7			
Edad	20-28				Edad	20-28			
Caso II		2.000	80%	3.750	Caso II		1.700	80%	3.200
Peso	80				Peso	75			
Altura	1,85				Altura	1,8			
Edad	20-28				Edad	20-28			
Caso III		1.700	80%	3.250	Caso III		1.450	80%	2.600
Peso	75				Peso	65			
Altura	1,7				Altura	1,6			
Edad	33				Edad	33			
Niño					Niña				
Caso I		1.500	100%	3.000	Caso I		1.450	100%	2.900
Peso	45				Peso	45			
Altura	1,4				Altura	1,4			
Edad	10				Edad	10			
Caso II		1.700	100%	3.600	Caso II		1.550	100%	3.200
Peso	55				Peso	55			
Altura	1,6				Altura	1,6			
Edad	13-15				Edad	13-15			
Caso III		1.090	100%	2.200	Caso III		1.050	100%	2.200
Peso	35				Peso	35			
Altura	0,9				Altura	0,9			
Edad	5				Edad	5			
HOMBRE ANCIANO					MUJER ANCIANA				
Caso I		1.550	40%	2.250	Caso I		1.300	40%	1.850
Peso	70				Peso	60			
Altura	1,65				Altura	1,6			
Edad	50				Edad	50			
Caso II		1.350	40%	1.900	Caso II		1.200	40%	1.700
Peso	65				Peso	50			
Altura	1,6				Altura	1,55			
Edad	50				Edad	50			

Fuente: Lloyd, Mcdonald y Cramptom (1982). Cálculos propios.

Esto verifica que los esclavos no presentaban graves problemas nutricionales que pudieran llevarlos a la muerte. Pero, a la vez, el tipo de enfermedades ratifica que ellos no estaban bien alimentados. En otras palabras, el margen en el que se encontraban era bastante estrecho y el nivel de nutrición escasamente sobrepasa el nivel mínimo de subsistencia, lo que deja a los individuos con problemas crónicos que los hacían vulnerables a ciertas enfermedades, aunque la carencia nutricional no llegaba a matarlos directamente.

Por tanto, los niveles de calorías que mostramos en la tabla 10.1. escasamente se cubrirían. Esta energía tiene que ser valorada en alimentos. Para eso, elaboramos una lista de las comidas de los esclavos informadas por Sandra Graham (1992) en su investigación sobre el servicio doméstico y lo enunciado por Luiz da Câmara Cascudo sobre la alimentación en el Brasil (1983). Ambos textos trabajan con fuentes coetáneas a la esclavitud: viajeros en la ciudad en el siglo XIX y cariocas que hacen crónicas de su ciudad.

Esa información está en la tabla 10.2.; en la primera columna se encuentra la comida reseñada y en las últimas dos columnas aparece cuál investigación informó de ese alimento como parte de la dieta esclava. Además, en la tabla aparecen las estimaciones sobre aporte nutricional de cada uno de esos alimentos (*Núcleo de pesquisas em alimentação*, 2006). Estos cálculos fueron efectuados por la Universidad de Campinas usando recetas actuales y no del siglo XIX. Es claro que existe un riesgo en usar esta información, pues las formas de cocinar variaron en los últimos 150 años. Pero al no tener otra, asumimos el riesgo, y tal vez por esa vía nuestros datos puedan ser anacrónicos.

Además, no siempre fue posible determinar con claridad si la comida reportada para el siglo XIX se correspondía con la receta que usó la Universidad. En esos casos, siempre usamos el menor valor. Afortunadamente no fueron muchos, ni grandes, los márgenes nutricionales entre las distintas recetas para preparar un alimento.

Para calcular las cantidades ingeridas de cada alimento, el método que seguimos es estimar cuánto de cada uno se consume para alcanzar los niveles de supervivencia, a la vez que el costo de tal dieta fuese mínimo. Así, buscamos encontrar la combinación de cantidades de cada comida para que el esclavo se mantuviese vivo y al mismo tiempo fuese lo más barata posible. Esto significa que usaremos un modelo de programación lineal.

Como este es un método ya utilizado en otras investigaciones (Kahn, 1992), sabemos de algunas de las objeciones que se le han formulado: la primera

Tabla 10.2. Cantidad de nutrientes en 100 g de los alimentos consumidos por los esclavos

	CALORÍAS	PROTEÍNAS	CARBOHIDRATOS	VITAMINA C	TIAMINA	RIBOFLAVINA	NIACINA	CALCIO	HIERRO	(CASCUDO, 1983)	(GRAHAM, 1992)
HARINA DE MANDIOCA	343	1	89					76	1,2	√	√
HARINA DE MAÍZ	351	7			0,25					√	
MAÍZ COCIDO	101	2	25					2	0,2	√	
ARROZ	128	3	28								√
FRIJOL NEGRO	85	6	15		0,09	0,03		29	1,4	√	√
CARNE SECA	313	27	0			0,06		13	1,9	√	√
CARNE FRESCA	194	31	0					5	2,4	√	
CARNE DE CERDO	280	29	0		0,77	0,14			0,9		√
TOCINO	697	27	0				5	9	0,9		
PESCADO FRESCO	122	27	0		0,05		8	36	0,4	√	√
<i>MINGAU</i>	373	1			3,41		19,4	522	42	√	
CALDO DE CAÑA	65		18					9	0,8	√	
CAFÉ	419	15	66					107	8,1	√	√
AJO	113	7	24		0,18			14	0,8	√	
CEBOLLA	39	2	9	5	0,04			14	0,2	√	
<i>CAJU</i>	43	1	10					1	0,2	√	
GUAYABA	54	1	13						0,2	√	
PIÑA	48	1	12		0,17	0,02		22	0,3	√	
PAPAYA	40		10	82	0,03	0,04	1	22	0,02	√	
BANANO	98	1	26	6		0,02		8	0,4	√	√
NARANJA	45	1	11	57	0,06	0,02			0,1		√
PAPA DULCE	77	1	18	24	0,08		2,6	17	0,2		√
ÑAME	97	2	23	6	0,08			12	0,4		√
<i>ABOBRINHA</i>	31	1	8					19	0,2		√
<i>COUVE</i>	27	3	4		0,2	0,31					√
NABO	18	1	4	10	0,7			42	0,2		√
<i>AGRLÃO</i>	17	3	2		0,11	0,23		133	3,1		√

Fuente: Núcleo de pesquisas em alimentação (2006).

es que se nos puede acusar de anacrónicos al optimizar con programas de computación y modelos matemáticos, cuando los esclavos del siglo XIX no hacían tales cosas. Claro que ellos no tenían programación lineal. Es más, la mayoría de amas de casa de hoy tampoco la tienen, o por lo menos no la usan para ir al supermercado. Sin embargo, eso no quiere decir que no optimicen las combinaciones de sus dietas.

Para demostrar tal cosa observemos los niveles mínimos y máximos entre los que se movía el costo de la alimentación para los esclavos. Los mínimos eran de subsistencia y los máximos no estaban muy distantes de esos mínimos, pues las enfermedades que mataban esclavos mostraban un contexto de pobreza. Con toda seguridad, los esclavos no podían financiarse dietas caras. En otras palabras, ambos niveles se movieron cerca uno del otro. Los esclavos no tenían mucho margen para equivocarse, pues no podían superar el máximo, ya que no tenían cómo pagarlo. Otra vez, los esclavos tenían que realizar cálculos y demostrarlos en el día a día en la elección de sus dietas.

La segunda objeción al modelo es por la rigurosidad de los cálculos. Según esa crítica, las estimativas numéricas dejan pocas opciones al balance entre alimentos, pues, por ejemplo, es posible que matemáticamente lo mejor sea comer soya que carne, pero muchos comensales prefieren más la segunda que la primera. Afortunadamente, al modelo matemático también le podemos exigir que cumpla con restricciones que vienen desde el gusto, en particular que ciertos alimentos no superen el nivel tolerado culturalmente.

La tercera crítica se realiza a la información con la que trabaja el cálculo. La idea es que si bien el modelo puede producir buenos resultados, eso depende de los datos con los que él opera. En eso concordamos plenamente y por eso es que mostramos cómo calculamos las tablas anteriores, que son los datos con los que opera nuestro sistema de ecuaciones. Asumimos que en la lista de alimentos consumidos no hay dificultades, pues las fuentes se complementan. El riesgo proviene es del uso de la investigación de Unicamp, pues las formas de preparación y de almacenaje se han alterado en 150 años (Sutch, 1976; Dunaway, 2003). Pero, como dijimos antes, es necesario correr el riesgo, pues no conocemos otra fuente que informe los datos nutricionales de cada receta.

La cuarta y última objeción se centra en los coeficientes en las ecuaciones del modelo. La crítica consiste en afirmar que si bien ahora todos los productos tienen un precio y en consecuencia se pueden minimizar los costos de las dietas por la vía de multiplicar las cantidades consumidas con los precios de cada

alimento, tal cosa no se puede hacer con la misma facilidad para el siglo XIX, ya que muchos artículos no son necesariamente mercancías y no tienen precios, pues no circulan en el mercado (Ranson y Sutch, 1977; Dunaway, 2003).

En principio, esa crítica tiene razón, y tal vez lo más riguroso sería utilizar modelos de ecología (Martínez y Roca Jusmet, 2001), en los cuales lo que se optimiza es el cociente entre cantidades calóricas aportadas por cada alimento sobre el tiempo para que sea disponible (cazar, recoger y cocinar). Si un objeto no aporta suficientes calorías para compensar el esfuerzo de conseguirlo, entonces no es incluido en la dieta.

Ese método ha traído buenos resultados para explicar la dieta de animales y de algunas comunidades humanas. El problema para nosotros es que en el contexto de la ciudad es difícil estimar un tiempo para encontrar cada alimento, pues el mercado también existía y muchas cosas sí eran mercancías. Por lo tanto, es mejor enfatizar que la relación entre precios durante varias décadas —y no los precios en sí mismos— denota los esfuerzos relativos en la producción de los bienes y valoraciones simbólicas de estos, que es, en última instancia, lo que el numerador del cociente de la teoría ecológica representa.

EL COSTO DE ALIMENTARSE

Con esas cuatro consideraciones, que esperamos aclaren las dudas sobre el modelo, pasamos a calcular el índice de precios que se adapte a estas exigencias, teniendo en cuenta que debemos trabajar con los alimentos reportados por las fuentes. Lo desafortunado es que los índices de precios disponibles para la ciudad no siempre coinciden con la lista de alimentos reportados, así que tendremos que hacer algunas consideraciones en su momento.

Los precios de los alimentos los hemos tomado de Mircea Buescu (1973) para 1862. Utilizamos este año por ser el que más información contiene. Sin embargo, para saber si estos datos son representativos de todo el periodo, para los ocho años que son informados por la serie calculamos la relación entre el precio de cada uno de los alimentos y la carne seca, asumiendo esta última como 1. Así sabemos hasta dónde los precios de 1862 son semejantes a los precios de todo el periodo o si, por el contrario, este año fue excepcional para el precio de un alimento en particular.

Esta información aparece en la tabla 10.3. Como se puede ver, en 1862 la harina de mandioca tuvo un precio un poco menor al promedio de estos años.

Por el contrario, la harina de maíz estuvo más cara ese año. Maíz y arroz en 1862 costaban casi exactamente lo mismo al promedio de su serie. El frijol negro estuvo un poco más barato, la carne fresca bastante más alta, de la carne de cerdo sólo tenemos información para 1862 y, por tanto, no podemos saber si su precio fue excepcional o estaba en la media. Los ajos tenían un valor tan bajo que sus oscilaciones son casi imperceptibles. Las papas dulces tuvieron el mayor valor de todo el periodo justo en 1862. A la *couve* le sucede más o menos igual que al ajo, esto es, que sus pequeños valores hacen que no se perciban sus variaciones. Por último, del tocino probablemente consumido por los esclavos sólo tenemos información para 1838, 1842 y 1847, pues el reportado por Mircea Buescu (1973) para 1862 es el denominado de minas, cuyo precio es sustancialmente más alto.

Tabla 10.3. Relación del precio de los alimentos consumidos por los esclavos entre 1838 y 1870

	ÍNDICE DE PRECIO RESPECTO A LA CARNE SECA (= 1)								ÍNDICES		
	1838	1842	1847	1850	1853	1856	1862	1870	Media	σ	Máx
HARINA DE MANDIOCA	0,42	0,64	0,68	0,14	0,22		0,28		0,40	0,23	0,68
HARINA DE MAÍZ	0,51	0,90	0,93	0,27	0,35		0,73	0,25	0,56	0,29	0,93
Maíz	0,33	0,50	0,63	0,28	0,29		0,49	0,45	0,42	0,13	0,63
ARROZ	1,17	2,06	1,71		0,82		1,27	0,95	1,33	0,47	2,06
FRIJOL NEGRO	0,81	1,44	1,73	0,51	0,52		0,76	0,52	0,90	0,49	1,73
CARNE SECA	1,00	1,00	1,00	1,00	1,00	1,00	1,00	1,00	1,00	0,00	1,00
CARNE FRESCA							0,92	2,02	1,37	1,44	2,02
CARNE DE CERDO							4,19		4,19		4,19
AJOS							0,03	0,03	0,03	0,00	0,03
PAPA DULCE				0,41	0,29		0,81	0,64	0,54	0,23	0,81
COUVE							0,16	0,15	0,15	0,01	0,16
TOCINO	1,85	4,13	5,00						3,66	1,63	5,00

Fuente: precio de los alimentos: Buescu (1973). Factores de conversión entre unidades de peso: Carrara (2004). Cálculos propios.

Como el tocino era uno de los alimentos centrales de la dieta esclava es necesario introducirlo en los cálculos. Para tal efecto, utilizaremos como indicador de precio la relación histórica entre su valor y el de la carne seca, según lo reportado por Johnson (1973) para el periodo 1763 y 1826. Exceptuando

el caso del tocino, es claro que 1862 puede ser asumido como un año representativo del periodo, a pesar de que algunos de los productos oscilaron en comparación con su media.

Para aquellos productos que según las fuentes eran consumidos por los esclavos, pero de los que no tenemos datos de precios, hemos asumido un valor aleatorio que se mueve en el rango demarcado por el precio del ajo como cota mínima y las papas dulces, como máxima. Esta asignación de precios no implica mayor riesgo, pues los productos de los que no tenemos precios son frutas y verduras, y por lo tanto su oscilación debió darse dentro o cerca del conjunto que acabamos de definir.

Tabla 10.4. Máximos tolerados por alimento (100 g)

HARINA DE MANDIOCA	7,0
HARINA DE MAÍZ	2,5
MAÍZ COCIDO	2,5
ARROZ	2,5
FRIJOL NEGRO	2,5
CARNE SECA	4,5
CARNE FRESCA	3,0
CARNE DE CERDO	2,5
TOCINO	3,0
PESCADO FRESCO	3,0
<i>MINGAU</i>	2,0
CALDO DE CAÑA	4,0
AJO	0,2
CEBOLLA	
<i>CAJU</i>	
GUAYABAS	
PIÑA	
PAPAYA	
BANANO	
NARANJA	
PAPA DULCE	2,5
ÑAME	
<i>ABOBRINHA</i>	
<i>COUVE</i>	2,5
NABO	2,5
<i>AGRIÃO</i>	2,5

Fuente: elaboración propia.

Lo último que necesitamos para que el modelo esté completo son las restricciones culturales máximas para el consumo de alimentos que antes mencionamos. En la tabla 10.4. aparecen esos valores y están expresados en 100 g para hacerlos coincidentes con las unidades de las tablas anteriores.

Así, el modelo consiste en la función objetivo:

$$\sum_{i=1}^{i=n} P_i X_i$$

Que debe ser mínima y sujeta a las siguientes restricciones:

$$\sum_{i=1}^{i=n} \sum_{j=1}^{j=m} A_{ij} X_i \geq R_j$$

$$X_i \geq 0$$

$$X_i \leq C_i$$

Donde las variables son:

P_i : Índice del precio del alimento i

X_i : Cantidad del alimento i

n : Número de alimentos en la dieta

m : Número de nutrientes necesarios

A_{ij} : Cantidad de nutrientes j que ofrecen 100 g del alimento i

R_j : Nivel mínimo necesario del nutriente j para sobrevivir

C_i : Cantidad máxima tolerada del alimento i

Este modelo¹ calculó los consumos de alimentos para cinco tipos de individuos, según las estimaciones de la tabla 10.1.: hombres adultos (3.750 kcal), mujeres adultas (3.200 kcal), niños y niñas (3.000 kcal), hombres ancianos (2.250 kcal) y mujeres ancianas (1.700 kcal). Los resultados aparecen en la tabla 10.5.

Debemos aclarar que no estamos afirmando que los individuos consumieron exactamente esas cantidades. Sólo son indicadores que ponen en relación los diferentes alimentos. Además, debemos constatar la coherencia de estos resultados con los informes de las fuentes, pues ellas insistían en que unos alimentos eran más consumidos que otros, y esto aparece en la tabla 10.5.

¹ El cálculo se realizó empleando Solver, sin obligar a solución lineal; esto quiere decir, usando el método de gradiente reducido y no Simplex.

Tabla 10.5. Estimación de consumo de alimentos (100 g)

	ADULTOS	ADULTAS	NIÑOS(AS)	ANCIANOS	ANCIANAS
HARINA DE MANDIOCA	2,58	0,97	0,39	-	-
HARINA DE MAÍZ	-	-	-	-	-
MAÍZ	-	-	-	-	-
ARROZ	-	-	-	-	-
FRIJOL NEGRO	2,50	2,50	2,50	2,50	2,50
CARNE SECA	4,50	4,50	4,50	4,50	4,50
CARNE FRESCA	-	-	-	-	-
CARNE DE CERDO	0,04	0,04	0,04	0,04	0,04
TOCINO	-	-	-	-	-
PESCADO FRESCO	-	-	-	-	-
MINGAU (MAÍZ)	2,00	2,00	2,00	1,37	1,37
CALDO DE CAÑA	4,00	4,00	4,00	-	-
AJO	0,20	0,20	0,20	-	-
CEBOLLA	-	-	-	-	-
CAJU	-	-	-	-	-
GUAYABA	-	-	-	-	-
PIÑA	-	-	-	-	-
PAPAYA	-	-	-	-	-
BANANO	-	-	-	-	-
NARANJA	-	-	-	-	-
PAPA DULCE	1,25	1,25	1,25	1,25	1,25
ÑAME	-	-	-	-	-
ABOBRINHA	-	-	-	-	-
COUVE	2,50	2,50	2,50	2,50	2,50
NABO	-	-	-	-	-
AGRILÃO	2,50	2,50	2,50	2,50	2,50
Precio total (réis)	151,48	144,39	141,81	136,44	136,44

Fuente: elaboración propia.

Los alimentos de fundamental consumo eran la harina de mandioca, el frijol negro, la carne seca y el mingau. La razón de su importancia es la relación entre el aporte de nutrientes y sus costos. Por ejemplo, por cada réis gastado en la compra de harina de mandioca un individuo accedía, en 1862, a 77,5 calorías; mientras que por ese mismo réis gastado en harina de maíz sólo conseguiría 30,28 calorías. Incluso si la relación histórica entre el precio de carne seca y tocino reportada por Johnson (1973) se mantenía en 1862, la harina de mandioca conseguía proveer 87% más de energía por réis que el tocino.

En el ofrecimiento de proteínas era donde la harina de mandioca no era tan eficiente, pues un réis de ella generaba sólo el 37% de lo que generaba un réis de harina de maíz. Sin embargo, la harina de maíz tampoco era el alimento más eficiente para proveer proteínas, pues en este caso la carne seca permitía que por un réis los individuos accedieran a 180% más proteínas que la harina de maíz.

Si bien el frijol negro no conseguía competir en calorías con la harina de mandioca, ni en proteínas con la carne seca, lo que sí lograba era ser un importante complemento y sustituto de los alimentos más eficientes, ya que su composición nutricional es bastante balanceada; es decir, no es el más eficiente aportando un tipo de requerimiento, pero sí consigue ofrecer de forma relativamente barata todos los requerimientos, por eso su presencia en la dieta es recurrente de individuo a individuo.

Las composiciones de las dietas para cada tipo de individuo son diferentes, pues cada quien necesita cantidades distintas de energía. De paso aclaremos que los indicadores de ancianos y ancianas son similares, ya que para ellas el requerimiento crítico deja de ser las calorías y pasa a ser la vitamina C y el calcio, esto significa que la reducción de 2.250 calorías para 1.700 calorías no disminuye el precio de la dieta mínima, pues las ancianas debían mantener los consumos de los ancianos, no para acceder a la misma energía, sino para conseguir los niveles mínimos de vitamina C y calcio.

Debemos aclarar que *couve* y *agrião* se elevaron a los máximos posibles debido a las suposiciones sobre precio que efectuamos. Recordemos que en el caso de frutas y vegetales, los precios que asumimos eran valores aleatorios que se movían en un pequeño rango (determinado por ajo y papa) y, por tanto, estos resultados sólo denotan la importancia en conjunto de vegetales y frutas en la dieta carioca, pero no la composición en estos grupos.

Lo que en la realidad sucedía, y que el modelo quería y consiguió captar, eran los efectos estacionales de los precios de las frutas y vegetales en Río de Janeiro; es decir, *couve* y *agrião* aparecen en los resultados porque sus relaciones de precio a nutrientes en el instante del cálculo (con los datos aleatorios asignados) eran mejores que las de las otras frutas y vegetales. Pero tal situación podría cambiar de estación a estación.

De esa forma, como conjunto, las frutas y los vegetales resultaban fundamentales en la dieta esclava. Primero, por el efecto de sustitución que tenían cuando la carne seca y/o la harina de mandioca se restringían, pues, en ese caso, su consumo se elevaba de inmediato. Segundo, porque son fuentes importantes

de vitamina C, riboflavina y calcio. Por ejemplo, la carne seca ofrece algunos niveles de riboflavina, pero estos son una pequeña parte en comparación con los provistos por el *couve*, al mismo tiempo en que el costo del vegetal en la dieta es diez veces menor.

El caldo de caña también aparece consumido en el máximo posible para adultos y niños. Esto se explica por su alta relación entre aporte de calorías y precio, pues si bien 100 g de la bebida sólo tienen el 19% de las calorías que tienen 100 g de harina de mandioca, su precio era sustancialmente menor y tal vez sólo llegase como máximo a un 10% del precio de la harina.

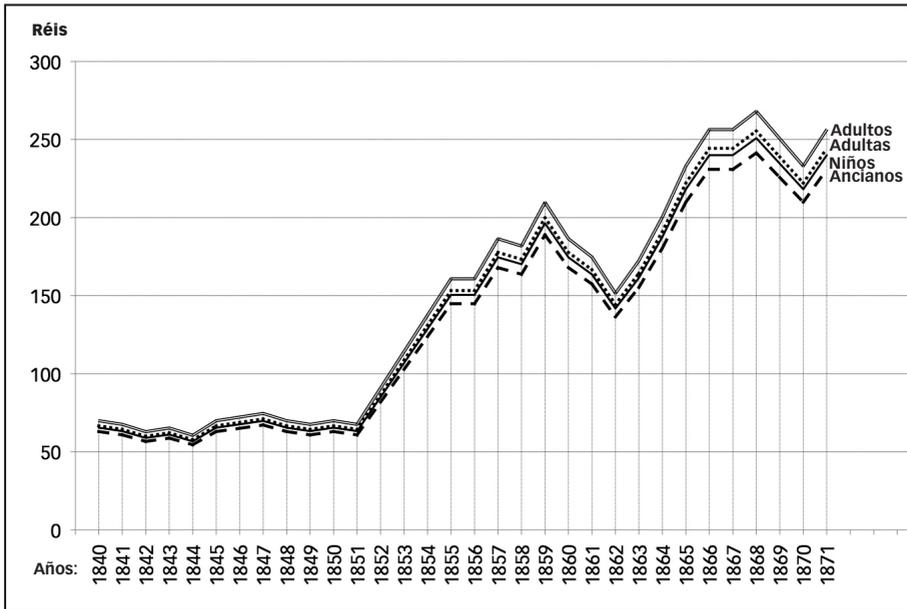
Igual es el caso del ajo, que según Cascudo (1983) estaba presente en la dieta esclava y es reportado por Buescu (1973) en 1862 con un precio de sólo el 3%, comparado con la carne seca. Pero sus calorías alcanzan a ser el 36% de este tipo de carne. Por tal razón, el modelo procura elevar el índice de su consumo tan alto como le sea posible, por esto decidimos que debía tener una cota superior de crecimiento que diera cuenta del máximo tolerado por los cariocas. Este nivel lo supusimos en 20 g/día, pero podría ser un poco menor o mayor; en cualquier caso, el consumo de ajo llegará a ese límite.

Según estos cálculos, el costo diario en 1862 de la dieta de un esclavo debía moverse en torno a los 136 o 152 réis diarios, dependiendo de la edad y género del cautivo. Repitamos que estos valores son índices y no necesariamente eran cancelados, y menos aún de forma monetaria, por los cautivos o sus señores.

Para pasar de los datos de 1862 a todo el periodo empleamos el índice de precios construido por María Eulalia Lobo (1977). Según sus cálculos, la inflación en Río de Janeiro se mantuvo relativamente controlada en la década de 1840, luego apareció un fuerte incremento que cubrió toda la década de 1850, después apareció una contracción a comienzos de la década de 1860, que como ya comentamos fue consecuencia de la política deliberada para enfrentar la recesión de 1857-1859. Sin embargo, y como derivación de la Guerra del Paraguay, los precios en la ciudad volvieron a saltar y sólo se reducirían de nuevo cuando terminó el conflicto.

A pesar de que no es dable establecer con toda seguridad el precio de la alimentación de los esclavos, sí es bien probable que este costo haya estado sujeto a los vaivenes de la inflación que calcularon las investigaciones de María Eulalia Lobo (1977) y Mirce Buescu (1973). Así, lo más probable es que el costo de alimentar a un esclavo a finales de la década de 1850 fuera casi cuatro veces mayor de lo que había sido diez años antes, y para comienzos de la década de 1870 tal vez ya fuese cinco veces más que treinta años atrás.

Figura 10.1. Costo de la dieta diaria para diferentes tipos de esclavo



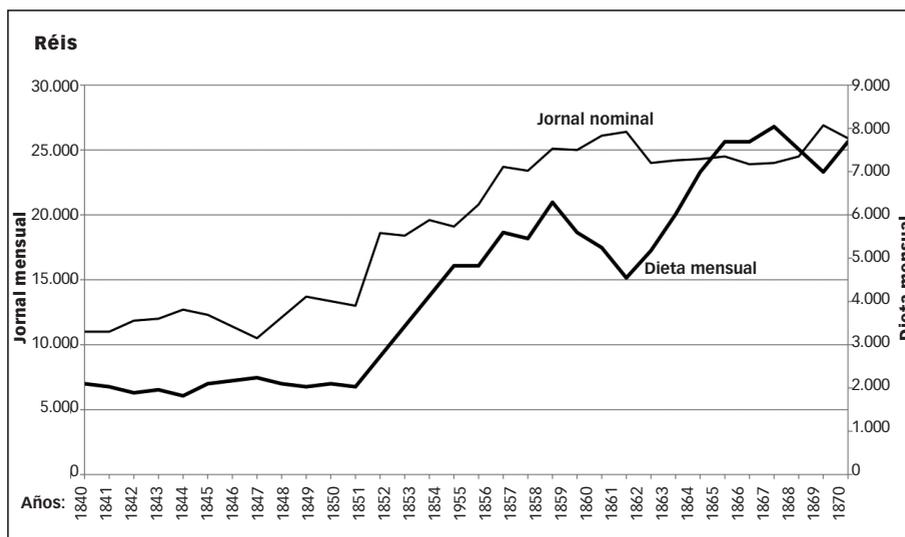
Fuente: índice de precios: Lobo (1977). Para el valor de la dieta véase el texto. Cálculos propios.

EL JORNAL Y LA DIETA

De esa forma tenemos un indicador de cuánto fue el costo aproximado de alimentarse para los esclavos cariocas en el siglo XIX. La pregunta siguiente es evidente: ¿los ingresos que calculamos en el capítulo 7 fueron suficientes para pagar esos costos? Antes vimos que los ingresos por arrendamiento del trabajo no se correspondían con los valores de las amortizaciones periódicas de los créditos y también vimos que tampoco había una correlación inmediata entre la variación de esos ingresos y las cantidades de manumisión; dicho esto, también es cierto que esos ingresos sí hacían rentable la inversión en la compra de la libertad. Ahora observemos si con ese dinero es posible financiar la dieta mínima (figura 10.2).

Para comparar los ingresos por la participación en el mercado de trabajo que mostramos en el capítulo 7 con los precios de las dietas que acabamos de estimar es necesario transformar esta de valores diarios a mensuales. En la figura 10.2. aparecen las dos variables. Como se puede ver, los costos de alimentación eran menores que los del jornal (Mello, 1992) y, por tanto, era posible sufragarlos.

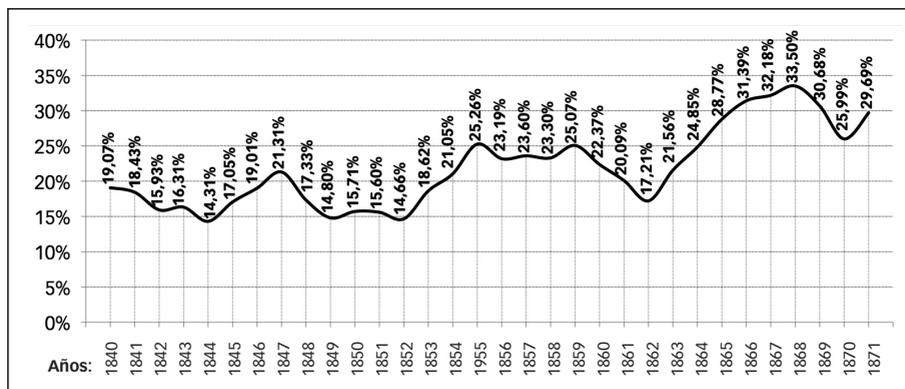
Figura 10.2. Comparación del precio del jornal y el costo de la dieta (réis nominales)



Fuente: valor del jornal: Mello (1992). Para el valor de la alimentación véase el texto.

No obstante, la escala de la figura 10.2. no permite percibir el peso que fue ganando el costo de la dieta en comparación con el valor del jornal. Como muestra la figura 10.3., el porcentaje que representaba el costo de la alimentación en relación con el valor del jornal fue aumentando rápidamente en el periodo que estamos analizando: en 1840 representaba el 19% y en 1871 llegó a ser del 27%. Si bien el mínimo del periodo se dio en 1844 con el 14,3% y el máximo en 1868, con 33,5%.

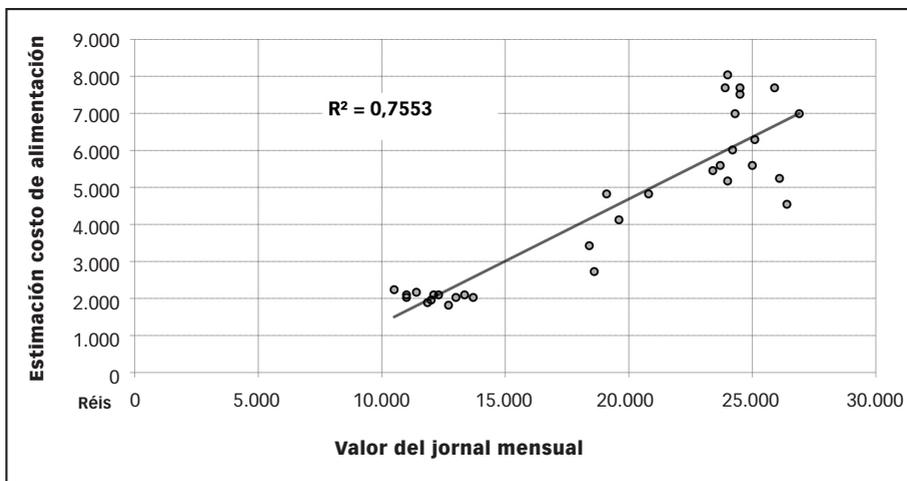
Figura 10.3. El costo de la alimentación como porcentaje del jornal esclavo



Fuente: valor del jornal: Mello (1992). Para el valor de la alimentación véase el texto. Cálculos propios.

Este incremento del peso del costo de la alimentación como porcentaje del jornal quiere decir que el crecimiento en la serie de precios construida por María Eulalia Lobo (1977) es más rápido que el aumento en la serie de valor del jornal propuesta por Pedro Mello (1992). Sin embargo, tal y como lo muestra la figura 10.4., ambas series están fuertemente correlacionadas ($R^2 = 0,75$), lo cual indica que los movimientos en los precios de una variable eran seguidos por la otra, aunque, como acabamos de señalar, los alimentos se movían más rápido que los jornales.

Figura 10.4. Relación entre el precio de la dieta de los esclavos y el valor del jornal



Fuente: valor del jornal: Mello (1992). Para el costo de la dieta véase el texto. Cálculos propios.

Como la relación entre ingreso por jornal y precio de la dieta entre los esclavos es directamente proporcional, entonces lo que estamos presenciando es un proceso de inflación vinculado con el precio del trabajo. En el capítulo 8 mostrábamos que la ecuación cuantitativa del dinero se cumplía —y repetamos, no necesitamos entrar en el debate monetarista— y aquí vuelve y aparece tal situación: los cambios en los precios de alquiler de esclavos están estrechamente asociados con los cambios en los precios de los alimentos.

Esto quiere decir que volvimos a constatar la existencia del mercado, pues valor del trabajo y costos de alimentos oscilan relativamente juntos y las estimaciones indican que el primero conseguía financiar los segundos, aunque cada vez el porcentaje relativo de los alimentos en comparación con el jornal se hacía mayor y esto podría sugerir que con el tiempo se requerían *mayores esfuerzos* para sufragar la alimentación.

Sin embargo, la sugerencia de *mayores esfuerzos* no es necesariamente verdadera, pues no hemos dicho que los esclavos recibieran directamente la totalidad del jornal y que con él pagaran por los alimentos. Porque, como afirmábamos en su debido momento, el jornal no puede ser asimilado a un salario; pero, sobre todo, porque la canasta de alimentos no era necesariamente *comprada* integralmente en el mercado.

Pero el párrafo anterior tampoco debe llevarnos al otro extremo y afirmar que los esclavos urbanos no percibían ingresos por su trabajo y que no debían sufragar ningún costo para sobrevivir. Como ya constatamos varias veces, los esclavos sí tenían unos ingresos que provenían del alquiler de su trabajo, pero estos no eran siempre y necesariamente iguales al jornal. Con toda seguridad debieron ser menores y probablemente sí estaban correlacionados con este. Además, también es cierto que los esclavos debieron comprar una parte de su dieta en el mercado. No obstante, no tenían que pagar por la totalidad de ella.

En otras palabras, si bien es cierto que el valor del jornal no era percibido totalmente por los esclavos y además es indiscutible que la alimentación no era completamente comprada en el mercado, lo que también es seguro es que los esclavos urbanos recibían una parte de ese jornal y pagaban una parte de esos costos.

De esta forma se generaría un margen entre ingresos por alquiler del trabajo y gastos con alimentación que podría ser usado en sufragar otros costos para sobrevivir, que aunque probablemente pequeños en valor absoluto, es claro que pesaban bastante en el presupuesto de la familia esclava; costos como residencia, cuidados médicos, actividades religiosas y culturales y tantos otros. Por supuesto, entre ellos también debería incluirse el valor ahorrado para pagar por la manumisión.

Como el ingreso por el alquiler del trabajo y los jornales están correlacionados, y el costo de la dieta y la parte sufragada por ella también están correlacionadas entre sí, entonces la tendencia del costo de la dieta como porcentaje del jornal (figura 10.3.) indica la tendencia del margen que tenían los esclavos para financiar sus otros gastos y entre ellos el de ahorrar para pagar por la libertad.

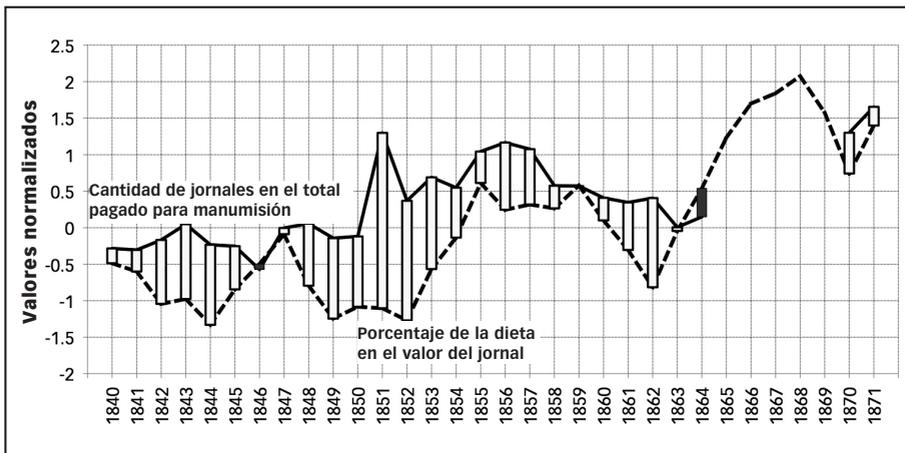
Por eso, la serie del costo de la dieta como porcentaje del jornal está correlacionada con la cantidad de manumitidos. El Pearson entre estas dos series es de 0,498, lo cual indica que las oscilaciones en el peso del gasto en la dieta se asocian parcialmente con los vaivenes de la cantidad de manumitidos.

Ahora bien, como en el total de manumitidos incluimos las libertades concedidas por servicios ya prestados y servicios por prestar, en cuanto el margen entre ingresos por alquiler del trabajo y gastos de alimentación influía era

sobre la cantidad pagada por la liberación, entonces es de esperar que la correlación entre porcentaje de la dieta en el jornal y valor total pagado por la manumisión sea aún mayor.

La figura 10.5. muestra esa correlación. La serie de valores totales pagados por la libertad está expresada en la cantidad de jornales que este monto representaba, lo que quiere decir que ambas series están formuladas con base en el jornal. Por tanto, fue necesario completar los años que faltaban en la serie del valor del jornal de Pedro Mello (1992). Para tal efecto, estimamos el promedio del año anterior y posterior al año que desconocíamos². Además, para que las dos series fuesen comparables directamente, ambas fueron normalizadas; esto es, expresadas en relación con su propia media y desviación estándar³. Por tal razón, los valores del eje vertical de la figura representan el valor de cada año luego de normalizado.

Figura 10.5. Comparación del valor total pagado por la manumisión en función del jornal esclavo y el costo de la dieta esclava como porcentaje del jornal



Fuente: valor del jornal: Mello (1992). Costo total de la manumisión: EMRI. Para el valor de la dieta véase el texto. Cálculos propios.

² Para 1848, el promedio de 1847 y 1849 fue de 12.100 réis, para 1846 el promedio de 1845 y 1847 fue de 11.400 réis. Debido a que 1842 no aparece en la serie, entonces el valor de 1843 fue calculado como el promedio de 1841, 1844 y 1845, lo cual dio por resultado 12.000 réis. Para 1842, el promedio de 1841 y 1844 fue de 11.850 réis; no utilizamos 1843, pues este valor fue estimado. Finalmente, para 1840 tomamos el valor de 1841, 11.000 réis.

³ La media de la serie del costo de la alimentación como porcentaje del jornal fue de 0,21 con desviación estándar de 0,056. La media de la serie de montos totales por la manumisión expresados en jornales fue de 5.307,95 con desviación estándar de 2.755,91.

El Pearson entre ambas series es de 0,617⁴, lo cual indica una estrecha correlación entre ambas series para todo el periodo en cuestión. Sin embargo, al interior de estos 32 años se dieron varias coyunturas que debemos observar en detalle.

En comparación con su propia media y desviación estándar, ambas series están en 1840 en valores más o menos similares, y las dos por debajo de su propio promedio. Pero en los siguientes tres años, la cantidad de jornales contenidos en el pago total por la manumisión aumentó hasta alcanzar la media, en cuanto el porcentaje de la dieta dentro del jornal se redujo sustancialmente. Es esto lo que indica el crecimiento de las barras que unen los puntos anuales de cada serie.

En otras palabras, estos tres primeros años tendrían un comportamiento esperable, pues el peso de la dieta en los ingresos cayó, lo que implicaba aumentar el margen disponible, y, por tanto, contribuyó a financiar el traslado mayor de recursos a los amos por medio de la compra de la libertad.

Para 1844, la serie del peso de la dieta en el jornal continúa su movimiento de descenso y la serie de jornales contenidos en el pago por la libertad invierte su tendencia de crecimiento y también se contrae. Sin embargo, la distancia entre los dos indicadores se mantiene e incluso se incrementa un poco más (la barra de unión entre los puntos de 1843 fue de 1,02 y para 1844 fue de 1,10). Es decir, el año no tiene un comportamiento anómalo, sobre todo teniendo en cuenta que en los tres años anteriores aumentó el pago total por la libertad.

Los siguientes tres años (1845, 1846 y 1847) presentaron crecimientos de la serie de la dieta al señalar contracciones en el margen susceptible de ser usado para financiar la compra de la manumisión, y como correlato, en esos tres años, se contrae la serie del valor pagado por la libertad. Esto, de nuevo, era esperable, pues los costos relativos mayores en alimentarse deben impactar negativamente en los pagos por la libertad.

Para 1847, los valores de ambas series son casi exactamente iguales a sus propias medias, de tal manera que se cerraría una oscilación completa; luego de un movimiento de expansión, en el que la distancia entre ambas series aumentó, y de un movimiento de contracción, en el que la diferencia se redujo. Esto es, primeros años de aumento del margen disponible para financiar la libertad y, en efecto, mayores valores relativos pagados. Luego, años de contracción de

⁴ Todos los índices calculados arrojaron correlaciones significativas en 0,001. Los índices fueron: Pearson, 0,617; Kendall, 0,409 y Spearman 0,547.

ese margen y, por tanto, reducción del valor relativo que se empleó en la compra de la libertad.

Luego de esta primera oscilación completa de expansión-contracción, el movimiento de ambas tendencias entra en una segunda oscilación, en la que la serie del costo de la alimentación dentro de los jornales se contrae al señalar un aumento en el margen disponible y, en consecuencia, un aumento en el total pagado por la libertad representado en jornales. Ese movimiento es claro para el periodo comprendido entre 1848 y 1851.

Pero, a diferencia del primer ciclo de expansión (1840-1843), la escala de este segundo fue mucho mayor. Para hacernos una idea de esa diferencia es suficiente señalar que la velocidad a la que se amplía la distancia entre las dos series en el segundo ciclo es 79% mayor que la del primer ciclo⁵. Por tanto, si bien es cierto que el aumento en el margen financiero disponible explica el crecimiento en el pago por manumisiones, también es cierto que otras variables participan de esa explicación.

Así, 1852 asiste a la caída de los valores pagados por la libertad expresados en jornales, a pesar de que el peso de la dieta en el jornal también se redujo. Sin embargo, este movimiento se asimila al que ya comentamos para 1844 y que coincidía con la inversión del ciclo, dando paso al movimiento de contracción posterior al de expansión.

Lo paradójico es que tal movimiento no se da; 1853, 1854 y 1855 no se asemejan a 1845, 1846 y 1847. Si bien la serie de peso de la dieta en el jornal crece, lo cual denota una reducción del margen disponible para financiar la libertad, también aumenta la cantidad de jornales contenidos en el valor pagado por la libertad. Esto es, que los esclavos vieron reducido el margen relativo para financiar su libertad, pero, al mismo tiempo, pagaron relativamente más por ella.

¿Cómo fue posible que de 1853 a 1855 se emplearan más jornales para comprar la manumisión, pero de los jornales sobrara menos dinero, luego de pagar por la alimentación? La pregunta pasa a ser: ¿de dónde provenía ese dinero, que financió la contracción del margen entre ingresos por alquiler de la fuerza y costo de alimentación, al tiempo que elevó la cantidad de recursos usados para pagar por la libertad?

⁵ La pendiente de la tendencia lineal de la diferencia entre las dos series en el periodo 1840-1843 es de -0,25 y en el periodo 1848-1851 es de -0,45.

Es más, 1856 y 1857 continúan con valores bastante altos en las dos series. Es decir, si bien el peso de la dieta en el jornal se contrae en 1856 y se mantiene en ese índice en 1857, también es cierto que los valores para esos años fueron altos en comparación con toda la serie. En cuanto al mismo tiempo, la serie de pago por la libertad expresado en jornales continuaba en sus mayores niveles. Esto significa que 1856 y 1857 tienen que ser incluidos en las preguntas del párrafo anterior: ¿cuál fue la fuente que financió los pagos por la manumisión? Pues en estos años dichos recursos no provenían de la diferencia entre alquilarse en el mercado del trabajo y pagos por la alimentación.

Ahora bien, desde el pico de 1856, la serie de valor total de la manumisión expresado en jornales tiene una tendencia de fuerte contracción hasta 1863, mientras que la serie de costo de la dieta presenta valores altos entre 1856 y 1859, y luego una fuerte caída entre 1859 y 1862. Esto significa que en 1858 y 1859 ya está desplomándose la primera serie, al tiempo que la segunda se mantiene en índices altos; por tanto, podríamos llegar a pensar que en esa caída contribuyó el costo relativamente alto de los alimentos.

Pero, luego de 1859 y hasta 1862, las dos series se mueven hacia abajo. Así, los recursos liberados por la caída del peso de los alimentos en el jornal no sustentaron niveles altos de pagos por la libertad. Esto es que si bien la diferencia entre ambas series vuelve a crecer, este crecimiento no fue a la manera de lo que vimos para 1840-1843, pues ahora el aumento de la distancia entre las series es consecuencia de la mayor velocidad de contracción de la tendencia de la dieta en el jornal comparada con la de pagos por la libertad expresada en jornales.

En 1863, el porcentaje de la dieta como parte del jornal vuelve a crecer, hasta llegar a un nivel cercano a la media de todo el periodo, y la cantidad de jornales en el total pagado por la libertad también llega un nivel similar al promedio de los 32 años. Así se cerraría este extraño subperiodo que empezaría en 1852.

Es extraño, pues el subperiodo de 1840-1852 presentaba una oscilación y media, conformada por tres ciclos: expansión, contracción y expansión de la distancia entre las series. En cuanto 1852-1863 tuvo dos ciclos: uno de expansión y otro de contracción, pero no generado por movimientos inversos de las dos series, sino por diferencias en las velocidades del movimiento de ellas. En otras palabras, los ciclos entre 1840-1852 presentan pendientes inversas para las dos series; pues, en un ciclo específico, si la tendencia de una serie es positiva, la otra es negativa. Pero, en los ciclos de 1852-1863, las pendientes de las

tendencias lineales de las dos series tienen signo igual, esto es que se mueven en sentidos similares, sólo que con velocidades diferentes.

Para el subperiodo 1863-1871 no podemos decir mucho, pues tenemos un inmenso vacío entre 1865 y 1869. Pero no podemos dejar de señalar que 1864 fue el único año de todo el periodo en el que el índice del peso de la dieta en el jornal, respecto a su propia media y desviación estándar, fue mayor que el índice del valor total de la manumisión expresado en jornales, también en comparación con su propio promedio y desviación.

Esto significa que, comparativamente con todo el periodo de 32 años, en 1864 era más difícil que el margen que provenía de la diferencia entre ingresos por alquilarse en el mercado de trabajo y los costos de alimentarse consiguiera financiar la compra de la libertad, pues la distancia del índice del margen a su propio promedio es mayor que el índice de pagos a su propio promedio.

Recordemos que no estamos comparando directamente los valores de las dos series (ya que estas fueron normalizadas), sino que estamos comparando los movimientos de ellas. En ese sentido, 1864 es un año de una fuerte inflación que llevó a valores altos el gasto en alimentos (en comparación con el jornal), lo cual implicaba que este aumento no pudiera ser seguido en la misma escala por los pagos por la libertad.

De hecho, es muy probable que esta situación de la serie normalizada del costo de la dieta con valores más altos que la serie normalizada del costo total de la manumisión se mantuviera por varios años, pues la pendiente de la tendencia lineal de la primera era tan fuerte que difícilmente la segunda conseguiría tener una inclinación que volviera a ubicarla por encima antes de 1868. La inflación en Río de Janeiro entre 1864 y 1868, muy probablemente, redujo el margen disponible para financiar la manumisión.

Para 1868 y 1869 no sabemos cuál de las dos series fue mayor. Sin embargo, para 1870 la serie de valor cancelado por la libertad expresado en jornales vuelve a tener un índice superior que la serie del costo de la dieta como porcentaje del jornal. Sólo que otra vez, y tal como fue entre 1856-1859, ambas series tienen valores sustancialmente altos, en comparación con todo el periodo.

De esta forma, el subperiodo 1863-1871 con seguridad no se asemeja al de 1840-1852, pues a pesar del vacío en una de las series para 1865-1869, todo parecería indicar que era bien difícil que se dieran en estos últimos nueve años la oscilación y los ciclos de los primeros trece años.



Este capítulo inició con el cálculo de los costos de alimentación de los esclavos en 1862 y luego se extrapoló para todo el periodo que nos interesa. Esas estimaciones arrojaron que en los 32 años que nos incumben, siempre el costo de alimentarse de los esclavos fue menor que el jornal percibido por su trabajo.

Sin embargo, ni el costo de alimentarse ni el valor del jornal fueron variables directamente percibidas por los esclavos. La primera, porque una parte de la alimentación podría provenir de producción de autoconsumo o ser sufragada por los amos. La segunda, porque los cautivos tenían que dividir sus ingresos con sus señores, o entregárselos integralmente. Por esta razón, no es posible calcular la diferencia entre ambas variables y suponer que ella representa un índice del valor retenido para acumular para el posterior pago de la libertad.

Con todo, es factible que la serie de costos de alimentación para los esclavos fuese menor, pero paralela a la serie que aquí calculamos. Y exactamente igual debió acontecer con la serie de rentas por alquiler del trabajo en el mercado de la ciudad: ella debió ser más o menos paralela a la tendencia del jornal.

Por esta razón, expresamos el valor total de la manumisión en jornales y el peso de la dieta en esos mismos jornales. Luego, basamos nuestros comentarios en el comportamiento de estas dos tendencias y no en los valores que ellas presentaban. Por ese camino encontramos que el periodo de 1840 a 1852 tenía un comportamiento esperable, pues el costo de alimentarse y el valor total pagado por la libertad se movieron de forma inversa.

Pero, luego de ese año, las dos tendencias ya no se mueven de forma tan esperable y lo que tenemos es que las velocidades de expansión y contracción ya no ayudan a explicar tan fácilmente el comportamiento de la tasa de manumisión.

En consecuencia, y tal y como aconteció con las variables que expusimos en los capítulos anteriores, el costo de alimentarse y su relación con la renta por alquiler del trabajo en el mercado urbano no explican por sí solos la manumisión carioca y por eso es fundamental incorporar otras variables. Aunque la alimentación sí tenía un papel central, ella no fue la única y aún debemos examinar otro ámbito de la vida económica de los esclavos: la producción autónoma de bienes, fuesen para el autoconsumo o para la venta en el mercado. Será ese el punto del próximo y último capítulo.

CAPÍTULO XI

PRODUCCIÓN, INFLACIÓN Y MANUMISIÓN

Cómo las imágenes de Debret (1972) mostraron, los esclavos urbanos cariocas llevaban a cabo un sinnúmero de actividades económicas en la ciudad, que iban desde la pequeña producción agropecuaria hasta los servicios comerciales. La gran mayoría de estas actividades eran efectuadas de forma autónoma por los cautivos y una buena parte de los recursos generados por ellas debían ser entregados a los señores a título de jornal esclavo.

Con la parte que era retenida por los esclavos, ellos debían financiar parte —o la totalidad— de sus costos de supervivencia y en algunos casos acumular para comprar la libertad. El ejercicio que propone este capítulo es valorar si los recursos generados por esas actividades eran suficientes para mantener a la población manumitida y si con ellos era posible pagar por la libertad. En otras palabras, queremos indagar dos asuntos complementarios: si fue posible para los esclavos que su producción autónoma fuese de autoconsumo y si fue posible que esa producción financiase los pagos efectuados por la libertad. De tal manera sabremos hasta qué punto esas actividades productivas autónomas contribuyeron a delinear las tasas de manumisión.

Como conocemos la cantidad de individuos manumitidos y el volumen de recursos que desembolsaron, la pregunta pasa a ser, por un lado, cuánta producción era necesaria si suponemos que los individuos se mantenían exclusivamente por medio de su autoconsumo; y, por otro lado, cuánta producción era necesaria para financiar la totalidad de los pagos efectuados por la libertad. Así estimaremos si los volúmenes de producción para autoconsumo y para financiar la compra de la libertad eran posibles de ser alcanzados por los cautivos.

Para poder establecer la viabilidad de la producción para el financiamiento de los pagos por la manumisión necesitaremos considerar el efecto de la inflación. Ya que los cautivos vendían sus productos en el mercado, estos estaban sometidos a los vaivenes de los precios en la ciudad y por esa vía los esclavos sentían en sus ingresos los cambios en la inflación.

Pero, al mismo tiempo que la inflación impactaba en los ingresos por venta de productos en el mercado urbano, ella también tenía un efecto sobre el valor de la manumisión, no sólo porque transformaba el precio que el esclavo tenía que pagar por ser libre, sino, también, porque los negocios entre señores y esclavos por la libertad con frecuencia implicaban un lapso de tiempo entre la transacción acordada y la registrada. En un contexto inflacionario como el de Río de Janeiro a mediados del siglo XIX, ese lapso podría implicar que los valores acordados y cancelados fuesen distintos, al favorecer a una de las partes —amos o cautivos—, y por esa vía al afectar las tasas de manumisión.

Para responder a estos interrogantes este capítulo está dividido en tres partes: primero, estima si la producción autónoma podría ser usada como autoconsumo para mantener a la población manumitida y cuánto era el valor de la manumisión medida en producción autónoma. Segundo, calcula el efecto de la inflación en las rentas de los esclavos provenientes de la venta de la producción autónoma en el mercado. Tercero, evalúa el impacto de la inflación en las tasas de manumisión debido a la diferencia entre la fecha de acuerdo de la manumisión y el registro de ella en las notarías.

Con la incorporación de la producción autónoma de bienes y con el impacto de la inflación sobre la economía propia de los esclavos, cerramos el recorrido por las variables económicas que ayudan a comprender el volumen y ritmo de la manumisión en Río de Janeiro.

LA LIBERTAD MEDIDA EN PRODUCCIÓN AUTÓNOMA

La economía autónoma esclava se componía de un conjunto bastante grande de actividades, que podemos clasificar en dos grandes grupos: alquilarse en el mercado de trabajo y producir bienes —artículos o servicios— de forma independiente del control de los señores. En capítulos anteriores ya discutimos la primera de estas formas y ahora nos concentraremos en la segunda.

Ahora bien, el conjunto de objetos producidos de forma independiente por los esclavos era enorme, pues en él se encontraban desde bienes agropecuarios hasta servicios personales. Como nuestras preguntas de este capítulo se refieren a si la producción autónoma era usada en autoconsumo y si la venta de esa producción financiaba la manumisión, entonces nos remitiremos exclusivamente a la producción agrícola y dentro de ella a algunos bienes específicos.

Como repetimos insistentemente durante todo el texto, las actividades económicas esclavas en el Río de Janeiro decimonónico eran flexibles; por tanto, la elección de unas mercancías como representativas de la producción autónoma para autoconsumo es sólo un mecanismo metodológico para abordar la cuestión y no quiere decir que creamos que esa producción se reduzca a esos productos.

La elección se basa simultáneamente en los criterios de representatividad de los productos y la disponibilidad de la información sobre el comportamiento de sus precios. Atendiendo a esos dos criterios, la primera elección fue la harina de mandioca, ya que ella es mencionada en las fuentes (Fragoso, 1983) como parte de la producción autónoma de los cautivos y porque contamos con la información de precios (Buescu, 1973). Además, las fuentes (Graham, 1992; Cascudo, 1983) y nuestras estimaciones del capítulo pasado la señalaron como pieza fundamental del consumo esclavo y, en consecuencia, es un alimento que puede representar la producción de autoconsumo.

Nuestro primer objetivo es estimar si las necesidades nutricionales de los manumisos podrían ser satisfechas por medio del autoconsumo de su producción autónoma, esto es, que necesitamos calcular la cantidad de producción necesaria para alimentar a la población manumitida. Como en el capítulo anterior estimamos un indicador de consumo diario de harina de mandioca por tipo de individuo esclavo, de tal manera que la dieta fuese de costo mínimo y cumpliera los requerimientos mínimos nutricionales, entonces en este momento sólo debemos extrapolar esa información para toda la población e indicarla en valores anuales.

Para saber el volumen total de mandioca necesaria para consumo de los manumitidos simplemente multiplicamos el valor diario por individuo estimado en el capítulo anterior (Hombre adulto: 258 g; mujer adulta: 97 g; niños, niñas, ancianos y ancianas: 39 g) por 365 días. Luego, este valor anual fue multiplicado por la cantidad de individuos que se manumitió cada año, teniendo en cuenta su grupo etario y su género. Además, los individuos de los que no tenemos información de la edad fueron asumidos como adultos, hombres o mujeres, según

fuese el caso. Después, estas cinco cantidades anuales (hombres adultos, mujeres adultas, niños, ancianos y edad desconocida) fueron agregadas y establecimos la serie anual de harina de mandioca a ser consumida por los manumitidos.

El máximo de este consumo fue en 1871 con 45.531 kg y el mínimo fue en 1846 con 22.087 kg. En total, para los 32 años, fueron necesarios 874.868 kg, con una media anual de 32.402 kg y una desviación estándar de 6.757 kg. Sin embargo, esta información está expresada en harina de mandioca y, para conocer las posibilidades de que existiese producción de autoconsumo, sería más conveniente expresarla en raíces de mandioca.

Como es evidente, la producción de harina está vinculada con la eficiencia de transformar las raíces. Desafortunadamente, no encontramos la relación de cuántos kilogramos en raíces eran necesarios para obtener 1 kg de harina en el siglo XIX; por tanto, debemos usar la información actual.

Según la información de la Compañía Nacional de Abastecimiento (CONAB) (2005), en promedio en el Estado de São Paulo, por cada diez toneladas de raíces se obtiene una de harina, esto es, 10% de eficiencia. En Matto Grosso do Sul la eficiencia es del 4%; en Santa Catarina, del 11%; y un proyecto piloto en Minas Gerais llegó al 33%. El promedio nacional brasilero es del 25%.

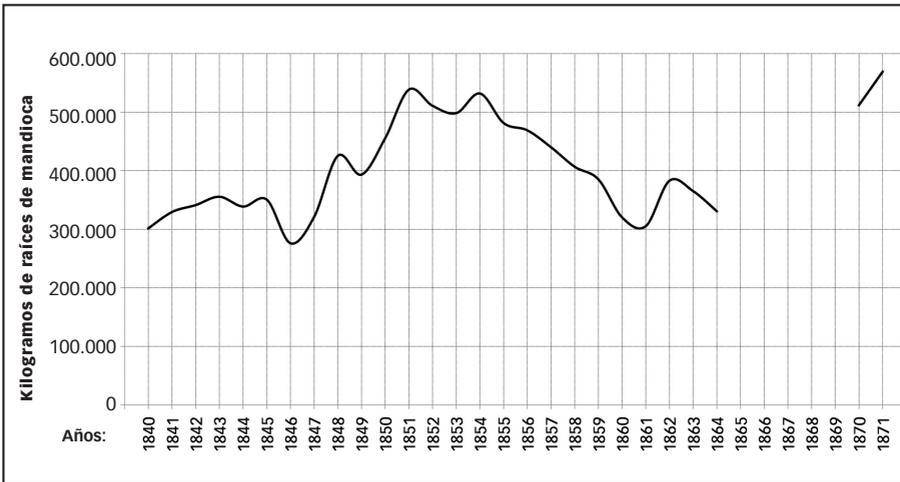
Es bien probable que este índice nacional fuese aun menor en el siglo XIX. Por eso decidimos usar 8% como factor para transformar nuestra serie de consumo de harina a raíces de mandioca. Este porcentaje es la relación entre producción de raíces y harina de los estados de Paraná, Santa Catarina, Matto Grosso do Sul y São Paulo en 2005 (CONAB). Esto significa que nuestra serie puede subestimar la cantidad de producción necesaria, pues si el índice de eficiencia disminuyese, la cantidad de raíces aumentaría.

La serie aparece en la figura 11.1., que, como decimos, es la transformación del consumo de harina anual a raíces; por tanto, 1871 continúa siendo el año de mayor consumo y 1846 el de menor. La media pasa a ser 405.031 kg y el total de los 32 años es de 10.935.856 kg. Volúmenes bastante altos para la capacidad productiva de los manumitidos.

En términos individuales, un hombre adulto requería 1.177 kg anuales de raíces de mandioca para alimentarse; una mujer, 442 kg anuales, y un niño o anciano, 177 kg anuales. Así, si aplicamos la tasa de dependencia de 1 que estimamos en el capítulo 5, tendríamos que una unidad familiar de madre-hijo requería 619 kg anuales de raíces; una unidad doméstica de un hombre adulto, una mujer adulta y dos dependientes (niños o ancianos) necesitaría 1.973 kg anuales.

Y una unidad familiar de cuatro adultos (dos hombres y dos mujeres) con cuatro dependientes (ancianos o niños) precisaría 3.946 kg anuales.

Figura 11.1. Estimación de la cantidad de raíces de mandioca para alimentar a la población manumitida anualmente



Fuente: elaboración propia.

Esos niveles son demasiado altos para la producción doméstica esclava de la época. Es difícil de imaginar que los esclavos consiguieran esos volúmenes por medio de producción de autoconsumo. Además, porque a estas estimaciones sería necesario agregarles las pérdidas asociadas con cualquier actividad agropecuaria; por ejemplo, las malas cosechas, el clima, las plagas, el desperdicio en la recolección y almacenaje, y tantas otras. Esto quiere decir que es casi completamente seguro que no fue posible que las familias vivieran sólo de autoproducción, pues los volúmenes requeridos eran en extremo altos y exigirían una capacidad instalada, como acceso a tierras y herramientas que parecen estar por fuera del alcance de esclavos urbanos, que probablemente sólo tenían patios y pequeños lotes para producir.

Por tanto, los manumitidos no consumían sólo lo que producían y necesariamente compraban o recibían de sus amos una parte de su consumo. Ahora bien, la pregunta pasa a ser: ¿sería posible para ellos financiar la libertad sólo mediante la producción autónoma? Esto es: ¿cuánto valía la manumisión en términos de producción autónoma? Para saber esto utilizamos cinco productos: harina de mandioca, harina de maíz, maíz cocido, arroz y frijoles negros.

Como lo que queremos saber es cuánta cantidad de cada producto representaba el valor total cancelado anualmente por la manumisión, nuestro ejercicio comienza con los precios de estos productos, que aparecen en la tabla 11.1., además del precio de la carne seca. Es probable que esta última no hiciera parte de la producción autónoma esclava y por esta razón no la incluimos entre los cinco productos que empleamos para estimar el valor total de la manumisión.

Sin embargo, como su serie de precios es la más completa, la hemos usado para estimar el precio en 1856 de los cinco productos que nos interesan, suponiendo que la variación que ella tuvo entre 1853 y 1856 (35%) también ocurrió en los otros bienes. Además del vacío en 1856, no tenemos información para el arroz de 1850 y la harina de mandioca de 1870. Para cubrir esas lagunas usamos como porcentaje de variación el promedio de los aumentos de los otros productos, incluyendo la carne seca. Así, el arroz de 1850 fue reducido en 12,4% de su valor en 1847 y la harina de mandioca de 1870 fue incrementada en 25,6% respecto a su costo en 1862 (tabla 11.2.).

Tabla 11.1. Precio nominal (en réis) de los alimentos (en sacas)

PRECIO DEL PRODUCTO	Año							
	1838	1842	1847	1850	1853	1856	1862	1870
HARINA DE MANDIOCA (GRUESA)	3.900	3.020	3.637	1.447	3.130	4.234*	2.655	3.336*
HARINA DE MAÍZ (FINA)	4.737	4.257	4.950	2.831	4.960	6.709*	6.955	4.080
MAÍZ COCIDO	3.008	2.369	3.350	2.888	4.051	5.480*	4.643	7.250
ARROZ	10.800	9.731	9.071	7.946*	11.507	15.565*	12.149	15.420
FRIJOL NEGRO	7.476	6.792	9.202	5.317	7.351	9.944*	7.230	8.424
CARNE SECA	2.256	1.156	1.300	2.561	3.445	4.660	2.339	3.975

Fuentes: Buescu (1973).

Nota: los valores con asterisco (*) fueron estimados según el procedimiento explicado en el texto.

Tabla 11.2. Cantidad de producción (sacas) para pagar por la manumisión (réis)

	Año						
	1842	1847	1850	1853	1856	1862	1870
VALOR NOMINAL DE LA MANUMISIÓN	49.790.100	55.625.570	66.479.000	132.662.740	177.236.000	169.653.800	239.201.446
CANTIDAD DE PRODUCTO							
HARINA DE MANDIOCA (GRUESA)	16.486	15.294	45.942	42.384	41.861	63.899	71.709
HARINA DE MAÍZ (FINA)	11.696	11.237	23.482	26.746	26.416	24.393	58.627
MAÍZ COCIDO	21.017	16.604	23.019	32.748	32.343	36.539	32.993
ARROZ	5.116	6.132	8.366	11.528	11.386	13.964	15.512
FRIJOL NEGRO	7.330	6.044	12.503	18.046	17.824	23.465	28.395

Fuente: precio de las mercancías: Buescu (1973). Valor nominal total de la manumisión: EMRJ. Cálculos propios.
Nota: sacas de 60 kg.

En seguida, el valor total nominal de la manumisión de cada uno de estos años fue dividido por el precio respectivo de los productos y así obtuvimos la cantidad necesaria para pagar por la libertad de todos los manumitidos. Estos valores aparecen en la tabla 11.2. Como debe ser claro, estos volúmenes no se pueden sumar entre sí, pues cada uno representa el total pagado por la libertad. Por ejemplo, en 1842 el total cancelado por los esclavos fue de 49:790.100 réis, que en harina de mandioca serían 16.486 sacas; en harina de maíz, 11.696 sacas; en maíz cocido, 21.017 sacas; en arroz, 5.116 sacas; en frijol negro, 7.330 sacas.

De nuevo los valores resultan en extremo altos, aunque incluyen el crecimiento en el total de la población manumitida; esto es, que al crecer la cantidad de individuos que se transformaron en libres también aumentó la cantidad de producción necesaria para financiar esa transformación. Para evitar ese efecto, calculamos la producción per cápita por manumitido, que aparece en la tabla 11.3.

Tabla 11.3. Cantidad de producción (sacas) per cápita para pagar por la manumisión

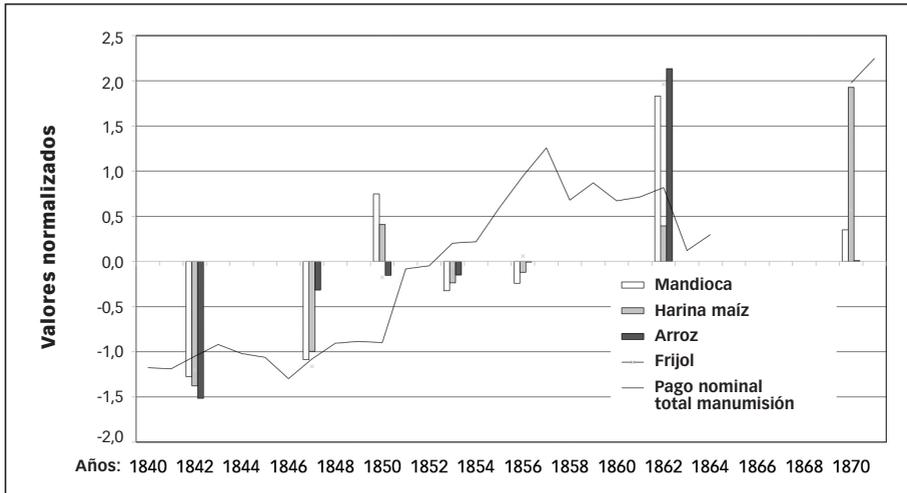
	Año						
	1842	1847	1850	1853	1856	1862	1870
MANUMITIDOS QUE PAGARON	154	124	162	223	208	169	288
CANTIDAD DE PRODUCTO							
HARINA DE MANDIOCA (GRUESA)	107	123	284	190	201	378	249
HARINA DE MAÍZ (FINA)	76	91	145	120	127	144	204
MAÍZ COCIDO	136	134	142	147	155	216	115
ARROZ	33	49	52	52	55	83	54
FRIJOL NEGRO	48	49	77	81	86	139	99

Fuente: precio de las mercancías: Buescu (1973). Valor nominal total de la manumisión: EMRJ. Cálculos propios.
Nota: sacas de 60 kg.

Sin embargo, los volúmenes continúan siendo en extremo altos, pues por ejemplo el menor dato de toda la tabla es el de las 33 sacas de arroz de 1842; y 33 sacas de arroz de producción autónoma para un solo esclavo debió ser una cantidad sustancial, que probablemente no podría venir sólo de su propia actividad. Más difícil aún reunir las 378 sacas de harina de mandioca para pagar la libertad per cápita en 1862.

Esto indicaría que la producción autónoma no podría ser la única fuente de recursos para financiar la libertad. De nuevo los esclavos tendrían que ser flexibles en la búsqueda de los recursos para manumitirse, y al igual que lo sucedido con el alquiler de su trabajo en el mercado, tampoco era posible que sólo produciendo de forma autónoma consiguieran la totalidad de los recursos para ser libres. Es decir, era una combinación de las dos fuentes, alquiler del trabajo y producción autónoma, la que permitía acumular el dinero requerido para ser libre, pues cualquiera de ellas por sí sola no reunía lo necesario (figura 11.2.).

Figura 11.2. Comportamiento del valor nominal de la manumisión y la cantidad de producción para financiarlo



Fuente: precio de las mercancías: Buescu (1973). Valor nominal total de la manumisión: EMRJ. Cálculos propios.

Esa combinación de fuentes de recursos es evidente, por tanto no es necesario detenernos en ella. Pero la tabla 11.3. también contiene una información adicional que no necesariamente aparece a primera vista. Si graficamos (figura 11.2.) estas cantidades al mismo tiempo que trazamos el valor nominal pagado por la libertad (y para hacerlos comparables, todos los valores fueron normalizados respecto a su propia media y desviación estándar) lo que encontraremos es un comportamiento delineado por cuatro momentos diferentes: el primero en 1842 y 1847, cuando la manumisión nominal tenía valores menores que su media y su valoración en todos los productos también tenía valores menores a sus propios promedios. Esto no tendría nada de inusual y lo podemos asumir como el caso normal.

El segundo momento es dado en 1850, 1853 y 1856, cuando los valores nominales pagados por la libertad crecieron (eso ya lo hemos comentado varias veces en el texto) por encima de su media, pero las cantidades de producción que este valor representa se ubican cerca de sus propios promedios. Al ser 0 la media, el arroz en estos tres años fue el que estuvo más estable y cercano a su promedio, con valores normalizados de -0,18, -0,05 y 0,11, respectivamente. La harina de mandioca fue la más inestable y la que más se alejó de su media, con índices normalizados de 0,74, -0,33 y -0,2 respectivamente, pero valores que si son comparados con otros años también estuvieron cerca del 0.

En otras palabras, comparativamente el valor nominal pagado por la manumisión creció mucho más fuerte que las cantidades de producción necesarias para financiarlo, pues los pagos por la libertad superaron a su media, mientras que las producciones no lo hicieron. Esto no quiere decir que no se hayan incrementado los volúmenes de producción necesarios para financiar la libertad, eso fue demostrado en la tabla 11.3. Significa que este crecimiento llevó la producción a la media de los 32 años, en cuanto el valor de la libertad sobrepasó ampliamente su propio promedio; por tanto, el crecimiento relativo de la segunda fue mayor que el de la primera.

El tercer momento es 1862. En este año la producción necesaria para financiar el pago por la libertad superó claramente su media, al mismo tiempo en que el valor nominal pagado también se mantuvo alto. Es decir, tendríamos la otra cara de la moneda del primer momento (1842 y 1847), pues en 1862 tanto el pago nominal como su representación en volúmenes de producción estaban en valores relativamente altos. No obstante, hay una diferencia importante, la serie de pagos nominales viene en una tendencia de caída desde 1856 y en 1863 llegó a su menor nivel desde 1853, mientras que la cantidad de producción necesaria para pagar por la libertad estaba en la cúspide.

El último momento es 1870, en el que los valores nominales fueron los mayores de todo el periodo, mientras que, exceptuando la harina de maíz, los volúmenes de producción de los otros tres productos regresaron a valores cercanos a su propia media, aunque no tan próximos como lo habían estado en 1850, 1852 y 1856.

En resumen, la figura 11.2. señala que en aquellos años en que el valor nominal pagado por la libertad superaba ampliamente a su media, las cantidades de producción necesaria para financiar estos pagos tendían a su propio promedio. Esto significa que la inflación generaba un efecto central, pues era ella la que desvinculaba la serie de pagos nominales de la serie de producción que era necesaria para financiarla.

Expliquémonos: si la inflación fuese cero, las cantidades de producción necesarias para financiar los pagos nominales por la libertad deberían moverse de forma paralela a la serie de estos pagos nominales, pues la producción sería sólo la traducción a cantidades de los valores cancelados. Así, cuando los esclavos más cancelaran para ser libres, más producción necesitarían; y al contrario, cuando los esclavos pagaran menos, menos producción requerirían. Pero como

comentamos en el párrafo anterior, esa no fue siempre la situación y por eso es necesario evaluar el efecto de la inflación.

EL EFECTO DE LA INFLACIÓN EN LA PRODUCCIÓN AUTÓNOMA

El movimiento desvinculado de la serie de pagos nominales y de la cantidad de producción que estos representan es consecuencia de la alteración de los precios de los productos que observamos como representativos de la producción autónoma esclava. Así, los incrementos en los totales nominales cancelados no siempre fueron seguidos de forma proporcional por la producción requerida para financiar esos pagos (tabla 11.4).

Tabla 11.4. Variación del total nominal pagado por la libertad y de la cantidad de producción para financiarlo

	Año					
	1847	1850	1853	1856	1862	1870
CRECIMIENTO DEL TOTAL DEL VALOR NOMINAL DE LA MANUMISIÓN	11,7%	19,5%	99,6%	33,6%	-4,3%	41,0%
CRECIMIENTO DEL TOTAL DEL VALOR DE LA MANUMISIÓN EN SACAS						
HARINA DE MANDIOCA (GRUESA)	15,2%	129,9%	-33,0%	5,9%	87,9%	-34,1%
HARINA DE MAÍZ (FINA)	19,3%	59,9%	-17,3%	5,9%	13,7%	41,0%
MAÍZ COCIDO	-1,9%	6,1%	3,3%	5,9%	39,0%	-47,0%
ARROZ	48,8%	4,4%	0,1%	5,9%	50,9%	-34,8%
FRIJOL NEGRO	2,4%	58,3%	4,9%	5,9%	62,0%	-29,0%
PROMEDIO	16,8%	51,7%	-8,4%	5,9%	50,7%	-20,8%

Fuente: precio de las mercancías: Buescu (1973). Valor nominal total de la manumisión: EMRJ. Cálculos propios.

Nota: sacas de 60 kg.

La tabla 11.4. muestra las diferencias en los incrementos de los valores nominales de la manumisión y su representación en producción. Por ejemplo, de 1842 a 1847 el total nominal pagado por la libertad creció 11,7%, mientras que la cantidad de harina de mandioca necesaria para financiar estos pagos lo

hizo en 15,2%. Ello quiere decir que los valores nominales de la manumisión crecieron más rápido que el precio de la harina de mandioca y, en consecuencia, los esclavos tendrían que disponer de mayor cantidad de este producto para pagar por la libertad. Exactamente el mismo fenómeno ocurriría con la harina de maíz, el arroz y el frijol negro. El único producto con el que sucedería lo contrario sería el maíz cocido, pues las cantidades necesarias para financiar la manumisión se contrajeron en 1,9%.

En media, la producción entre 1842 y 1847 debería expandirse en 16,8% para conseguir financiar el incremento en los pagos por la libertad del 11,7%. Para 1847-1850 la situación fue aún más drástica, pues el valor nominal de la manumisión creció 19,5%, lo que implicó que la producción tuviese que elevarse en promedio un 51,7%; es decir, el crecimiento del costo de la libertad no es seguido por el crecimiento de los precios de las mercancías de la producción autónoma y, por tanto, los volúmenes se tendrían que expandir drásticamente.

Esto indica que no fue la producción autónoma la encargada de financiar la expansión de los valores pagados por la libertad en 1850. Sin embargo, entre 1850-1853 la situación va a ser la contraria y la inflación va a manifestarse a favor de los manumitidos, pues si bien en estos tres años el total nominal pagado por la libertad casi se duplicó (crecimiento de 99,6%), la cantidad de harina de mandioca que ese valor representaba se redujo en 33% y la de harina de maíz, en 17,3%. La cantidad de arroz se mantuvo estática (variación de 0,1%) y la cantidad de maíz cocido y frijoles negros aumentó levemente en 3,3% y 4,9%, respectivamente.

Esto significa que a comienzos de la década de 1850 una parte de la expansión de los pagos nominales por la manumisión fue un efecto de la inflación de las mercancías de la producción autónoma esclava. Es más, si comparamos 1853 con 1847 encontramos que en promedio la producción autónoma necesaria para financiar la libertad creció 33% (harina de mandioca: 54%, harina de maíz: 32%, maíz cocido: 10%, arroz: 5% y frijol negro: 66%), mientras que los pagos nominales lo hicieron en 138,5%. Esto es, que las cantidades nominales pagadas crecieron 4,16 veces más que la producción real que representaba y, por tanto, el crecimiento nominal fue parcialmente financiado por la inflación.

Los datos de producción autónoma necesaria para financiar la libertad en 1856 no son confiables, pues fueron una estimación a partir de la variación del precio de la carne seca. Sin embargo, si los usamos para comparar 1856 y 1862, lo que encontramos es que la inflación volvió a manifestarse en contra de los manumitidos, pues a pesar de que el total nominal pagado se contrajo en

4,3% en el promedio, la producción que esto representaba aumentó en 50,7%. Incluso, si para escapar a las estimaciones de 1856 comparamos 1862 con 1853, encontramos que los valores nominales se expandieron en 27,9% y la producción que ellos representaban lo hizo en una media de 60%.

Este efecto inflacionario ayudó a que las tasas de manumisión se redujeran al final de la década de 1850 y comienzos de la de 1860. En contraste, la inflación volvió a ayudar en la expansión de los pagos por la manumisión en la última década de nuestro periodo, pues mientras los pagos nominales aumentaron 41% entre 1862 y 1870, la producción que representaban se contrajo en 20,8%.

La caída más fuerte se dio en el maíz cocido, con una reducción del 47%, que ubicó su volumen de producción per cápita necesario para financiar la compra de la libertad en un dato menor, incluso, al de 1842. Es decir, si un esclavo vendía maíz cocido en las calles de Río de Janeiro, necesitaba vender menos de su mercancía en 1870 que en 1842 para poder ser libre, pues el valor nominal de la manumisión había subido menos que el incremento del maíz que él vendía, pues en 1842 precisaba vender 136 sacas al año, mientras que en 1870 con 115 sería suficiente.

La cantidad de arroz también se redujo de 1862 para 1870 en 34,8%. Incluso, las 54 sacas necesarias para financiar la libertad en 1870 eran sólo un poco mayores que las 49 de 1847 y las 52 de 1850 y 1853. La harina de mandioca también se contrajo de 1862 a 1870, aunque esta caída no fue expresiva si se compara con los datos de la década de 1850, y si se contrasta con los de la década de 1840 tenemos un incremento importante en los volúmenes necesarios de producción para pagar por la libertad.

Situación similar a la harina de mandioca se presentó con el frijol negro, pues de 1862 a 1870 se redujo la cantidad necesaria en 29%, pero las 99 sacas necesarias son sustancialmente mayores a las de la década de 1840 y 1850. Por último, la harina de maíz fue el único producto que aumentó de 1862 a 1870 y que llegó a tener su mayor valor de toda la serie en este último año.

Esta relación entre los comportamientos de los volúmenes necesarios de cada producto muestra la dificultad que tenían los esclavos al seleccionar cuáles productos cosechar o comercializar, pues si elegían (o eran compelidos a producir) aquel cuyos precios variaban por debajo de los cambios en el precio de la manumisión, entonces sus posibilidades de ser libres se reducían. Al contrario, si estaban en la producción de aquel cuyos precios aumentaban más rápido, sus posibilidades aumentaban.

De ahí la importancia de la flexibilidad de la economía de los esclavos, pues todas sus mercancías, incluso las que estamos discutiendo, precisaban cortos periodos para ser producidas y, por tanto, para adaptarse a los cambios en el mercado. Pero, además, no debe ser coincidencia que el producto más atractivo para los esclavos, en términos de que su precio creció más rápido que el de la manumisión, fuese el maíz cocido, ya que de los cinco que analizamos, este producto era el que más se vinculaba con las actividades callejeras que llevaban a cabo los esclavos.

Dependiendo del producto y del momento, la inflación de los bienes mercadeados por los esclavos podría favorecerlos y, en otras circunstancias, perjudicarlos. Todo dependía de cómo oscilaban los precios de la libertad en comparación con los precios de las mercancías de la producción autónoma esclava. Por eso, el paso siguiente es comparar el comportamiento de la serie de valores reales del total de la manumisión con la evolución de la inflación, pues de esta forma podremos tener una mirada general sobre la relación entre las dos variables.

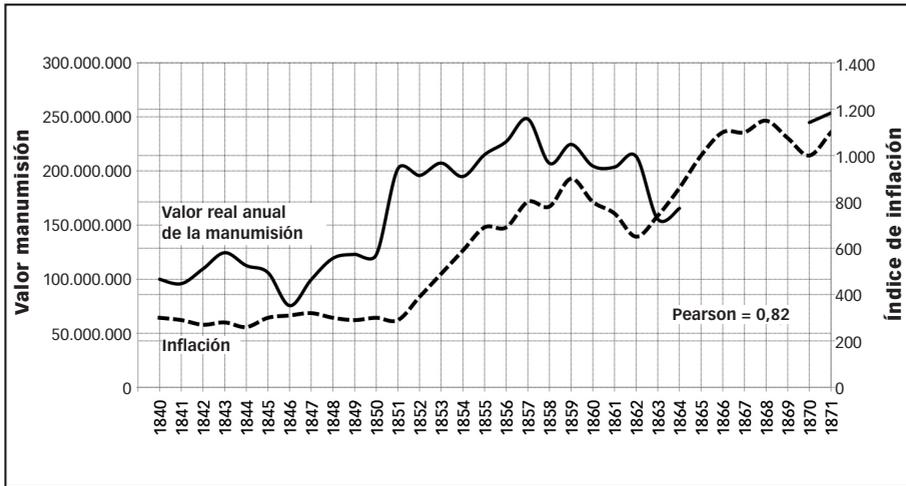
La idea es establecer hasta dónde los incrementos en los ingresos, debido a la inflación de los precios de los bienes producidos por la economía autónoma esclava, contribuyeron a financiar los aumentos en los pagos por la libertad. Por tal razón, estos pagos los expresamos en valores reales y luego los comparamos con los incrementos en la inflación. Así podemos saber si existía un vínculo entre incrementos reales (ya no más nominales) de los pagos y las alzas inflacionarias.

Tal y como lo hicimos en el capítulo 2, la serie de pagos reales fue construida usando el deflactor implícito de Pedro Mello (1992), en cuanto la serie de inflación la tomamos de María Eulalia Lobo (1977); de esta forma, la primera no fue construida con el indicador de la segunda y, por tanto, provienen de fuentes estadísticas diferentes.

La figura 11.3. compara ambas series. En el eje vertical izquierdo se encuentran los datos del total cancelado por la libertad y en el derecho, el índice de la inflación. Como salta a la vista, ambas series están fuertemente correlacionadas¹, lo cual sugiere que los movimientos en la inflación infuyeron en los cambios de los valores reales pagados por la libertad. Sin embargo, debemos observar con detalle el comportamiento de ambas curvas.

¹ Pearson de 0,82.

Figura 11.3. Comportamiento del valor real total anual pagado por la libertad e índice de inflación



Fuente: índice de inflación: Lobo (1977). Valor total de la manumisión: EMRJ, deflactado por medio de Mello (1992).

Entre 1840 y 1851 la inflación se mantuvo prácticamente estable, en cuanto los valores pagados entre 1840 y 1850 oscilaron, tal y como lo hemos comentado en otros capítulos, esto quiere decir que en estos años la inflación tuvo poco efecto. También tendría poco impacto la inflación en el salto de 1851 en los valores pagados, y las otras variables comentadas en los capítulos predecesores explican mejor este comportamiento.

Entre 1851 y 1857 la inflación dio un salto y su índice casi se cuadruplicó, efecto que sin duda contribuyó a mantener en montos altos los pagos por la libertad. En 1857, como también hemos comentado, la crisis económica sobreviene y la economía autónoma esclava entra en un periodo de dificultades que fueron exacerbadas por el continuo crecimiento de la inflación.

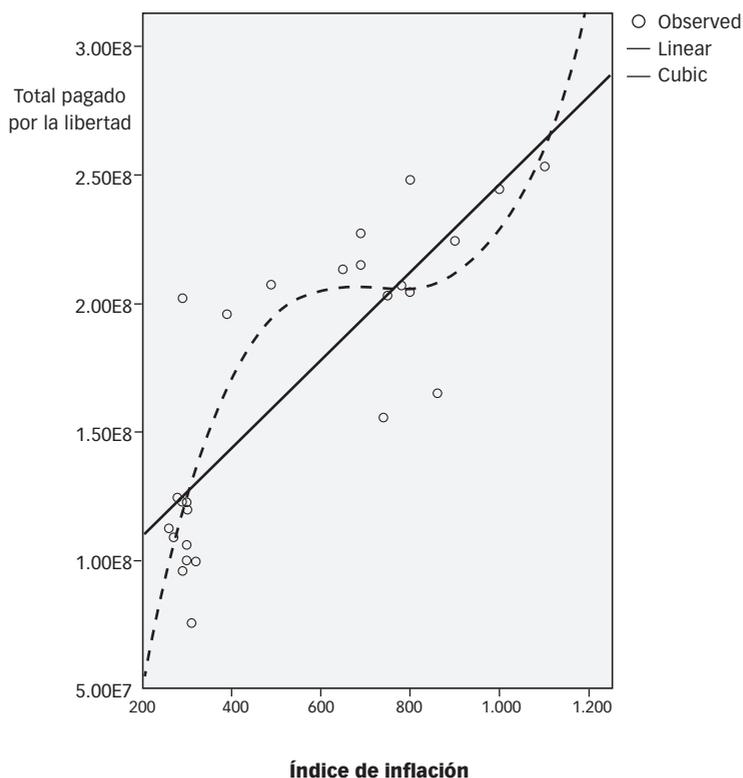
Si en los primeros seis años de la década de 1850 el crecimiento de los precios de las mercancías producidas de forma autónoma por los esclavos contribuyó a elevar sus rentas, en los últimos tres de la misma década tal incremento deterioró las finanzas de los esclavos. Aunque como discutimos antes, la caída de 1857-1859 está más vinculada con la crisis en sí misma y menos con los aumentos en la inflación.

Donde la inflación sí se hizo sentir con su peso fue entre 1859 y 1863, pues en esos años el esfuerzo gubernamental por su control y reducción implicó una fuerte caída en las rentas de los esclavos y con eso los pagos por la libertad

se redujeron drásticamente. Cuando la tendencia inflacionaria se invirtió y comenzó a crecer debido a la Guerra del Paraguay, de nuevo las rentas de los esclavos por venta de los productos se elevaron y los pagos volvieron a incrementarse. Desafortunadamente no tenemos la información para 1865-1869, pero todo sugeriría que la inflación de aquellos años contribuyó a explicar los incrementos en la tasa de manumisión.

Para 1870-1871, el índice inflacionario estaba en un valor casi cinco veces mayor del que tenía treinta años atrás y los pagos reales por la libertad se incrementaron, en las mismas tres décadas, casi 2,5 veces. Sin duda, el movimiento ascendente en ambas curvas no debió ser coincidencia. Es más, al graficar la relación entre estas dos variables (figura 11.4.) es aún más clara la correlación entre ellas.

Figura 11.4. Relación entre valores pagados por la libertad y el índice de inflación



Fuente: índice de inflación: Lobo (1977). Valor total de la manumisión: EMRJ, deflactado por medio de Mello (1992).

En general, cuando la inflación crecía, los valores totales pagados por la manumisión también lo hacían, con un R^2 para la correlación lineal de 0,67. Sin embargo, repitámoslo una vez más, la proporcionalidad directa también presentaba pequeños ciclos, por eso la correlación de la tendencia cúbica representa mejor la relación entre las dos variables, con un R^2 de 0,73, pues el periodo de 1858-1863 y su reducción de la inflación consiguió detener el crecimiento casi lineal de la tendencia y, así, darle la forma típica de curva cúbica.

EL EFECTO DE LA INFLACIÓN EN LA MANUMISIÓN

La gran mayoría de esclavos urbanos no recibían de sus señores los alimentos para sobrevivir; por el contrario, los cautivos trabajaban y repasaban para sus señores una renta. Esto significaba que la inflación también tenía un impacto sobre los gastos de los esclavos, lo cual encarecía las mercancías que ellos compraban, pues, como hemos visto, vivir exclusivamente de la producción de autoconsumo era virtualmente imposible.

De esta forma, la inflación tenía dos caras: elevaba la renta por el incremento en los precios de los bienes producidos y comercializados por los esclavos, y, al mismo tiempo, aumentaba los costos, ya que los precios de las mercancías compradas por los cautivos crecían. Esto se daba porque la unidad doméstica esclava era, en términos económicos, una unidad productora y consumidora de recursos que pasaban por medio del mercado. Gran parte de lo que los esclavos producían, incluyendo los servicios que prestaban, se vendía en el mercado; y gran parte de lo que los esclavos consumían, por precarios que fuesen estos bienes y servicios, venía del mercado. La vida económica del esclavo decimonónico urbano carioca pasaba, en buena medida, en el mercado; allí vendía y compraba; de allí extraía los recursos para entregar para su señor.

Por eso es necesario establecer la diferencia entre el incremento inflacionario de los productos vendidos y los comprados; en otras palabras, saber cuándo las mercancías vendidas se incrementaron más rápido que las compradas, hasta generar una diferencia a favor de los cautivos, y cuándo fue al contrario y la diferencia los perjudicó.

Es importante señalar que es altamente factible que el conjunto de productos vendidos no fuese completamente diferente al conjunto de los

comprados. Debieron existir varios elementos en la intersección entre esos dos conjuntos. Por ejemplo, bienes que eran producidos por unos esclavos y comprados por otros, o bienes que en una época eran vendidos y en otra, comprados.

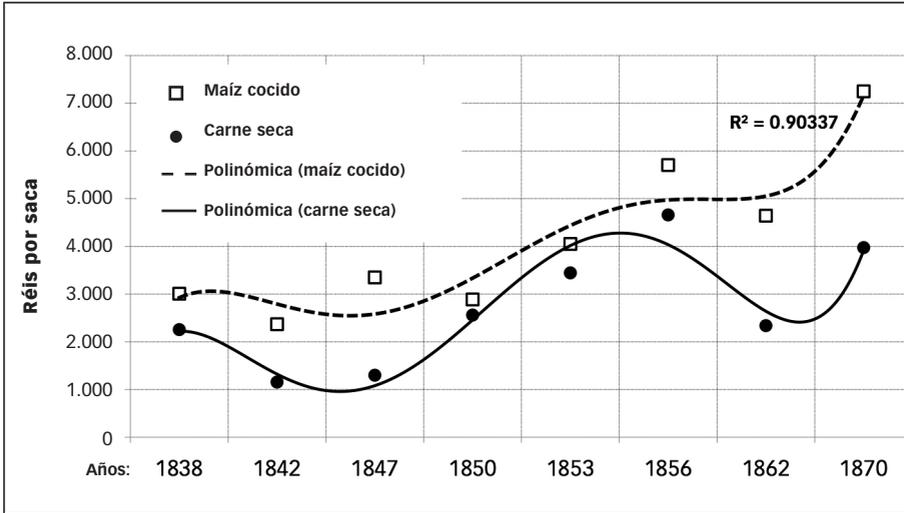
Dicho esto, también es cierto que algunos de los productos, por lo general, se ubicaban únicamente en uno de los conjuntos. Por ejemplo, es difícil imaginar que los esclavos producían carne seca, en cuanto las fuentes (Casado, 1983; Graham, 1992) y nuestras estimaciones indicaron que ellos la consumían; es decir, cuando la carne seca era consumida, probablemente provenía del mercado.

En contraste, el maíz o el pescado no aparecen en nuestras estimaciones de consumo, pues su relación entre nutrientes y precio no permitía que los esclavos se alimentaran con ellos; por tanto, eran bienes que típicamente se vendían en el mercado. Claro que en ocasiones se podrían consumir, pero en general era preferible venderlos y con ellos comprar harina de mandioca y carne seca. Más claro aún sería el caso de los servicios prestados por los esclavos; por ejemplo, difícilmente un esclavo pagaría por acarreos y transporte de objetos, y menos aún por el lavado de ropas, dos servicios que eran típicamente vendidos, pero no comprados por los cautivos.

Siguiendo con ese ejemplo, si el precio del lavado de ropas creció en una época más rápido que el de la carne seca, los esclavos consiguieron en esos momentos una renta adicional; cuando se daba lo contrario, su renta real se reducía. Por tanto, lo ideal sería poder construir una canasta con los productos vendidos y una con los comprados, y después comparar los incrementos de precios en ambos lados. Sin embargo, ese ejercicio es casi imposible, pues la información de precios no está disponible en ese grado de detalle.

La alternativa es utilizar dos productos como representativos del movimiento de cada una de las canastas. Para el conjunto de bienes comprados usaremos la carne seca y para el de vendidos, el maíz cocido. La figura 11.5. muestra el precio de estos dos productos entre 1838 y 1870. Para lo que nos interesa, no importa que la saca de maíz cocido siempre haya costado más que la de carne seca, no es esa la comparación que buscamos. Lo que es relevante es la tendencia de crecimiento o decrecimiento de los precios.

Figura 11.5. Precio (réis) por saca de carne seca y de maíz cocido



Fuentes: Buescu (1973). Cálculos propios.

*El precio del maíz cocido en 1856 fue estimado a partir del índice de María Eulalia Lobo (1977).

Por ejemplo, entre 1838 y 1842 ambos bienes reducen su precio, la carne seca en 48,8% y el maíz cocido en 21,2%; esto significa que en este lapso de tiempo los precios de la mercancía comprada se reducen más rápido que los de la vendida, y, por tanto, se genera un diferencial a favor de los esclavos. Entre 1842 y 1847 los dos aumentan, pero el maíz cocido lo hace en 41,4% y la carne seca en 12,5%; es decir, la primera se incrementa en 3,32 veces más que la segunda y de nuevo el diferencial se manifiesta a favor de los esclavos.

De 1847 para 1850 la situación es la contraria: el maíz cocido cae de 3.350 réis a 2.888 réis, mientras que la carne seca pasa de 1.300 réis a 2.561 réis. Esto significa que la inflación en aquellos años depreció la renta real de los esclavos. Sin embargo, en los siguientes tres años (1850-1853) la situación vuelve a favorecer a los cautivos, pues la mercancía vendida se incrementa en 40,3% y la comprada, en 34,5%. Claro que no fue una diferencia tan grande como la ocurrida entre 1842 y 1847, pero esta diferencia de 1,17 veces en un contexto de ampliación de las transacciones como el que mostramos en el capítulo 8 llegó a ser significativa.

Desafortunadamente, no tenemos el precio del maíz cocido en 1856, pero si aplicamos el índice de María Eulalia Lobo (1977) encontraremos que la inflación creció más rápido que el precio de la carne seca, pues de 1853 a

1856 la primera creció 40,6% y la segunda, 35,3%, de nuevo inclinando la balanza para los esclavos.

En los siguientes seis años (1856-1862) los precios de los dos productos se desploman e incluso el índice general se contrae en 5,8% (Lobo, 1977). Y, de nuevo, la carne seca sufre un fuerte derrumbe y sus precios se deprimen un 49,8%. Si bien no sabemos el monto de la caída del maíz cocido, pues no sabemos su precio exacto en 1856, lo que sí sabemos es que en 1862 su precio era 1,99 veces el de la carne seca, mientras que en 1853 era de 1,18; es decir, que en nueve años su precio relativo (respecto a este tipo de carne) se incrementó un 69%.

Para el final del periodo, el maíz cocido llegó a su máximo en los 32 años que observamos, hasta costar 7.250 réis por saca; en cuanto la carne seca, que también se recuperó y llegó a 3.975 réis, ni siquiera alcanzó el precio que tenía en 1856, de 4.660 réis. Claramente, en estos últimos nueve años los esclavos vuelven a sacar partido del crecimiento diferenciado de los precios.

En general, en estos 32 años la inflación favoreció la economía autónoma de los esclavos, pues la pendiente de la tendencia lineal de la serie de precios del maíz cocido era 70% mayor que la de la carne seca². Esto significa que, en su conjunto, el impacto de la inflación en las rentas de las ventas de mercancías provenientes de la producción autónoma era mayor que el efecto que la inflación tenía sobre el consumo de bienes que provenían del mercado.

Sin embargo, el problema de la inflación no terminaba allí, pues si bien es cierto que todo parecería indicar que los precios de mercancías para la venta se incrementaban más rápido que los precios de mercancías para la compra, también es cierto que los esclavos tenían que retener una parte de sus rentas para acumularlas y luego pagar por la manumisión, lo que implicaba que esa parte retenida se depreciara por el efecto de la inflación.

La velocidad e impacto de la depreciación de los valores acumulados por los esclavos dependía de la forma en que esos valores se retuvieran. Si ellos eran mantenidos en moneda, esto implicaría que los esclavos podrían ver disminuido ese patrimonio por el efecto de la inflación. Por ejemplo, un esclavo que en 1847 comenzara a acumular recursos para pagar por su libertad, podría partir del hecho de que en promedio la libertad en ese año

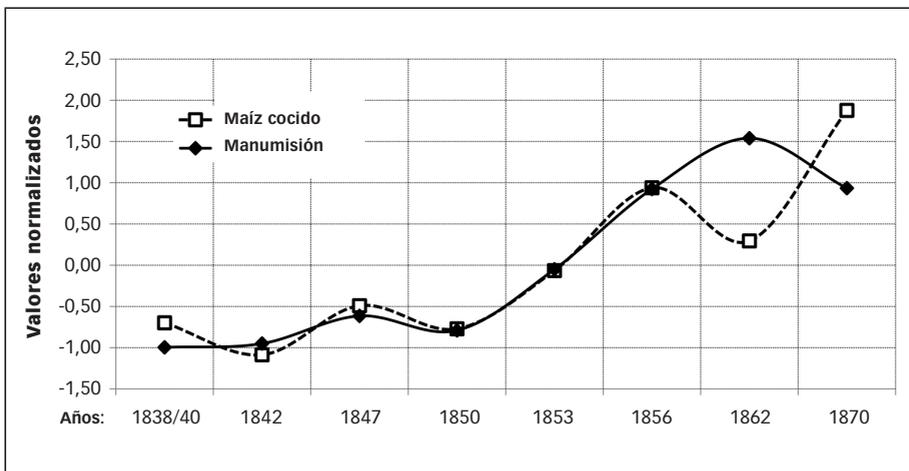
² La pendiente de la tendencia lineal del maíz cocido fue de 586,79 y la de la carne seca fue de 344,19 (Buescu, 1973). Cálculos propios.

costaba 455 mil-réis (EMRJ, cálculos propios). Sin embargo, según lo que indican nuestras estimaciones del capítulo 9, en promedio él debía pasar seis años acumulando para reunir ese valor; es decir, podría haber reunido el valor para 1853, pero en ese año su libertad costaría en promedio 599 mil-réis, o lo que es lo mismo, un 31,6% más.

Por tanto, la relación entre precios que interesaba a la economía autónoma esclava no sólo era la que se daba entre las mercancías compradas y vendidas, sino entre ellas y el precio de la libertad. Si el valor nominal de la manumisión se incrementaba más rápido que el precio nominal de las mercancías producidas autónomamente por los esclavos, entonces difícilmente una caída en el costo de los bienes comprados conseguiría mitigar ese efecto.

Lo interesante es que las curvas de precios nominales de maíz cocido y de manumisiones se mueven de forma casi paralela en las primeras dos décadas. El Pearson entre las dos variables en el total del periodo es de 0,82 (figura 11.6.). Incluso sería mucho más alto en la primera parte del periodo, pues en la última década se movieron de forma inversa. Si graficamos los porcentajes de variación de ambos precios y les adicionamos el de la carne seca como indicador del crecimiento de los precios de los bienes consumidos (figura 11.7.), tendremos una buena idea del efecto inflacionario, pues entre 1842 y 1847 el maíz cocido se elevó

Figura 11.6. Tendencia de los precios nominales de la saca de maíz cocido y de la manumisión



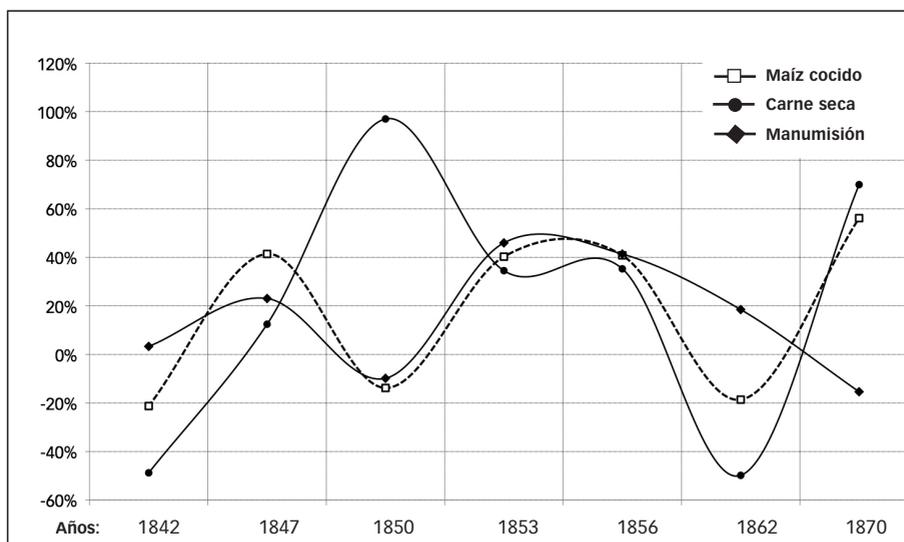
Fuente: precio del maíz cocido: Buescu (1973). Precio promedio de la manumisión: EMRJ. Cálculos propios.
Nota: la serie de precios de manumisión inicia en 1840 y la de maíz cocido, en 1838.

un 41% en cuanto el precio promedio de la libertad lo hizo un 23%; lo curioso es que la carne seca lo hizo en un 12%, lo cual sugiere que el aumento en los gastos y en el costo de la libertad contrajeron el potencial expansivo de la inflación de los precios de mercancías vendidas sobre la cantidad de manumisiones.

Efecto similar se da en 1850; entre otras razones, por eso en dicho año no se eleva la tasa de manumisiones pagadas, incluso la caída del precio nominal no llevó al aumento de libertades, pues la inflación de los precios de los bienes consumidos redujo los recursos acumulados por los esclavos. Para 1853, la situación era inversa, y si bien los precios de la libertad crecieron, fue posible financiarlos con el incremento en el precio de los bienes mercadeados.

Así, 1857 fue el año en que el total pagado por la manumisión llegó a su máximo. Como discutimos antes, esto tenía que ver con diversas variables, a las que ahora debemos añadirles la del diferencial por inflación, pues en 1856 los precios nominales de la libertad ya están en contracción si son comparados con los de 1853, e igual sucede con los costos de las mercancías compradas, mientras que los valores de las ventas permanecen estables en las alturas o incluso con un pequeño ascenso.

Figura 11.7. Porcentaje de variación del precio nominal de la carne seca, el maíz cocido y la manumisión



Fuente: precio de maíz cocido y carne seca: Buescu (1973). Precio de la manumisión: EMRJ. Cálculos propios.

Nota: la tasa de variación de 1842 de maíz cocido y carne seca se da respecto a 1838 y la de manumisión es comparada con 1840.

La crisis de finales de la década de 1850 y comienzos de 1860, que tantas veces nombramos, va a ser tan fuerte que se va a manifestar en la contracción de la tasa de crecimiento de los tres precios nominales que observamos en la figura 11.7. Sin embargo, debemos notar que el costo de la libertad sólo redujo la tasa a la que venía creciendo y no disminuyó su valor nominal entre 1856 y 1862. El porcentaje de variación siguió siendo positivo, aunque menor al de 1853 para 1856.

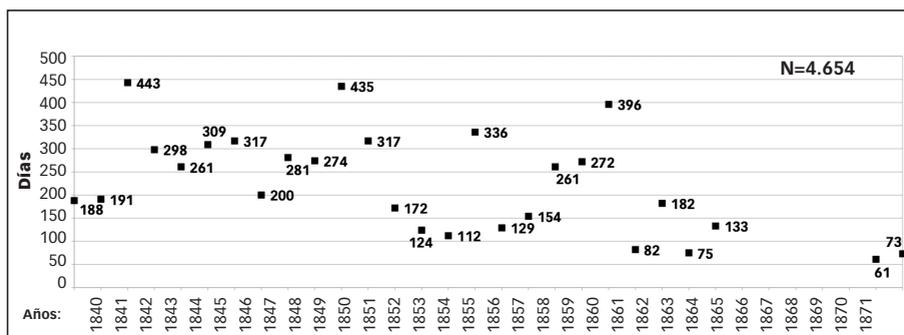
Por eso, entre otras cosas, la hecatombe en la cantidad de manumisiones en aquella coyuntura. La inflación golpeaba con fuerza la economía de los esclavos, pues mientras sus rentas se reducían, e incluso sus gastos para sobrevivir también lo hacían, la libertad continuaba siendo un *producto* caro y en ascenso. Es decir, el problema no era sólo que la manumisión costara mucho, ya discutimos en el capítulo 3 hasta dónde ella era elástica al precio; el problema es que no había cómo financiarla en aquellos años.

Todo lo contrario a los momentos finales de nuestro periodo, cuando el precio promedio de la libertad cayó, mientras que los precios de las mercancías vendidas llegaban a su máximo histórico, y los de las compradas sólo se recuperaban a los niveles que habían tenido quince o veinte años atrás (figura 11.5.). Así, la cantidad de manumisiones y los valores pagados por ella explotaron, hasta llegar al mayor volumen de todos los 32 años.

Pero allí no termina el impacto de la inflación, pues ella generó un efecto ambiguo para los esclavos, adicional a los que hemos comentado en este capítulo. Casi todos los cautivos negociaban su libertad con sus señores en una fecha y sólo un tiempo después ella era registrada en la notaría³. Durante este tiempo los esclavos mantenían un estatus, al menos de dependencia, con sus señores, pues aún no eran formalmente libres. Por eso la figura 11.8. muestra una clara tendencia a reducir ese tiempo: si en 1840 fueron en promedio 188 días entre una fecha y otra, en 1871 sólo fueron 73. Es claro el ánimo de salir de ese tipo de vínculos con los señores, evidencia que está en plena coherencia con las otras sobre el afán que movía a los esclavos de desvincularse de sus amos.

³ Fueron 4.654 esclavos los que registraron las dos fechas. De estos, 901 dejaron constancia de que ambas son el mismo día. Otros 127 no tienen fecha de libertad y hemos asumido que es la misma del registro. Otros 1.856 tienen un lapso hasta de diez días entre ellas, lo que indicaría que ambas fechas son prácticamente iguales. Por tanto, 1.770 tienen más de diez días de diferencia entre fechas; de estos, 1.343 tienen más de un mes de distancia. En total fueron 4.678 los que pagaron por la libertad (EMRJ, cálculos propios).

Figura 11.8. Días de diferencia entre la libertad negociada y la registrada en notaría



Fuente: EMRJ. Cálculos propios.

Así, los esclavos tenían una fuerte disposición a reducir el tiempo entre esos dos momentos. Sin embargo, como decíamos al comienzo del párrafo anterior, la inflación generaba en los esclavos una ambigüedad frente a este asunto, pues por un lado ellos querían emanciparse plenamente de sus amos y por eso el afán de registrar la libertad en notaría, lo que implicaba reunir y cancelar rápidamente todo el valor de su libertad. Pero, por otro lado, si ellos alargaban el tiempo entre fechas, conseguían trasladar los costos de la inflación a sus señores, y reducir el precio real desembolsado.

Por ejemplo, Gertrudes Rebola negoció con su señor, el 1 julio de 1852, su manumisión⁴. Por ella desembolsó 400 mil-réis, valor que es relativamente barato si se compara con los 505 mil-réis que en promedio costaba la libertad en aquel año. Pero ella pagó el 19 de junio de 1854, esto es, 718 días después, casi dos años entre una fecha y la otra. En esos dos años la inflación acumulada fue del 51,3% (Lobo, 1977). Por tanto, los 400 mil-réis de 1852 deberían ser 605 mil-réis de 1854. Por esta vía ella consiguió trasladar el costo de la inflación a su señor, pues en 1852 ella pagaba el 79% del valor promedio de la manumisión, mientras que en 1854 fue el 60%.

Por eso el tiempo que transcurría entre negociar y registrar significaba trasladar el costo de la inflación a los señores. Pero, al mismo tiempo, significaba que durante ese periodo los esclavos continuaban vinculados a sus amos. Esto quiere decir que la figura 11.8. muestra cómo, con el pasar de los años,

⁴ Oficio: 2, Livro geral: 87, folio: 173 v.

los esclavos resuelven la ambigüedad entre trasladar los costos de la inflación o emanciparse plenamente de sus señores a favor de este segundo punto, pues paulatinamente se va contrayendo la distancia entre las fechas.

Sin embargo, hay varias coyunturas que se deben ver con cuidado: 1842 registra el máximo de toda la serie, probablemente por el negocio de Feliciano Parda, que pacta su manumisión el 25 de mayo de 1842 y sólo la registra mucho tiempo después, el 30 de septiembre de 1854. Luego, el siguiente máximo se da en 1850, justo en el momento en que la inflación comienza a crecer. Es más, curiosamente, todos los casos en los que las cartas de libertad sólo dan cuenta de una de las fechas (evidentemente la de registro) se dieron en este año: son 162 esclavos de los que no sabemos si sus fechas de libertad y registro son diferentes; pero los 42 cuyas fechas sí sabemos que fueron distintas, tardaron en promedio 435 días en salir formalmente del cautiverio.

Para esos 42 individuos, el crecimiento de los precios nominales de la manumisión desde 1851 no tenía mayor efecto. Por el contrario, ellos negociaron un precio en 1850 que cancelarían en 1852; es decir, dejarían congelado el precio de la libertad mientras crecían sus ingresos por venta de productos en el mercado. E igual fenómeno se presenta en 1851, cuando el tiempo promedio fue de 317 días. De esa forma, este factor se agrega a los otros que explican la expansión de la manumisión pagada a comienzos de la década de 1850.

El siguiente máximo fue en 1855. Sin embargo, este año parece más un caso aislado entre los bajos valores de los tres años anteriores y los dos posteriores. El momento que sí rompe con la tendencia de contracción es el periodo de 1858 a 1860, que precisamente fueron los años en que se llegó al pico de la inflación anterior a la Guerra del Paraguay.

No parece ser coincidencia que cuando la inflación llega a su punto máximo, la distancia entre las fechas de negociación y registro de la libertad se vuelva a expandir. Al igual que sucedía a comienzos de la década, los esclavos trasladaron una parte de los costos generados por la inflación. Sin embargo, debemos recordar que ese traslado significaba un alto costo para los cautivos, pues implicaba mantener los vínculos con sus amos, que, tal como discutimos en el capítulo 9, procuraban conservar los lazos de dependencia de sus esclavos.

Además, en esos mismos años el número de manumisiones empieza a contraerse; es decir, si se comparan las tasas de manumisión con los años anteriores a esta coyuntura, se reconoce que fueron menos esclavos los que salieron del cautiverio en aquellos años, y los que lo hicieron debieron

esperar un tiempo adicional entre negociar y registrar la libertad en la notaría. Todo parecería indicar que este tipo de inflación contribuyó simultáneamente a reducir la cantidad de libertades y a retener esclavos en ese estatus ambiguo que era el que se daba entre negociar e ir a la notaría para ser formalmente libre.

Luego de 1861, el tiempo entre estas fechas se reduce, e incluso para 1870 y 1871 llega a ser mínimo, con escasos dos meses o dos meses y medio entre la negociación por la libertad y el registro formal de ella. Debemos recordar que para estos dos últimos años el movimiento de los precios de mercancías y de manumisión favorece a los cautivos de tal forma que pueden financiar la salida más rápida del vínculo con sus amos.



La producción autónoma de bienes para autoconsumo no parece haber sido una alternativa viable para los esclavos cariocas urbanos de mediados del siglo XIX, pues los volúmenes necesarios para mantenerse requerirían acceso a activos de producción que estarían por encima de lo que probablemente tenían. Por esta razón —entre otras que comentamos en los capítulos anteriores— los esclavos participaban en el mercado. Esto significa que la producción autónoma esclava no era una producción de autoconsumo en Río de Janeiro entre 1840 y 1871. Esa producción se dirigía al mercado, se vendía en él.

Las familias esclavas producían de forma doméstica bienes agropecuarios (además de muchos otros), pero no para ser consumidos por ellos; eran vendidos en el mercado. Sin embargo, al mismo tiempo, las familias de cautivos tenían que comprar una parte de su consumo en el mismo mercado. El asunto era que entre productos vendidos y comprados existía una diferencia que influía en la renta familiar esclava: algunas veces aumentándola y otras, contrayéndola.

En la variación de esa renta, la inflación desempeñaba un papel central, pues los crecimientos de los precios de productos comprados y vendidos eran diferentes de año para año. Pero la inflación también modificaba el precio de la libertad. Así, en ocasiones, incrementos del valor total pagado por la manumisión no implicaban aumentos en la misma proporción de la producción real que esos valores representaban.

Además, la inflación tenía un efecto sobre las formas de acumulación en la economía esclava, pues si los esclavos guardaban monedas para posteriormente

usarlas para comprar su libertad, era probable, dependiendo del momento, que esas monedas perdieran una parte sustancial de su valor. Por eso, los esclavos que pagaron por la libertad negociaban sus precios con antelación, de esa forma una parte del costo de la inflación era trasladado a los señores. Esto, no obstante, implicaba que los cautivos quedaran en un estatus ambiguo frente a sus amos, pues, a pesar de haber negociado la libertad, ella aún no estaba registrada en notaría y los manumitidos no serían formalmente libres. De allí el esfuerzo por reducir ese tiempo, aunque esto significara asumir una parte de los costos de la inflación.

En resumen, la inflación era una de las variables fundamentales para comprender la cantidad de manumitidos en la ciudad, pues de ella dependía una buena parte de la renta familiar esclava, ya que esta provenía de la participación de los cautivos en el mercado. Esto quiere decir que, al igual que sucedía con el alquiler del trabajo, la producción de bienes y servicios en la economía autónoma esclava pasaba por el mercado. Para ser categóricos, lo que estamos afirmando es que no existía una producción autónoma esclava en Río de Janeiro a mediados del siglo XIX si no existía mercado.

Repárese que en este momento no sólo estamos hablando de mercado de alimentos, también hablamos del mercado de trabajo, tanto por la vía de los costos de supervivencia de los cautivos como por la vía de oscilación de los precios. Por eso, la constitución y profundización del mercado es uno de los elementos centrales para entender la manumisión carioca.

CONCLUSIONES

...si era la cifra correcta, a lo que el señor Bubis respondió que sí, que era la cifra correcta, o incorrecta, qué más daba, una cifra, pensó cuando volvió a quedarse solo, siempre es aproximativa, no existe la cifra correcta, sólo los nazis creían en la cifra correcta y los profesores de matemática elemental, sólo los sectarios, los locos de las pirámides, los recaudadores de impuestos (Dios acabe con ellos), los numerólogos que leían el destino por cuatro piedras creían en la cifra correcta.

Roberto Bolaño, 2666

Esta investigación tiene cientos de cifras, pero como el epígrafe de Roberto Bolaño afirma, ninguna de ellas es la correcta. Todas son aproximaciones, hasta 2666 no es más que eso: una aproximación. No sólo como cifra, sino como comprensión de nuestra realidad. La única forma de conocer la verdad es aproximándonos a ella a través de las sombras que nunca se despejan.

Hemos insistido en tal hecho en las páginas anteriores. Siempre estamos estimando en medio de la oscuridad. Todo es una probabilidad. Las cifras no son más que indicadores, no son la realidad. Sin embargo, algunos “nazis, profesores de matemática elemental, sectarios, locos de pirámides, recaudadores de impuestos o numerólogos” creen que el número es un todo poderoso, al que se le teme o se le ama. Pero aquí el número es sólo una herramienta, una forma de aproximarnos a lo que no sabemos, a lo que no tendremos.

Para que él nos ayude a tantear la oscuridad, debemos ponerlo en relación con muchas más cosas. Esas cosas aquí no fueron ocultadas, siempre las expusimos de la forma más honesta que encontramos. Por eso, todos los cálculos fueron explicados en detalle e hicimos énfasis en su simplicidad. Además, las estimaciones que resultaban de esos cálculos siempre fueron asumidas como sugerencias e indicadores y no como verdades históricas que se comprobaban

a sí mismas. Como varias veces comentamos, los números en sí mismos no prueban las hipótesis. A lo sumo, podrán refutarlas.

Con seguridad, el número es un bastón para caminar en medio de la oscuridad, para hacernos una idea sobre ella, para producir conocimiento en medio de nuestra precariedad. De ella somos conscientes y por eso insistimos en inferir y modelar, más que en determinar. Así es el conocimiento; en consecuencia, así son nuestras conclusiones.

Comencemos subrayando que todo parecería indicar que los señores de esclavos no tenían una *agenda* de manumisión durante los 32 años que aquí estudiamos. Al contrario, las evidencias cuantitativas sugieren que ellos estaban más procurando sustitutos para sus esclavos que facilitándoles salir del cautiverio. Por tanto, el ritmo de libertades en la ciudad parece tener por agente a los esclavos y sus familias más que a los amos.

Si bien los agentes fueron los esclavos, también es cierto que ellos estaban en un contexto de fuerte tensión y transformación institucional. La sociedad esclavista que había existido por años llegaba a su ápice en el mismo momento en que el capitalismo se abría paso. Ese cambio institucional ayudaba a demarcar el terreno en el que se movían los esclavos como agentes económicos.

Por esto vimos, por ejemplo, el tipo de empréstitos en los que incurrieron algunos de los esclavos que pagaron por su libertad. Allí mostramos cómo aquellos que pagaron a crédito pagaban menos que aquellos que lo hicieron de contado. Es decir, que aquellos cautivos que querían salir de inmediato de la tutela de sus amos, debían pagar más por eso. Las relaciones de dependencia parecen estar en franco retroceso. Todos los indicadores señalan tal comportamiento.

Sin embargo, los señores de esclavos se esforzaron por mantener bajo su control el trabajo o el jornal generado por sus cautivos. Es por esto que es una sociedad con instituciones en fuerte transición: agentes que salvaguardan instituciones anteriores y otros que presionan el nacimiento de unas nuevas. Es en medio de esa tensión que encaja la figura del benefactor: aquel agente que presta el dinero de la manumisión al cautivo, pero a cambio pasa a controlar parcialmente su trabajo o su jornal.

Esos préstamos de dinero para comprar la libertad casi nunca generan interés. No es un negocio capitalista el que denotan esas transacciones. Pero tampoco es un negocio esclavista en el que los esclavos sólo eran objetos transados. Es un negocio a tres bandas: esclavos, prestamistas y señores. Todos buscando optimizar su propio beneficio. Beneficio que no es entendido como una

renta financiera, pues las instituciones de la época no permiten definirlo así. Las instituciones cariocas de mediados de siglo definen un campo en el que estos agentes compiten por los recursos económicos acumulados y por el jornal generado por los esclavos.

Claro que había otras variables no económicas en juego. No se trata de negar la importancia de ellas; pero también es cierto que lo económico era fundamental. Es por eso que los esclavos, como agentes en medio de instituciones, con objetivos concretos y con recursos escasos, tienen que desplegar un cálculo económico.

Ese cálculo era en extremo complejo y difícil de generalizar para todos los esclavos. Es más, la inmensa mayoría de ellos nunca consiguió abandonar el cautiverio. Pero una buena porción sí transformó esclavitud en libertad, y para llevar a cabo tal tarea, el cálculo económico estuvo presente, pues la manumisión no era un fruto que caía del cielo, era un fruto que se cosechaba arduamente.

Así, esquematizando —y sólo esquematizando—, pues dependiendo del género, de su edad, de la atribución de procedencia, del tamaño y composición de la familia de cada esclavo y del mes y año del que estuviéramos hablando, existían unas oportunidades de manumisión. Este esquema señala que el primer esfuerzo era buscar la manumisión gratuita. Si no era posible, se pasaba a comprarla de contado. Pero si los recursos no alcanzaban, se procuraba un crédito; si este se conseguía, se prefería que fuera a corto plazo, o que por lo menos fuera menor a seis años. Si el amo o benefactor presionaban para que el plazo fuera mayor, el cautivo (y su familia) intentaban optar por la manumisión condicionada a servicios adicionales.

Este esquema resume el cálculo; pero, como decimos, era mucho más complejo que lo descrito en el párrafo anterior. Por ejemplo, el cálculo implicó que las mujeres manumitidas fuesen más que los hombres manumitidos. La razón es que ellas eran mayoritarias en las familias esclavas. Sin embargo, la procedencia de esas mujeres se fue transformando al ritmo que lo hacía la demografía de la ciudad, pues al paso que las africanas desaparecían, su lugar iba siendo sustituido por las nacidas en Brasil.

Algo diferente ocurrió con la composición etaria de la manumisión, pues al comienzo del periodo que analizamos la mayoría de los esclavos que abandonaba el cautiverio eran niños, pero a medida que el tiempo fue pasando, los adultos asumieron su lugar y al final del periodo eran absoluta mayoría. En esta transformación podría pensarse que el fin del tráfico atlántico de esclavos

representó el papel central. Sin embargo, nuestros indicadores sugieren que si bien fue un factor importante, no fue el mecanismo protagónico. Su rol tuvo más que ver con contribuir a incrementar el peso de los ancianos en la manumisión, pero no fue central en la reducción de los niños y en el incremento de los adultos.

Para nosotros no era el cambio demográfico la variable central en la explicación de los ritmos de la manumisión, como tampoco lo fue la elasticidad-precio de la libertad. No fueron los cambios en los precios los que explicaron por qué aumentó o menguó la cantidad de manumisiones en la ciudad. O por lo menos no fue sólo ella la variable que explica, pues algunas otras también participaron.

Para que sea claro cómo esas variables interactúan entre sí, veamos su efecto combinado por pequeñas coyunturas en los 32 años que aquí discutimos. Entre 1840 y 1845 la manumisión comprada se mantuvo más o menos estable, en niveles que fueron bajos si son comparados con la totalidad del periodo. La explicación de esa estabilidad en bajas cantidades está dada por la combinación de jornales también relativamente bajos; así como también por la estabilidad en la moneda en circulación, lo que redundaba en la cantidad de negocios monetarios en los que participaron los esclavos; al mismo tiempo en que había un pequeño nivel de inflación que no favoreció ni perjudicó la economía autónoma esclava. Además, un pequeño aumento en el margen entre jornal y precio de la dieta que osciló en la misma dirección que los pequeños cambios en la cantidad de manumisiones.

Todo esto se daba mientras que el precio de la esclavitud se movió en sentido contrario a los volúmenes de manumisión para 1841, 1842 y 1845. Incluso, para 1844 la caída en el precio de manumisión no fue seguida por aumentos en su cantidad, pues, como acabamos de mostrar, las otras variables no permitían que los esclavos reunieran los recursos necesarios para comprar su libertad.

El siguiente quinquenio, 1846-1850, es más complejo que el anterior. Como mostramos varias veces en el texto, el total de manumisiones tuvo una pequeña caída en 1846, se mantuvo bajo en 1847, luego se incrementó en 1848 y permaneció estable en 1849 y 1850. Este movimiento está vinculado con el de la manumisión gratuita y comprada, pues en 1846 estas dos formas reducen sus volúmenes, y entre 1847 y 1850 la primera de ellas crece, mientras la segunda se mantiene estable.

Para entender la estabilidad de la manumisión comprada en esos años debemos observar la estabilidad monetaria, la persistencia de los jornales en bajos niveles, los pequeños índices de inflación, el movimiento en el mismo sentido del

margen entre jornales y dieta con las pequeñas oscilaciones de la cantidad de manumisiones de este tipo. De tal forma que los movimientos de precios de 1846 a 1848 tuvieron poco efecto. Aunque sí podrían participar en 1849-1850, pues en estos dos años los precios y volúmenes tuvieron oscilaciones proporcionales.

Así, 1851 fue el año del gran salto en la cantidad de manumisiones, tanto gratis como compradas. Para comprender ese fuerte incremento, debemos observar que el precio de la libertad también creció; es decir, que la economía esclava debió encontrar formas de acumulación para financiar la expansión de la libertad en un momento de alza de precios. Sin embargo, esa fuente no fue el jornal esclavo, pues sus valores en ese año continuaban relativamente bajos. Incluso, la moneda en circulación en 1851 aún no aumentaba a la tasa que lo haría en los años subsiguientes a 1852.

La variable que consigue explicar esa acumulación es el margen entre el jornal esclavo y el costo de la dieta. Como mostramos a su debido momento, desde 1848 y hasta 1851 ese margen viene en constante y progresivo aumento, lo que da la posibilidad de acumular y financiar el incremento.

De paso, insistamos en que el efecto del fin del tráfico atlántico de esclavos en 1850 no parece ser la variable central de la expansión en 1851. Como ya mostramos, con el fin del tráfico ultramarino, los amos se esfuerzan en retener población en el cautiverio y no en liberarla. Tal vez, el efecto del tráfico podría estar vinculado con el aumento de la actividad comercial interna en Río de Janeiro. Sin embargo, en este año, como acabamos de señalar, aún no se asiste al incremento de la circulación monetaria y, por tanto, no pareciera que la economía interna de la ciudad creciese a la tasa que lo hace la manumisión comprada.

Por eso preferimos insistir en que la acumulación, debido a la diferencia entre rentas percibidas en el mercado de trabajo y los gastos monetarios de financiación de la supervivencia, es el componente que explica el incremento. Esto, a pesar de que el jornal se mantenía bajo y el precio de la libertad crecía.

La coyuntura de 1852 a 1857 fue la de altos volúmenes de manumisión. Para entender esos relativamente grandes niveles es necesario observar que tanto la libertad gratuita como la comprada se mantienen en altas cantidades en estos años, a pesar de algunas oscilaciones en su interior. Otra vez no será la elasticidad-precio de la libertad la que explique este comportamiento, pues en 1852 este continúa alto y la tasa de manumisión también está en las alturas. Incluso, la moneda en circulación tampoco se incrementa, así que ella poco tuvo que ver en las tasas altas de manumisión en esta fecha. Además, el margen

entre jornal y dieta, que fue tan importante en el año anterior, tampoco tendrá más ese peso explicativo, pues 1852 es el año de inversión en el sentido de ascenso en el que venía desde 1848. Para 1852, la variable central fue el incremento del jornal esclavo.

Sin embargo, desde 1853 comienza a deteriorarse. Así, entre este año y 1857 la clave del aumento de la manumisión está en el incremento de las transacciones en el mercado de los productos de la economía autónoma esclava, pues, en esta coyuntura, la moneda en circulación está expandiéndose y la inflación tiene un efecto positivo en las rentas esclavas, al elevar más los precios de las mercancías producidas que los de las consumidas.

Cuando en 1857 y los años siguientes llega la crisis económica, la renta generada por las actividades productivas autónomas esclavas se deteriora y con ella cae la manumisión, ya que las transacciones monetarias se reducen, debido a la contracción de la moneda en circulación y también porque la inflación pasa a actuar en contra de la economía esclava. Por eso, no importa que el jornal crezca desde 1857, pues su incremento no financiará la reducción de la actividad productiva autónoma de los esclavos.

Esta será la situación hasta 1864. Incluso la caída en el precio de la libertad no será sino un correlato de toda la depresión de la actividad económica esclava, pues esta reducción de precios sólo tiene pequeños efectos en leves aumentos en 1862. Incluso el aumento del jornal y el consiguiente crecimiento del margen entre este y el precio de la dieta (consecuencia de que el precio de la dieta estuviera también sometido al control inflacionario) no compensarán, pues la caída en el precio de las mercancías vendidas por los esclavos será más fuerte.

Para 1870 y 1871 la manumisión, tanto gratis como comprada, da un fuerte salto, que otra vez no encontrará explicación en el movimiento de los precios de la libertad o del jornal esclavo. De nuevo, la clave estará en la expansión monetaria y en el efecto positivo de la inflación, pues la primera aumentó las transacciones efectuadas por esclavos en el mercado, que se llevaron a cabo en moneda, y la segunda volvió a incrementar aún más los precios de lo vendido que de lo comprado.

Repitamos lo que hemos dicho en múltiples ocasiones: estamos discutiendo la economía de agentes pobres. Pero no por esto se puede creer que estaban sustraídos de las transformaciones económicas que se daban en el contexto. Todo lo contrario, la vulnerabilidad de estos agentes es tal, que los cambios en las variables de contexto impactan en sus finanzas.

Así, la combinación de variables en cada coyuntura específica ayuda a entender la tasa de manumisiones. Por eso nuestra hipótesis es que la participación de los esclavos en el mercado, tanto de trabajo como de bienes y servicios, contribuye fuertemente a explicar las oscilaciones de la libertad. A medida que ese mercado se iba fortaleciendo, los esclavos aumentaban sus posibilidades de manumisión. Sólo que ese proceso de crecimiento del mercado no era una simple evolución progresiva. Fue un camino sinuoso, y de acuerdo con las oscilaciones que presentaba, se iban abriendo o cerrando las posibilidades de libertad.

Por eso, para los esclavos cariocas de mediados del siglo XIX la flexibilidad económica era una estrategia central, pues era lo que permitía captar o mitigar los efectos del mercado. Ellos combinaban participación en el mercado de trabajo y en el mercado de bienes y servicios. Esa flexibilidad les permitió, en medio de la pobreza, una acumulación muy grande de recursos.

El total real que los esclavos pagaron por la libertad, a precios de 1870, fue de 4.550 contos. Para ser más exacto, fueron 4.550:012,269⁹⁰ réis. El promedio anual de estos 32 años fue de 168 contos. Definitivamente, la libertad les costó mucho a los esclavos. Detengámonos un segundo para decir que este enorme esfuerzo de acumulación económica fue realizado para luego trasladarse a los amos a título de compra de la libertad. Es decir, los esclavos acumularon para luego transferir la riqueza. Así financiaron, por lo menos parcialmente, el cambio institucional del esclavismo al capitalismo.

Pagar ese costo de cambio institucional, por un valor tan alto, significaba para los esclavos poder retener para sí y para sus familias los excedentes generados en su nueva condición de libres. Fue por eso, por lo menos desde la perspectiva económica, que los esclavos decidieron emplear recursos en ser libres. Las nuevas instituciones que estaban ayudando a construir prometían más que las que estaban ayudando a destruir. Pero eso es otra historia...

REFERENCIAS

- AA. VV. (1988). *Cativeiro e liberdade*, Rio de Janeiro, UERJ.
- ABEID, L. (2002). “Notas sobre as alforrias no Rio de Janeiro de fins do século XVIII”, Departamento de Historia, UFRJ.
- ABREU, M. (2006). “Brazil as a Debtor, 1824-1931”, *Economic History Review*, LIX, (4), pp. 765-787.
- ALENCASTRO, L. F. (1988). “Proletarios e escravos: imigrantes portugueses e cativos africanos no Rio de Janeiro, 1850-1872”, *Novos Estudos-Cebap*, (21).
- _____ (2004). *História da vida privada no Brasil*, vol. 2, São Paulo, Cia das Letras.
- ALGRANTI, L. M. (1988). *O feitor ausente: Estudos sobre a escravidão urbana no Rio de Janeiro (1808-1822)*, Petrópolis, Vozes.
- AMARAL, R. (2006). “Nos Limites da Escravidão Urbana: A vida dos pequenos senhores de escravos nas urbes do Rio de Janeiro, c. 1800-c. 1860”, Dissertação de Maestría, UFRJ.
- ANDRADE, R. (1998). “Havia um mercado de famílias escravas?”, *Locus: Revista de História*, (2).
- APUD CUNHA, M. C. da. (1987). “Sobre os silêncios da lei: lei costumeira e positiva nas alforrias de escravos no Brasil do século XIX”, en: *Antropologia do Brasil (mito, história, etnicidade)*, São Paulo, Brasilense.
- ARES, B. & Stella, A. (org.) (2000). *Negros, mulatos, zambaigos. Derroteros africanos en los mundos ibéricos*, Sevilla, CSIC-EEHA.

- ASIS, M. F. de (2002). “Tráfico atlântico, impacto microbiano e mortalidade escrava, Rio de Janeiro c. 1790-c. 1830”, Disertación de Maestría, UFRJ.
- BARICKMAN, B. (1999). “As cores do escravismo: escravistas pretos, pardos e cabras no Recôncavo baiano, 1835”, *População e Família*, (2).
- BARTH, F. (2000). “Os grupos étnicos e suas fronteiras”, en: Barth, F., *O guru, o iniciador e outras variações antropológicas*, Rio de Janeiro, Contra capa.
- BENTIVOGLIO, J. (2003). “Política e diretrizes econômicas no início do segundo reinado (1840-1860): Limites e desafios da modernização”, *Anais do V Congresso Brasileiro de História Econômica e 6ª Conferência Internacional de História de Empresas*, ABPHE.
- BERGAD, L. (2004). *Escravidão e história econômica. Demografia de Minas Gerais, 1720-1888*, Bauru-São Paulo, EDUSC.
- _____ (2007). *The Comparative Histories of Slavery in Brazil, Cuba, and the United States*, Cambridge, Cambridge University Press.
- BETHELL, L. (1976). *A abolição do tráfico de escravos no Brasil*, Rio de Janeiro-São Paulo, Expressão e Cultura/Edusp.
- BLACKBURN, R. (1989). *Overthrow of Colonial Slavery, 1776-1848*, Londres-Nueva York, Verso.
- _____ (1992). *Capitalismo y el Nuevo Mundo. Esclavitud, acumulación primitiva e industrialización*, en: Bonilla, H., *Los conquistados y la población indígena de las Américas*, Bogotá-Quito, FLACSO, Tercer Mundo, Libri Mundi.
- _____ (1998). *The Making of New World. Slavery from the Baroque of Modern 1492-1800*, Londres-Nueva York, Verso.
- BORJAS, G. (1992). “Ethnic Capital and Intergenerational Mobility”, *Quarterly Journal of Economics*, 1 (107).
- BOXER, C. (1973). *Salvador de Sá e a luta pelo Brasil e Angola*, São Paulo, Nacional, Edusp.
- BRITO, D. S. (2004). *Uma cidade sem senzalas: Moradias escravas e autonomia na cidade do Rio de Janeiro (1789-1865)* [inédito].

- BUESCU, M. (1973). *Trescientos anos de inflação*, Río de Janeiro, Apec.
- CABALLERO, J. R. (2003). *Razas*, Universidad de Castilla - La Mancha [en línea], disponible en <http://www.uclm.es>, <http://www.uclm.es/profesorado/produccionanimal/PorcinoWeb/razas.pdf#search=%22hampshire%20wessex%20essex%20filetype%3Apdf%22>, recuperado: 28 de agosto de 2006.
- CAIRUS, J. A. T. (2002). “*Jihad, cativo e redenção: escravidão, resistência e irmandade, Sudão Central e Bahia (1835)*”, Disertación de Maestría, UFRJ.
- CARDOSO, C. (1987). *Escravo ou camponês? O protocampesinato negro nas Américas*, São Paulo, Brasiliense.
- _____ (1988). *Escravidão e abolição no Brasil*, Río de Janeiro, s. e.
- CARRARA, A. (2004). *Oro y cachaza: minería y producción de aguardiente de caña en Minas Gerais* [en línea], disponible en <http://www.economia.unam.mx/amhe/memoria/simposio09/Angelo%20ALVES%20CARRARA.pdf#search=%22ORO%20Y%20CACHAZA%3A%20MINER%3%8DA%20Y%20PRODUCCI%3%93N%20DE%20AGUARDIENTE%20DE%20>, recuperado: 28 de agosto de 2006.
- CARVALHO, M. (1997). “Os caminos do rio: negros canoieiros no Recife da primeira metade do século XIX”. *Afro-Asia.*, (19). pp. 75-93.
- _____ (1998). *Liberdade: Rotinas e rupturas do escravismo no Recife, 1822-1850*, Recife, UFPE.
- CASCUDO, L. D. (1983). *História da alimentação no Brasil*, Belo Horizonte, Itatiaia.
- CHALHOUB, S. (1990). *Visões da liberdade*, São Paulo, Cia das Letras.
- CHAYANOV, A. (1974). *La organización de la unidad económica campesina*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- CONAB. (2005). *Brasil deverá produzir 25 milhões de toneladas de mandioca em 2005* [en línea], disponible en <http://www.abam.com.br/revista/revista8/produzir25milhoes.php>, recuperado: 28 de agosto de 2006.
- CONRAD, A. H. y Meyer, J. R. (1984). “La teoría económica de la esclavitud en el sur antes de la guerra civil” en Temin, M. *La nueva historia económica. Lecturas seleccionadas*, Madrid, Alianza.

- CUNHA, M. C. da. (1985). *Negros estrangeiros: os escravos libertos e sua volta à África*, São Paulo, Brasiliense.
- CURTIN, P. (1969). *The Atlantic Slave Trade: A Census*, Madison, University of Wisconsin Press.
- DAVIS, B. (1996). *El problema de la esclavitud en la cultura occidental*, Bogotá, El Áncora Editores-Ediciones Uniandes.
- DE LA FUENTE, A. (2004). "Slave Law and Claims-Making in Cuba: The Tannenbaum Debate Revisited", *Law and History Review*, 2 (22).
- DEBRET, J. B. (1972). *Viagem pintoresca e histórica ao Brasil*, São Paulo, Livraria Martins, Universidade de São Paulo.
- DIAS, M. O. da S. (1985). "Nas fimbrias da escravidão urbana: negras de tabuleiro e de ganho", *Estudos Econômicos*.
- DUNAWAY, W. (2003). *The African-American Family in Slavery and Emancipation*, Nueva York, Cambridge University Press.
- EISENBERG, P. (1989). *Homens esquecidos*, Campinas, Editora Unicamp.
- ELTIS, D. (1987). "The Nineteenth-Century Transatlantic Slave Trade: An Annual Time Series of Imports Into The Americas Broken Down by Region", *HAHR*, 1 (67).
- _____ (1989). *Economic Growth and the Ending of the Atlantic Slave Trade*, Nueva York, Oxford University Press.
- _____ (2000). *The Rise of African Slavery in the Americas*, Cambridge, Cambridge University Press.
- _____ (2006). "A diáspora dos falantes de Ioruba, 1650-1865: Dimensões e implicações", *Topoi*, (13).
- ELTIS, D. et al. (1999). *Transatlantic Slave Trade: A database on CD-ROM*, Cambridge.
- ENGEMANN, C. (2006). "De Laços e de Nos. Constituição e dinâmica de comunidades escravas em grandes plantéis do sudeste brasileiro do oitocentos", Tesis de Doctorado, UFRJ.

- ESPADA, H. (2005). “Sob o domínio da precariedade: escravidão e os significados da liberdade de trabalho no século XIX”, *Topoi*, 11 (6).
- FLORENTINO, M. (2002a). “Alforria e etnicidade no Rio de Janeiro oitocentista: notas de pesquisa”, *Topoi*, (5).
- _____ (2002b). “Em costas negras. Uma história do tráfico de escravos entre África e o Rio de Janeiro”, São Paulo, Cia das Letras.
- _____ (2005). “Sobre minas, crioulos e a liberdade costumeira no Rio de Janeiro, 1789-1871”, en: Florentino, M., *Tráfico, cativo e liberdade. Rio de Janeiro, séculos XVII-XIX*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira.
- FLORENTINO, M. & Góes, J. R. (1997). *A paz das senzalas. Famílias escravas e tráfico atlântico*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira.
- FOGEL, R. (1992). *Without Consent of Contract: Conditions of Slave Life and the Transition to Freedom*, Nueva York, WW. Norton & Company.
- FOGEL, R. & Engerman. S. (1989). *Time on the Cross. The Economics of American Negro Slavery*, Nueva York, WW. Norton & Company.
- FRAGOSO, J. (1983). “*Sistemas agrários em Paraíba do sul (1850-1885). Um estudo de relações não-capitalistas de produção*”, Disertación de Maestría, UFRJ.
- _____ (1990). “O imperio escravista e a república dos plantadores”, en: Linhares, M. Y, *História geral do Brasil*, Rio de Janeiro, Campus.
- _____ (1992). *Homens de grossa aventura: acumulação e herarquia na praça mercantil do Rio de Janeiro, 1790-1830*, Rio de Janeiro, Arquivo Nacional.
- _____ (2006). “Alternativas metodológicas para a história econômica e social: micro-história italiana, Fredrik Barth e a história econômica colonial”, en: Carvalho, C. & Ribeiro, M., *Nomes e números. Alternativas metodológicas para a história econômica e social*, Juiz de Fora, UFJF.
- FRAGOSO, J. & Florentino. M. (2001). *O Arcaísmo como projeto. Mercado Atlântico, sociedade agraria e elite mercantil em uma economia colonial tardia Rio de Janeiro, c. 1790-c. 1840*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira.
- FRANK, Z. (2005). “Wealth Holding in Southeastern Brazil, 1815-1860”, *HARH*, 2 (85).

- FREYRE, G. (1985). *Casa grande e senzala*, Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- GALLOTI, B. (2002). “*To Be a Liberated African in Brazil: Labour and Citizenship in the Nineteenth Century*”, Tesis de Doctorado, Universidad de Waterloo.
- GODOY, M.; Rodarte, M., & Paiva, C. (2003). *Negociantes e tropeiros em um território de contrastes (Abphe)*, disponible em http://www.abphe.org.br/congresso2003/Textos/Abphe_2003_86.pdf, recuperado: 20 de enero de 2008.
- GÓES, J. R. (1993). *O cativo imperfeito*, Vitoria, Lineart.
- _____ (2006). “Padrões de Alforrias no Rio de Janeiro 1840-1871”, en: Fragoso, J. *et al.*, *Nas Rotas do Império*, Vitória, Edufes.
- GOLDIN, C. (1992). “An Explanation for the Relative Decline of Urban Slavery: 1820-1860”, en Fogel, R. & Engerman, S., *Without Consent or Contract: Technical Papers: The Rise and Fall of American Slavery: Conditions of Slave Life and the Transition to Freedom: Technical papers*, (2), Nueva York, WW. Norton & Company.
- GRAHAM, S. (1992). *Proteção e obediência: criadas e seus patrões no Rio de Janeiro, 1860-1910*, São Paulo, Cia das Letras.
- _____ (1997). “O impasse da escravatura: prostitutas escravas, suas senhoras e a lei brasileira de 1871”, *Acervo: Revista do Arquivo Nacional*.
- GRINBERG, K. (1994). *Liberata: a lei da ambigüedad. As ações de liberdade da corte de apelação do Rio de Janeiro no século XIX*, Río de Janeiro, Relume-Dumará.
- GUDEMAN, S. & Schwartz, S. (1988). “Purgando o pecado original: Compadrio e batismo de escravos na Bahia no século XVIII”, en Reis, J.J. *Escravidão e invenção da liberdade: estudos sobre o negro no Brasil*, São Paulo, Brasiliense.
- GUEDES, R. (2005). “Anatomia escrava e (des)governo senhorial na cidade do Rio de Janeiro da primeira metade do século XIX”, en: Florentino, M., *Tráfico, cativo e liberdade. Rio de Janeiro, séculos XVII-XIX*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira.

- GUEDES, R. (2006). “Ofícios mecânicos e mobilidade social: Rio de Janeiro e São Paulo. (Sécs. XVII-XIX)”, *Topoi*, (13).
- GUIMARÃES, C. (2003). “O Banco Rural e Hipotecário do Rio de Janeiro e o pós-guerra do Paraguai, 1871-1875”, *Anais do V Congresso Brasileiro de História Econômica e 6ª Conferência Internacional de História de Empresas*, ABPHE.
- GUTMAN, H. (1976). *The Black Family in Slavery and Freedom, 1750-1925*, Nueva York, Pantheon Books.
- HARRIS, M. (1999). *Bueno para comer*, Madrid, Alianza.
- _____ (2001). *Antropología cultural*, Madrid, Alianza.
- HARTUNG, M. F. (2005). “Muito além do céu: escravidão e estratégias de liberdade no paran  do século XIX”, *Topoi*, (10).
- HOLT, T. (1992). *The Problem of Freedom. Race, Labor and Politics in Jamaica and Britain, 1832-1938*, Baltimore, John Hopkins University Press.
- IBARRA, A. (1999). “Mercado colonial, plata y moneda en el siglo XVIII novohispano: comentarios para un diálogo con Ruggiero Romano, a propósito de su nuevo libro” *Historia mexicana*, XLIX, (2).
- IBGE. (1990). *Históricas do Brasil: series económicas, demográficas e sociais de 1550 a 1988*, Río de Janeiro, IBGE.
- JOHNSON, H. (1973). “A Preliminary Inquiry into Money, Prices, and Wages in Rio de Janeiro”, en Aldem, D., *Colonial Roots of Modern Brazil: Papers of the Newberry Library Conference*, Berkeley, University of California Press.
- JOHNSON, L. & Frank. Z. (2006). “Cities and Wealth in the South Atlantic: Buenos Aires and Rio de Janeiro before 1860”, *Comparative Studies in Society and History*, 3 (48).
- JUC , A. C. (1994). “*Mag  na crise do escravismo. Sistema agr rio e evolu o econ mica na produ o de alimentos. 1850-1888*”, Disertación de Maestría, UFF.
- KAHN, C. (1992). “A Linear Programming Solution to the Slave Diet”, en Fogel R. & Engerman. S. *Without Consent of Contract: Conditions of Slave Life*

- and the Transition to Freedom - Technical Papers*, 2, Nueva York, WW. Norton & Company.
- KARASCH, M. (1987). *Slave Life in Rio de Janeiro, 1808-1850*, Princeton, Princeton University Press.
- KLEIN, H. (1986). *La esclavitud africana en América Latina y el Caribe*, Madrid, Alianza.
- _____ (1989a). “Novas interpretações no tráfico de escravos do Atlântico”, *Revista de História*, (120).
- _____ (1989b). “A Integração social e econômica dos imigrantes portugueses no Brasil no fim do século XIX e no início do XX”, *Revista Brasileira de Estudos de População*, 2 (6).
- _____ (1990). “A oferta de mueres no Brasil central: O mercado de Sorocaba, 1825-1880”, *Estudos Econômicos*, 2 (19).
- _____ (2002). “Os origens africanas dos escravos brasileiros”, en: *Aspectos genéticos, lingüísticos, históricos e socioantropológicos da formação do povo brasileiro*, Riverão Preto, Funpec-RP.
- KLEIN, H. & Costa, I. del N. da (org.) (1986). “O tráfico de escravos africanos para o Rio de Janeiro, 1795-1811”, en: *Brasil: História econômica e demográfica*, São Paulo: FIEPE/USP.
- KLEIN, H. & Luna, F. (2003). *Slavery and the Economy of São Paulo. 1750-1850*, Stanford, Stanford University Press.
- KOVARICK (1987). *Trabalho e vadiagem: a origem do trabalho livre no Brasil*, São Paulo, Brasiliense.
- LABORDA, L. (2003). *Consideraciones sobre el espesor del tocino dorsal (E.T.D) y su importancia en la reproducción* [en línea], disponible en <http://www.hypor.com/spain/dbdocs//3fe1918bc867d.pdf#search=%22consideraciones%20sobre%20el%20espesor%20del%20tocino%20filetype%3Apdf%22>, recuperado: 28 de agosto de 2006.
- LARA, S. (1992). “Escravidão no Brasil: balanço historiográfico”, *LPH Revista de História*.

- LARA, S. (1988). *Campos da violência. Escravos e senhores na capitania do Rio de Janeiro. 1750-1808*, Rio de Janeiro, Paz e Terra.
- _____ (1998). “Escravidão, cidadania e história do trabalho no Brasil”, *Projeto História da PUC/SP*, (16).
- LEFF, N. (1982). “Underdevelopment and Development in Brazil”, 1, *Economic Structure and Change, 1822-1947*, Londres, Allen y Unwin.
- LENHARO, A. (1979). *As tropas da moderação*, São Paulo, Símbolo.
- LIMA, C. (1997). “Pequenos patriarcas”, Tesis de Doctorado, UFRJ.
- _____ (1998). “Sobre a lógica e a dinâmica das ocupações escravas na cidade do Rio de Janeiro”, en Souza, P., *Escravidão: ofícios e liberdade*, Rio de Janeiro, Arquivo Público do Estado do Rio de Janeiro.
- _____ (1999). “Em certa corporação: politizando convivências em irmandades negras no Brasil escravista (1700-1850)”, *História Questões e Debates*, 16 (30).
- _____ (2002). “Efetivo cativo: sobre a escravidão urbana e o artesanato escravista na América Portuguesa (c. 1700-c. 1850)”, en: Moura, A. M. y Lima, C., *Tempo, espaço e trabalho*, Rio de Janeiro, Leddes.
- LINHARES, M. Y. (1979). *História política do abastecimento (1918-1974)*, Brasília, Binagri.
- LLOYD, L. E.; McDonald, B. E., & Cramptom, E. W. (1982). *Fundamentos de nutrición*, Zaragoza, Acribia.
- LOBO, M. E. (1977). *História do Rio de Janeiro (do capital comercial ao capital industrial e financeiro)*, Rio de Janeiro, IBMEC.
- LOBO, M. E. (1998). “Fontes para a história do comércio da cidade do Rio de Janeiro”: *América Latina en la historia económica*, (9).
- LOPES, J. (2005). “Casamentos de escravos nas freguesias da Candelária, São Francisco Xavier e Jacarepaguá: uma contribuição aos padrões de sociabilidade matrimonial no Rio de Janeiro (c. 1800 - c. 1850)”, Disertación de Maestría, UFRJ.

- LÓPEZ, C.; Fructuoso, G. E. & Mateos, G. G. (2000). *Sistemas de producción porcina y la calidad de la carne*, Madrid, Universidad Politécnica de Madrid.
- MACHADO, C. (2006). “*A Trama das Vontades. Negros, pardos e brancos na produção da hierarquia social. (São José dos Pinhais-PR, passagem do XVIII para o XIX)*”, Tesis de Doctorado, UFRJ.
- MARCIA, A. (1996). “*O mundo dos fugitivos: Rio de Janeiro na segunda metade do século XIX*”, Disertación de Maestría, UFRJ.
- MARTÍNEZ, J. A. & Roca Jusmet, J. (2001). *Economía ecológica y política ambiental*, México, Fondo de Cultura Económica.
- MARTINS, J. de S. (1986). *Cativeiro da terra*, São Paulo, Hucitec.
- MATOS, H. M. (1998). *Das cores do silêncio: os significados da liberdade no sudeste escravista, Brasil, Séc. XIX*, Río de Janeiro, Nova Fronteira.
- MATTOSO, K. M. (1982). *Ser escravo no Brasil*, São Paulo, Brasiliense.
- _____ (1992). *Bahia, século XIX: uma província do Império*, Río de Janeiro, Nova Fronteira.
- MATTOSO, K. M. Q.; Klein, H. & Engermann, S. (1988). “Notas sobre as tendências e padrões dos preços de alforrias na Bahia, 1819-1888”, en: *Escravidão e invenção da liberdade: estudos sobre o negro no Brasil*, São Paulo, Brasiliense.
- MELLO, P. C. (1992). “Expectation of Abolition and Sanguinity of Coffee Planters in Brazil, 1871-1881”, en Fogel, R. & Engerman, S. *Without Consent of Contract: Conditions of Slave Life and the Transition to Freedom: Technical Papers*, (2), Nueva York, WW. Norton & Company.
- MERRICK, T. W. & Graham, D. H. (1982). *População e desenvolvimento econômico no Brasil*, Río de Janeiro, Zahar.
- MOTTA, J. F. (1988). “Familia escrava: uma incursão pela historiografia”, *Revista História Questões & Debates*, (16).
- MOTTA, J. F. (1999). *Corpos escravos, vontades livres: posse de cativos e família escrava em Bananal (1801-1829)*, São Paulo, Fapesp/AnnaBlume.

- NADALIN, S. O. (2003). “A população no passado colonial brasileiro: mobilidade versus estabilidade”, *Topoi*, (7).
- “Núcleo de pesquisas em alimentação”. (2006). *Tabela brasileira de composição de alimentos- TACO. Versão 2*, Campinas, Universidade Estadual de Campinas.
- PAIVA, E., França, A. & Junho, C. (2002). *O trabalho mestiço. Maneiras de pensar e formas de viver. Séculos XVI a XIX*, São Paulo, Annablume, PPGH/UFMG.
- PELAEZ, C. & Suzigan, W. (1976). *História monetária do Brasil: comportamento e instituições monetárias*, Rio de Janeiro, IPEA/INPES.
- PUTNAM, R. (2002). *Solo en la bolera*, Madrid, Círculo de Lectores.
- RANSOM, Roger & Richard Sutch. (1977) *One Kind of Freedom. The Economic Consequences of Emancipation*. Nueva York: Cambridge University Press.
- REIS, J. (1997). “The Revolution of the ‘Ganhadores’: Urban Labour, Ethnicity and the African Strike of 1857 in Bahía, Brazil”, *Journal of Latin American Studies*, 2 (29).
- _____ (2000). “De olho no canto: trabalho de rua na Bahia na véspera da abolição”, *Afro-Asia*, (24).
- REIS, J. J. & Silva, E. (1989). *Negociação e conflito. A resistência negra no Brasil escravista*, São Paulo, Cia das letras.
- _____ (1986). *Rebelião escrava no Brasil. A história do levante dos malês (1835)*, São Paulo, Brasilense.
- RÍOS, A. (2000). “The Politics of Kinship. Compadrio Among Slaves in Nineteenth-Century Brazil”, *The History of the Family. An International Quarterly*, 3 (5).
- ROMANO, R. (1999). “Respuesta a los comentarios de Antonio Ibarra”, *Historia mexicana*, XLIX (2).
- RUSSELL-WOOD, A. J. (2005). *Escravos e libertos no Brasil colonial*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira.

- SCHWARTZ, S. (1995). *Segredos Internos. Engenhos e escravos na sociedade colonial*, São Paulo, Cia das Letras.
- SCOTT, R. (2005). *Degrees of Freedom: Louisiana and Cuba after Slavery, 1862-1914*, Harvard University Press.
- SLENES, R. (1999). *Na senzala uma flor*, Rio de Janeiro, Nova Fronteira.
- _____ (1987). “Escravidão e família: padrões de casamento e estabilidade familiar numa comunidade escrava (campinas, século 19)”, *Estudos Econômicos*, pp. 17-19.
- SOARES, C. M. (1996). “As ganhadeiras: mulher e resistência negra em Salvador no século XIX”, *Afro-Asia*, (17).
- SOARES, L. C. (1988). “Os escravos de ganho no Rio de Janeiro do século XIX”, *Revista Brasileira de História*.
- _____ (2007). *O “Povo de Cam” na capital do Brasil: A escravidão urbana no Rio de Janeiro do século XIX*, Rio de Janeiro, FAPERJ/7 letras.
- SUMMERHILL, W. (1998). “Market Intervention in a Backward Economy: Railway Subsidy in Brazil, 1854-1913”, *Economic History Review*, 3.
- SUTCH, Richard. (1976). “The Care and Feeding of Slaves” En: David, Paul A. et al. *Reckoning with Slavery: A Critical Study in the Quantitative History of American Negro Slavery*. Nueva York.
- SWEET, J. (2003). *Recreating Africa*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- TEIXEIRA, V. L. (2006). “*Negras Senhoras. As mulheres africanas forras e sua inserção sócio-econômica na comarca do Rio das Mortes (1750-1810)*”, Disertación de Maestría, UFRJ.
- VALENCIA, C. (2003). *Alma en boca y huesos en costal. Una aproximación a los contrastes socioeconómicos de la esclavitud. Santafé, Mariquita y Mompox 1610-1660*, Bogotá, ICANH.
- VALENTIN, A. et al. (2004). *Brasil: breves comentários sobre algumas séries referentes à taxa de câmbio* [em línea], disponible en <http://www.brnuede>.

com/bhds/bhd32/cambio.pdf, www.brnuede.com/bhds/bhd32/cambio.pdf, recuperado: 25 de enero de 2008.

WRIGLEY, E. A. (1992). *Gentes, ciudades y riqueza. La transformación de la sociedad tradicional*, Barcelona, Crítica.

WRIGLEY, E. A. *et al.* (1997). *English Population History from Family Reconstitution 1580-1837*, Cambridge, Cambridge University Press.

Colección Espiral



La producción de la libertad es un análisis de las estrategias económicas de los esclavos de Río de Janeiro a mediados del siglo XIX y busca explicar las tasas de manumisión, relativamente altas, en la ciudad, desde el punto de vista de las finanzas de los cautivos. La hipótesis central es que los esclavos lograron forjar riquezas para sí mismos, que se hicieron evidentes cuando compraron su manumisión.

Este patrimonio financiero fue generado por la relación entre las variables de ingreso, ahorro, consumo e inversión dentro de la familia esclava y estaba en relación con las coyunturas económicas y demográficas por las que atravesaba la ciudad. En otras palabras, esta investigación propone pensar la libertad como un valor económico que era producido por los esclavos y que dependía del contexto específico en el que se encontraban.

Para verificar esa hipótesis se utiliza una extensa documentación primaria, basada en 17.650 cartas de libertad registradas en las notarías cariocas.

Como la explicación de la libertad esclava se asume en un sentido económico, entonces este libro invita a un diálogo con las interpretaciones ofrecidas por la historia política y cultural.

